









ULTIMOS MOMENTOS

DE

NAPOLEON.

TOMO CUARTO.

ÚLTIMOS MOMENTOS

DE

NAPOLEON.

CONCLUSION

DEL

DIARIO DE SANTA-HELENA.

POR EL DR. ANTOMMARCHI.

Traducido al castellano

Por D. J. C. Pagés,

INTÉRPRETE REAL.

TOMO IV.



BARCELONA:

IMPRENTA DE OLIVA,

Calle de la Platería.

1835.

CONCLUSION DEL DIARIO DE SANTA-HELENA,

ó

Ultimos momentos

DE

NAPOLEON

No es mi ánimo injuriar á nadie ; pero habiendo recogido los últimos suspiros de Napoleon y asistídole en su prolongada agonía, debo dar cuenta á la sociedad de cuanto he presenciado.

El caballero Colonna, gentilhombre de madama Madre de Napoleon, me propuso que fuese á Santa-Helena para asistir al ilustre Proscripto : yo conocia personalmente á aquel caballero, no ignoraba su afecto á la familia y el noble desinterés con que habia renunciado el gobierno de los Abruzes ; tenia muchísima confianza en su rectitud, sin el menor

recelo de que me diese un mal consejo, y por lo mismo no fué dudosa mi resolucion. Puse en órden algunos negocios personales, dispuse lo necesario para que no sufriese la menor interrupcion ni retardo la publicacion de las obras póstumas del célebre Mascagni, y me dispuse á emprender el viaje. Notóse esta celeridad y desagradó: los devotos me siguieron todos los pasos, me creyeron sospechoso y toda la policía me andaba al retortero: los marqueses, los curas, los espías, en fin, todas las almas caritativas se habian atemorizado en términos, que cualquiera hubiera creido que yo solo era capaz de incendiar toda la Italia. Uno llamaba sobre mí la vigilancia del Ministerio, otro me amenazaba; y las denuncias y cartas anónimas no tenian término. ¿Qué debia hacer yo en medio de esta baja agitacion? Se me llamaba al lado del Hombre del siglo; iba á acompañarle en su destierro, á gozar de su presencia; y poco cuidado me daban estos zánganos siempre solícitos en torno del poder.

Mi presencia incomodaba á la policía, y con todo no queria dejarme marchar. Como yo era disector anatómico del hospital de Santa María la Nueva de Florencia, agregado á la universidad de Pisa, y como tal sujeto á residen-

cia, pedí una licencia, que se me negó; hice dimision de mi destino, y tampoco se me aceptó; no podia permanecer, y no se me queria dejar partir: de suerte que ya no sabia que partido debia tomar. Probé el medio de una negociacion; pero cuanto mas insistia, tanta mas desconfianza escitaba: el solo nombre de Napoleon causaba una efervescencia general sin que nada pudiese tranquilizarles. Si les hablaba de los mares, las escuadras, los montes que imposibilitaban el regreso de aquel grande Hombre, suponian que yo intentaba distraer su vigilancia, añadiendo que acaso me complacia en ponderar los obstáculos porque ya los habia vencido. Yo era su agente, su cómplice, merecia la animadversion pública; en fin, hasta uno de los primeros magistrados llegó á suponer que de un momento á otro podria Napoleon, burlando la vigilancia inglesa, franquear la inmensidad de los mares, y presentarse nuevamente á la cumbre de los Alpes, escitando otra vez toda la Italia á las armas y á la libertad.

Como nada se gana disputando, y sobre todo con la policía, le abandoné á sus terrores pánicos y me dirigí al cardenal Fesch, quien me respondió sin la menor dilacion en los términos siguientes:

Roma 19 de diciembre de 1818.

Señor Antommarchi:

Habiéndome encargado el lord Bathurst que eligiese un cirujano de reputacion para enviar á Santa-Helena al servicio del emperador Napoleon, por los escelentes informes que de V. se me han dado, le he nombrado para ocupar este destino, bien seguro de que V. empleará todo su celo y talento en servicio de aquel Príncipe. En consecuencia, entregará V. la carta adjunta á su Escelencia el lord Burghest, ministro inglés en Florencia, á fin de que le conceda el pasaporte necesario para venir á Roma, y de aquí trasladarse á Lóndres pasando por Alemania.

Aquí se entregará á V. la suma que sea necesaria para el viaje, y el Emperador le señalará su sueldo anual.

Aquí encontrará V. sus compañeros de viaje que pasan al mismo destino.

Admita V. los sentimientos de mi afecto y reconocimiento.

J. Cardenal Fesch.

Entregué al Ministro inglés esta carta que incluia el oficio original de lord Bathurst por

el cual autorizaba á su Eminencia á nombrar cuatro personas para pasar á Santa-Helena. La leyó, me ofreció su apoyo y sus servicios, y me dijo que iba á notificar al gran Duque las intenciones de su Gobierno; pero esta comunicacion no detuvo las delaciones ni las injurias. Continuaron los insultos, vigilancia y amenazas, esperando á cada momento verme preso sin saber por qué. Sabia que se habia bablado de mí en el Consejo, y que los Ministros se habian reunido tres veces para deliberar en este grave negocio. Se habia resuelto mi arresto; pero el residente inglés hizo sentir la fealdad de semejante medida: se suspendió, se consultó al Gabinete de Viena, el cual no encontró mi determinacion tan culpable como habian creido los Toscanos, y en consecuencia se admitió la renuncia de mi destino y se me dió pasaporte: el 5 de enero me puse en camino y el 7 llegué á Roma.

Visité á madama Madre, al Cardenal y á todos los individuos de la familia imperial que allí se encontraban; y aunque creí no detenerme mas que lo indispensable para tomar sus órdenes y continuar mi viaje, se prolongó mi permanencia por las intrigas que se pusieron en movimiento á fin de decidir quie-

nes habian de formar la comitiva para ponernos en camino: por último, se nombró prefecto apostólico al P. Buonavita, eclesiástico que durante veinte y seis años habia residido en Méjico; y habiendo regresado á Europa, habia sido sucesivamente capellan de honor de madama Madre en la isla de Elba, y de la princesa Paulina en Roma. Era un hombre muy de bien, pero decrépito é impotente para el objeto á que se le destinaba; sin embargo, tratándose del Emperador, admitió el encargo sin consultar sus fuerzas: como era individuo del colegio de la propaganda, no podia hacer el viaje solo, porque los misioneros que pasan la línea deben ser dos á lo menos; y por esto se le agregó el abate Vignali, eclesiástico jóven que tenia algunas nociones de medicina: la princesa Paulina cedió su cocinero, y madama Madre un ayuda de cámara, con lo que quedó completa la pequeña colonia: solo faltaba decidir si se iria por tierra ó por mar, en posta ó á jornadas regulares. El Emperador estaba malo, sin médico, pero se le mandaba un sacerdote decrépito, y por lo mismo se decidió que iríamos paso á paso atravesando la Alemania, deteniéndonos á menudo hasta que se restableciese el Prefecto apostólico.

Habia ya un mes que estaba detenido en Roma, y mi paciencia llegaba al estremo, cuando recibí el informe del doctor O'Meara *sobre* la enfermedad de Napoleon, que estaba concebido en los términos siguientes:

«Los últimos dias de setiembre han descubierto síntomas que indican desórden en las funciones hepáticas. Varias veces le habian atacado violentos catarros, dolores de cabeza y reumatismos; pero estos accidentes se han agravado, hinchándosele pies y piernas.

«Las encías han tomado una apariencia esponjosa y escorbútica; y por último, se han manifestado señales de indigestion.

« 1.° *de octubre de* 1817. — Dolores agudos, calor, sensacion de pesadez en la region hipocondríaca derecha: á estos accidentes se ha agregado una digestion laboriosa y estreñimiento de vientre.

«Desde esta época la enfermedad no ha cesado, haciendo progresos continuos aunque lentos: el dolor, en un principio leve, ha ido aumentando en términos de temerse una *hepatitis aguda:* un violento catarro ha producido esta exageracion del mal.

«Tenia tres muelas dañadas, cuya circunstancia juzgué que en parte debia ocasionar afecciones inflamatorias de los músculos y

membranas de la mandíbula; creí ademas que podian producir el catarro; y por lo mismo se las arranqué guardando un intervalo prudente; y en efecto, despues han sido los ataques menos á menudo.

«Ordené el frecuente uso de legumbres y ácidos para destruir la apariencia escorbútica que habian tomado las encías, y lo consegui, pues desapareció; y si bien se descubrió de nuevo, siguiendo el mismo método se curó enteramente.

«Los purgativos y fricciones restablecieron las piernas, que no obstante poco tiempo despues adolecieron de nuevo, pero con menos fuerza. Los purgativos, los baños calientes y los sudoríficos, muchas veces han mitigado el dolor de la region hipocondríaca; pero nunca lo han disipado enteramente: este dolor ha tomado mucho incremento en abril y mayo; luego ha seguido un curso irregular produciendo estreñimiento de vientre, en seguida diarrea, y despues abundantes evacuaciones de materias biliosas y mucosas. Al mismo tiempo se manifestaron cólicos y dolores flatulentos, inapetencia total, sensaciones de pesadez, inquietud y opresion al escrobículo del corazon; la cara pálida, y amarilla la túnica esclerótica; la orina acre y muy

encendida, el ánimo abatido con violentos dolores de cabeza. No puede permanecer acostado sobre el lado izquierdo; notaba sensaciones de calor en el hipocondrio derecho, náuseas, y de cuando en cuando vómitos de bilis acre que han ido aumentando con el dolor; una incomodidad general, debilidad y falta casi absoluta de sueño.

«Se ha reproducido la afeccion de las piernas, pero con menos fuerza que en el principio; dolor de cabeza, congoja, opresion en la region epigástrica y precordial, parasismo de calentura al anochecer, el cútis ardiente, sed, dolores de estómago y el pulso rápido: calma, sudores al amanecer, son efectos casi constantes en el enfermo. Las transpiraciones abundantes le quitan la calentura. Tiene una tumefaccion en la region hipocondríaca derecha que tocándola se siente esteriormente; la lengua se presenta casi constantemente blanca; el pulso, que antes de la enfermedad daba de 54 á 60 pulsaciones cada minuto, llega hasta 88; dolor en la nuca. Para escitar el hígado y el vientre, y restablecer la secrecion de la bílis se le han administrado dos purgantes, los cuales han producido algun alivio aunque de corta duracion. En los últimos dias de mayo y primeros de junio la

Longwood 9 de julio de 1818.

El Cardenal y madama Madre quisieron que una junta de facultativos examinase este informe. Al efecto se reunieron el médico de su Alteza y cuatro profesores de la Universidad, los cuales dieron su dictámen de la manera siguiente:

«Los infrascritos, reunidos para consultar sobre las dolencias de S. M. el emperador Napoleon, habiendo examinado cuidadosamente un informe del doctor O'Meara, que ha asistido al enfermo hasta el 25 de julio de 1818, hemos quedado acordes en los puntos siguientes:

«1.° La enfermedad del augusto Paciente consiste en una obstruccion del hígado, y una discracia escorbútica.

«2.° Los medios de atajar la primera enfermedad son una dieta templada por vgetales frescos, frutas subácidas y sustancias animales fáciles de digerir y capaces de formar un quilo dulcificante; ejercicio al aire libre, á pie, á caballo ó en coche; una habitacion bien oreada y en la cual se respiren aires secos y salubres; y por último, el uso de medicamentos que dulcifiquen y no irriten el sis-

tema, son otros tantos medios que podrán practicarse con buen éxito. El estracto de cicuta, el acetato de potasa y un poco de agua mineral salada de la especie de la de Tetuccio en Toscana, deberán sin embargo ser preferidos.

« 3.° Si el uso de estos medicamentos no aflojase el vientre, podria añadirse, dos ó tres veces la semana, una corta dósis de píldoras compuestas con jabon, ruibárbaro y sulfate de potasa, amasadas con estracto de tarasaco, y administradas antes de cenar.

«4.° Para destruir la discracia escorbútica, además de los tres primeros medios indicados en el número precedente, deben emplearse los zumos purificados de las plantas antiescorbúticas la *fumaria*, la *verónica becabunga*, *nasturzium aquaticum*, y sobre todo la *coclearia*. Para dar á las encías la consistencia y vigor que deben tener naturalmente, se puede usar una opiata dentífica preparada con plantas antiescorbúticas pulverizadas y amasadas con conserva de rosas.

« 5.° Desapareciendo el vicio hepático con sus consecuencias, la inapetencia y principalmente los flatos, podrá emplearse el suero de yegua ó de burra, mezclado con algunos jugos de plantas amargas no aromáticas, entre

las cuales debe darse la preferencia á las diversas especies de achicorias.

«6.° Por último, en la estacion mas caliente, si el vicio escorbútico no lo impide, y lo exige la continuacion ó aumento de la obstruccion del hígado, pueden aplicarse con prudencia algunos baños frios, ó por lo menos muy poco calientes, y tambien baños de chorro *(douches)* en el hipocondrio derecho.

«Estos remedios deben sujetarse á las circunstancias particulares en que se encuentre el augusto Enfermo, y al estado de su enfermedad en el momento que le visite el médico elegido.

Roma 1 de febrero de 1819.

Con estas consultas, despachos de bulas, compras de adornos para el oratorio del Emperador, y mil otras frioleras perdíamos el tiempo, hasta que al cabo salímos de Roma el 25 de febrero: por desgracia los caballos eran pesados, y los caminos malos; de suerte que tardámos doce dias en llegar á Bolonia; pasámos por Módena, Parma, Turin, Ginebra, parte de la Suiza, el ducado de Baden, por la orilla derecha del Rin, y al 1.° de abril llegámos á Francfort; desde donde pasámos

por Amberes, fuimos á Ostende, en cuyo puerto tomámos el paquebote, y llegámos á Lóndres el 19.

A los dos dias nos presentamos al *Ministerio* para entregar una carta al lord Bathurst, en el cual el Cardenal le anunciaba nuestro viaje para Santa-Helena. Su Escelencia no se dignó recibirnos, y nos mandó su secretario, quien nos hizo algunas preguntas sobre nuestra llegada y los incidentes del viaje que íbamos á emprender: nos prometió que entregaria la carta del Cardenal al Ministro, y que incesantemente nos comunicaria la respuesta.

En efecto, algunos dias despues recibió el abate Buonavita una carta previniéndonos que estuviésemos prontos para embarcarnos, y que iríamos al Cabo de Buena Esperanza, porque no habia proporcion para emprender el viaje directamente: Vignali no podia embarcarse con nosotros porque un solo sacerdote bastaba al general Bonaparte, en medio de que no debia el Cardenal haberse escedido nombrando mas de cuatro personas que se le habian fijado. Esta fatal decision trastornaba todas las combinaciones de su Eminencia; pero felizmente el Gefe apostólico logró hacerla revocar, pues escribió al lord Bathurst esponiéndole su avanzada edad, sus achaques

y las órdenes del Papa que prohiben que ningun misionero entre solo en un pais que no es católico. El Ministro se ablandó, dió algunas esperanzas al anciano, y al cabo concedió á sus venerables canas lo que negaba al Cardenal.

Solo faltaba hacernos á la vela; pero los vientos eran contrarios, no habia buque para Santa-Helena, y los que iban al Cabo ya habian salido. Forzoso era esperar hasta que se presentase un buque cualquiera para embarcarnos; y aunque no ignorábamos que con mucha frecuencia habia ocasiones para aquellos mares, como el Ministerio no lo sabia, no nos correspondia tomar la iniciativa. El doctor O'Meara acababa de llegar á Lóndres, y desde luego fui á verle para informarme del estado en que habia dejado el Emperador: díjome que su salud empeoraba cada dia; que en Santa-Helena la hepatítis era endémica; que cuantos remedios habia puesto en uso no habian podido detener los progresos de la enfermedad, y que consideraba imposible la curacion, á menos que se le arrancase de la funesta influencia de aquel clima; que antes de marcharse habia rogado á Napoleon que mandase llamar al doctor Stokoe, cirujano del navío el *Conquistador*; pero que apenas

le hizo este algunas visitas que el Gobernador habia entrado en sospechas. El doctor O'Meara me entregó algunos documentos que transcribo.

Longwood 17 de enero de 1819.

«Esta mañana he visitado á Napoleon, que he hallado en el mayor estado de debilidad. Padecia cruelmente del lado derecho del higado, y sentia latidos dolorosísimos en el hombro: á media noche le ha entrado un violentísimo dolor de cabeza, al cual han seguido vahidos que han durado un cuarto de hora: en cuanto se han calmado, ha tomado un baño caliente que le ha escitado una transpiracion abundante que le ha aliviado mucho.

« Vista la tendencia de la sangre á subirle á la cabeza, opino que es indispensable que un médico permanezca continuamente cerca del doliente, para poder suministrarle los auxilios oportunos en un caso de tanta gravedad.

«John Stokoe.»

Al señor Conde Bertrand.

Longwood 18 de enero 1819.

«A pesar de los síntomas de *hepatitis crónica*, cuyo primer descubrimiento tiene ya diez y seis meses de fecha, y de los desórdenes que ocasiona, yo no creo que haya un peligro inminente. La enfermedad cada dia va agravándose mas y mas, y es muy probable que acabará la vida de Napoleon; pero, á pesar de la influencia del clima y de los progresos del mal, repito que no soy de parecer de que haya peligro inminente.

«Los síntomas que se han manifestado la penúltima noche son los que deben dar mas cuidado. Si se renuevan, ciertamente acarrearán un fatal resultado, sobre todo si no se acude con la mayor prontitud.

«John Stokoe.»

Longwood 19 de enero de 1819.

«Ayer, poco despues de mi llegada á Longwood, me invitaron á entrar en el cuarto de Napoleon Bonaparte. El conde Bertrand me preguntó la causa de mi tardanza; y le respondí que no habiendo recibido el Almirante

un aviso oficial de Longwood, cuando obtuve el permiso era ya muy tarde. Ví nuevamente al enfermo: la calentura continuaba, el calor del cútis era muy considerable, el dolor de cabeza habia aumentado, y no habia evacuado el vientre de mas de veinte y cuatro horas. Temí un ataque semejante al que tuvo en la noche del sábado al domingo, y por lo mismo le ordené una ligera sangría y un purgante activo; pero manifestó repugnancia á mis disposiciones, prefirió una lavativa. A las tres de la mañana el conde Bertrand me mandó llamar y me rogó que pasase con él al cuarto de Napoleon. Los síntomas no habian disminuido y el dolor de cabeza habia ido aumentando. Insistí vivamente en la sangría: consintió *en ello*, y en efecto se alivió casi instantáneamente: luego tomó una fuerte dósis de sal de *Cheltenham*.

«En esta ocasion pude examinar mas particularmente la region del hígado; y ahora estoy enteramente convencido de que esta víscera se halla gravemente dañada: en consecuencia, he ordenado la curacion mercurial y otros medicamentos los mas análogos á la constitucion del enfermo.

« *Firmado*, John Stokoe. »



Santa-Helena 20 de enero de 1819.

«Muy Señor mio: tengo fundadísimos motivos para creer que me veré en el caso de suspender mis visitas en Longwood, ya sea por órden directa de mis superiores, ó bien porque se me pondrán tantas trabas, que se me precisará á renunciar voluntariamente á ello. Como quiera que sea, si no tengo el placer de poder hablar con V. de un objeto que tanto me interesa, le invito á que haga todos sus esfuerzos para que Napoleon adopte el uso de los medicamentos que le he prescrito, pues solo ellos pueden evitar el peligro que le amaga. La hepatítis, á cualquier grado que llegue, es una enfermedad peligrosa, y principalmente en un clima como el de Santa-Helena. La obstruccion del hígado, el estado habitual de restreñimiento y el desórden de los órganos digestivos, determinarán la sangre á subirse á la cabeza, precisamente de la misma manera que ha sucedido el sábado último.

«Ruego á V. pues que en el caso de que no se me permita continuar visitando al enfermo, haga todos sus esfuerzos para que el doctor Verling me reemplace.

«Tengo el honor, etc.»

«*Firmado*, John STOKOE.»



Al señor conde Bertrand.

Longwood 21 de enero de 1819.

«Hora y media despues de mi llegada á Longwood he visto á Napoleon. Tenia poca calentura, pero el dolor del costado derecho habia aumentado. El purgante habia producido abundantes evacuaciones acompañadas de fuertes cólicos. El enfermo habia dormido mal, y el dolor del costado subsistia en toda su intensidad: le ordené un baño caliente, que tomó al instante. Le he dejado en el baño, y antes de retirarme le he dicho que ya tenia preparados algunos medicamentos, y que le mandaria otros con las instrucciones oportunas, puesto que no podia continuar á visitarle. Me ha contestado que no tomaria ninguna medicina que no se la administrase su cirujano.

«Tengo el honor, etc.»

«*Firmado*, John Stokoe.»

Estas relaciones me determinaron; y sin detenerme en las oficinas ni con los secretarios me presenté á su Señoría. Le hice presente



las promesas que nos habian hecho, los avisos que se nos habian dado, los buques que estaban prontos á dar á la vela, las ocasiones que se nos presentaban y que temíamos perderlas por la lentitud con que se nos despachaba; que estos retardos nos eran tanto mas penosos, por cuanto nos precisaban á hacer gastos escesivos y esponian á Napoleon á accidentes desagradables. «¿V. cree pues que está enfermo?—Las relaciones son unánimes. —¿De veras?—Stokoe, O' Meara.—¡Stokoe, O' Meara! ¿Qué se piensa en Roma de de su enfermedad?—Están en la mas viva inquietud.—¿Temen la influencia del clima? —Estraordinariamente.—¿La penuria, las privaciones, los malos tratamientos que padece? —Temen todas las malas consecuencias de un cautiverio tan riguroso.—¿Seriamente?—Sí por cierto.—Vaya, tranquilícese V. y tranquilice á su familia; acabo de recibir noticias positivas, y está perfectamente bueno.» Pronunció estas últimas palabras con un tono de verdad que me penetró: no pude contener mi satisfaccion: el Ministro la notó sin desaprobarla, y prosiguió diciendo. «Grita y se queja, pero nada le falta en Santa-Helena, pues el Gobierno le suministra cuanto necesita con profusion; nos cuesta sumas inmensas.

Esté V. tranquilo, pues muy pronto V. mismo verá si es cierto lo que le digo. »

Yo hubiera querido creerlo, y ciertamente tambien su Señoría; pero la deferencia que ya tenia para sir Hudson-Lowe no podia prevalecer sobre los asertos de los facultativos: por lo mismo tomé la resolucion de valerme de la esperiencia de algunos médicos hábiles, y sobre todo de los que habian ejercido la facultad bajo los trópicos, ó en la misma isla de Santa-Helena. La publicacion de las obras póstumas de Mascagni me habia proporcionado una especie de celebridad, que naturalmente me ponia en relacion con los facultativos mas ilustres de Lóndres. Todos me ofrecian sus consejos, todos me invitaban á valerme de sus conocimientos, todos deseaban contribuir á suavizar los males cuyo orígen desaprobaban; y por lo mismo hice contribuir su buena voluntad dirigiéndoles circulares, y sometiéndoles la consulta que se me habia recibido, suplicándoles que me manifestasen su opinion sobre la enfermedad que afligia al Emperador, indicándome los medios que creyesen convenientes para curarla. Todos, y particularmente el respetable James Curry, tan distinguido por sus obras sobre las hepátitis, me contestaron con un celo y buena

voluntad que me enterneció: reuní estas opiniones diversas, y las entregué para discutirlas á algunos médicos que se habian dedicado mas particularmente á la especie de enfermedad de que se trataba, y su resultado fué como sigue:

«Habiendo examinado y discutido los informes escritos y verbales de los doctores O' Meara y Stokoe, creemos haber reconocido que Napoleon se halla atacado de una hepatítis crónica. Esta enfermedad casi siempre es una consecuencia de la hepatítis aguda, particularmente cuando el enfermo reside bajo los trópicos habiendo nacido en otro pais, y estando acostumbrado á otros climas; pero algunas veces es el resultado de circunstancias locales que propenden á entorpecer la transpiracion y tal es el caso de que se trata. El relajamiento de la textura primitiva del hígado, unido á la repentina cesacion de la actividad celebral y muscular, y á la debilitacion de las facultades intelectuales naturalmente debia acelerar los progresos de la obstruccion humoral de la víscera. No podemos asegurar que la discracia escorbútica todavía no exista. La membrana mucosa que cubre las encías, así como las demas de la misma naturaleza, comunmente es lo primero que se resiente de

toda irregularidad visceral, y que influye directamente en las funciones de la quilificacion, la sangüificacion y la nutricion succsiva de las partes orgánicas. »

En cuanto al método curativo, se halla descrito en la carta siguiente:

«Muy Señor mio: he leido con la mayor atencion las dos relaciones que ha tenido V. la bondad de mandarme. Si no estuviese plenamente convencido del poco mérito que merece una opinion formada sin tener el enfermo á la vista, acaso me quejaria de la falta de noticias sobre ciertos puntos á que acostumbro dar mucha importancia cuando procuro adquirir un exacto conocimiento en las enfermedades hepáticas. Lejos de entrar á hacer una disertacion, que cuando menos la juzgaria V. inútil, creo que bastará repetirle en términos generales lo que ya he tenido el gusto de decirle verbalmente, es decir que los esperimentos y observaciones que he hecho me han convencido plenamente de que los medios mercuriales son los únicos capaces de producir una curacion radical. Entre todos los medicamentos estos son los que mejor realizan nuestras esperanzas, mientras que no haya todavía lesiones orgánicas, y que sean ad-

ministrados con prudencia, y en los casos convenientes. No quisiera, sin embargo, que se supusiese que entra en mis ideas la esclusion de los demas medios curativos, como son las sangrías locales, los vejigatorios, los purgantes, los refrescos, etc. Temo que me acuse de superfluidad, V. que, como buen discípulo del sabio Mascagni, sabe mejor que nadie que nada manifiesta mejor el estado de un órgano que la manera como ejecuta sus funciones; si añado que como el efecto ordinario de los mercuriales es escitar el higado á verificar sus secreciones naturales, es necesario que la dósis y la preparacion se arreglen únicamente para este objeto: la esperiencia....... debe indicarnos las ventajas que se hayan conseguido, y ella sola debe servirnos de guia para la aplicacion del gran remedio cuya recomendacion es el objeto principal de esta carta.

«Tengo el honor, etc.

«S.»

Lóndres, hoy sábado.

Un discípulo de los mas distinguidos del doctor Curry no se limitó en recomendarme el uso de los mercuriales, sino que quiso hacerme juzgar por mí mismo de la eficacia de este específico. Me condujo á diversos estableci-

mientos de la Capital, y me puso en estado de observar los efectos que estas preparaciones producen en las hepáticas, y los flujos de vientre crónicos que engendra la habitacion de la India y de los trópicos. Otros varios facultativos hábiles de Lóndres me manifestaron la misma condescendencia y el mismo celo: cada uno me comunicaba sus observaciones, y me daba parte de sus ideas y miras: los museos, los hospitales, las colecciones, nada tenian oculto para mí, el nombre de Napoleon me abria todas las puertas, me proporcionaba todos los medios de ilustrarme; en fin, nadie queria parecer cómplice de la infamia ministerial.

Llevaba conmigo el prospecto y algunas pruebas de treinta láminas de la grande anatomía de Mascagni, cuya publicacion habia yo dirigido; y habiéndolas enseñado á algunos fisiologistas, hablaron de ellas en público, y escitaron la curiosidad: todos querian verlas, todos querian conocer esta bella obra. De los sabios pasó la admiracion á los diaristas; estos decian que ya se poseia una carta topográfica, un panorama del cuerpo humano: la armazon del edificio, las piezas que determinan las formas la gracia y los movimientos; los cordones que trasmiten los actos de la volun-

tad; los canales que siguen los humores que constituyen la sangre, todo estaba descrito y delineado con una limpieza y una perfeccion sin ejemplo. Las disecciones ya serian inútiles, en adelante cualquiera podria dedicarse á la anatomía sin disgusto; en fin, era la mas bella empresa del siglo.

Habíase publicado el prospecto bajo los auspicios del Príncipe regente, y la sociedad de los editores me habia encargado de presentarle la dedicatoria: lo hice en efecto por el conducto del lord Bathurst, á quien renové al mismo tiempo las instancias que no cesábamos de hacerle para que se nos permitiese hacernos á la vela. Dióme las promesas mas positivas, segun acostumbraba hacerlo, pero no tuvieron efecto; y aunque continuamente partian buques para el Cabo y Santa-Helena, era tan desgraciado su Señoría que, ó la noticia le llegaba tarde, ó no podia obtener nuestro pasaje.

Como yo no habia tenido nada que entender con la policía hasta el momento de partir, no conocia hasta qué punto llegaban sus ridículos temores; y no creyendo que las estampas de anatomía pudiesen serle suspectas, me disponia á llevarlas conmigo, cuando se me hizo saber que en el siglo presente hasta los

músculos y los tendores pintados pueden tramar la pérdida de los reyes. Supliqué al lord Bathurst me permitiese asociar mis libros y estampas á mi destierro: su respuesta fue poco satisfactoria; y queriendo evitar una correspondencia desagradable, tomé otro medio mas directo. Reuní mis láminas, fuíme al Ministerio y las espuse á la inspeccion de su Señoría, quien las recorrió y examinó detenidamente, me recibió con el mayor agrado, y me hizo varias preguntas sobre la obra, y sobre las dificultades que tendria en publicarla, á causa de mi viaje á Santa-Helena. Varios personajes que llegaron durante el exámen, se mostraron no menos satisfechos: agradecíles su bondad, y pedí á su Señoría acelerase un viaje tantas veces prometido y diferido. Despues de una hora de conferencia me retiré lleno de alegría y esperanzas, con la seguridad de llevar mis láminas, y de hacerme á la vela inmediatamente; mas esta ilusion duró muy poco. Quisieron ganarme con promesas, dinero, empleos, todo estaba á mi disposicion, al parecer solo por adquirir mis servicios. Me guardé muy bien de dar crédito á esta infame cobardía, con la cual solo se trataba de envilecerme é insultar á Napoleon.

No habiendo podido seducirme, trataron de

comprometerme. Habíamos ya recibido aviso de estar dispuestos á partir: yo habia salido á despedirme de algunos amigos, y volvia acompañando á una señora, cuando me vi rodeado por varios individuos de traza bastante pobre, que comenzaron á prodigarme los mas odiosos epitetos sin respetar á los Franceses ni á la persona que yo acompañaba. En tanto que solo á mí se dirigieron, me contuve; pero no pude sufrir que ultrajasen á una señora respetable. Ya iba á ceder á un movimiento de cólera; mas ella me contuvo y me hizo entrar en una casa inmediata donde hallámos un gefe del Jurado. « Gran dicha ha sido, nos dijo este, que esta señora haya conocido la trampa: si os hubieseis comprometido con esos miserables, os hubieran detenido, aun cuando solo fuese para daros satisfaccion, y entretanto hubiera partido el buque y se trastornaba el viaje. » La observacion del magistrado me calmó de tal modo, que todas las emboscadas de la policía no hubieran podido conmoverme.

Estábamos á 8 de julio y nuestra partida señalada para el dia siguiente. Se nos pidió que firmásemos nuestro destierro sometiéndonos á los reglamentos que se publicasen en Santa-Helena. Aun cuando las condicio-

nes hubieran sido mucho mas duras, lo mismo las habria aceptado: no me detuve en discutirlas, las firmé con la mayor satisfaccion.

La carta del Ministro decia que debíamos embarcarnos en Deptford, pero luego se halló que era una equivocacion; debíamos ir á Gravesend, y así lo hicímos. El barco era digno de la mano que le habia elegido: un mal bergantin *(el Snipe)*, cargado de harina, lleno de maderos y tablas de toda especie que no dejaban dos pies cuadrados de espacio y en el cual era imposible moverse; estábamos condenados á una actitud penosa durante una larga travesía y espuestos á ser sumergidos. Recurrí al magistrado, quien me escuchó del modo que se acostumbraba, á saber, prodigando promesas sin cumplir ninguna. Como ya sabia que el Capitan estaba enojado de mi queja, quise ponerme á cubierto contra sus bondades, y me compré mis provisiones. Exaltóse mucho sobre la inutilidad de este gasto, protestando á una con el abate Buonavita que nada nos faltaria en la navegacion, y que reinaria la abundancia á bordo; pero yo les dejé decir y continué mis compras cuya utilidad esperimenté muy presto.

Un jarro de cerveza, algunas carnes sala-



das y una ave, lo que un solo marinero hubiera devorado, formaban la comida de la colonia entera: estábamos atacados por un recio temporal, y el capitan respondia á nuestras quejas con noticias que pedian resignacion. Habia conocido que el prefecto apostólico estaba descontento, y vino á sentarse á su lado: ya la tempestad se calmaba y desembocábamos el golfo de Vizcaya. Nos contó con una especie de indiferencia que él acostumbraba estarse en las aguas de Alejandría y Djedde, transportando los peregrinos de una á otra de estas ciudades; que como el ayuno es uno de los preceptos del Alcoran, él se encargaba de hacerle observar: que no siendo la templanza la virtud de los devotos, no le hubieran bastado todas las provisiones de la costa, si por medio del garrote, de la cala y del mar, no hubiese acallado las quejas: que desde que empleó estos medios menos costosos, todos se habian sometido á una religiosa abstinencia. Dicho esto se alejó, dando órdenes imperiosas y dejando al misionero en sus reflexiones. La advertencia produjo su efecto, pues el santo varon en adelante todo lo hallaba bueno y sin motivo de queja.

El tiempo nos era favorable, estábamos á

la vista de Mogodor; íbamos á carecer de todo, ya no habia carne fresca, legumbres, ni licores, y aun el agua se acercaba á su fin. Yo sufria mucho del mareo, y me importaba poco estar á dieta; pero los demas pasajeros caian de inanicion, y no pude sufrir espectáculo semejante.. Hice al Capitan los mas vivos reproches intimándole que echase pie á tierra para refrescar sus provisiones: él se negaba á ello, reclamó el órden y la subordinacion; pero toda la tripulacion se unió á mí, y al fin accedió mediante mi oferta de tomar los comestibles por mi cuenta: á este fin le remití dinero y me ofrecí á acompañarle; pero quiso absolutamente saltar él solo.

Entretanto me puse á observar la ciudad y la costa de Mogodor: aquella no presenta mas que un monton irregular de casas, y en la llanura, sin árboles ni verdor, solo se veian algunos débiles dromedarios. En esto apareció la canoa sin víveres y el capitan que venia gritando como un furioso; preguntéle la causa de su cólera, y él sin responderme mandaba virar de bordo. Ya estábamos muy afuera, cuando nos dijo que Mogodor era una plaza detestable, que no habia podido vender sus maderas. «¿Y los víveres? le dije, ¿acaso es

ese el objeto que os ha hecho bajar á tierra? Y cual otro podia ser? me respondió: Ya tocamos al cabo Verde; además que nada falta en mi bordo, y los pasajeros deben contentarse con lo que á mí me basta. Ahora iria yo á pagar guinea y media para anclaje por satisfacer un apetito desordenado.»

Así esponia aquel corsario toda la tripulacien á morir de hambre, por no desembolsar una suma tan despreciable. Yo hubiera pagado diez veces mas de lo que importaba para salir de aquella angustia; mas ya no era tiempo, el viento nos empujaba y nos hallábamos entre unos escollos, de donde nos sacó á duras penas la habilidad de nuestro sórdido capitan. Parecióle tocar la isla de Gorea; y descubriendo una playa inculta, se imaginó hallar en ella muchos salvajes: quiso reconocerla; y sacando unas malas escopetas saltó con cuatro hombres á esta famosa espedicion; tambien el prefecto apostólico envió á Vignali para que bautizase las tribus que iban á subyugar. La desgracia fué que ni los conquistadores ni el misionero hallaron á nadie que someter ni convertir. Retiráronse, y ya nos disponíamos á hacer velas, cuando vímos venir hácia nosotros una goleta armada. Era la de la aduana que,

sorprendida de vernos en tal estacion, nos suponia con designios fraudulentos, y corria á darnos caza. Apenas dijímos quienes éramos y adonde íbamos, que nos cogieron, agasajaron y nos hallámos entre los nuestros: yo desembarqué á pesar de los gritos del capitan, y me rehice de la pena y privaciones pasadas.

Todos los franceses que habia en la Isla me colmaron de obsequios; y deseando yo manifestarles mi reconocimiento, los reuní á comer, y les presenté á mis compañeros de viaje que habia ido á buscar á bordo: convidé tambien á nuestro odioso capitan, pero tuvo la discrecion de no venir: no era el pudor el único motivo que le detenia. Yo estaba alojado en casa de un marsellés, á quien quise ofrecer unos jamones que me quedaban de las provisiones que hice en Lóndres: cuando fuí á buscarlos al buque me hallé con que nuestro pirata los habia vendido y reemplazado con una carga de patos, puercos y marranas, que reñian, se buscaban y parian, presentando un espectáculo muy desagradable. Preciso fué sufrir esta nueva infamia: volvímos á embarcarnos, y á fuerza de velas nos hallámos en el Cabo de Palma.

Al acercarnos á la costa, varias canoas cargadas de comestibles vinieron á nosotros: la ocasion era favorable pues aunque nuestro capitan habia comprado vino clarete y aves, los guardaba para vender en Santa-Helena. Bien pronto nos alcanzaron las canoas manejadas diestramente por aquellos hombres ágiles y robustos, y recibímos las provisiones que nos traian. Uno de ellos nos preguntó que adonde íbamos; habiéndole dicho que á Santa-Helena, quedó como sorprendido de oir este nombre. «¿Es posible que Napoleon esté allí?» nos dijo con un tono conmovido: nos mirábamos los unos á los otros sin acertar quien podria ser aquel salvaje que hablaba inglés y francés, y parecia tener una idea tan alta de Napoleon. Respondímosle que con efecto allí estaba. «Imposible, replicó; yo le conozco mucho tiempo ha; le he visto cubierto de gloria en la *Bien guardada* (1) en el desierto; en el campo de batalla su brazo es invencible, su lengua dulce, nada se le puede resistir. La Europa ni el mundo entero no pueden abatir á un hombre semejante, los mamelucos y los pachas se eclipsaban á su

(1) El Cairo.

presencia, como á la del dios de las batallas. «¿Habeis servido cono soldado? le pregunté.— No lo fui al principio: yo era esclavo y pertenecia á un hijo del rey de Darfour; fui conducido á Egipto, maltratado y vendido, hasta que caí en poder de un edecan del Justo (1). Me vistieron á la europea, me encargaron algunos cuidados domésticos que desempeñé con acierto; y el Sultan, contento de mi celo, me agregó á su persona. Servi bajo su mando como soldado granadero, fui herido en Coftos; y siguiendo el movimiento del ejército, me hallé en Abou-kir. Por él hubiera vertido la última gota de sangre; á su vista todas nuestras fatigas estaban recompensadas. Es imposible que Napoleon haya sido vencido y llevado á Santa-Helena.»

No insistímos en sacar al incrédulo africano de una ilusion que le era tan agradable: dímosle tabaco, pólvora y algunas frioleras que tendrian algun valor en su tribu, y se volvió muy satisfecho, hablando siempre de sus gefes y de la imposibilidad de que el grande Hombre estuviese en Santa-Helena.

---

(1) Nombre que daban los Egipcios al general Desaix.

Temerosos de que nos sorprendiesen las calmas, desplegámos todas las velas; y aprovechando un vientecillo fresco, doblámos el golfo de Guinea, y pasámos la línea, donde hicímos las abluciones y ceremonias de costumbre. Mas bien pronto el mar se embraveció, el barco no caminaba y hacia aguas por todas partes: en medio de un calor abrasador, estábamos mezclados con los puercos y los patos, rodeados de inmundicias; prolongábase la travesía, é iban faltando las provisiones. Entonces imaginó el Capitan el sacar algun partido de sus marranas distribuyéndolas á su gente, reservándose los cochinillos de leche, que para él eran manjar delicado, aunque le produjeron unos cólicos terribles; á mí el primero me convidó con tal regalo; pero habiéndole manifestado mi asco por medio de un gesto involuntario, se alejó saludándome en voz baja con el *frenchdog*.

Estábamos á 10 de setiembre: la bomba, el calor y las indigestiones habian estenuado á los marineros; no estaba en mejor estado el Capitan que tampoco se podia sostener, por lo que ya no hablaba de las iniquidades que habia hecho con los barbarescos; era menos insolente, menos miserable, y solo aspiraba á tocar en tierra. De repente creyó des-

cubrirla; parecióle estar en las aguas de Santa-Helena, y estaba cierto por sus observaciones; pero por desgracia era peor astrónomo que despensero, la tierra desapareció durante la noche, y hasta el dia 18 por la mañana no la descubrímos. ¡Con qué siniestro aspecto se aparecia á lo lejos! ¡Qué grupo de rocas empinadas! Qué mansion! Mas en ella estaba el Emperador; allí la infamia de los Ingleses se encarnizaba en su presa; allí vengaban los reyes los yerros de la generosidad de aquel grande hombre. Ibamos á habitar el mismo sitio, á respirar el mismo aire, ¿cómo podríamos quejarnos de participar de la suerte del dueño del mundo? Unicamente deseábamos desembarcar; pero Hudson Lowe estaba menos impaciente, pues necesitaba tiempo para meditar y prepararnos una trampa: mandó advertirnos que no podiamos entrar en el puerto hasta el dia siguiente: pregunté á los enviados como estaba Napoleon. Muy bueno, respondieron, disfruta una salud robusta y está mejor que nosotros. Ya se retiraban cuando vímos llegar unas canoas que vogaban al rededor del buque; y aunque sospeché la maniobra, quise saber con seguridad lo que era. Pregunté al Capitan quienes eran aquellos hombres, y me dijo eran pescadores;

les pedímos nos vendiesen pescado, mas todavía no habian echado las redes: no habian previsto este caso que los desconcertó, y se alejaron.

No habiendo confiado nada á los pescadores de sir Hudson, debíamos llevar con nosotros todo el plan de la conspiracion; por esto redoblaron tanto su vigilancia, que apenas entrámos en el puerto cuando empezaron á observarnos, registrarnos y rodearnos de aspirantes; pero sus precauciones no impidieron que fuesen nuestros escritos, no por nuestro conducto, sino por medio del capitan que no pudo menos de hacerlo. Habíanle encargado en Beptfort diez y siete ejemplares sellados de un devocionario para la misa, dirigidos á varios habitantes de Santa-Helena; bien creia yo conocer por el volúmen que aquella produccion no era bíblica, pero el corsario se habia hecho pagar el flete, y yo no debia aconsejarle que retuviese la mercancía. Enviólos pues de uno en uno con el aspirante; y entretanto su Escelencia tomó conocimiento de la misiva de lord Bathurst; nos envió uno de sus oficiales diciendo queria vernos y se encargaba de conducirnos: con efecto fuímos al castillo donde se nos recibió con la mayor gracia y urbanidad. Sir Hudson

nos presentó al Ayudante general, al Mayor y á todas las personas que merecian su confianza en la plaza: estuvo afable, afectuoso y se interesaba en los pormenores de nuestra navegacion; por amor á la concordia, hubiera hecho ahorcar á nuestro corsario si hubiéramos dicho algo de lo que habia hecho.

Sir Hudson hizo venir al doctor Verling que acababa de llegar de Longwood: creyendo yo que habia reemplazado á Stokoe, le pregunté por la salud de Napoleon. Vióse embarazado, y buscaba en los ojos del Gobernador lo que deberia responder; este le sacó del apuro diciendo que el doctor no veia á Bonaparte porque solo asistia al general Montholon. Conociendo el médico que no era á propósito su visita, se retiró; y su Escelencia continuó hablando del buen espíritu que debíamos llevar á la Isla, y del gusto que tendria en hacernos agradable aquella mansion. Se habló mucho de la Córcega, y luego recayó la conversacion en el general Bonaparte. Sir Hudson se quejó mucho de su orgullo y sobre todo de una de sus pretensiones: razon tenia para quejarse, pues la nota era un poco viva, y su Escelencia merecia mas atencion: he aquí su copia literal:

« Señor General. He recibido el tratado de

2 de agosto de 1815, concluido entre su Majestad británica, el Emperador de Austria, el de Rusia y el Rey de Prusia, que vuestra Escelencia me incluia en su carta de 23 de julio.

«El emperador Napoleon protesta contra el contenido de este tratado. No es cierto que sea prisionero de la Inglaterra: habiendo abdicado en manos de los representantes de la nacion, á beneficio de la Constitucion adoptada por el Pueblo francés y en favor de su hijo, se ha trasladado libre y voluntariamente á Inglaterra, para vivir retirado como particular bajo la proteccion de las leyes británicas. La violacion de todas las leyes no puede constituir un derecho. La persona del Emperador se halla de hecho en poder de la Inglaterra; pero ni de hecho ni de derecho ha estado ni está en poder del Austria, de la Rusia ni de la Prusia, y mucho menos siguiendo las leyes y costumbres de la Inglaterra que no ha hecho jamás entrar á la parte en sus prisioneros á los Rusos, Austríacos, Prusianos, Españoles ni Portugueses, aunque unida á estas potencias por tratados de alianza y haciendo la guerra juntamente con ellas. En derecho, la convencion de 2 de agosto, hecha quince dias despues que el emperador Napo-

leon estaba en Inglaterra, no puede tener ningun efecto; en ella solo se ofrece el espectáculo de una coalicion de las cuatro principales potencias de la Europa para oprimir á un solo hombre; coalicion que desaprueban tanto la opinion de todos los pueblos, como los principios todos de la sana moral. No teniendo los Emperadores de Rusia, de Austria, y Rey de Prusia ninguna accion de hecho ni de derecho sobre la persona del emperador Napoleon, nada han podido decretar relativamente á él.

«Si el emperador Napoleon hubiera estado en poder del Emperador de Austria, este Príncipe habria recordado las relaciones que la religion y la naturaleza han puesto entre un padre y un hijo; relaciones que jamás se violan impunemente. Se hubiera acordado de que Napoleon le ha restituido su trono cuatro veces: en Leoben el año 1797; en Luneville el de 1801 cuando sus ejércitos estaban delante de las murallas de Viena; en Presburgo el año 1806, y en Viena en 1809 cuando aquellos eran dueños de la Capital y de las tres cuartas partes de la Monarquía. Este Príncipe se hubiera acordado de las protestas que le hizo en el campo de Moravia el año 1806, y el de 1812 á su entrevista en Dresde.

«Si la persona de Napoleon hubiese estado en poder del emperador Alejandro, este habria recordado los lazos de amistad contraidos en Tilsitt, en Erfurt y en doce años de un comercio diario; se hubiera acordado de la conducta del emperador Napoleon cuando, al dia siguiente de la batalla de Austerliz, pudiendo hacerle prisionero con los restos de su ejército, se contentó con su palabra y le dejó hacer su retirada; se habria acordado de los peligros á que personalmente se espuso Napoleon por cortar el incendio de Moscou y conservarle su capital; bien seguro de que este Príncipe no hubiera violado los derechos de la amistad y del reconocimiento con un amigo infortunado.

«Si la persona del Emperador hubiese estado en poder del Rey de Prusia, este Soberano no hubiera olvidado tampoco que del Emperador dependió despues de Friendland el poner otro príncipe en el trono de Berlin; no habria olvidado delante de un enemigo desarmado las protestas de afecto y los sentimientos que le manifestó á su entrevista en Dresde. Así es que, segun resulta por los artículos 2 y 5 de dicho tratado, no pudiendo estos príncipes influir en nada sobre la suerte del emperador Napoleon, que no se halla en su

poder, se remiten á lo que haga su Majestad británica que se encarga de cumplir todas las obligaciones. Dichos soberanos han reprochado á Napoleon el haber preferido á la suya, la proteccion de las leyes inglesas. Las falsas ideas que este tenia de las leyes inglesas, y de la influencia de un pueblo grande, generoso y libre, sobre su gobierno, le han decidido á preferir la proteccion de sus leyes á la de su padrastro, ó de su antiguo amigo. Siempre ha sido dueño el emperador Napoleon de asegurar por medio de un tratado diplomático lo que le era personal, ya poniéndose á la cabeza del ejército del Loira, ó ya marchando á la del ejército de la Gironda que mandaba el general Clausel; mas no buscando ya sino el retiro y la proteccion de las leyes de una nacion libre, fuese inglesa ó americana, le pareció inútil toda estipulacion. Creyó que el Pueblo inglés quedaba mas comprometido con esta accion franca, noble y llena de confianza, que con los tratados mas solemnes. Engañóse; pues este error avergonzará eternamente á los verdaderos británicos; y tanto en la generacion presente como en la futura será una prueba de la poca lealtad de la administracion inglesa.

«Han llegado á Santa-Helena comisarios

rusos y austríacos: si el objeto de su mision es llenar una parte de los deberes que los emperadores de Austria y Rusia han contraido por el tratado de 2 de agosto, y velar sobre los agentes ingleses, á fin de que en esta pequeña Colonia, en medio del Océano, no falten á los respetos debidos á un Príncipe unido á ellos por los lazos del parentesco y otras relaciones, en este hecho se reconocen pruebas del carácter de ambos soberanos. Mas vos mismo me habeis asegurado que estos comisarios no tienen derecho ni poder para intervenir en nada de lo que pueda acontecer en este peñasco.

«El Ministerio inglés ha hecho trasportar al emperador Napoleon á Santa-Helena: hállase este peñasco situado bajo el trópico á quinientas leguas de todo continente, sujeto al calor abrasador de esta latitud, cubierto de nublados y nieblas las tres cuartas partes del año; es á un tiempo el pais mas seco y el mas húmedo del mundo, y el clima mas contrario á la salud del Emperador. El odio ha presidido á la eleccion de esta vivienda; así como á las instrucciones dadas á los oficiales que mandan este pais. Se les ha mandado que llamen general al emperador Napoleon, queriendo obligarle á reconocer que no ha reinado

jamás en Francia; esto le ha decidido á no tomar un nombre incógnito, segun se habia propuesto al salir de Francia. Siendo primer magistrado á vida, bajo el título de primer cónsul, concluyó los preliminares de Lóndres y el tratado de Amiens con el rey de la gran Bretaña. Recibió por embajadores al lord Cornwallis, Mr. Merry y lord Witworth; quienes, en esta calidad han residido en su corte. Calificó como tales cerca del Rey de Inglaterra, al conde de Otto y al general Andreossi que han estado de embajadores en la corte de Windsor. Habiendo verificado un cambio de despachos entre los ministros de relaciones estranjeras de ambas monarquías, lord Lauderdale vino á Paris autorizado con plenos poderes del Rey de Inglaterra, trató los plenipotenciarios de Napoleon, y residió muchos meses en la corte de Tullerías. Cuando luego en Chatillon firmó el lord Castlereagh el ultimatum que las potencias aliadas presentaron al emperador Napoleon, entonces reconoció la cuarta dinastía. Este ultimatum era mas ventajoso que el tratado de Paris; pero se exigia que la Francia renunciase á la Bélgica y á la orilla izquierda del Rhin, lo cual era contrario á las proposiciones de Francfort, á las declaraciones de las potencias aliadas,

y al juramento hecho por el Emperador al tiempo de su coronacion de conservar la integridad del Imperio. Pensaba el Emperador que aquellos límites naturales eran necesarios para la garantía de la Francia y el equilibrio de la Europa; y que la Nacion, en las circunstancias en que entonces se hallaba, antes debia correr todos los riesgos de una guerra que desprenderse de aquella provincia. La Francia hubiera obtenido esta integridad, y conservado con ella su honor, si la traicion no hubiese venido en auxilio de los Aliados.

«El tratado de 2 de agosto, y el bill del Parlamento británico llaman al Emperador, Napoleon Bonaparte, sin darle mas título que el de general. No hay duda que el título de general Bonaparte es eminentemente glorioso, pues que el Emperador le llevaba en Lodi, Castiglione, Rívoli, Arcola, Leoben, en las Pirámides y en Aboukir; pero despues ha llevado, durante diez y siete años, los de primer cónsul y emperador: esto seria declarar que no ha sido primer magistrado de la república, ni el primer soberano de la cuarta dinastía. Los que piensan que las naciones son unos ganados que pertenecen de derecho divino á algunas familias, no son del siglo ni aun del espíritu de la legislacion inglesa, la

cual varias veces ha cambiado el órden de la dinastía solo porque los grandes trastornos de la opinion, en los cuales ninguna parte tenian los soberanos, habian hecho á estos enemigos de la felicidad y de la mayoría de su nacion. Los reyes no son mas que unos magistrados hereditarios, que solo existen para la felicidad de las naciones, y no las naciones para la satisfaccion de los reyes. El odio mismo ha ordenado que el emperador Napoleon no pudiese escribir ni recibir ninguna carta sin que fuese abierta y leida por los Ministros ingleses y los oficiales de Santa-Helena. Así se le ha impedido recibir noticias de su madre, de su muger, de sus hijos y hermanos; y cuando por sustraerse al inconveniente de dar á leer sus cartas á oficiales subalternos, quiso enviarlas cerradas al Príncipe regente, se le respondió que segun las instrucciones del Ministerio, solo podian dejar pasar las cartas abiertas. No exige reflexiones esta medida, que aun en Argel seria reprobada, pues dará por sí misma una idea bien estraña de la administracion que la ha dictado. Para los oficiales generales de la comitiva del Emperador han llegado, cartas abiertas que os han sido remitidas, y que no habeis entregado porque no venian por conducto del Ministe-

rio inglés. Fué necesario hacerlas emprender un viaje de cuatro mil leguas, y estos oficiales tuvieron el dolor de saber que en esta misma peña existian noticias de sus esposas, madres é hijos, y que no podrian saberlas hasta seis meses despues. ¡El pecho se exalta de indignacion!

«No se ha podido conseguir el abonarse al *Morning Chronicle*, al *Morning Post*, ni algun periódico francés; de cuando en cuando se envian á Longwood algunos números despareados del *Times*. A consecuencia de la peticion hecha á bordo del *Nortumberland*, se han enviado algunos libros, de los cuales se ha tenido gran cuidado de separar todos los relativos á los últimos años. Despues se ha querido corresponder directamente con un librero de Lóndres para tener sin rodeos los libros que se necesitasen, y los que pertenecen á los asuntos del dia; mas tambien lo impidieron. Un autor inglés, que habia hecho un viaje á Francia, le imprimió en Lóndres, y se tomó la pena de enviarle para ofrecerle al Emperador; pero tampoco habeis juzgado poder remitirle porque no habia pasado por el desfiladero de vuestro Gobierno. Tambien se dice que otros libros enviados por sus autores no han podido ser remitidos, porque en la ins-

cripcion de algunos decia *al Emperador Napoleon*, y en otros á *Napoleon el Grande*. El Ministerio inglés no está autorizado para ordenar ninguna de estas vejaciones. La ley, aunque inicua, considera al emperador Napoleon como prisionero de guerra, y nunca se ha prohibido á los prisioneros de guerra el abonarse á los periódicos y recibir los libros que se imprimen. Semejante ultraje se hace solamente en los calabozos de la inquisicion.

«La isla de Santa-Helena tiene diez leguas de circunferencia, y es inabordable por todas partes; los barcos rodean la costa, las guardias puestas en la playa pueden verse unas á otras y hacen impracticable la comunicacion con el mar. El lugarcito de James-Town es el único puerto donde pueden entrar y salir las embarcaciones. Basta pues vigilar la costa por mar y por tierra para impedir que nadie se vaya de la Isla; luego el interceptar lo interior de la Isla no puede tener otro objeto que el de prohibir un paseo de ocho á diez millas que se podria hacer á caballo, y cuya privacion, segun la consulta de los facultativos, abrevia los dias del Emperador.

«Se ha establecido para esto la habitacion de Longwood, espuesta á todos los vientos, situada en terreno estéril, inhabitado, sin

agua y que no es susceptible de ningun cultivo en un recinto de mas de 1200 toesas. Se ha establecido un campamento á unas 1200 toesas de aquella sobre un montecillo, y se acaba de formar otro, poco mas ó menos, á igual distancia en la direccion opuesta; de modo que en medio del calor del trópico, solo se ven campamentos por cualquiera parte que se mire. El almirante Malcolm, habiendo conocido cuan útil seria para el Emperador el hacer una tienda en esta posicion, ha hecho que sus marineros estableciesen una á veinte pasos de la casa, y este es el único sitio donde se puede encontrar sombra. Sin embargo, el Emperador está muy satisfecho del espíritu que anima á los oficiales y tropa del bravo regimiento 53, así como lo estuvo del equipaje del *Nortumberland.*

«La casa de Longwood ha sido construida para servir de graneros á la hacienda de la Compañía; el vice Gobernador de la Isla ha hecho despues establecer algunos cuartos y le servia de casa de campo, pero no era nada á propósito para habitacion. Despues de un año que se habita han trabajado en ella continuamente, y el Emperador ha estado sufriendo la incomodidad é insalubridad de vivir en una casa en construccion.

El cuarto donde duerme es demasiado pequeño para contener una cama de dimension ordinaria; pero toda reparacion en Longwood prolongaria la penuria de conservar los obreros. Existen sin embargo en esta miserable Isla posiciones bellas desde donde se ofrecen árboles frondosos, jardines y casas bastante buenas, entre otras Plantation-House; pero instrucciones positivas de vuestro Ministerio os prohiben dar esta casa, con que se hubiera ahorrado los muchos gastos hechos en Longwood para construir unas celdillas cubiertas de papel engomado. Nos habeis obstruido toda correspondencia con los habitantes de la Isla; habeis puesto de hecho la casa de Longwood en el secreto, y aun habeis entorpecido las comunicaciones con los oficiales de la guarnicion. Parece que se ha estudiado para privarnos de los pocos recursos que ofrece este miserable pais, en el cual estamos lo mismo que en la roca de la Ascension. Despues de cuatro meses que estais en Santa-Helena, habeis empeorado la situacion del Emperador: el conde Bertrand os ha observado que violabais hasta la ley de vuestra legislatura, menospreciando los derechos de los oficiales generales prisioneros de guerra, y habeis contestado que no conociais otra que

el tenor de vuestras instrucciones, las cuales eran peor de lo que vuestra conducta nos parecia.»

«Tengo el honor, etc.

El Conde de Montholon.»

«*P. D.* Ya habia firmado esta carta, cuando he recibido la vuestra del 17 que incluye una cuenta, por aproximacion de una suma anual de veinte mil libras esterlinas que juzgais indispensable para atender á los gastos del establecimiento de Longwood, despues de hechas todas las reducciones que habeis creido posibles. De ningun modo podemos mezclarnos en la discusion de este cálculo; la mesa del Emperador tiene apenas lo absolutamente necesario; todas las provisiones son de mala calidad y cuatro veces mas caras que en Paris.—En atencion á que vuestro Gobierno no os pasa para todos estos gastos mas que una cantidad de ocho mil libras, pedís al Emperador la restante de doce mil. Ya he tenido el honor de deciros que el Emperador no tenia fondos; que hace un año no ha escrito ni recibido ninguna carta, y que ignora completamente lo que se pasa

en Europa. Transportado violentamente á este peñasco, á dos mil leguas, sin poder comunicar con nadie, se halla enteramente á la discreccion de los agentes ingleses. El Emperador siempre ha deseado y desea subvenir á todos sus gastos, y lo hará inmediatamente que vos se lo faciliteis levantando la interdiccion hecha á los habitantes de la Isla de servir su correspondencia, y no sometiéndola á ninguna inquisicion de vuestra parte ni de la de vuestros agentes. Luego que en Europa conozcan las necesidades del Emperador las personas que se interesan por él enviarán los fondos necesarios para remediarlas.

«La carta del lord Bathurst que me habeis comunicado inspira ideas muy singulares. ¿Ignoran acaso vuestros ministros que el espectáculo mas sublime é interesante es el de un grande hombre que lucha contra la adversidad? ¿Ignoran que Napoleon en Santa-Helena, en medio de toda clase de persecuciones, á las que solo opone una apacible serenidad, es mas grande, mas sagrado y mas venerable que sobre el primer trono del mundo, donde por tanto tiempo fue el arbitrio de los reyes? Los que en esta situacion ofenden á Bonaparte solo logran envilecer su propio carácter y la nacion que representan.»

Concluida la comida, y despues que sir Hudson hubo desahogado su mal humor, nos disponíamos á ir á Longwood; mas no podíamos llevar cartas, manuscritos ni planes; nada de esto podia penetrar sin pasar por la vista de M. Gorrequer. Este nos lo previno y se escusó, pero era tan enemigo de las correspondencias, que les hacia una guerra implacable: abrímosle nuestros bolsillos y carteras, y aunque tenia accion para desnudarnos se dió por satisfecho. Pasado este cerbero, entrámos con Reade que no fué tan fácil de contentar: registró y desplegó nuestras ropas examinándolas pieza por pieza; concluido este exámen de trapos entrámos en un coche y nos metímos en un horroroso camino, estrechado de un lado por horribles precipicios, y de otro por un gran número de centinelas. Así marchámos entre las precauciones de la guerra y unos despeñaderos que presentaban el mas horrible espectáculo; y al fin llegamos á Longwood, donde nos presentámos al general que se hallaba con el Emperador.

Este príncipe acababa de recibir algunos diarios de Lóndres, y de recorrer algunas columnas del *Morning-Chronicle* que hablaban de mí, en las cuales hallaba muchos elogios

por lo anatómico, y nada por lo médico, de ahí infirió que esta parte me era desconocida. «Este hombre es una hechura de Cuvier, á quien él daria á disecar su caballo, y no le confiaria su pie.» En este sentido se esplicaba el Emperador cuando le anunciaron nuestra llegada. «Marchad, dijo al gran Mariscal, salid á ver que hombres me envian y ved en especial al fisiologista.»—Bertrand vino en efecto, con un aire apesadumbrado, y convidando Buonavita á que le siguiese, nos suplicó que esperásemos.

Yo no sabia que pensar de tan estraña recepcion, estaba asombrado, y Vignali no menos que yo, cuando volvió el General: pasé con él á la pieza inmediata donde me hizo sentar; me preguntó cuanto tiempo habia que salí de Roma, si conocia á la familia del Emperador, como estaba madama su Madre, el Cardenal, Luciano, Paulina, etc.; como habia sido el elegirme para venir, en que calidad iba, en donde habia practicado, si traia alguna carta ó cosa que decir al Emperador de parte de los suyos, que motivo me habia determinado á dejar la Italia por este escollo, á quien habia visto en mi viaje de Roma á Lóndres, á quien habia tratado en esta Capital, y lo que en ella me habian

dicho. Satisfice á todas estas preguntas y luego tuve el honor de ser presentado á la señora Condesa, en cuya compañía estaba el doctor Verling y el abate Buonavita; recibióme con mucho agrado y me hizo varias preguntas sobre los paises que habíamos andado. Lo mismo que nosotros fue Vignali interrogado, presentado y recibido. Se nos dió de cenar y cuartos donde retirarnos: yo comenzaba á desnudarme cuando ví entrar en el mio al conde Bertrand, quien me suplicó pasase al del general Montholon, pues tenia que hablarme. Fuí allá y escuché su interrogatorio sin comprender á donde se dirigia; sin embargo, no tardé en reponerme: respondíle que tan solo un noble orgullo me habia llevado á Santa-Helena; que habia tenido la ambicion de ser útil al hombre mas grande del siglo; que para esto no me habia sido costoso ningun sacrificio, y que aun haria otro mayor si mis servicios no fuesen admitidos, pues me embarcaria inmediatamente para Europa. Retiréme á mi aposento; ya no tenia sueño ni cansancio, todo habia desaparecido. En la antesala encontré al cocinero Chandelier, que me pidió le permitiese pasar allí la noche pues no le habian dado alojamiento; y como yo no pensaba descansar, quise saber si le

habia tocado algo en la recepcion. Me dijo que sus camaradas le habian recibido haciéndole muchas preguntas sobre nuestro viaje, las personas que habíamos visto y las noticias que traíamos. Añadió que el Emperador le habia hecho llamar, como tambien á Coursaut, y se habia informado de lo que se decia en Roma de la eleccion del médico y de los curas; que es lo que habian observado en ellos ú oido decir en Lóndres, y que casas frecuentaban en esta Capital.

Bien claro era que yo inspiraba desconfianza y que me habian hecho mal servicio ; mas no acertaba como habia podido ser esto : halléme mas tranquilo al amanecer, y esperé con resignacion el desenlace. A la madrugada recibí tercera visita del conde Bertrand, pidiéndome una memoria escrita y detallada del lugar de mi nacimiento, mi edad, familia, ciudades donde habia estudiado, desde que época ejercia la medicina, y á cual de sus partes me habia aplicado con preferencia. En seguida hice este resúmen y lo envié con mis diplomas, papeles y la carta del Cardenal: lo mismo tuvieron que hacer Buonavita y Vignali.

Triste recepcion era por cierto despues de un viaje tan penoso ; pero ni el Cardenal, en medio de sus ocupaciones, habia podido es-

cribir al Emperador ó al Mariscal, ni ningun otro individuo de la familia habia reparado esta falta; además, éramos enviados por el Gobierno inglés, recomendados por el Ministerio, agasajados por el Gobernador, y esto sobraba para escitar sospechas. Otra circunstancia contribuyó tambien á dar á nuestro asunto un carácter de intriga: el Cardenal, que no habia tenido tiempo para darnos una carta, le tuvo para concertar el medio de hacer que Vignali fuese el médico de Napoleon, á cuyo fin escribió á Las Casas encargándole recomendase el misionero al Emperador. Las Casas, no juzgando acertado el hacer un médico de un capellan, no hizo mas que entregar la carta de su Eminencia al abate, el cual se apresuró á entregarla sin pensar en el efecto que podria producir. Sin embargo, todo se arregló, y Napoleon nos admitió á su servicio; éramos franceses y de Córcega, y no podíamos ser agentes de los Ingleses.

En consecuencia, me dispuse á ir solo á buscar mis efectos á bordo; pero el oficial de ordenanza de Longwood me obligó á aceptar su compañía, sin que perdiesen ninguno de mis movimientos. ¡Mas cuál fué mi sorpresa al ver á nuestro escelente Capitan preso y guardado de vista! — «¿Qué guardia es esta? ¿que ha

sucedido ?—Este infame Gobernador, que no me deja vender mis marranos, mis patos y mis tablas, por aquellos libros de misa que se han hallado ser los que O'Meara ha escrito contra él.» —Le dejé suspirar, y me volví á Longwood, donde, disipadas ya todas las sospechas, recibí una carta del conde Bertrand que me anunciaba mi admision en los términos siguientes:

Longwood 22 de setiembre de 1819.

«Señor Antommarchi:

» El Emperador admite á V. por su cirujáno ordinario, con el sueldo de nueve mil francos al año, en cuyas funciones entrará V. tan pronto como preste su juramento; á este fin suplico á V. se sirva pasar á mi habitacion á las dos y cuarto.

» Tengo el honor, etc.

« El conde Bertrand. »

Acudí á la invitacion, y presté juramento de no decir ni comunicar nada á los Ingleses, y de no revelar ningun pormenor sobre los progresos de la enfermedad de Napoleon. Lo

cribir al Emperador ó al Mariscal, ni ningun otro individuo de la familia habia reparado esta falta; además, éramos enviados por el Gobierno inglés, recomendados por el Ministerio, agasajados por el Gobernador, y esto sobraba para escitar sospechas. Otra circunstancia contribuyó tambien á dar á nuestro asunto un carácter de intriga: el Cardenal, que no habia tenido tiempo para darnos una carta, le tuvo para concertar el medio de hacer que Vignali fuese el médico de Napoleon, á cuyo fin escribió á Las Casas encargándole recomendase el misionero al Emperador. Las Casas, no juzgando acertado el hacer un médico de un capellan, no hizo mas que entregar la carta de su Eminencia al abate, el cual se apresuró á entregarla sin pensar en el efecto que podria producir. Sin embargo, todo se arregló, y Napoleon nos admitió á su servicio; éramos franceses y de Córcega, y no podíamos ser agentes de los Ingleses.

En consecuencia, me dispuse á ir solo á buscar mis efectos á bordo; pero el oficial de ordenanza de Longwood me obligó á aceptar su compañía, sin que perdiesen ninguno de mis movimientos. ¡Mas cuál fué mi sorpresa al ver á nuestro escelente Capitan preso y guardado de vista! — «¿Qué guardia es esta? ¿que ha

sucedido ?—Este infame Gobernador, que no me deja vender mis marranos, mis patos y mis tablas, por aquellos libros de misa que se han hallado ser los que O'Meara ha escrito contra él.» —Le dejé suspirar, y me volví á Longwood, donde, disipadas ya todas las sospechas, recibí una carta del conde Bertrand que me anunciaba mi admision en los términos siguientes:

Longwood 22 de setiembre de 1819.

«Señor Antommarchi:

» El Emperador admite á V. por su cirujáno ordinario, con el sueldo de nueve mil francos al año, en cuyas funciones entrará V. tan pronto como preste su juramento; á este fin suplico á V. se sirva pasar á mi habitacion á las dos y cuarto.

«Tengo el honor, etc.

«El conde Bertrand.»

Acudí á la invitacion, y presté juramento de no decir ni comunicar nada á los Ingleses, y de no revelar ningun pormenor sobre los progresos de la enfermedad de Napoleon. Lo

hubiese conocido á vuestra madre hubiera dejado el Maciuajo, habria ido á desembarcar á Morsiglia. —A Centuri. —Cierto, à Centuri, pues Morsiglia no tiene puerto. ¿Vive todavía vuestra madre?—Murió siendo yo niño. —¿Era bonita y graciosa?—Era hermosa muger y escelente madre. —Tanto mejor; habria desembarcado en Centuri para ir á Morsiglia á obsequiar á una bella Capocorsina la señora de Antommarchi. ¿Qué edad tiene vuestro padre?—Se acerca á los sesenta años. —Es notario; ¿hace alguna vez, como sus buenos colegas, algunos actos falsos y testamentos supuestos?» Como yo no respondia, me repitiò la misma pregunta, riendo de muy buena gana. «Mi padre, le dije, goza de la estimacion pública y de la confianza de su canton. —En este caso no hay nada que decir. ¿Os acordais de la época en que yo conquisté la Italia por primera vez? ¡Qué aclamaciones! ¡Qué entusiasmo! El pueblo se agolpaba por donde yo debia pasar; yo era su dios, su ídolo, y se ha mantenido fiel. No hay duda que apenas os acordaréis, pues erais aun muy jóven, de mi espidicion de Egipto, de mi llegada y desembarco en Ajaccio, en Frejus, y del entusiasmo con que fuí recibido. —Bien me acuerdo de aquella aparicion

inesperada que cambió la faz de la Europa. Yo escuchaba con admiracion lo que se decia del general Bonaparte y de los prodigios que habia ejecutado. Se brindaba por vuestra victoria, y se hacian por vos los mas fervientes votos. Conservo perfectamente en la memoria, la impresion que en mí hizo la alegría de todo un pueblo que solo esperaba en vos. — ¿Qué edad teniais cuando salisteis de Córcega? — Cerca de quince años. — ¿Hay en Liorna Capocorsinis muy ricos? — Sí señor: unos son patricios, otros se han hecho *nobles*: el gran Duque los ha tratado bien. — ¿Habeis seguido los estudios en Pisa? — Los comencé en Liorna y los he continuado en Pisa y en Florencia. En la universidad de Pisa fuí graduado de doctor en filosofía y medicina el mes de marzo de 1808; pasé luego á Florencia, donde me dediqué á las investigaciones fisiológicas estando agregado al hospital de Santa María Nuova. En 1812 obtuve de la Universidad imperial el grado de doctor en cirugía. El gran maestro me nombró prosector de anatomía agregado á la Academia de Pisa, y como tal residia en Florencia donde me he practicado hasta mi partida. — ¿La gran duquesa Elisa era bien querida en Toscana? — La amaban y la temian á un mismo

tiempo. — ¿ Hacia algo para conciliarse el pueblo? — Protegia las artes y las ciencias, y gobernaba en el interés público. — Adorábanla en Luca; habia creado establecimientos muy útiles y buenos: yo la considero muy rica. ¿Creeis que los Toscanos se hayan alegrado de ver á su antiguo gran Duque? — El pueblo le quiere porque le gobierna con suavidad. — A escepcion de los especuladores de Liorna, para quienes cualquiera cosa es buena, los Toscanos son un pueblo escelente: son instruidos, industriosos y hábiles cultivadores, y ocupan la parte mas bella de la Italia. ¿ Pero qué motivo os ha impelido á dejar la hermosa mansion de Florencia, vuestro empleo, trabajos y conocimientos, por este miserable peñasco? ¿ Qué consideraciones os han decidido á asociaros á mi destierro? — Vuestra Majestad podrá comprenderlas. — Yo no busco el oro ni los favores, no he puesto precio á mis servicios, ni me he ocupado en las condiciones. Habiéndome propuesto el venir cerca de vos, esta gloria me ha bastado, ningun otro bien apetezco. — Mas ¿ porqué no os habeis hecho asegurar una existencia por mi familia, antes de ceder á la invitacion de vuestro amigo Colonna? — Las ventajas pecuniarias no podian compensar el sacrificio,

solo la gloria podia decidirme. — La gloria es muy buena, pero si no se os hubiese recibido, como ha estado espuesto á suceder, ¿qué habriais hecho? ¡En qué apuros os hubierais hallado! — Semejante recepcion habria despedazado mi corazon, pero al menos hubiera tocado á este triste escollo: mi profesion me habria puesto al abrigo de la necesidad; mi único sentimiento seria de no ser conocido. — Sois corzo y esto os ha salvado; pero si no me hubieseis convenido, ¿qué resultas no hubiera tenido el haber cedido tan fácilmente? — Esas reflexiones son justas, mas yo no las he hecho. — Vuestra fortuna las ha suplido: siento mucho que el Cardenal haya sido el encargado de este negocio para conducirse de este modo. Yo le pedí un cirujano, y os elige y envia aunque sois jóven: al mismo tiempo escribe á Las Casas una carta, que me han remitido los clérigos, en la cual insiste en que yo no me sirva sino de Vignali. Sin embargo, estoy seguro de que este abate no ha hecho mas de tres años de estudios, aunque él me ha dicho cuatro: confieso que esta carta me ha disgustado mucho. Ni mi madre, ni el Cardenal me han dado aviso de vuestra venida; y yo desconfiaba de todos los individuos de que se componia la embarcacion. Las visi-

tas y preguntas que el Mariscal os ha hecho habrán debido sorprenderos. — Mucho, señor; estaba humillado y confuso sin poder comprender tales sospechas. — No hay que pensar mas en ellas; seréis mi cirujano, y yo os serviré de padre. Ya he hecho decir al abate Vignali, y le haré repetir, que no quiero que se practique en Longwood, ni que ensaye su arte con nadie, aun cuando sea con el último Chino. Que trabaje en llenar sus deberes eclesiásticos, que ese es su verdadero estado; se lo he hecho prevenir por su superior Buonavita, escelente anciano, á quien vi aunque muy poco en la isla de Elba. Mucho temo que haya venido aquí para que le entierren; en todo caso os le recomiendo, pues merece nuestro apoyo y benevolencia. Yo le he reñido por haber aceptado las proposiciones del Cardenal: á su edad, paralítico, impotente, ¿quién emprende un viaje tan largo y peligroso? El Arzobispo, despues de haberlo pensado tanto tiempo, me envia un hombre muy respetable á la verdad; pero tan viejo y cascado, que no puede serme de ninguna utilidad. El gran Duque ha debido alegrarse mucho de ver que uno de sus empleados venia á darme los socorros de la medicina á este destierro. — No lo dudo, señor, ¡ habeis

tenido por él tantas bondades! — Le conozco mucho: María Luisa le amaba, y él no era indiferente á la hermosura de la Reina de Nápoles: siempre le he tenido por un buen príncipe. ¿Habeis estado mucho tiempo en Roma? —Unos dos meses. — Habeis tenido tiempo de recorrer detenidamente la ciudad: yo siento mucho no haberla visto: queria restituirla su antiguo esplendor, y hacer de ella la capital de la Italia; la suerte no lo ha querido.... Alli reside una parte de mi familia: el Papa es un buen anciano á quien he tratado siempre *bien*.... Vaya, ahora hablemos con franqueza y dadme noticias de los mios. Comencemos por madama Madre la *signora Letizia*. — La desgracia no ha podido abatirla; soporta con constancia la adversidad, y se mantiene llena de dignidad y resignacion. —¿Recibe gente, va á alguna parte, ó cuál es su género de vida? — La mas retirada: tiene una sociedad poco numerosa, donde solo admite personas de su confianza: rodéanla sus hijos residentes en Roma; pero sus votos, sus pensamientos solo se dirigen á Santa-Helena, y solo espera una palabra para arrostrar el rigor de los mares y venir á estrecharos en sus brazos. —Toda su vida ha sido una escelente muger y madre sin igual, y me ha amado siempre

con ternura. ¿La habeis dejado muy afligida, no es verdad? — Al pronto no podia contener su emocion; mas volviendo luego sobre sí misma, ha manifestado una fuerza de alma superior á la humanidad. — Estoy seguro de que no hubiera temido ella las fatigas que habeis pasado. ¿Hace algunas visitas? — Alguna vez á su hijo ó á su Eminencia. — ¿El Cardenal la ve con frecuencia? — Varias veces al dia. — ¿Y sus hijos? — Casi todos los dias. — ¿Y Paulina? — Menos á menudo, pues la retienen sus indisposiciones. — ¿Qué pensais de su enfermedad? — Ignoro cual es su naturaleza. — ¿Conoceis particularmente todos los individuos de mi familia en Roma? — ¿Cómo están, qué dicen de mí? — Todos sus pensamientos están concentrados en Santa-Helena; solo aspiran á vuestra libertad. — Decidme con exactitud todo cuanto unos y otros os hayan encargado para mí: ¿qué dice mi madre? — Que ella, sus hijos y su fortuna están á vuestra disposicion; que á la menor señal se despojaria de todo, aun cuando quedase en la mayor miseria. El príncipe de Canino, que se ha entendido con José dice que cada uno de ellos vendria á pasar tres años al lado de V. M.... Paulina dice que espera solamente vuestras órdenes para correr á reunirse á

V. M. — Reflexionarémos sobre ello, dijo el Emperador sonriéndose; y despues de un breve silencio, añadió: «Yo no consentiré que ningun individuo de mi familia venga á recibir insultos de los Ingleses, y ver los ultrajes que me prodiga este asesino; no quiero que ninguno de ellos sea testigo de tantas infamias, basta que yo las sufra. Cambiando de repente su discurso, me dijo: ¿La *signora Letizia* está siempre tan fresca? ¿Paulina es todavia jóven y bonita? — Siempre. — Ya se vé, no ha tenido nunca otro cuidado que su adorno y las diversiones. ¿Luis y Luciano se tratan? — Se encuentran á menudo en casa de madama Madre. — ¿Tienen sociedad? — El príncipe de Canino recibe algunas personas elegidas; Luis vive retirado. — Ha dado en la devocion, ¿no es así? — Así lo he oido decir, y aun pasa por santurron.» Rióse el Emperador y continuó: «¿Cómo está su salud? — En un estado deplorable; ya no pueden los remedios hacer ningun efecto en él. — ¿Qué bello jóven era cuando yo hice mi primera espedicion á Italia! Su timidez le ha perdido: la desgracia fué que no se me advirtió á tiempo, pues hoy estaria sano y salvo: hubiera llenado su destino y tomado parte en nuestras glorias. ¿Cuántos hijos tiene el príncipe de Ca-

nino? ¿A quién habeis visto en Roma?» Respondíle, y continuó: «¿El Cardenal sigue siempre aficionado á los retratos? — Todas las mañanas los recibe á carretadas, les pasa revista en su antesala, compra los unos y desecha los otros: esta pasion le cuesta sumas inmensas. — ¿Cuándo salisteis de Roma? — El 25 de febrero: hemos viajado á jornadas cortas en un carruaje hasta Amberes. — ¿Madama Letizia os ha dado mucho dinero? — Doscientos napoleones, y una letra de doce mil francos sobre su banquero de Lóndres. — Es, segun yo creo, la mas rica de la familia: yo le decia siempre que era demasiado reducida en sus gastos. ¿Se sabe si hace limosnas en Roma? — Lo ignoro. — ¿Al pasar por Parma, habeis visto á María Luisa? Sabeis si está en relacion con mi madre ó alguna persona de la familia? — Hallábase ausente de Parma, y teníamos órden de no dar á conocer nuestra mision: madama Madre le ha escrito dos veces sin recibir contestacion. — Es que no se le permite darla. ¿Cuáles son las demas personas que habeis visto en el curso del viaje?» Se las nombré, y le conté lo que me habian dicho.

«¿Habeis visto en Francfort á la princesa Julia? — Me recibió con toda la bondad que

la caracteriza. —¿Sus dos hijas como están? —Grandes, hermosas y frescas como rosas. —Creo que una de ellas se casa con un hijo de Luciano, ¿se dice algo de esto? —La Princesa me hizo una infinidad de preguntas sobre el mayor, y conocí fácilmente lo que significaba un interés tan vivo. —Confieso que me alegraré mucho de que se verifique este matrimonio; es la muger mas delicada que conozco, no se puede dar mejor corazon que el suyo. ¿Habeis visto á Las Casas? —Sí señor. —¿Cómo está? —Gravemente enfermo. —¿Y á su hijo Manuel? —Estaba en Strasburgo. —Los capellanes me han dicho que no habiais encontrado ningun obstáculo en el viaje de Roma á Lóndres. —Ninguno.— ¿Cuánto tiempo estuvisteis en Lóndres? — Llegámos el 19 de abril, y salímos el 9 de julio. —¿A quién habeis visto mas particularmente? —A médicos y gentes del arte, y sobre todo á los que han ejercido su facultad bajo los trópicos. —¿Cuándo os presentasteis al lord Bathurst, y qué os dijo? —Dos dias despues de nuestra llegada: hablónos de Roma, del Cardenal, de madama Madre, del príncipe de Canino; y nos preguntó si realmente estas personas creian que estabais enfermo. Yo le dije que no lo dudaban, ni po-

dian dudarlo, pues tenian los partes de O'Meara y de Stokoe: á esto me replicó que estos partes eran inexactos; que él acababa de recibir noticias positivas de que gozabais una salud completa, y que podíamos escribirlo así á Roma. —¿Cuántas veces le habeis visto? —Tres ó cuatro. —¿Fuisteis presentado al lord Holland? —El príncipe de Canino me habia dado una carta para él: recibióme muy bien, y Milady igualmente; Milord reside á poca distancia de Lóndres.»

Prosiguió el Emperador preguntándome si habia visto á O'Meara, que es lo que este decia sobre su enfermedad, y si habia quedado contento de él. Yo le dije que le veia todos los dias, y le resumí lo que dicen los partes. Luego me pidió le contase por menor todo lo que habia visto en Lóndres, y le nombrase las personas con quienes habia tratado; y habiéndole hecho relacion de todo, continuó: «Bueno, por ahora basta: id á ver al general Montholon; preguntad por el médico que le cuida, y consultad con él antes que le manden retirarse: informaos tambien de las personas á quienes él asistia, de cuales son las enfermedades que reinan en estos climas, y sobre todo en el sitio en que estamos: no olvideis de pedir al doctor los métodos curati-

vos de que se sirve esta Isla es un mundo enteramente nuevo, y necesitaréis consejos de los que la han estudiado. Yo he rehusado siempre el ver á vuestro predecesor; pero le creo capaz de daros todas las noticias necesarias para acertar en el ejercicio de la profesion: detenedle algunos dias á fin de poneros al corriente de lo que importa saber.»

Al cabo de algunas horas el Emperador me hizo llamar otra vez; estaba en una sala iluminada con una débil bugía; adelantóse hácia mí, y agarrándome por las orejas me dijo riéndose: «¿Pensabais que yo habia perdido todas mis fuerzas en este clima?» Yo estaba sorprendido y absorto cuando oí reir al lado de mí; me volví y era el gran Mariscal que estaba sentado junto á la chimenea: Napoleon me hizo algunas preguntas sobre los puntos de que habíamos hablado antes; y luego comenzó á hablar de anatomía, de fisiología y de los fenómenos de la generacion. En forma de conversacion me hizo pasar un exámen riguroso que duró mas de una hora: su discusion era sabia, exacta, y que manifestaba ideas nuevas. Tuve la fortuna de responderle de un modo que le satisfizo; me despidió diciéndome mil cosas amables y lisonjeras. El conde

Bertrand asistió á aquella larga conferencia, pero no habló una palabra.

23 *de setiembre.*—He pasado al cuarto del Emperador; y hallándole acostado en una cama de campaña, he podido con buena luz observar los progresos de su mal. Tenia la oreja dura, el rostro terroso, los ojos de un color aplomado y la conjuntiva de un rojo amarillento; todo el cuerpo estaba en buen estado, aunque muy pálida la piel. Examiné la lengua, y halléla cubierta de una ligera pasta blanquizca. Estornudos violentos, prolongados y entrecortados por una tos seca, seguida de una espectoracion viscosa que variaba de un instante á otro. Las narices obstruidas y abultadas; la secrecion de la saliva abundante algunas veces; el vientre estaba duro al tacto. El pulso pequeño, aunque regular, daba unas sesenta pulsaciones por minuto. Estos síntomas me parecieron alarmantes: continué mi exámen, y noté que la parte del lóbulo izquierdo del hígado que corresponde á la region epigástrica estaba como endurecida y en estremo dolorosa á la presion. La vesícula de la hiel estaba llena, resistente, y sobresalia fuera del hipocondrio derecho, junto al cartílago de la tercera costilla falsa. Napoleon sentia dolores vagos en las regiones

costales y lumbar del lado derecho ; se le habia fijado un dolor al rededor de la tetilla , y esperimentaba una sensacion de incomodidad estrema en el hombro derecho. Se le hacia mucho mas dificil la respiracion cuando se ejercia una presion perpendicular sobre el corazon. Quejábase tambien de un dolor de variable intensidad , que desde mucho tiempo le afectaba al hipocondrio derecho : esta sensacion era interna ; y queriendo señalarme su sitio, me decia que estaba á *dos pulgadas de profundidad.* Habia algunos dias que se hallaba sin apetito, tenia náuseas y vómitos , con los que arrojaba abundantes materias ya acres ya biliosas. La orina , aunque frecuente , era natural ; todos los dias sudaba copiosamente.

En tanto que yo analizaba estos síntomas , continuaba el Emperador sus preguntas, unas melancólicas , y otras chistosas. La bondad , la indignacion y el buen humor se presentaban alternativamente en su semblante y en sus palabras. « Qué os parece, doctor , me dijo , ¿debo todavía turbar mucho tiempo la digestion de los reyes ? — Señor, vos les sobreviviréis. — Yo lo creo ; no podrán desterrar de la Europa el ruido de nuestras victorias ; antes bien pasará de siglo en siglo , y proclamará los vencedores y los vencidos, los que

fueron generosos y los que no lo fueron: la posteridad juzgará, yo no temo sus decisiones. —Esta vida ya la teneis adquirida: vuestro nombre no escitará jamás la admiracion sin recordar los guerreros sin gloria, agolpados tan cobardemente sobre un solo hombre. Pero todavía no estais en el término, y os queda un gran trecho que recorrer. —No, doctor, la obra inglesa se consume, y yo no puedo vivir mucho en este infame clima. —Vuestra constitucion escelente está á la prueba de sus perniciosos efectos. —No cedia á la fuerza de alma de que la naturaleza me ha dotado, pero el tránsito de una vida tan activa á una completa reclusion lo ha destruido todo; me he engrosado, he perdido mi energía, y se han aflojado los resortes.» No quise combatir una opinion, que por desgracia era demasiado fundada; sino que mudé la conversacion por medio de una de aquellas digresiones cuyo efecto me era ya bien conocido. Me puse á discurrir sobre los votos y la esperanza en que estaba toda la Europa, y pregunté á Napoleon si queria ser infiel á la gloria, y hacerse cómplice en el atentado que los Ingleses ejecutaban sobre su persona. «Sea enhorabuena, me dijo, vuestro abandono é independencia me agradan; y pues que todo lo habeis aban-

donado por mí, es justo que yo haga tambien alguna cosa: recete pues el médico, que yo me someto á sus decisiones. Os confio mi salud, y os debo dar cuenta por menor de los hábitos que he contraido y de las sensaciones que me afectan.

«La constipacion es habitual en mí; es una incomodidad que no me ha dejado desde mi infancia, y que cada dia se hace mas fuerte y penosa: no podria soportarla sino fuera por el auxilio de los baños y lavativas; á los cuales muchas veces tengo que aumentar las bebidas dulces, caldos de yerbas y la dieta. Ni aun todo este régimen es bastante; y á veces es preciso recurrir á mi remedio heróico, que es la sopa de la reina: esta composicion de leche, yema de huevo y azúcar produce en mí los efectos de un purgativo suave, y me alivia constantemente: hasta ahora esta es la única purga de que me he servido. En cambio, las funciones de la orina no van nunca bien espeditas: siempre he esperimentado dificultad para orinar, y mas si la gana se hacia sentir con frecuencia; pero pasando la necesidad por intervalos me dejaba descansar todas las noches algunas horas, y la naturaleza se satisfacia; como no tenia tiempo ocioso, jamás consulté á los médicos; mas ahora que tengo ho-

ras abundantes se me hace insufrible mi padecimiento.

«La hora en que yo obedezco á las necesidades suele ser muy irregular: duermo y cómo segun el tiempo, la situacion y circunstancias en que me hallo. Comunmente mi sueño es dulce y pacífico; y si el dolor ó algun accidente le interrumpe, salto de la cama, pido luz, ando, trabajo y fijo la imaginacion en un objeto: algunas veces me quedo á oscuras, paso á otro cuarto, cambio de cama, ó me tiendo en un sofá. A las dos, las tres, ó las cuatro de la mañana ya estoy en pie; llamo á alguien que me tenga compañía y que converse conmigo hasta que amanece: llegado el dia, salgo, doy una vuelta, y volviendo á entrar me meto en la cama, donde me estoy mas ó menos segun se anuncia el dia. Si es malo, y esperimento irritacion é inquietud, recurro al método que os he dicho: cambio y paso de la cama al sofá y del sofá á la cama, busco el fresco y me va mejor. No os describo el traje que traigo por la mañana, porque esto nada tiene que ver con mis dolencias, y por no quitaros el gusto de admirarle. Estas famosas maniobras me llevan hasta las diez ó mas de la mañana: entonces me hago traer el desayuno, que tomo

algunas veces en el baño, y mas comunmente en el jardin; Bertrand ó Montholon me hacen compañía, y algunas veces los dos. Como los médicos tienen la policía de la mesa, justo será que yo os dé cuenta de la mia: una sopa, dos platos de carne, uno de legumbres y una ensalada, cuando puedo obtenerla, componen todo el servicio; me bebo media botella de vino clarete, mezclándole mucha agua, escepto un poquito que bebo puro al fin de la comida: cuando me siento fatigado sustituyo el champaña en lugar del clarete, y este es un medio de escitar el estómago.»

Preguntéle de que especie de legumbres acostumbraba hacer uso. «De las batatas, lentejas, guisantes, judías y coliflor; pero ¿quién puede creer que hemos puesto la Isla en rumor con nuestras lentejas? Pensaban que las pedíamos por mofa y que no debíamos comerlas. Las lentejas no es comida de personas, nos decian: el mayordomo insistió, se burlaron y negaron, y con mucha pena obtuvo que trajesen del Cabo.» Yo quise saber si las carnes eran de las finas, ó fuertes, y si las hacian con mucha especia. «Son costillas y pierna de carnero; busco la parte mas bien asada; y por lo demás quiero que

mi cocina sea simple, pues no me gustan los cocineros que solo saben hacer prodigios: un estofado á la genovesa, un arroz á la milanesa y unos tallarines á la corza, valen mas para mí que todos los primores del arte de cocina.»

Habiéndole manifestado la admiracion que me causaba tal frugalidad, continuó: «En nuestras marchas del ejército de Italia, nunca omití el hacer que me pusieran en el arzon de la silla vino, pan y un pollo asado: esta provision me bastaba para todo el dia, y aun solia partirla con mi comitiva. Así ganaba tiempo economizando el de la mesa en beneficio del campo de batalla: además, yo cómo apriesa, màsco poco, y las comidas no me consumen mis horas. Ya sé que esto no os parece muy bien; pero en la situacion en que yo me encuentro, ¿qué haré con cuidar la masticacion? Estoy atacado de una hepatítis crónica, y esta enfermedad es endémica en este horrible clima: debo sucumbir á ella y espiar en este escollo la gloria de que he cubierto la Francia, y los golpes que he dado á la Inglaterra. Ya veis como se valen de esto: ya ha mas de un año que me niegan los auxilios de la medicina; estoy privado de médicos de mi con-

fianza, y desheredado del derecho de invocar los recursos del arte. Le parece al verdugo que mi agonía es demasiado lenta; así la apresura y llama á la muerte con todo ahinco; hasta el aire que respiro atormenta á esa alma bárbara. ¿Creeriais que sus tentativas han sido prolongadas, sin disimulo y que ha faltado poco para hacerme caer bajo el puñal inglés? El general Montholon estaba enfermo: entonces él se negó á comunicar con Bertrand, y quiso abrir conmigo una correspondencia directa. Dos veces al dia me destacaba sus satélites; Reade y Wynyard, sus oficiales de confianza, sitiaban estas miserables cabañas y querian penetrar hasta mi aposento. Yo hice cerrar mis puertas, cargué mis escopetas y pistolas que todavía lo están, y amenacé de quemarle los sesos al primero que tuviese la imprudencia de violar mi asilo. Se retiraron gritando como furiosos que querian ver á Napoleon Bonaparte, que Napoleon Bonaparte debia salir, y que ellos sabrian forzarle á parecer. Yo creia concluidas estas escenas ultrajantes; pero cada dia se repetian con mas violencia, con sorpresa, amenazas, vociferaciones y cartas llenas de injurias. Mis criados echaban al fuego estos pasquines; pero la exasperacion

llegaba á su colmo, de un momento á otro podia suceder una catástrofe, y yo estaba mas espuesto que nunca. Estábamos á 16 de agosto, y desde el dia 11 que duraban estas saturnales, hice prevenir al Gobernador que mi partido estaba tomado y mi paciencia apurada, y que el primero de aquellos asesinos que entrase por mi puerta caeria muerto de un pistoletazo. Túvolo por entendido y cesó sus ultrajes. El último rasgo de barbaridad del Gobierno inglés es haber elegido á un hombre semejante; pero la iniquidad se busca y se reune. No medita el Ministerio un atentado que no encuentre un bandido que le preste mano fuerte para apoyarlo. Yo he abdicado libre y voluntariamente en favor de mi hijo y de la constitucion; aun mas espontáneamente me he encaminado á la Inglaterra, donde pensaba vivir retirado y bajo la proteccion de sus leyes. ¡Sus leyes! ¿Acaso la aristocracia las tiene? ¿hay atentado que la detenga? ¿un derecho que ella no arroje por tierra? Todos sus gefes se han prosternado delante de mis águilas. De una parte de mis conquistas he hecho conquistas para los unos, he vuelto á colocar los otros en los tronos que la victoria habia destrozado, y he sido clemente y magnánimo para

con todos ellos. Todos me han abandonado y vendido; se han apresurado á remachar vilmente mis cadenas, y ponerme á la merced de un pirata.»

Traté de calmar al Emperador; y como habia diez y ocho meses que no salia de casa, le manifesté los peligros de tan larga inaccion, y le insté á que saliese á tomar el aire libre. «No, me dijo: el insulto me á confinado largo tiempo en estas cabañas, ahora ya la falta de fuerzas me retiene en ellas. Ved si me hallais alguna cosa en esta pierna, pues siento que cede al peso del cuerpo.» Examiné toda la pierna derecha; ¡cuán pesaroso fué el resultado de mis observaciones! Me aseguré de que estaba mas débil que la izquierda. «No palpais fuerte, me decia, apretad sin miedo: decid ¿está ya la naturaleza de inteligencia con ese calabrés? ¿Va el clima á dar al Ministerio el cadáver que aguarda?—La vista ni el tacto no distinguen nada, le dije, esto no es mas que una debilidad pasajera que se desvanecerá.»

El Emperador me habia hablado de una protesta que yo tenia curiosidad de conocer; hizo que me la comunicasen, y estaba concebida en estos términos: «En los dias 11, 12, 13, 14 y 16 de agosto de 1819, se ha in-

tentado por la primera vez violar el pabellon que habita el emperador Napoleon, y que hasta aquel momento habia sido siempre respetado. Se ha resistido á esta violencia cerrando sus puertas con todas las cerraduras. En este estado reitera la propuesta que ha hecho y manda hacer muchas veces, y es: *que no se violará el derecho de su puerta sino pasando por encima de su cadáver.* Habiéndole abandonado todo, vive tres años ha concentrado en lo interior de seis cuartitos para sustraerse á los insultos y ultrajes; y aun tienen la vileza de envidiarle este asilo: han resuelto sin duda no dejarle otro que un sepulcro. Atacado despues de dos años por una hepatítis crónica, enfermedad endémica en estos climas, ya ha un año que se ve privado del auxilio de sus médicos, por habérsele quitado al doctor O'Meara en julio de 1818, y al doctor Stokoe en enero de 1819, habiendo padecido varias crísis en las cuales ha tenido que guardar la cama quince y veinte dias seguidos. En el dia, en medio de una crísis de las mas violentas que ha esperimentado, estando en cama despues de nueve dias sin tener otra cosa que oponer á su enfermedad sino la paciencia, la dieta y el baño, se le ha turbado su tranquilidad durante seis dias con

amenazas de un atentado y con ultrajes á los cuales el Príncipe regente, el lord Liverpool y el universo entero saben que él no se someterá jamás. Como el objeto de envilecerle é insultarle se manifestase cada dia, renueva la declaracion ya hecha de que no ha tomado ni tomará ningun conocimiento, no ha mandado ni mandará respuesta alguna á cualesquiera oficios ó pliegos cuyo contenido le sea injurioso y contrario á las formas establecidas cuatro años ha para corresponder con él por medio de sus oficiales; que ha arrojado y arrojará al fuego ó por las ventanas esos pliegos insultantes, pues no quiere innovar nada en estas cosas de lo que existe despues de cuatro años.

Firmado NAPOLEON.»

Longwood 16 de agosto de 1819.

24 *de setiembre.*—A las diez y media de la mañana. El Emperador se queda en la cama: está débil, abatido y ha pasado mala noche; varios dolores vagos le incomodan, y sobre todo esperimenta uno fijo en la parte interna de la tetilla derecha. Yo le aconsejo que tome un baño, una pocion calmante,

y fricciones con un linimento compuesto de amoníaco y opio.

A las dos de la tarde. El Emperador está mejor, aunque siempre en cama: se ha puesto á discurrir sobre la Italia, de los proyectos y de las miras que él tenia sobre este famoso Pais, y de los hombres distinguidos que ha producido. Discutió y apreció los títulos de Valta, Spallanzani, Aldini; y dirigiéndome la palabra de repente, me dijo: «No me decís nada de Mascagni; habeis publicado sus obras póstumas, y yo quiero verlas; estoy curioso por admirar las láminas de que han hecho tantos elogios los diarios ingleses.» Yo se las presenté: las recibe, despliega, discute, pregunta y toma un interés tan vivo en este cuadro de la construccion humana, que ya daban las cinco cuando se apercibió del tiempo que habia pasado. «¡Dos horas de anatomía para un hombre que no ha podido nunca sufrir la vista de un cadáver! Vamos, doctor, que no se puede hacer ni decir mejor. Sois un seductor capaz de persuadir que las píldoras son buenas de tomar.

25 *de setiembre.*—A las diez y media de la mañana. El Emperador continúa algo mejor: no ha tenido muy mala noche; le he hecho repetir el uso del baño.

A las tres de la tarde. Napoleon iba bien: yo me he presentado, y me ha dicho: «Vamos doctor, ¿qué opinion teneis de mí? ¿Debo morir ó vivir? francamente ¿qué os parece?—Que V. M. no está todavía en el término de la carrera; otro destino le aguarda.—¡Ah! ¡ah! doctor, sois tan verdadero como un médico; pero yo os obligaré á serlo. Teneis la habilidad de Corvisart, y yo pretendo que tengais tambien su rigidez. ¿Llevais un diario de mi enfermedad?—Sí señor.—Bueno; pues yo le escribiré bajo vuestro dictado, y vos *lo* redactaréis bajo el mio; de este modo no me presentaréis un porvenir de rosas, y sabré como estoy. Podré comparar cada dia lo que siento y sufro con lo que he sentido y esperimentado. Así no me daréis vos vuestro santo: estais cogido doctor.—Señor; pero....—No hay pero; yo escribiré ó dictaré mi boletin. ¿No me habeis traido libros algunos? ¿qué libros son?—No lo sé, pues no los he comprado yo.» Con efecto, vi venir un carro hácia Longwood; y viendo que traia las cajas de los libros, previne de ello al Emperador. «Enhorabuena, me dijo, al menos me descargaré del peso de algunas horas; hacedlas subir á mi cuarto, quiero verlas abrir.» Inmediatamente las trajeron las abrie-

ron y sacaron, algunos libros que Aly presentó á Napoleon. «No es eso, le dijo este Príncipe, buscad y registrad apriesa. Un cajon que viene de Europa debe contener alguna otra cosa, con un padre no se debe comenzar enviándole obras.» Efectivamente, bien pronto se halló un retrato que le enviaba el príncipe Eugenio. Recibióle con transportes de ternura, le besó y contempló largo rato con los ojos bañados en lágrimas. «Hijo querido, si no fueses víctima de alguna infame política, no serás indigno del que te ha dado el sér. ¿Peró qué haceis? ¿Por qué no desempaquetais?» Estábamos á la verdad en una actitud religiosa, participando de su emocion con la respiracion interrumpida; los criados continuaron sacando libros y él los reconocia y pasaba revista, lisonjeándose de que al fin encontraria los de los autores de l' *Allemagne* y *Polybe;* pero por desgracia ni el uno ni el otro se hallaban. Se habian llenado las cajas indeterminadamente, y no contenian sino libros que ya existian en Santa-Helena, lo cual fue muy sensible para Napoleon.» ¿Por qué no habeis consagrado algunos miles de pesos á este objeto? me decia despues; mi madre os hubiera pagado; trayéndome libros me hubierais traido un consuelo. ¡Si al me-

nos tuviese el *Polybio!* pero acaso vendrá por otra parte. «Con efecto, le llegó algunos meses antes de su muerte por un efecto de la bondad de lady Holland. No fue así en cuanto á la obra de madama Stael, pues rindió el último suspiro sin leerla. Luego sacaron unos paquetes de periódicos.» Aquí tengo con que ponerme al corriente de los asuntos; es muy ridículo el ver las prudentes medidas que deben hacer olvidar mi tiranía. ¡Pobre Europa! ¡Qué convulsiones se te preparan!— Señor, he aquí vuestra correspondencia.—Mi correspondencia inédita: bien, al menos esta no es una concepcion de libelista, no la han falsificado, desnaturalizado ni llevado á Viena.... *Egipto.* ¡Ah! entonces éramos jóvenes: jugábamos con la muerte, y no pensábamos mas que en vencer; no habia llegado todavía el tiempo de la decadencia.»

Alejandría 5 fructidor año VI.

Al general Bonaparte.

Injusto seriais, ciudadano General, si tomaseis por una señal de debilidad ó abatimiento la vehemencia con que os he espuesto nuestras necesidádes. Ya os he dicho que la

accion del 14 no ha producido entre los soldados sino la indignacion y el deseo de venganza. En cuanto á mí, poco me importa el sitio donde debo vivir ó morir,. con tal que viva para gloria de nuestras armas, y que muera lo mismo que haya vivido. Contad pues conmigo en toda reunion de circunstancias, y con aquellos á quienes mandaréis que me obedezcan. »

« De este modo pensaba el valiente Kleber: despues se dejó estraviar por la intriga; mas tenia el corazon francés, y jamás se hubiera congratulado con la emigracion, ni repudiado nuestras águilas. Me alegro de ver esta coleccion para refrescar mi memoria; yo la estenderé y pondré notas. ¿Qué son esas cajas? ¿Agua de Colonia? Enviadlas á la señora de Bertrand; quedaréis encargado, doctor, de mandársela, y esa segunda es para vos. » Habiendo abierto la última caja solo se hallaron vasos y ornamentos de iglesia. Dejad eso, dijo Napoleon, que son bienes de san Pedro y desgraciado el que los toque: que vengan los capellanes. Pero hablando de abates, ¿sabeis que el Cardenal tiene muy poco seso? ¿Pues no me envia misioneros y propagandistas como si yo fuese un penitente, y como si los eminencias no hubieran hecho antesala

para entrar en mi capilla? Yo haré lo que él debiera haber hecho; y pues tengo derecho de institucion me serviré de él. Abate Buonavita, continuó viéndole entrar, os doy la mitra. —Señor....—Os la devuelvo, y la llevaréis, á pesar de todos los herejes, que ya no os la quitarán. No puedo reunir á ella una canongía tan rica como la que os dió el general Suchet en Valencia; pero en cambio vuestra *sede* está al abrigo de las batallas. Os hago obispo de..... veamos..... del Jumna. Los vastos paises que fertiliza iban á unirse á mí; todo se preparaba y removia, íbamos á dar el gran golpe á la Inglaterra, cuando un hombre, no me atrevo á decir un francés, hizo abortar la empresa. Abate, es cosa convenida: yo quiero y exijo que lleveis las insignias episcopales, con las cuales, inspirando respeto y veneracion impondréis á los herejes que nos rodean. General Montholon, ved si en James Town ó en el Cabo se halla de que vestir á Buonavita segun su clase.» El General no pudo encontrarlo en ninguno de estos puntos, tan católico uno como otro, y el buen abate se quedó confundido bajo el sayal de misionero, á pesar de su promocion duplicada.

Tratóse despues de disponer la capilla; pero ¿dónde colocarla? El capellan no sabia donde

construir y apoyar el altar. « Yo lo indicaré, le dijo Napoleon, yo no quiero ceremonias sino los domingos y las fiestas reconocidas por el Concordato ; en tales dias os abandono el cuarto que sirve de comedor, allí diréis la misa en un altar portátil que se retirará en seguida. Como ya sois viejo y achacoso, elijo la hora que os podrá ser mas cómoda, y podréis celebrar de nueve á diez. En cuanto á los pilares y tablas que se necesiten, aquí tenemos la *obra maestra* que nos suplirá (señalando la cama que el Gobierno le habia enviado) ; tómense los pies, los cruceros y todo lo que sea útil, y lo demas se arrojará en un rincon del jardin. ¿Se ha visto jamás una cama mas ridícula? Todo se mueve en esta armazon informe ; es como un castillo movible donde solo se puede entrar escalándolo ; es un nido de ratas que solo el buen gusto inglés puede inventar. »

26 *de setiembre.* — A las once de la mañana. El Emperador se halla lo mismo : ha pasado la noche leyendo y recorriendo los periódicos; le he exhortado á que reposase, á tomar un poco de alimento y entrar mas tarde en el baño. «Consiento en ello, doctor, me dijo mirando el retrato del Rey de Roma que tenia en las manos; pero ponedme ese admirable

niño al lado de la madre, ahí cerca de la chimenea. Ya la conoceis en su frescura: es María Luisa que tiene su hijo en los brazos: y este otro tambien le coneceis, que es el Príncipe imperial. No adivinaréis la mano que le ha dibujado; pues es su madre la que ha reproducido todas sus facciones con su diestra aguja. El que teneis delante representa tambien á María Luisa; los otros dos son los de Josefina á quien he amado tiernamente. Examinad ese gran reloj, que servia de despertador al gran Federico; lo tomé en Postdam, y esto es todo lo que valia la Prusia. Ya veis que mi chimenea no está suntuosamente adornada: el busto de mi hijo, dos candeleros, dos tazas de plata, dos frascos de agua de Colonia, tijeras y un espejito. Ya no existe el esplendor de las Tullerías; pero no importa haber caido de mi poder si no he caido de mi gloria: conservo los recuerdos. Pocos soberanos se han sacrificado por sus pueblos, y no deja de tener sus atractivos este inmenso sacrificio.»

Voy á continuar la descripcion de los muebles que adornan el cuarto del Emperador, ya que él mismo ha comenzado á darla. En un rincon de la derecha habia una cama pequeña de campaña toda de hierro liso, con cuatro

águilas de plata y cortinas de seda; dos malas ventanillas daban luz á la sala, una y otra sin adorno alguno. Entre ellas estaba el escritorio cargado con el grande necesario, y delante una silla de brazos de que se servia Napoleon cuando se ponia á trabajar al salir del baño: á la izquierda habia otra silla y á la derecha una grande espada que era la que el Emperador llevaba en Austerlitz. La puerta que daba al cuarto del baño estaba cubierta por una mala mampara, y junto á esta se hallaba un sofá aforrado con tela de algodon muy viejo: en este triste mueble descansaba Napoleon ordinariamente, pasaba las piernas en un saco de flanela, se hacia traer el desayuno y sus libros sobre una mesita, y así procuraba ponerse al abrigo de los mosquitos y de la humedad. La segunda sala no estaba menos bien parada: construida como la primera con un poco de barro, tenia siete pies de alto, quince de largo y doce de ancho, con una ventana al jardin y una comunicacion al comedor. Una cama de campaña, varios fusiles, dos mamparas de China, una cómoda, dos mesitas que servian la una para tener los libros y la otra las botellas, con una silla y un magnífico lavabo traido del Eliseo, componian todos sus muebles. En esta triste cabaña estaba

confinado el Emperador, esta era la suntuosidad y la magnificencia inglesa.

27 *de setiembre.* — A las diez y cuarto de la mañana. El Emperador ha pasado una noche bastante agitada; ha leido muchas horas, y á mi llegada todavía estaba leyendo: se queja de dolores vagos en el abdómen; estos han cedido luego á la accion de una lavativa. Le he exhortado á dejar la lectura, tomar un baño y hacer un poco de ejercicio.

Era tan escesiva la humedad en ambas piezas, que lo atacaba y destruia todo: el mal *nankin* que servia de tapicería caia estropeado; para reemplazarle comprámos muselina, la adornámos y cubrímos con una coleccion de aves hermosas del Egipto que teníamos pintadas en papel: conseguímos presentar á Napoleon alguna imágen risueña, colocando las estampas de modo que se agrupaban al rededor de una águila que debia protegerlas y dirigirlas. Sonrióse Napoleon á la vista de este símbolo de la victoria. « ¡ Aguila querida ! esclamó, todavía estarias en pujante vuelo, si no hubieran cortado tu ímpetu los mismos á quienes cubrian tus alas. »

Al retirarme á mi casa, encontré una invitacion del Gobernador, en que me decia, que habiendo oido hablar de mis láminas anatómi-

cas, deseaba verlas. Se las comuniqué, las recorrió y examinó atentamente: en la prisa con que las desarrollaba creí descubrir alguna preocupacion; pero me equivocaba, pues S. E. no pensó nada malo; y sin hablarme de otra cosa, me cumplimentó y elogió mi obra.

28 *de setiembre.*—A las once y media de la mañana. El Emperador se hallaba un poco mejor; le prescribí un baño y el ejercicio como el dia anterior. «Aun estabais entre sábanas, doctor, cuando ya ejecutaba yo esa receta: me he levantado muy de madrugada, he paseado y respirado el fresco; y ahora estoy en busca de algunas ideas que me han venido sobre una operacion en la cual mis órdenes fueron ejecutadas.» El saco de franela estaba por tierra y Napoleon en pie: así pude admirar su trage, que consistia en una bata blanca, un pantalon con pie blanco y ancho, sandalias coloradas, un madrás en la cabeza, sin corbatin, y abierto el cuello de la camisa. Yo examinaba su vestimenta singular, y advirtiéndolo él se puso á reir y me dijo: ¡ah! ya veo lo que os ocupa; pues para castigaros por esa irreverencia á mis galas, hasta mañana no doy entrada á vuestras medicinas, porque tengo algunos cálculos algebráicos que resolver.

29 *de setiembre.*—A las diez y tres cuartos. El Emperador estaba enteramente postrado: se quejaba de un *profundo dolor en el higado*, estas son sus espresiones. Continuó leyendo, y con harta pena consintió en hacer algun ejercicio, luego se metió en el baño.

Viendo que el suelo estaba cubierto de libros, en medio de la sala y al rededor de la cama, pregunté la causa de tal desórden. Era el Emperador que habia leido toda la noche: cuando tiene gana de leer llena su cama de libros, los recorre y los arroja en seguida. Los buenos los deja caer en la alfombra, los medianos los echa con desprecio, y los malos los arroja contra la pared. No gusta que le interrumpan para levantarlos, y solo cuando está fuera ó en el baño se pueden recoger.

30 *de setiembre.*—A las diez y cuarto. Va un poco mejor el Emperador. Le aconsejo el uso interno y esterno de las preparaciones mercuriales, pero él se niega: tomó un baño.

1.° *de octubre.*—A las diez. El Emperador está siempre en el mismo estado: le propongo de nuevo las preparaciones mercuriales, y le escito á hacer ejercicio.

2 *de octubre.* — A las diez. Lo mismo: insisto sobre la necesidad de las preparaciones mercuriales, del uso del baño, y de hacer ejercicio.

3 *de octubre.* — El Emperador se halla mejor, consiente en hacer algun ejercicio y le acompañé al jardin: le hablé del mucho cuidado que exigia su salud, y del pronto término de sus dolencias. «Os creo, doctor; el clima es escogido y no dejará escapar su víctima; pero y vos ¿cómo os hallais en vuestra situacion? ¿Los nueve mil francos de vuestra asignacion son suficientes á vuestras necesidades?» yo le dije que me creia demasiado dichoso con estar junto á él; que no buscaba la fortuna y que mi única ambicion era la de ofrecerle mis servicios. «Eso es bueno, mi querido doctor, pero reunir ambas cosas es todavía mejor. Yo os doy lo que daba en Paris; las circunstancias son distintas, todo ha cambiado y no hay comparacion. Pero por esto precisamente quiero que vuestro sueldo actual pueda subvenir á vuestras necesidades, tal es mi intencion; ahora ved si se os ha señalado demasiado poco.» Respondíle que esto era mas de lo que yo necesitaba, y que me confundia con las bondades que tenia por mí.» — ¿Cuánto tiempo

pensais estar aquí?—Todo el que V. M. se digne admitir mis servicios.—¿Sabeis que mi cirujano lo es tambien de las personas de mi casa, y que estando solo tiene que hacer de cirujano, médico y boticario?—Ya lo sé, señor. Disponed de mí; soy vuestro en vida y muerte.—Bueno; pero no os quiero retener en este escollo mas de cinco años, al cabo de los cuales os aseguro una pension anual de ocho á nueve mil francos: volveréis á Europa con una subsistencia independiente, y podréis continuar los trabajos anatómicos tomando un lugar entre los primeros fisiologistas del siglo. Mereceis mi reconocimiento por los sacrificios que habeis hecho; y os debo mi benevolencia, mi estimacion y mi afecto, y vos corresponderéis á estos sentimientos prodigándome vuestra existencia.

Largo rato continuó hablando sobre estas ideas que me hizo repetir unos dias despues por medio del general Montholon.

4 de octubre.—A las nueve de la mañana. Se hallaba en el mismo estado: le aconsejé el uso de baños de aguas sulfurosas. El Emperador despues de su baño, salió al jardin donde le seguí: iba todo afectado y sombrío; sentóse debajo de unos árboles, y me dijo: «¡Ah, doctor! ¿dónde está el cielo hermoso

de la Córcega? y despues de algunos instantes de reflexion, continuó: la suerte no ha querido que yo volviese á ver aquellos sitios á donde me transportan los recuerdos de mi infancia: yo queria y podia reservarme la soberanía de aquel pais; mas una intriga, un movimiento de honor cambió mi eleccion, y preferí la isla de Elba. Si yo hubiese seguido mi primera idea de retirarme á Ajaccio, acaso no habria pensado en volver á tomar las riendas del poder, no hubiera sido vulnerable por todos lados, no se habrian burlado de la fe prometida y no estaria aquí. En 1815 quise refugiarme allí, pues estaba bien seguro de reunir todos los esfuerzos y opiniones. Me hubiera hallado en estado de defenderme de la maleficencia de los Aliados. Ya sabeis quien son nuestros montañeses, cual es su energía, su valor, y con que alma noble y arrogante se presentan al enemigo. Además, las islas tienen sus defensas; los vientos, la distancia, las dificultades de abordar debilitan la agresion: la poblacion me hubiera tendido los brazos, se habria hecho una familia mia, de cuyos corazones hubiera dispuesto. ¿Creeis que treinta, cuarenta ni cincuenta mil coligados hubieran podido someternos, ni habrian osado intentarlo? ¿Qué

soberano se comprometeria en una lucha en que habria mucho que perder y nada que ganar? Pues repito que el pueblo era mio: desde mi tierna juventud, ya yo tenia un nombre y una influencia particular en Córcega. Ni las montañas escarpadas, los valles profundos, los torrentes y precipicios no contenian para mí ningun peligro: yo los recorria de un estremo á otro sin que ningun insulto ni accidente me haya hecho pensar que mi confianza era mal fundada. En Bocognano mismo, donde los odios y venganzas se conservan hasta la séptima generacion, donde se evalua en la dote de una jóven el número de sus parientes, fuí bien recibido y festejado, y se hubieran sacrificado por mí: no me inquietaban los sentimientos del pueblo, pues sabia que todos los brazos me estaban adictos; pero se hubiera dicho que me retiraba á puerto seguro mientras que todo perecia; no quise buscar un refugio en medio del naufragio de tantos valientes; resolví retirarme á América, me dirigí á la Inglaterra; estaba bien lejos de figurarme la horrible manera con que ejerce la hospitalidad. Otra consideracion me detuvo: una vez en Córcega ya no temia las resultas de la lucha; pero habria estado en el centro del

Mediterráneo, la Francia y la Italia hubieran tenido la vista fija en mí; no se habria calmado la efervescencia, y los soberanos para asegurar su reposo hubieran tenido que venir á mí: la Isla entonces se destruia con la guerra, y no queria que jamás me reprochase sus desgracias: por otra parte, como habia abdicado en favor de mi hijo, cuyo acto no debia ser ilusorio, quise hacerlo mas firme y mas ventajoso para la Nacion, y temí paralizar sus efectos.

«¡Ah doctor! ¡qué recuerdos me ha dejado la Córcega! Todavía me parece estar viendo sus campiñas y montañas, y reconocerlas en el olor que exhalan. Yo queria mejorarla, hacerla feliz, en una palabra hacerlo todo por ella; el resto de la Francia no hubiera desaprobado mi predileccion; pero los reveses han venido, y no me han dejado efectuar los proyectos formados. Aunque montañosa, carece de agua, y sobre todo de rios caudalosos: esto es un obstáculo, pero lo hubiera suplido la escelente calidad del terreno y las disposiciones locales. Las *salinas* son á propósito para el cultivo del café y de la caña de azúcar: esto está esperimentado y yo me proponia sacar partido: queria estimular la industria, el comercio, la agricultura, las ciencias y las artes:

tenia proyectado el acordar medios á los habitantes, llamar familias estranjeras, aumentar la poblacion, en una palabra ponerla en estado de bastarse á sí misma haciéndola independiente de los mercados del Continente. Habia adoptado un plan de fortificaciones que he meditado mucho tiempo, con el cual hubiera sido inespugnable. *Saint Florent* es una de las posiciones mas hermosas que yo conozco, y la mas favorable al comercio: está tocando la Francia, confina con la Italia, sus apostaderos son seguros, cómodos y pueden recibir flotas considerables: allí hubiera hecho una ciudad grande y hermosa que sirviese de capital, declarándola plaza fuerte para que hubiese siempre navíos en estacion. Ved aquí mis ideas y los planes que habia concebido; pero mis enemigos han tenido maña para hacerme consumir mi vida en el campo de batalla, y han convertido en diablo de guerra al hombre que solo respiraba monumentos de paz: los pueblos, engañados por la estratagema, se han sublevado todos y me han abrumado. En fin si no he podido ejecutar lo que intentaba sobre la Córcega, tengo al menos la satisfaccion de haber hecho alguna cosa por Ajaccio. Su puerto es reducido pero bien situado.»

Yo estaba absorto y fuera de mí; lo que acababa de oir me habia arrebatado el alma: comparaba la prosperidad que la Córcega habia tocado, con el triste estado á que habia venido á parar. Las lágrimas me escapaban involuntariamente de los ojos. «¿Qué teneis? me dijo el Emperador.—¡Ah señor! perdonad mi turbacion; no puedo ocultar el desórden en que me pone la consideracion de tal contraste.—Doctor, ¡la patria! ¡la patria! Si Santa-Helena fuera Francia yo me hallaria bien en este horroroso peñasco.»

5 *de octubre.*—A las doce de la mañana. Dolores ligeros abdominales que el baño disipa. El Emperador se halla mejor y me autoriza á escribir á sir Hudson para pedirle permiso de visitar los hospitales.

No estaba yo todavía bien al corriente de la etiqueta, trataba de enterarme y tomar el tono de los que rodeaban al Emperador. Ninguno de nosotros se presentaba ante él sin ser anunciado; estábamos todos descubiertos, atentos, en pie, sin acercarnos hasta que él nos lo mandaba: nadie le dirigia la palabra á no ser que la conversacion fuese general, en cuyo caso respondia, animaba la discusion y la alegraba con sus ocurrencias. Era un hombre amable y tierno que trataba de concentrar en

sí todos nuestros afectos; sus consejos eran de un padre, sus reproches los de un amigo. Si se enfadaba era impetuoso, terrible y no sufria contradiccion; pero apenas habia desahogado su cólera, cuando todo se convertia en cuidados para consolar al que habia maltratado, con un acento y un abandono que pintaba su bondad y su sentimiento. Cuando los yerros eran considerables, alejaba y separaba al que los habia cometido; pero pasada la interdiccion todo estaba olvidado, el desterrado entraba en gracia como si tal no hubiera sucedido.

Lo perteneciente á los modales en general era fácil de conocer; pero la etiqueta tiene sus usos que no se pueden adivinar: yo no sabia que esta prohibiese salir del aposento del Emperador sin ser despedido. Este Príncipe acababa de quedarse dormido, yo temiendo turbar su reposo me retiré; pero apenas estaba en mi cuarto, cuando se despertó, y no encontrándome, sonó la campanilla y me hizo llamar. Acudí á sus órdenes, le hallé en el mismo estado en que le habia dejado. Despertóse segunda vez, suspiró profundamente, me miró de hito en hito y me dijo: «¿Todavia estais aquí?—Si señor, pero ya me habia ido.—*Ah doctoraccio di Capo Corso*, me dijo

riendo, levantándose y cogiéndome de la orejas me dejais solo! ¡Salis sin mi permiso! Sois novicio, os lo perdono; pero el gran Mariscal ni el general Montholon no se hubieran apartado de mi cama sin que yo los despidiese.» Le supliqué perdonase mi ignorancia, él se puso á reir y me repitió que todavía era novicio.

6 *de octubre.*—El Emperador está mejor, tomó su baño é hizo el ejercicio acostumbrado. Luego se retiró y cogió un tomo del *Teatro de Racine,* lo recorrió largo rato y al fin se detuvo en la escena en que Mitrídates declara un plan de agresion contra los Romanos. «Esperais que yo os declame esta tirada de versos que son la admiracion de los papamoscas, pues no lo haré, mi señor *doctoraccio;* estas son tonterías puestas en verso demasiado brillante: pasemos á esta otra que, aunque menos pomposa, es mas verdadera y razonable.» Se puso á leer con mucha delicadeza y con inflexiones que un trágico no hubiera desaprobado; pero bien pronto se cansó: arrojó el libro, se echó en el sofá murmurando el nombre de su madre, y quedó en una especie de estupor. Yo trataba de reanimar sus facultades abatidas, sentia que su pecho se agitaba como que se operaba un grande es-

fuerzo en toda la máquina. Me miraba fijamente sin decir una palabra, yo no sabia que pensar; mas de repente esperimentó una *crísis* y se halló mejor. «Me muero, doctor, ¿qué os parece?» y levantándose luego, viene hácia mí, me examina, me empuja hasta ponerme la espalda contra la pared, y me agarra de las orejas y de las patillas.

«Ah, pícaro doctor *Capo corsino*, me dijo, habeis venido á Santa-Helena para droguearme; yo os haré colgar en vuestra casa del *Capo Corso*.» Al mismo tiempo se reia, hacia gestos, y me dijo otras muchas chanzas.

7 *de octubre*.—Sigue en el mismo estado: baño y ejercicio.

El Emperador me habia autorizado á ir á Plantation-House. Fuí allá á hacer mi primera nisita al Gobernador, quien me recibió en presencia de su ayudante mayor sir G. Gorrequer. Me quejé de las restricciones que se nos imponian, de la triste situacion en que habian puesto la salud del Emperador y aumenté un pronóstico sobre las resultas de la enfermedad: que todos los síntomas se inclinaban á confirmar que ya existia una hepatítis crónica; y no dejé ne declarar que el clima engendra, alimenta y aumenta el mal, y que el resultado de tal dolencia debia ser

muy peligroso.» Vos lo creeis, me dijo sir Hudson: el general Bonaparte está perfectamente bueno; este es el pais mas salubre que conozco.—Por eso le han elegido.—Sin duda. —¡Sin duda!

8 *de octubre.*—El Emperador continua hallándose mejor, recobra poco á poco el apetito y las fuerzas. Baños y ejercicio.

Hizo llamar á los niños del gran Mariscal, á quienes hacia algunos dias no habia visto: acudieron muy contentos, y al momento comenzaron á jugar y correr al rededor de él, tomándole por árbitro de sus discusiones. «¿No es verdad que mi trompo va mejor que el suyo?—No, el mio va mejor.—No hay tal, el mio es el mejor, decia el tercero, que vuestra Majestad decida. «El Emperador reia, decidia y volvian las disputas: si sois demasiado turbulentos no os puedo guardar á comer conmigo.—Sí, sí, ya no meterémos bulla.» Con efecto se aquietaron un poco: Napoleon los hizo sentar á comer poniendo á su lado á Hortensita; pero luego que saciaron su apetito comenzaron de nuevo las discusiones sobre quien habia ganado en en el juego, haciendo juez del campo al Emperador: aturdido este con su algazara y sin poderse tener de risa, les dijo que callasen: allí em-

pezó nueva disputa y mayor bulla por imponerse silencio uno á otro, y acusándose mutuamente de gritar demasiado; hasta que al fin se levantó la mesa y se les despidió. «Mañana nos haréis llamar tambien, ¿no es verdad, Señor?—¿Os gusta mucho venir á jugar conmigo?—Sí, sí gritaron todos á la vez, y con esta esperanza se fueron contentos. «Cuan dichosos son, decia Napoleon; cuando los llamo y juego con ellos, todos sus deseos están satisfechos: las pasiones no han tocado todavía su alma, y gozan en pleno de la vida. A su edad yo pensaba y sentia como ellos, pero despues ¡qué trastornos! ¡La chiquita Hortensia cómo crece! Si esa picarilla vive, á muchos elegantes les revolverá la cabeza: yo entonces ya no existiré, ¿no es verdad doctor?»

9 *de octubre*.—Sigue lo mismo: baño y ejercicio acostumbrado.

Acababa de llegarme un ordenanza con un pliego, y estaba deseoso de saber que nueva restriccion hubiera imaginado sir Hudson. Era una respuesta á la carta que yo habia escrito, por la cual se me autorizaba á visitar los hospitales de la Isla, á condicion de que no iria solo y estaria bajo la vigilancia de un oficial.

El Emperador se paseaba al rededor de

Longwood; le apercibí que miraba con el anteojo y examinaba lo que se hacia en lo interior de las habitaciones de su comitiva. Me dirigia hácia él para comunicarle la carta, mas el ayuda de cámara me gritó: «No vayais, señor doctor, que su Majestad está en su incógnito. —¿Cómo en su incógnito?—Sí señor; ya veis que no trae el vestido ordinario ni el sombrero de tres picos que no deja nunca sino mientras come; pues bien, todas las veces que el Emperador lleva ese gran sombrero redondo y esa levita larga verde abotonada hasta el cuello, es que no quiere que nadie le hable; y aun el mismo gran Mariscal se abstiene de interrumpirle.» Díle gracias por este aviso, y esperé que Napoleon volviese; pero habia ido á visitar la señora de Bertrand y me parecia el tiempo largo. Me dijo Noveraz que no tardaria en entrar, pues se iba á formar el cordon de centinelas, y el Emperador no gustaba codearse con las casacas encarnadas. Con efecto, no tardé en volver: se desnudó, se puso una bata y se paseó largo rato en la sala. Estaba alegre, habló mucho de Paris y recayó la conversacion sobre la Colonia inglesa. «Un dia, me dijo, estando en conversacion con el Rey de Wurtemberg, estábamos en Tullerías delante de una venta-

na ; yo acababa de recibir un aviso que descubria las bajezas de mis enemigos, y no pude reprimir un movimiento de impaciencia. —¡Cómo ! ¡ esos moscardones os importunan ! ¿ Hay mas que esterminarlos ? ¿ Habeis vencido al mundo y retrocedeis ante los espias ? En pocas horas acabaria yo con ellos. —Le pregunté de que modo. — ¡ La horca, los calabozos ! Marqueses, condesas, todos revueltos irian allá. — Su Majestad se acaloraba, yo me guardé muy bien de contradecirle : su medio era bueno, pero no me convenia ; es menester ser legítimo para encadenar la mitad de sus súbditos.

Como era ya tarde pasó el Emperador á su cuarto para acostarse : no habia nadie que le desnudase, tomé la campanilla, pero aun no habia llamado que ya iban sus vestidos volando por las paredes y por encima de los muebles, antes que llegase el ayuda de cámara. «¡ Ah pícaro, le dijo riéndose ; no estabas aqui ! ¿ Y los mosquitos ? Cuidado que tus orejas responden si hay alguno dentro de la mosquitera.» Metióse en la cama ; y queriendo ajustar un candelero movible de que se servia por la noche, se quemó los dedos con un tornillo que se habia calentado demasiado: sacudió la mano largo rato, chanceando á su

criado, á quien acusaba de conspiracion contra sus dedos. «Pues que el fuego y los mosquitos me persiguen y me han quitado el sueño, vos lo pagaréis, doctor: dicho esto se levantó, púsose en bata y su saco de franela; y se sentó en el sillon. «¿Conoceis las batallas de Alejandro?—No señor.—¿Y las de César.—No señor.—Las mias al menos.—Tampoco, señor; en mi vida he tenido que hacer sino con cadáveres.—¡Ah! mala compañía. Montholon os dará un tratado de estas campañas que han conmovido el mundo; quiero que tengais una idea.» Luego se puso á discurrir sobre la situacion de los negocios, y las intrigas que habian producido su caida. Bien las conocia yo, añadió, bien hubiera podido castigar á los gefes; pero las ejecuciones me repugnaban, no me gustaba derramar sangre.»

10 *de octubre.*—El Emperador se queja de unos dolorcillos abdominales; el baño y una lavativa los disipan. «Hoy me siento bueno, me dijo, y no necesito medicinas: podeis aprovechar el permiso del Siciliano para visitar los hospitales, allá veo venir uno de sus satélites sin duda es el que os ha de vigilar.» Tenia razon; era el doctor Arnold á quien su Escelencia habia encargado de acompañarme:

me puse bajo su custodia, y fuimos á James-Town. Todo eran disenterías, y hepatitis agudas ó crónicas: nadie escapaba á la influencia del clima; y aunque habia algunas fiebres inflamatorias, era corto el número de los enfermos. No presentando nada de particular este establecimiento, continué mi vuelta hácia Dead-Wood, donde hallé las mismas afecciones que en James-Town; pero tan prontas y terribles, que en una hora, en un instante desordenaban la economía animal, é inutilizaban todos los remedios: nunca conocí mejor el precio del tiempo, y las fatales consecuencias de las dilaciones.

Despues de haber admirado el buen órden de aquel hospital me volví á Longwood, escoltado por un oficial con quien bien pronto trabé conversacion. Llegámos á una altura de donde se descubrian unas rocas casi desprendidas sobre abismos cuya profundidad no se atrevia uno á mirar: mi guia lo examinaba y esplicaba todo con un cuidado é interés que solo un geólogo puede poner en las convulsiones de la naturaleza. Yo veia muy bien que Santa-Helena es un monton de arcilla de orígen volcánico; esto me bastaba saber, pues me interesaba mas en lo esterior que en lo interior: media aquellos oscuros cerros que se

habia observado. «Sois un ignorante y un Bathurst diria un mal hombre, un traidor. ¡Enfermedades del hígado! En esta Isla no se conocen: preguntad al Gobernador, al Ministro, á toda la Inglaterra, veréis que este clima es el mas sano del globo. Los discípulos de Pitt le han elegido, ya podeis descansar en su sagacidad.

«¿No sabeis que en Santa-Helena no se toleran las hepatítis y que sir Hudson les ha prohibido tocar esta costa? Todas las enfermedades tienen derecho de aportar aquí, menos las del hígado. La señora de Montholon sufria hace tiempo un mal que ya habia tenido en Paris: se quejó y pidió pasar á Europa. Luego se dijo que era una fábula; el médico fué severamente reprendido, reconoció su yerro, y de repente se halló que la dolencia habia cambiado de sitio: ya no era el hígado sino yo no sé que otra víscera que estaba atacada; entonces se rindió su Escelencia, y concedió el permiso. ¡Ah doctor! ¡con qué gente tratamos! Transformar el aire en instrumento de muerte es una cosa que no habia ocurrido al mas bárbaro de nuestros procónsules, y que solo en las orillas del Támesis podia nacer. ¡Y qué mal hice! pero los acontecimientos se agolparon de un modo tan rápido, que

no tuve tiempo de idear ni precaver cosa alguna. »

12 *de octubre.* —El Emperador sigue siempre mejor : baño y ejercicio.

Napoleon salió al jardin y yo le acompañé : hablóme mucho de la Córcega, de sus hermosos valles y campiñas ; y pasando de repente de su patria á sus parientes, me dijo: «¿Habeis estado mucho tiempo en Florencia? Ya sabeis que de allí desciende nuestro linaje. — Si señor, vuestra familia es una de las mas distinguidas y era patricia. — ¿Conoceis la casa que habitaba? — Es un monumento, una curiosidad que nadie deja de ver. — Está en el centro de la ciudad, adornada la fachada con un blason esculpido en piedra, ¿no es así? —Sí señor, y todavía intacto. — A mi paso por Florencia, al marchar sobre Liorna, me instaron á que la viese; pero yo estaba tan rodeado de ocupaciones que no pude ir. Sin embargo, el dia antes de partir fuí por la tarde á San Miniato, donde habia un canónigo anciano, pariente mio, que era el último de los Bonapartes de Toscana. Fuí á visitarle; nos recibió muy bien, nos agasajó, se comió perfectamente y comenzámos á chacharear; éramos todos jóvenes, alegres, bulliciosos y mas republicanos que Bruto; así era que dejába-

mos escapar espresiones un poco agenas de la Iglesia. El buen hombre no se desconcertó, escuchaba, respondia y nos echaba reflexiones de cuando en cuando, cuya razon era admirable. Mi estado mayor estaba encantado de haber hallado un clérigo sin santurroneria; los frascos circulaban, bebíamos á su salud, y él al buen éxito de nuestras armas. En sus agudezas y buen juicio pudímos conocer el tacto y amenidad de nuestro escelente canónigo. Mis oficiales se habian reconciliado con su hábito, no le desagradaba nuestra irreverencia militar, é hizo todo esfuerzo para retenernos el dia siguiente; pero las tropas estaban en movimiento, y le dijímos que era preciso marchar y que le veríamos á la vuelta. Temiendo que no tuviese bastantes camas para tan numerosa comitiva, le pedímos que no se incomodase en procurarlas pues estando ya acostumbrados á vivir como soldados nos bastaba un saco de paja. No, no, respondió; mi casa no gasta lujo, pero es bastante capaz para alojaros á todos. — Nos acompañó sucesivamente á los cuartos que nos habia hecho preparar, y nos dió las buenas noches. Apenas me habia acostado y apagado la luz, cuando oí tocar á mi puerta; yo creia que fuese Berthier, y me hallé con el buen pre-

bendado que me pedia un momento de conversacion. Estando de sobre mesa, habia comenzado á hablar de genealogía; una discusion de esta especie debia serme desagradable en la posicion en que yo me hallaba; le hice entender que se callase, y así lo hizo. Yo temblaba de que quisiera venir sobre el mismo asunto que yo habia eludido; sin embargo no se lo manifesté, le dije que se sentase, que le escucharia gustoso. Comenzó á hablarme del cielo que me habia protegido y me protegiria todavía mas si yo queria emprender una obra santa que no era además muy costosa. Encajóme toda la historia de Bonaparte, la de las acciones de uno de ellos; y no podia adivinar á donde iba á parar con todo aquello, cuando me dijo que me iba á mostrar un documento precioso. Entonces sí que creí que era el árbol genealógico, y no podia contener mi risa, á pesar del temor de desagradar el anciano; pero cual fué mi sorpresa al ver, no un pergamino ni un diploma gótico, sino otra cosa todavía mas graciosa, una memoria en favor de cierto padre Buenaventura, beatificado mucho tiempo habia, pero que los escesivos gastos que trae la canonizacion no habian permitido llevarle al calendario. « Pedid al Papa que le reconozca, me decia el buen Canóni-

go; él os lo concederá, puede ser que no cueste nada, ó al menos poca cosa: su Santidad no se negará á ello en atencion á vuestro influjo. ¡Ah querido pariente! no sabeis cuan precioso es tener un bienaventurado en su familia: este os ha conducido y guiado en medio de las batallas: á él, á este glorioso Buenaventura debeis la prosperidad de vuestras armas. Creed que la visita que me habeis hecho no es un efecto de la casualidad; no, mi querido pariente, él es tambien quien os ha inspirado, ha querido que fueseis sabedor de sus méritos, y os proporciona la ocasion de volverle bien por bien, servicio por servicio: haced pues por él con el Papa, como él hace por vos para con Dios. «Yo estaba reventando de risa al ver la uncion del anciano; pero era de tan buena fe, que hubiera tenido á conciencia el ofenderle. Le pagué con buenas palabras, le alegué el espíritu del siglo, los cuidados de la guerra, y le prometí ocuparme en el asunto de san Buenaventura así que la irreverencia pública fuese menos desenvuelta. — Querido pariente, permitid que os abrace, vos colmais mis votos; y pues tomais interés en los del cielo, saldréis bien en todas las empresas, yo os lo vaticino. Soy ya muy viejo, y acaso no veré la ejecucion

de vuestras promesas ; pero cuento con ellas y moriré contento. — Me dió su bendicion y yo á él las buenas noches, y traté de dormir, pero fué imposible. La aventura era tan estraña, y yo hallaba la idea tan singular en el tiempo en que estábamos, que apenas habia podido pegar los ojos cuando Berthier se presentó y luego los demas oficiales del estado mayor á quienes conté la aventura. La peticion del anciano, sus votos, su ambicion, su manera de esplicar nuestras victorias, alegraron á todos: reimos y chanceámos fuertemente tanto sobre el Canónigo, como sobre el Santo que se batia por nosotros. Si el buen hombre nos hubiese oido no le hubiera quedado duda de mi devocion.

«Ibamos á ponernos en camino, y yo queria dejarle un recuerdo, una muestra de satisfaccion por la buena acogida que nos habia dado; ¿qué podia ofrecerle á no ser un *Flos sanctorum?* Me revolvia la cabeza sin hallar nada que darle, hasta que me ocurrió que podia disponer de una cruz de san Esteban. Dicté dos líneas á Berthier, y nos despedímos bendecidos por el buen anciano, quien recibió su decoracion dos dias despues. Camináмos sobre Liorna donde nos esperaba otra escena. Era gobernador de la plaza un

hombre cuyo carácter he podido apreciar despues de mi caida. Poco tenia yo entónces que temer de él, pero me habian informado mal; mis tropas estaban estenuadas y el tiempo era precioso. No quise esponerme á inútiles habladurías, le llené de reproches y le despedí: hice demasiado, escedí los límites; me proponia solo alejarle y le maltraté. Hice mal, despues lo conocí; *Spamiocchi* era un hombre lleno de nobleza y lealtad, hice la esperiencia en la isla de Elba.

«La aventura de San Miniato quedó pronto olvidada por los negocios, que eran demasiados para dejarme lugar de leer el itinerario. Pero el Papa le tenia sobrado, y al coronar al sobrino hubiera querido canonizar al tio. Hablóme de ello y me repitió la homilía del Canónigo, pero las gerarquías del cielo me ocupaban menos que las de la tierra; hice la oreja sorda y dejé al Consistorio que se cuidase de sus promociones.»

13 *de octubre.*—El mismo estado de salud de Napoleon: baño y ejercicio.

Sir Hudson habia perdido el sueño solo porque sus soldados acudian y se prosternaban al ver alguno de nuestros curas. Todo le parecia estar ya seducido y comprado, y la Inglaterra perdida. En vano redobló la

vigilancia, reprendió y castigó, pues la piedad podia mas que el temor, y el agua bendita mas que los golpes: apenas veian los Irlandeses una sotana, que ya se echaban á tierra, besaban las manos del sacerdote é imploraban sus bendiciones. El Gobernador, vencido por la obstinacion de la tropa, se volvió contra los clérigos y redobló sobre ellos la vigilancia. No viendo el Emperador ninguna importancia en aquellas genuflexiones, se resintió del modo con que circundaban á los misioneros. «Yo no permitiré, me dijo riendo, que ese hereje insulte á la tiara: el Papa ni el Consistorio no me perdonarian si tolerase esas humillaciones. Que vengan los apóstoles.» Vino Buonavita y recibió la órden de no salir jamás de la cerca. «Que digan ahora que no pienso en hacer respetar la iglesia.»

14 *de octubre.* — El dia de ayer, así como una parte de la noche, ha estado bastante bien el Emperador. Tomó su baño, y salió á dar su paseo; pero á pocas vueltas se sintió cansado, se volvió, almorzó y entró á su aposento, donde me dijo: «Me encuentro incomodado, quisiera dormir, leer ó hacer cualquiera cosa: llamad á Marchand que me dé libros, y que cierre las ventanas. Me

voy á meter en la cama, luego verémos si me siento mejor. Pero aquí hay un tomo de Racine, doctor, leed en la tragedia de *Andrómaca* como si estuvieseis en la escena. Vamos ya os escucho: esa es la pieza de los padres desgraciados.—Señor, ¡si fuera Metastasio! —No importa el acento; la poesía disimulará las inflexiones italianas.

Como yo vacilaba, tomó el libro y leyó algunos versos, pero luego le dejó caer de las manos: habia dado con aquella famosa escena en que Andrómaca se lamenta de no haber podido ver y abrazar á su hijo. Enternecióse tanto, que enmudeció y se cubrió la cabeza. «Doctor, me dijo, estoy demasiado conmovido, dejadme.» Me retiré, durmió algunos momentos y luego me llamó. El sueño habia disipado su incomodidad, estaba menos sombrío, menos agitado y se disponia á afeitarse. Como sabia cuan curiosa era esta ceremonia, me quedé. Estaba en camisa, la cabeza descubierta; dos criados al lado que tenian el uno el espejo y la toalla, el otro tódo lo demas necesario. El Emperador se bañó y enjabonó un lado de la cara; y tomando una navaja, se afeitó el lado derecho con mucha destreza; luego cambió de posicion para buscar la luz, é hizo

con igual presteza la misma operacion con la mitad izquierda. La espresion de su semblante era dulce, afectuosa y llena de bondad. Se pasó la mano por la cara diciendo al criado: «¿Qué tal, Noverraz, estoy bien? Ni un pelo no ha quedado; ¿qué te parece? —No señor, ninguno, respondia el asistente. —¡No! pues á mí me parece que aun hay; levanta el espejo; mira, ¿no ves? ¡Cómo, pícaro! ¡tú me adulas y me engañas en Santa-Helena, en este peñasco! ¡Ah! ya te conozco, tembien eres cómplice,» Al mismo tiempo les distribuia al uno y al otro sus mojicones, se reia, les hacia reir, y les atormentaba con las mas divertidas chanzas.

Entretanto Marchand habia preparado en la segunda pieza el aguamanil y los vestidos del Emperador: pasó á ella, se lavó la cara y la cabeza, y echó á un lado las franelas. «Ya lo veis, doctor, me decia; hermoso brazo, pecho redondo, piel blanca y suave sin un pelo; algunas hermosas harian trofeo de estos pechos; ¿qué os parece? Y mi mano ¡cuántas elegantes la envidiarian!» Así continuó detallándome las bellezas y los defectos ocultos de algunas europeas, al mismo tiempo que su criado le cepillaba. «La señora*** era muy viva, y deseaba tener un hijo de

la *raza de los héroes*... Un dia vino... Pero ese maldito no cepilla... Otro dia os contaré todo eso, doctor; dejad que le pague yo á este en sus espaldas el cuidado que tiene por las mias.» Entonces le tiró ligeramente las orejas y le dió algunos pellizcos. «Veamos ahora lo que ha producido la correccion: traeme el agua de Colonia.» Se hizo echar en las manos, se lavó con ella la mitad del cuerpo, se puso su franela, medias de seda, calzon de casimir blanco, zapato con hebilla de oro, un corbatin negro, chaleco blanco, el gran cordon de la Legion de honor que llevaba siempre que se vestia, una casaca de paño verde con cuello vuelto, y el sombrero de tres picos. «Doctor, el resto del dia es nuestro, ya no se trabaja ni se lee; en poniéndome de gala, recibo ó me paseo y no pienso en nada mas.»

15 *de octubre*.—El Emperador ha dormido poco; el dolor en el higado es mas vivo: baño.

El dia anterior yo habia visitado á la señora de Bertrand, la cual sufria mas que de ordinario. Napoleon estaba inquieto, y temia que la afeccion se hiciese peligrosa. «¿Cómo está vuestra enferma? ¿se alivia su dolor?—No señor; las fuerzas se gastan; la

señora Mariscala es víctima de la malignidad de la latitud. —¿Acaso estais con recelos por su vida?—No tanto; pero los órganos se fatigan, y este funesto clima no suspende su accion.—No hay duda en que la situacion es horrible: nosotros ya estamos acostumbrados á las penas; pero una muger privada de repente de todo lo que le hacia amar la vida, trasladada á esta peña, ¡cuánta resignacion necesita! La señora de Bertrand se levanta tarde y no puede asistir á la misa, que acaso querria oir: yo no habia pensado en esto; al señalar la hora al buen abate solo consideré su avanzada edad. Decidla pues que doy órden á Vignali para que vaya á celebrar á su casa; que este clérigo está á su disposicion, y puede designarle la hora que mas la convenga. Puede hacer como nosotros un altar portátil ó servirse del nuestro. Que vaya gente á su misa, si ella lo quiere así; en cuanto á la mia, insisto en no admitir sino á los que yo convidare. ¿Y los abates hacen estudiar á los niños? ¿Lee ya el chiquito Arturo, ó deletrea al menos?—Pienso que sí, señor, pues los clérigos se ocupan en ello.

16 *de octubre.*—El Emperador se halla algo mejor. El dolor que sentia en el hígado se ha hecho soportable: baño.

A las ocho y tres cuartos de la mañana estaba en su bufete, rodeado de reglas y compases, haciendo rodar entre las manos un lapicero, de cuyo instrumento se servia ordinariamente para escribir : vi que tenia diseños, planos y figuras algebráicas; pero estaba silbando, cuya circunstancia indica tempestad. No decíamos una palabra, pero en su modo de trabajar conocíamos las sensaciones que le agitaban. Si se aplicaba seriamente, era señal de que padecia y que el asunto era arduo; si estaba alegre y tarareaba al mismo tiempo algunas tonadas italianas, era señal de que sus males y sus recuerdos no le atormentaban, y entonces todo su carácter era amabilidad. Si por el contrario hacia resonar la cancion en los labios era que estaba descontento, de mal humor, y que solo aguardaba una ocasion, una palabra para descargar. Desgraciado el que entonces se presentaba, pues caia sobre él la borrasca, y yo no queria que cayese sobre mi. Sin embargo, la iba á recibir: Napoleon tenia una gran caja de tabaco, y aproveché la circunstancia para decir una palabra sobre los inconvenientes del tabaco.— « ¡Bueno, me dijo, importancias médicas ! ¡Como si yo tomase! Esta caja no la dejo nunca señor doctor, á causa de los medallones que hay en ella

(eran los de Alejandro, César, etc.). En cuanto al tabaco, se pasan semanas enteras que no tomo, y no hago mas que respirar el olor. »

Luego se echó en el sofá, abrió casualmente el segundo tomo de la correspondencia inédita, pareció chocarle, se apaciguó y leyó:

« *Al general Kleber.*

El 13 de vendimiario año VII.

«Me temo que nos hallemos un poco enfadados, y seriais injusto en dudar de lo mucho que lo sentiria.

«Los nublados en el cielo de Egipto, cuando los hay, se disipan en seis horas; de mi parte si los hubiera se desvanecerian en tres. La estimacion que tengo por vos es igual por lo menos á la que otras veces me habeis manifestado. »

« ¿Qué os parece, doctor? ¿debia Kleber olvidar algunas discusiones que habíamos tenido relativas á la administracion de Alejandría?— Así me lo parece, Señor. —Era tan sufrido como un médico á quien contestan sus recetas. Vais á ver como respondia á mis reproches. »

« *Al general Bonaparte.*

« ¿Habeis olvidado el escribirme, ciudadano General, que teneis en la mano el buril de la historia y que escribiais á Kleber? No presumo, sin embargo, que hayais tenido intencion oculta; no se os hubiera creido. »

« ¡ No se os hubiera creido! He aquí la noble firmeza y arrogancia de un valiente. No en verdad, no me hubiera creido, y yo habria sentido mucho que me creyesen: yo me quejaba de falta de economía y no de malversacion; mas tal era Kleber: ardiente, impetuoso, de fácil impresion; la intriga se ha aprovechado. »

17 *de octubre.* — Sigue Napoleon en el mismo estado: baño. El Emperador vuelve á hablar sobre su abdicacion, estendiéndose mucho sobre las intrigas y las ilusiones de aquella época. Le manifesté la admiracion que me causaba el que unos hombres envejecidos en los negocios, tal como Sebastiani y Lafayette, hubiesen confundido las épocas, é imaginasen que los Aliados concederian despues de la derrota, lo que apenas se habia podido conseguir en cinco años de victorias. Sin duda, me dijo Napoleon, la diputacion era ridícula y la candidez sin igual; pero Lafayette, segun decian los vienenses

cuando los prisioneros de Olmutz, dejaba dos hijas que protegerán su memoria, la declaracion de los derechos y la institucion de la guardia nacional. »

18 *de octubre.* —Dolor violento en el hígado durante la noche: tiene el paladar y las encías en una irritacion fluxionaria: le prescribí los remedios convenientes.

19 *de octubre.* —El Emperador se hallaba mejor; toma su baño, y pasa el dia en la cama leyendo ó dormitando.

20 *de octubre.* —Contiuua en el mismo estado: baño, mal humor, y lectura muy asidua.

21 *de octubre.* —Napoleon está mejor: toma el baño y sale á paseo. El ejercicio le restituye la alegría y las fuerzas. Yo estaba en pie, vino hácia mí, y pegándome á la pared, con la mano levantada me dijo: « Gran bribon de *Doctoraccio*, que me hartais de jaropes, ¿qué os parece de mi pecho? Vamos, ¿qué pensais de mis pulmones? Vos que conoceis el cuerpo humano decidme si moriré de tísis. ¿Qué dice Galeno? —Que con una voz como la vuestra no hay que temer la pulmonía.— Sí, ¡pero este hígado! continuó cambiando de tono y de actitud, y llevando la mano al hipocondrio derecho, aquí está el mal; en un

defecto de la armazon que el clima ha atacado. No hablemos de esto; la Inglaterra va á conseguir su ignominia.

22 *de octubre.*—Dolores en el hígado algo mas vivos, que se estienden por todo el lado derecho, prolongándose hasta la espalda.

Luego, sintiéndose un poco aliviado, tomó su correspondencia.

P. T.

« Alejandría 17 de brumario año VII.

«Querido General (Marmont): es mas que probable que los Ingleses hayan reunido todos los buques que están delante de Alejandría, haciéndoles venir aqui, y por medio de una falsa declaracion de guerra, los hayan engañado completamente. Hassan-Bey parece haberlo sido de tal modo, que seria imposible persuadirle de que estamos en buena armonía con la Puerta. El ciudadano Brucevich ha leido atentamente el manifiesto de la Puerta: está bien concebido en la forma ordinaria y en un estilo oriental; pero es menester ser turco para caer en semejante emboscada..... Ibrahim-Agá ha conversado con Hassan-Bey, y le ha juzgado engañado por los Ingleses; sin

embargo, parece tener temores sobre las disposiciones de la Puerta hácia nosotros. Yo no lo entiendo; pero todo lo que aquí se pasa tiene el carácter de la mentira y de la perfidia.

Me parece que los Ingleses con sus imposturas han hecho arrimar al puerto la corbeta turca haciéndola tirar sobre nosotros, á fin de comprometernos á rechazarla y probar con esto á los Turcos que somos sus enemigos. Si esto es así, es un maquiavelismo con todas las señales del carácter inglés.»

«Este Marmont ambicionaba mucho el gobierno de Alejandría. Manscourt fué separado y calumniado, sin que yo conociese que me engañaban y que era una cosa concertada con Menou. ¿Estabais en Florencia cuando este Osmanlis fué enviado como gobernador? ¿Le habeis conocido? ¿Qué opinion tenian de él?—La que dan los vicios y el escándalo. Rodeado continuamente de cortesanas, habia instalado una de ellas en el palacio, que presidia en las fiestas y tertulias del Gobernador, y la llevaba á todas partes; aquello era una continua saturnal.—¡Ahí está el fiel Abdala! ¿Pero cuándo le separaron?—Entonces todo cesó, las cortesanas desaparecieron, la princesa Elisa hizo renovar los muebles que aquellas mugeres habian usa-

do, y no se habló mas de Menou, sino entre sus acreedores.—En eso le reconozco: voluptuoso, pródigo, de inmoralidad á boca llena; gastaba siempre el doble de lo que tenia. ¡Cuántas veces he pagado sus deudas! ¿Sabian los Florentinos que se habia hecho musulman?—Lo decian, señor, de él, de vos y de todo el ejército.—¡Ah! Menou enhorabuena; pero yo ni mi estado mayor no teníamos el tiempo para perderlo en abluciones. Cuando yo entré en el Cairo, los Turcos que median mi estatura por el ruido de mis victorias, se figuraban que al menos tendria seis pies. Cuando me vieron decaí mucho en su opinion, yo era mas bajo, y menos corpulento que cualquiera de sus mamelucos: los imanes conducian el pueblo á la insurreccion, porque yo no podia mandar un ejército: fué necesario oponer maniobras á sus maniobras, é hice el papel de inspirado.»

Largo rato estuvo registrando el libro; al fin halló y se puso á leer lo siguiente: «Cherifes, ulemas, oradores de las mezquitas, haced saber al pueblo que los que de corazon se declaran mis enemigos, no tendrán reposo en este mundo ni en el otro. ¿Habrá alguno tan ciego que no vea que el destino mismo dirige todas mis operaciones? ¿Habrá

hombres bastantes incrédulos para revocar en duda que en el universo todo está sujeto al imperio del destino?

Haced conocer al pueblo que desde que el mundo es mundo estaba ya escrito que despues de haber destruido todos los enemigos del islamismo, y haber derribado las cruces, vendria yo del fondo del occidente á llenar el encargo que se me habia impuesto. Haced ver al pueblo que en el santo libro de Alcoran, en mas de veinte casos, está previsto lo que sucede, y esplicado igualmente lo que sucederá.

Yo pudiera pediros cuenta á cada uno de vosotros de los mas secretos sentimientos de vuestro corazon, pues todo lo sé, aun lo que no habeis confiado á nadie; pero un dia vendrá en que todo el mundo verá con evidencia que soy conducido por un poder superior, y que todos los esfuerzos humanos no pueden nada contra mí.

La artillería del Mokatan, el trueno que resonó inesperadamente, las piedras preciosas de Malta que distribuí á los mas influyentes, mi firmeza y mi lenguaje desconcertaron la insurreccion: luego fuí un amigo del Profeta, un inspirado, un enviado de Dios, todos los cheikes estaban de mi parte. Sin embar-

go, me embarazaron al proponerme de proclamar el islamismo y de tomar el turbante. —«Ya verémos, les dije, lo pensaré. —Tendriais cien mil hombres, toda la Arabia se pondria bajo vuestras banderas. —¿Pero la abstinencia? Nosotros que somos del occidente pereceríamos si no bebiésemos vino: ¿Y la circuncision?—No es indispensable.» Así me acosaban en todas partes, yo no sabia de qué obstáculo ayudarme, cuando me ocurrió un nuevo efugio. —Pues que todo es así, les dije, todos somos ya musulmanes; pero la ceremonia debe ser grande, solemne, señalada con actos de piedad: doy órden de que se edifique una mezquita mas suntuosa que la de santa Sofía que será inaugurada á nuestra conversion. —Satisfechos estos imanes, consintieron á lo que se habian negado con tal obstinacion. Dirigieron sus súplicas al Profeta en mi favor; fuí respetado y obedecido del pueblo, é hice todo lo que quise: saqué partido de la estupidez musulmana y me divertí, pero jamás hice ninguna profesion ni parecí en la mezquita. Si no hubiese sido por las circunstancias imperiosas que me llamaron á Francia, hubieran tomado otro aspecto los asuntos de Egipto; no habrian tenido un fin tan deplorable á no haber cai-

do Kleber bajo el puñal de un ascsino. No se necesitaba sino una mediana inteligencia para arrojar al mar á los Ingleses de Aboukir, rechazar los Turcos si salian del desierto, é ir á recibir en composicion á los Cipayes que bajaban por el alto Egipto; pero todo lo perdió Menou que era de una nulidad increible.

23 *de octubre.*—El Emperador está mejor: toma su baño de costumbre.

Habiendo hecho llamar á los niños del gran Mariscal, se puso á jugar con ellos escitándolos él mismo á meter bulla. Ei chiquito Arturo se babia puesto de mal humor y murmuraba entre dientes; Napoleon le coge, le hace saltar y reir á su pesar. Despues que hubieron marchado me decia: «Este picarillo es tan entero como yo lo era á su edad, pero los enfados que yo tenia eran á veces mas motivados. Os voy á hacer juez de ello: teniendo yo de cinco á seis años me habian puesto en un colegio de niñas cuya maestra era conocida de mi familia; como estaba solo y era bonito, todas me acariciaban. Pero yo traia siempre las medias caidas sobre los zapatos, y en nuestros paseos jamás soltaba de la mano á una linda muchachita que fué causa de muchas pendencias. Mis diablillos de com-

pañeros envidiosos de mi Giacominetta reunieron dichas dos circunstancias mias, y las pusieron en cancion. Apenas salia à la calle que al instante me escoltaban cantándome: *Napoleone di mezza calzetta, fa l' amore a Giacominetta.* Yo que no podia sufrir el ser juguete de aquella turba, cogia palos, piedras, todo lo que se me presentaba á la mano, y me arrojaba á ojos cerrados, en medio de la refriega. Por fortuna siempre se hallaba alguien que me retiraba del mal paso; pero el número no me detenia, nunca le conté.»

La conversacion se hizo mas seria, y poco á poco vino á recaer en los sucesos que siguieron al regreso de Egipto. Entró en una infinidad de pormenores y particularidades relativas á la batalla de Marengo, é hizo una relacion de aquella jornada tal, poco mas ó menos, cual yo la conocia.

«El ejército de reserva reunido en Dijon me daba medios para pasar rápidamente á Alemania ó Italia segun lo exigia el caso. La estacion me favoreció un poco: los monges de San Bernardo me han asegurado que aquel año desapareció la nieve veinte dias antes de lo acostumbrado. Recibieron muy bien al ejército un poco fatigado del paso de los Alpes; yo les habia hecho prevenir nuestra llegada, en-

viándoles dinero, y nos suministraron provisiones y buen vino. Esta comunidad es de una órden muy respetable y una de aquellas instituciones que los gobiernos deben conservar, proteger y animar por todos medios.

Llegué á Italia: inmediatamente me hallé á espaldas del enemigo, dueño de sus almacenes y equipajes con otras ventajas considerables. Una vez llegado á Stradella se podia dar por concluida la campaña; pues si Génova se sostenia me quedaba yo firme en mi campo atrincherado de Stradella, una de las posiciones mas fuertes de la Italia. Tenia cinco puentes sobre el Po, que me facilitaban las comunicaciones con las divisiones Chabran, Lapoype, Turrean Moncey, pudiendo llamarlos á mi socorro si me veia atacado, ó ayudarles si el enemigo les inquietaba. El señor de Melas para restablecer sus comunicaciones estaba precisado á ofrecerme la batalla en un terreno que yo mismo habia elegido, y que era una llanura cubierta de bosques, donde su caballería no podia hacer nada, siendo muy favorable á mi infantería; así tenia todas mis tropas á mi disposicion.

La toma de Génova cambió enteramente el aspecto de las cosas; desde entonces tuvo el enemigo una retirada segura y posiciones muy

ventajosas : podia retirarse á Génova y defenderse allí, entrando sus provisiones por el mar, ó guarnecer con baterías las alturas de Babbio; y á pesar de toda mi resistencia, entrar en Plasencia, tomar Mantua y Pesebiera, ponerse en comunicacion con el Austria y reducirme á hacer una guerra ordinaria. Todo mi plan de campaña estaba trastornado, solo un medio se me ofreció á la idea, y lo aventuré: partí de Milan, hice treinta y dos leguas en siete horas, mandé la batalla de Montebello, la ganámos, y esta victoria fue causa de que el enemigo evacuase Génova. Sin embargo, con ella se habia debilitado mi éjercito; tuve que tomar gente de las divisiones que estaban al otro lado del Po, para cerrar la entrada á los estados de Milan. Es verdad que no estaban mas que á tres leguas de distancia de mí; pero necesitaban tres jornadas para reunírseme, porque tenian que pasar por Plasencia ó por Stradella. Todavía tenia otra circunstancia contra mí: el pais entre Montebello y Alejandría es todo una inmensa llanura que era favorable á la caballería alemana. Resolví sin embargo tentar una escaramuza; estaba en una situacion estraordinaria y aventuraba poco por ganar mucho. Si me batian me retiraba á mi atrincheramiento de

Stradella pasaba el Po por mis cinco puentes protegidos por sus baterías, sin que el enemigo estuviese en estado de oponerse; reunia mi primera division á los cuerpos de Moncey, Lecchy y Turreau; dejaba pasar el Po á uno de los cuerpos de Melas (esto es todo lo que él pedia); y entonces, siendo superior en número, podia atacarle con todas mis fuerzas. Si salia vencedor obtenia los mismos resultados: su ejército, bloqueado entre nosotros y el rio, tenia que rendirse y entregar todos sus fuertes; y si me hubiesen rechazado, lo que creo era imposible, emprendia una guerra regular y llamaba á la Suiza en mi auxilio.

«Determinado á dar la batalla, me hice dar cuenta del efectivo del ejército: tenia entre todo veinte y seis mil hombres; el señor de Melas tenia cuarenta mil, de los cuales diez y ocho mil eran de caballería. A las dos de la mañana vinieron á decirme que el enemigo se habia echado sobre nuestra vanguardia y que nuestras tropas cedian. El soldado francés no gusta de que le ataquen; así se replegaban un poco desordenados, el enemigo habia ya hecho algunos prisioneros, y en nuestra retirada habíamos perdido legua y media de terreno.

Los generales de vanguardia, Lannes Murat

y Berthier, me enviaban ordenanza tras ordenanza, diciéndome que sus tropas estaban en fuga y no podian detenerlas: me pedian refuerzos, y me suplicaban me pusiera en marcha con mi reserva. Yo les respondia á todos: «Resistid hasta que podais; y cuando no, venid en retirada.» Veia que los austríacos no habian empleado su reserva; y en tal caso, el gran punto es procurar que el enemigo emplee todas sus fuerzas, economizando las nuestras, y obligarle á que nos ataque por los flancos, en tanto que no se aperciba de su descuido, pues la dificultad consiste en hacerle emplear su reserva. El enemigo tenia cuarenta mil hombres contra veinte mil, á lo mas, y aun estos estaban en derrota: Melas no tenia mas que hacer que aprovechar sus ventajas. Me puse á la cabeza de la primera Legion de honor, con un elegante uniforme, ataqué yo mismo con media brigada, hice ceder á los austríacos, y rompí sus colunas. Viéndome Melas á la cabeza de mi ejército, y sus legiones rechazadas, creyó que yo habia llegado con mi reserva para contener las tropas en retirada; y avanzó con toda la suya, que se componia de seis mil granaderos húngaros, lo mejor de su infantería. Este cuerpo llenó el hueco que yo habia abierto y nos ata-

co. Cedí entonces durante una retirada de media legua espuesto á su fuego, y entre tanto reuní todo mi ejército y lo formé en batalla. Inmediatamente añadí mi reserva compuesta de seis mil hombres con quince piezas de artillería á las órdenes de Desaix, que era entonces mi áncora de salvacion; y por medio de una rápida evolucion desplegué todas mis fuerzas; formé con mi ejército las dos alas del de Desaix, oponiendo al enemigo seis mil hombres de tropas descansadas. Una vigorosa descarga de artillería y una desesperada carga á la bayoneta rompieron su línea y cortaron sus dos alas: entonces mandé á Kellerman que atacase con ochocientos caballos; lo hizo asi, y con ellos separó á los seis mil granaderos húngaros del resto del ejército, á la vista de la caballería austríaca. Estaba esta á media legua, necesitaba un cuarto de hora para llegar, y he observado que estos cuartos de hora deciden siempre la suerte de las batallas. La caballería de Kellerman arrojó á los granaderos húngaros sobre nuestra infantería, que inmediatamente los hizo prisioneros. Llegó la caballería austríaca, pero nuestra infantería estaba en batalla con su artillería á la cabeza. Una espantosa descarga y una trinchera de bayonetas la hicieron retroceder; se retiró un

poco en desòrden, yo la persegui con tres regimientos que acababan de llegarme; se desplegó, pero la rechacé; una gran parte se ahogó queriendo pasar el puente del Bormida, que es muy estrecho, y el resto fué perseguido hasta la noche.

«Despues de la batalla supe de la boca de algunos generales prisioneros que aun en medio de su primer éxito no estaban los austriacos sin inquietud, y tenian un presentimiento de su derrota. Durante la accion preguntaban á nuestros prisioneros: ¿Dónde está el general Bonaparte? Al responderles que en la retaguardia, decian los que por haberse ya batido contra mí en Italia conocian mi costumbre de quedarme para lo último: *todavia no hemos concluido.*

«Tambien confesaron que viéndome en la primera línea, habian caido en el engaño, y creian que mi reserva habia entrado. Hay en todas las batallas un momento en que los soldados, aun los mas valientes, despues de haber hecho proezas, se sienten dispuestos á huir. Este terror proviene de una falta de confianza en su valor; una leve ocasion, un pretexto bastan para disipar esta desconfianza: el gran punto es hacerla nacer.

En Arcola gané la batalla con veinte y cinco

caballos: aproveché aquel instante en que ambos ejércitos están fatigados; conocí que los austriacos, aunque soldados viejos, nada deseaban mas que volverse á su campo, y que nuestros franceses, aunque bravos, hubieran querido estar en sus tiendas. Tenia empeñadas todas mis fuerzas, varias veces habia tenido que formarlas en batalla, y no me quedaban mas que veinte y cinco guias, á los cuales envié al flanco del enemigo, con tres trompetas que tocaron á la carga. Un grito general voló por las filas austriacas: «¡ *Ahí está la caballería francesa!* » y se pusieron en fuga. Es verdad que es preciso aprovechar el momento; un poco antes ó despues hubiera sido inútil esta tentativa. Si hubiese enviado dos mil caballos, la infantería hubiera hecho un cuarto de conversion cubierta con sus piezas, luego una buena descarga, y la caballería ni siquiera habria atacado.

«Ya lo veis, dos ejércitos son dos cuerpos que se encuentran y se espantan; hay un momento de terror pánico y es necesario aprovecharle. Todo esto es efecto de un principio mecánico y moral, que no exige mas que práctica; cuando uno ha asistido á muchas acciones distingue fácilmente este instante, pues es cosa tan fácil como el sumar.

«Al entrar por primera vez en Italia, habia encontrado un gobierno un poco despótico á la verdad, pero que administraba con dulzura. Esta vez todo habia cambiado; estaba aquel pais atormentado por una furiosa reaccion: habian encarcelado, condenado, ó echado multas á todos los que habian hecho algun papel entre nosotros. Yo habia dado varios empleos de la República cisalpina á algunos partidarios del Austria; porque mi sistema es de paralizar la gran masa, á fin de que el pais adonde llevo la guerra se convierta en un campo cerrado. Pues todos aquellos individuos colocados por mí, han sido mal mirados solo por el odio que habia contra los revolucionarios.

«Añádase á esto que los Ingleses, los Rusos y los Turcos, despreciando la religion del pais en proporcion al escrúpulo con que guardan la suya, habian indispuesto enteramente á los Italianos, los que se interesan en el culto esterior mucho mas que nosotros en Francia. Los buenos Alemanes perdian sesenta por ciento, y debian recibirse con metálico; y esto acabó de hacer perder al Austria el afecto de los Italianos. Estos, regocijados de ver que nosotros todo lo pagábamos en dinero efectivo, esclamaban: «¡He aquí otra vez los luises de Francia! *¡Ecco i luigi di Francia tornati!*»

La iglesia de nuestra Señora de Loreto servia de cuartel á un cuerpo de turcos: no tuve gran dificultad en hacer de mi parte á los Italianos: los Austríacos, les dije, se apellidan defensores de la fe, de vuestra religion, y os traen un regimiento de ingleses, de esa gente que quema al Papa una vez cada año; legiones de rusos, herejes y cismáticos desde el siglo quince; y para coronar la obra, os traen turcos mahometanos, raza de infieles: mientras que yo, que soy católico, he peleado contra los Turcos, y soy casi un cruzado.

«Dí empleos á varios clérigos en el gobierno de la República cisalpina; el clero italiano es tolerante, y no forma un cuerpo separado y poderòso como el de Francia en otro tiempo; además, acostumbrado á ver el pais invadido dos veces cada siglo, levanta la mano siempre que se quiere, y hace todos los juramentos que se le exigen: en fin le hallé cual le necesitaba.

«En Italia me he servido de algunos clérigos, en Egipto llené con ellos la administracion. Como no sabíamos hablar su lengua, necesitábamos intermediarios entre nosotros y el pueblo; su carácter y riquezas les daban cierta influencia, fuera de que son unos pol-

trones que no saben el uso de las armas, ni aun montar á caballo.»

24 *de octubre.* — A las ocho de la mañana. El Emperador tiene calentura y un ligero dolor de cabeza; no ha podido dormir. Continua el mal durante el dia. Pediluvios y lavativas simples.

25 *de octubre.* —La noche la ha pasado mejor; la fiebre se ha cortado por medio de un sudor copioso y el Emperador se halla mejor.

Tomando su conversacion ordinaria, me hablaba este de la Córcega, de sus montañas, de los momentos dichosos que en ellas habia pasado; y de ahí, viniéndose á tratar de Paoli, me dijo: «Era un hombre muy grande Paoli; yo le amaba, él me correspondia, y nos queria á todos. Estábamos en Corté cuando tomó la funesta resolucion de hacer pasar la Córcega bajo la dominacion de los Ingleses. Por lo pronto me hizo un misterio de este proyecto, de que tampoco Gentili me habló; pero algunas palabras escapadas por descuido me hicieron caer en la idea, recapitulé todo lo que habia visto y oido, y no dudé ya de sus designios. Estábamos muy distantes de convenirnos, ya yo me habia esplicado varias veces indirectamente. Pero yo mandaba un cuerpo de guardias nacionales y fué preciso

meterme en la confidencia ; además, no desesperaban de triunfar de mis ideas y antipatía, y al fin me propusieron de obrar de concierto con ellos. Yo no pensaba en tal cosa, solo respiraba por la Francia y no queria comenzar haciéndole traicion ; pero era menester escapar y ganar tiempo, por lo que lo pedí para reflexionar. La amistad de Paoli me era cara ; sentia mucho tener que romper con él, pero la patria era mi único norte. Me ausenté; me fuí á Bocognano, donde me alcanzaron los montañeses, me encerraron y guardaron por cuarenta hombres : la posicion era crítica, sin embargo hallé medio de salir de ella. Habia trabado conversacion con un buen capitan que me colmaba de atenciones, se escusaba y afligia de verse obligado á obedecer: convidóme á tomar el aire y acepté, luego envié mi criado á que me esperase á unos seiscientos pasos en el camino, y de repente dije hallarme en necesidad de obedecer á las necesidades naturales. Mi guarda lo creyó, se alejó y ya estaba yo á caballo cuando volvió la cabeza. Gritó, llamó á las armas, pero el viento me llevaba; y cuando quiso hacer fuego ya estaba fuera de tiro : llegué á Ajaccio, los montañeses me buscaban, tuve que pedir un asilo à la amistad : Barberi me recibió, me con-

dujo á la costa de donde pasé á Cálvi á reunirme con Lacombe Saint-Michel. Habia escapado á los partidos, las guardias y la policía, sin que pudiesen cogerme, de lo cual Paoli estaba desesperado: se quejaba, escribia y amenazaba, diciendo que vendíamos sus intereses y los de la patria; que mis hermanos y yo no merecíamos la estimacion en que él nos tenia; que sin embargo podíamos volver, pues él nos abria los brazos; pero que si por última vez éramos sordos á sus consejos é insensibles á sus ofertas, no atenderia á nada mas. La ejecucion fué tan pronta como orgullosa la respuesta; entró por nuestros ganados, robó, quemó nuestras propiedades saqueándolo todo. Nosotros le dejamos hacer, reunímos los patriotas y corrímos al auxilio; pero la ciudadela estaba ocupada y su fuego nos impidió desembarcar. Fuímos á fondear enfrente al norte del golfo: los insurgentes nos siguieron, mas yo les cubria de metralla con algunas piezas que pude sacar á tierra; sin embargo aun volvian, me llenaban de insultos, indignándose de que uno de los suyos combatiese por la Francia. Se subian á las eminencias, á los árboles, donde podian hacerse oir mejor; hasta que cargando un cañon con bala, apunté y derribé el árbol en que habia uno

de aquellos oradores; su caida hizo reir á la turba que se dispersó y no se vió mas. Entrámos en Calvi, ensayámos despues algunos golpes que no todos fueron contrarios; pero los Ingleses habian tomado tierra, los montañeses inundaban la llanura, por lo que no pudímos esperar la borrasca.

«Mi madre huyó á Marsella donde creia hallar patriotismo y una acogida digna de los sacrificios que habia hecho; mas apenas obtuvo seguridad. Todo habia cedido en Córcega, mi presencia no servia ya de nada y me fuí á Paris. Los federados acababan de entregar Tolon, el porvenir se presentaba lleno de acontecimientos, no desesperaba yo de ver alguno que restableciese nuestros bienes: buena necesidad tenian de ello, pues los montañeses los habian arruinado enteramente; y á no ser por la revolucion, hubieran sido perdidos para siempre. Los males que Paoli me habia hecho no habian podido indisponerme con él; le amaba y siempre le eché de menos. Era un hombre grande, de una actitud noble y arrogante, hablaba bien, conocia á los Corzos y ejercia sobre ellos una influencia ilimitada. Tan hábil en conocer la importancia de una posicion como la de una medida administrativa, combatia y

gobernaba con una sagacidad que no he visto sino en él. Yo le acompañaba en sus espediciones durante la guerra de la libertad; por el camino me esplicaba las ventajas del terreno que recorríamos, el modo de sacar partido de ellas, y el de remediar los inconvenientes que presentaba. Me acuerdo que un dia íbamos á Puerto Nuevo á la cabeza de un numeroso destacamento: le hice algunas observaciones sobre las ideas que él me habia manifestado. Me escuchó con mucha atencion; y cuando hube concluido me dijo mirándome fijamente: Napoleon, tú no eres de este siglo; tus sentimientos son de los hombres de Plutarco. Ten valor y tomarás pujanza. La tomé en efecto, pero él mismo tuvo que ceder á la fortuna y refugiarse en Inglaterra, donde vivia á la época de las espediciones de Italia y de Egipto: cada victoria mia le causaba transportes de gozo; celebraba y exaltaba mis sucesos como si hubiéramos estado todavía en nuestra antigua intimidad. Cuando fuí promovido al consulado, y sobre todo cuando ascendí al imperio, las fiestas y convites se sucedian en su casa, en donde todo eran gritos de alegría y satisfaccion. Este entusiasmo desagradó al Gefe del estado, quien amonestó á Paoli: vuestra queja es justa, le respondió

este, pero Napoleon es uno de los mios, le he visto crecer y le he predicho su fortuna; ¿cómo quereis pues que yo deteste su gloria despojando mi pais del honor que le dá? Correspondia yo á los sentimientos que este grande hombre tenia por mí: queria llamarle á mi lado y darle una parte en el poder; pero los negocios me abrumaban, me faltó el tiempo, y murió sin que yo tuviese la satisfaccion de hacerle testigo de mi esplendor.»

26 *de octubre.* — Continuó la mejoría. Dos buques acababan de anclar en la rada; algunos pasajeros habian saltado á tierra y querian ver al Emperador: les ví acercarse acompañados por Lowe. «¿Vienen de la India? Me dijo el Emperador, bien quisiera hacerles algunas preguntas, pero ese calabrés me inspira tal aversion que no los recibiré: Hudson es el basilisco de Santa-Helena que emponzoña todo cuanto ve y toca; es una mezcla de necedad y astucia contra la cual por una especie de instinto estoy siempre en alarma.» Luego poniéndose á discurrir sobre la India, continuó: «Yo la ataqué por la Persia é hice mal, no se debia haber ido por allí; pero los aventureros que envié á aquellos paises habian pactado con las presidencias, y no gustaba ya de sus servicios. Por algun tiempo

tuve intencion de enviar dos ó tres mil chuanes sobre el Jumna: ellos mismos lo solicitaban, pidiendo á Bourgmon por su gefe. Hubiera hecho muy bien de consentir, pues la sangre francesa es siempre buena al frente del estranjero; me hubiera desembarazado de aquellos viejos díscolos, y no les habria llevado tan neciamente á Waterloo para mi ruina. Pero obedecemos á nuestra estrella, y no la podemos mandar. He mostrado á la Francia lo que podia; que lo ejecute.»

27 *de octubre.* — El Emperador ha pasado mala noche; sin embargo, no ha sufrido el estado general de su salud. A los ocho y media de la mañana estaba leyendo, me presentó el brazo y me preguntó: «¡Hola doctor! ¿Cómo me hallais, estoy mejor? — Al menos vuestra Majestad no está peor. — Es que las píldoras.... (Tenia la caja abierta, pero no habia tomado). — Las píldoras son muy eficaces. — Sin duda. — Disuelven los humores, conservan el vientre libre. — Ciertamente: tienen todas las virtudes del mundo, me dijo arrojando el libro. ¡Qué diablo, doctor, preconizais las píldoras con mas fervor que se habla en el dia de la legitimidad! ¿Las tomais vos tambien? (yo reia) Bueno, ya os entiendo á mi la arenga y la droga al enfer-

mo, ¿no es así? Vaya, dejemos vuestros remedios; la vida es una fortaleza donde ni vos ni yo vemos nada; no impidamos su defensa, pues sus medios valen mas que todo el aparato de vuestros medicamentos. Corvisart convenia en que vuestras sucias preparaciones no sirven de nada. La medicina es una coleccion de prescripciones ciegas que matan al pobre, sanan alguna vez al rico, y cuyos resultados tomados en masa son mucho mas funestos que útiles á la humanidad. No me hableis mas de todas esas bellezas, pues no soy un *hombre de droga.* »

Quise combatir las teorías que se habia formado; quedéme serio y afectado viendo las consecuencias que podian producir. «Estais pensativo, doctor; ¿qué teneis? ¿Encontrais el defecto de la coraza? — Señor, hay medicamentos probados. — Sí, como los que daba Corvisart á la Emperatriz, que eran unas píldoras de miga de pan, que sin embargo obraban prodigios. María Luisa no dejaba todos los dias de celebrarme sus buenos efectos: así son todos. — No señor. Los hechos.... — Son visibles, pero las causas ocultas. ¡Qué obstinacion! Pero yo soy de los vuestros y he ejercido tambien la medicina. — Vuestra Majestad no recetaria remedios. — ¡Cómo no!

¿Y la dignidad? Me hubieran tenido por un intruso. — Al menos los elegiriais y no serian desagradables. — Algunas veces; sin embargo, generalmente no los iba á buscar á la botica: el agua, el aire y la limpieza formaban el fondo de mi farmacia, de cuyos medios me separaba muy poco. Vos reis de mi método, enhorabuena; tambien vuestros compañeros se reian en Egipto; pero la esperiencia demostró que mi franela y mi cepillo valian mas que sus píldoras. En fin, ya entiendo que, como sois digno hijo de la Iglesia, os burlais de mis abluciones. La peste nos diezmaba, los Arabes asesinaban mis soldados, y los médicos se negaban á socorrerlos: no pudiendo yo abandonarlos á su miseria traté de escitar el ánimo de los facultativos, pero vanamente; descargué contra el que mas pusilánime se habia manifestado, haciéndole degradar y pasear por las calles de Alejandría con este rótulo: *Este no es francés, pues tiene miedo á la muerte.* Mas la ignominia de uno, no daba energía á los otros; el servicio se hacia con flojedad y no se contenian los estragos: hice algunos adelantos á los scheiks; mandé que las tropas se acampasen, cuyo partido me surtió bien, pues todo se calmó y cesó. Finalmente, que aprobeis ó no mi receta, os la voy á leer.

«*Al general Marmont.*»

El Cairo 9 lluvioso año VII.

«Presumo, ciudadano General, que habréis variado el sistema de servicio de Alejandría. Que habréis puesto en los diferentes fuertes y baterías, guardias pequeñas, estables y permanentes. Por ejemplo, á la altura del observatorio, á la batería de los baños, habrá doce ó quince hombres que no deberán salir de allí, y estarán sin comunicacion; ellos mantendrán la centinela para guardar el punto. La posicion del mar nos dispensa en el dia de tener una gran vigilancia, de consiguiente necesitais tambien poca gente. ¿Por qué teneis granaderos para hacer el servicio de la ciudad? No comprendo la obstinacion del comisario de guerra Michaux en quedarse en su casa, estando infestada; ¿por qué no va á acamparse en un montecillo del lado de la columna de Pompeyo?

«Todos vuestros batallones están lo menos á media legua uno de otro. Tened muy poca gente en la ciudad y no dejeis tropas elegidas, porque es el punto mas peligroso. Poned el batallon de la legion setenta y cinco debajo

de aquellos árboles donde habeis estado largo tiempo con la cuarta de infantería ligera : allí se harán barracas, absteniéndose toda comunicacion con la ciudad y con el Egipto. Poned el batallon de la legion ochenta y cinco hácia el lado del Marabú, donde podréis aprovisionarle fácilmente por mar. En cuanto á la desgraciada media brigada de infantería ligera, hacedla poner desnuda en cueros, que tome un baño de mar, se frote de pies á cabeza, lave bien sus vestidos y cuide de mantenerse aseada : que no haya mas parada ni se monte otra guardia que cada uno la de su campo : mandad hacer un gran hoyo de cal viva para echar en ella los cadáveres.

«Desde el momento que en una casa francesa se manifieste la epidemia, saldrán sus individuos á acamparse; pero esto lo harán con precaucion y serán puestos aparte en campo abierto. En fin ordenad que todos se laven la cara y las manos cada dia, y tengan curiosidad. Si no podeis preservar la totalidad de los cuerpos en que esta peste se ha declarado, preservad al menos la mayor parte de la guarnicion. Me parece que todavía no habeis tomado ninguna medida proporcionada á las circunstancias. «Si no tuviera yo en Alejandría depósitos de que no puedo privarme, ya os

habria dicho que salieseis con la guarnicion á acamparos en el desierto á tres leguas de la ciudad; conozco que no podeis hacerlo, pero haced todo lo mas que podais; y penetrado del espíritu de las disposiciones contenidas en esta carta, ejecutadlas en cuanto sea posible, bien seguro de que os lo agradecerá.

BONAPARTE.»

«Perdia su tiempo, continuó el Emperador, en papelear con Menou, y en escribirle chanzonetas sobre la muger de este viejo necio. Estos casamientos á ojos vendados suelen ser muy peligrosos, decia el uno. A mí me ha salido bien, decia el otro. ¿No usaréis del privilegio? No; el apetito turco es demasiado; tengo bastante con una y aun no puedo serle suficiente. Con estas y otras necedades pasaban el tiempo que debian á sus obligaciones.»

28 *de octubre.* — El Emperador ha sufrido mucho durante la noche anterior del dolor en el hígado: á las nueve de la mañana estaba mas aliviado.

Habiéndole yo contado las discusiones que habia tenido en Florencia sobre la nobleza de su familia y las causas de su emigracion, me

dijo: « Estas causas son muy sencillas: el último abuelo mio que habitó en Toscana profesaba los mismos sentimientos que yo; los defendió como yo, y como yo fué víctima de su patriotismo. Pudo mas la faccion del estranjero; el partido nacional fué deshecho y proscrito, y Bonaparte tuvo que buscar un asilo en Sarzana y despues en Córcega. No por esto se interrumpieron las relaciones de familia, antes bien sus descendientes las continuaron con la rama que estaba establecida en San Miniato; correspondian con ella y la enviaban sus hijos cuando tenian que hacer sus estudios en Pisa. En el dia está ya estinguida; su último renuevo era el buen canónigo de que os he hablado algunas veces: este murió no me acuerdo en qué año; me dejó su fortuna y la empleé en socorro de los pobres de Toscana. Mi nobleza individual data desde Millesimo, de Rívoli, del 18 brumario, en que deshice las tramas que se urdian contra la Nacion; la de mi familia es mas antigua, y se pierde en la oscuridad de la edad media, solo el genealogista José puede señalar su orígen; no sé de cuantos tiranos oscuros pretende haber salido.

«Varias veces han intentado poner en movimiento mi vanidad por la hidalguía; pero este

cebo era mal elegido para mí, que no quise jamás escuchar tales inutilidades. Despues de la batalla de Arcola, siendo yo general en gefe del ejército de Italia, toda la poblacion de Treviso salió á recibirme: decian que mis abuelos habian tenido en ella las primeras distinciones, me presentaban los actos y pergaminos, y me ofrecian la soberanía que habian perdido mis antepasados. En Bolonia, Marescalchi, Caprara y Aldini, vinieron de parte del Senado á presentarme el libro de oro, donde estaban inscritos el nombre y armas de mi familia.

«Algun tiempo despues tuve que avanzar sobre Tolentino: se repugnaba el presentar mis bayonetas al clero y guerrear con un santo; pero ya habian sido asesinados setenta y cinco mil franceses bajo su reinado: esto era demasiado, y quise concluir. Los que me rodeaban querian derribar el *idolo* á toda costa; pero en Francia se habian vuelto católicos, habia que popularizar la revolucion y que servirse del ascendiente del clero, por lo que hube de transigir. Obteníamos además ricas provincias y el puerto de Ancona, del cual para ir á Macedonia solo se necesitaban veinte y cuatro horas, cuyo resultado era ya escelente. Los enviados del Papa se lamentaban de mis vic-

torias, de la rapidez con que habia conquistado la Italia y derrotado á los austriacos. Uno de ellos me dijo que yo era el único francés que hubiera marchado sobre Roma despues del condestable de Borbon, siendo en esto lo mas singular que la historia de la primera espedicion habia sido escrita por un abuelo del que mandaba la segunda. La espedicion de Egipto y el consulado pusieron á los genealogistas en tal agitacion, que no dejaron pergamino sin examinar y compulsar; sobre todos el duque de Feltre ponia una solicitud muy particular en estas averiguaciones. Decian que yo era pariente de la antigua casa de Est, de la de Inglaterra, y qué sé yo de que otras: que un Bonaparte habia sido casado con una Médicis, otro habia dado el sér á Pablo V; que tocaba al cetro y á la tiara por parte de las hembras, y á las ilustraciones literarias por parte de los varones; que se habian distinguido en la historia, en el teatro, en la jurisprudencia y en la diplomacia. ¿Habeis leido ú oido hablar mientras estabais en Florencia de una comedia intitulada: *La Viuda?* Le respondi que no tenia noticia de ella. Es una pieza antigua, continuó, que no deja de tener interés, y cuyo manuscrito se halla en la Biblioteca nacional de Paris. Su

autor era un escritor distinguido, de quien se habla mucho en los *Literatos de Muzzacheli*, y que fundó en la universidad de Pisa la cátedra de jurisprudencia que se ha hecho despues tan célebre. Vuelvo, pues, á las tentativas que hicieron para hacerme noble.

«En 1810, habiendo cedido á proposiciones que en 1805 habia desechado, me habia aliado con el Austria. El Emperador Francisco, que ponia mayor interés en la ilustracion de pergaminos que en la victoria, hizo compulsar todos los archivos de Alemania é Italia. Encontró al fin los documentos que buscaba, me lo avisó, y pidió que no llevase á mal su publicacion, á la cual me negué escusándome lo mejor que pude. No satisfecho con esto, insistió, me escribió y aun me habló cuando nos vímos en Dresde: me dijo que no podia concebir tal resistencia, pues al fin era un honor el descender de una familia soberana, que la mia lo era, segun él tenia y podia presentar los títulos. Esos títulos, le dije, son demasiado antiguos para mí, que cuento solo desde Millésimo.—Pero venís de mucho mas lejos.—No, no paso de ahí. Al fin conoció que yo queria mas ser el Rodolfo de mi familia, que el descendiente de algun odioso legítimo. ¡Una familia soberana! Eso

lo podeis decir á María Luisa, que conocerá su valor y tendrá mucho gusto. Le pedí que se encargase él mismo del mensaje, y no le disimulé el poco caso que hacia de cosas de esta importancia. Resintióse el Emperador de este desden: habia creido darme una sorpresa agradable, y su pena y sus cuidados eran inútiles, pues yo despreciaba los títulos: despues de mi caida ya solo fuí un jacobino. Si me hubiese prestado á todas estas monerías acaso hubiéramos hallado cien mil hombres menos en los campos de Leipsick.»

29 *de octubre.*—El Emperador sigue en el mismo estado. Halléle ocupado en limpiarse las uñas, tomando y dejando rápidamente ya las tijeras ya el cepillo; examinando la mano sin decir palabra, hasta que de repente me hizo una multitud de preguntas atropelladas. «¿Qué son las uñas, la barba y la epidérmis? ¿Cómo se forman? ¿Cuáles son sus funciones y estructura? No me habeis esplicado todo esto de un modo bastante claro.—Ya os he dicho, señor, que la epidérmis se divide en dos cubiertas, esterna é interna: la una delgada y transparente, inalterable al aire, y la otra opaca. La primera, encerrada y firme en su tela, se compone de vasos absorbentes finos y aislados que toman su órigen en los

orificios aspirantes de que está cubierta la superficie de esta membrana. La segunda, colocada debajo, descansa sobre las papilas, y se estiende en los intervalos que las separan: esta se forma de los mismos vasos, pero son mas considerables, mas grandes, y salen de los numerosos orificios que entapizan la superficie interna. Estas dos cubiertas están unidas entre sí por una infinidad de ramitas de vasos linfáticos que van de una á otra, se ingertan y sirven de soldadura. Los absorbentes que constituyen la cubierta interior de la epidérmis están llenos de una meteria negra en los unos y opaca en los otros; y esto es lo que forma la diferencia del hombre negro al blanco: ved aquí lo que es la epidérmis, ahora veréis su empleo. La numerosa serie de orificios aspirantes de los vasos absorbentes que agolpados ocupan toda la superficie esterna de esta membrana, son finos, separados, y admiten solamente las sustancias que están en estado de gas: los orificios aspirantes de la segunda cubierta, que segun hemos dicho son mas fuertes y considerables, pueden recibir los líquidos. Así el objeto de la epidérmis es de absorber las sustancias estrañas y reparar las pérdidas que sufre el cuerpo humano.

Los pelos, plumas, cerdas, y por consiguiente la barba, ejercen las mismas funciones: plantados en el tejido celular, son grasientos, y están rodeados de dos vainas, de las cuales la segunda contiene folículos sebáceos muy chiquitos, que filtran un flúido untuoso que las suaviza y conserva. Los cabellos son de un tejido mucho mas denso y formado de vasos capilares que absorben las moléculas esparcidas en el aire, y las introducen en la circulacion. Las escamas de los pescados y las plumas de las aves no se diferencian en esta parte, sino en que las unas absorben líquidos, y las otras solo flúidos aeriformes. Las mugeres tienen mas cabellos en la cabeza, y los hombres tienen mas pelo en el cuerpo: pero el solo objeto de unos y otros es introducir y expeler; así es que el pelo es regularmente mas abundante en las partes mas sujetas á la transpiracion. Ved ahora como se adaptan al uso á que la naturaleza los ha destinado. Compónense de dos órdenes de vasos: los unos van desde la estremidad de los cabellos hasta la raiz, y tienen solo por objeto el absorber los flúidos aeriformes; y los otros corren de la raiz á la estremidad, y llevan las sustancias untuosas que contiene la piel: restablecen el equilibrio que se altera

por una infinidad de causas, reunen lo que disipa la transpiracion, recompensan y reparan las pérdidas.—Segun eso, doctor, los cabellos son unas hojas.—Sí señor; la comparacion es exacta, pues hacen el mismo juego.—Absorber, expeler, formar nuevas combinaciones: eso es la vida.—Sí señor; la epidérmis y los cabellos no tienen otro empleo. —Y los cortamos.—Es un abuso.—Y nos afeitamos la barba.—Eso es contrariar la naturaleza.—¡Cómo! ¿quisierais hacernos capuchinos? Esa es pues la razon porque los cabellos se emplean en el higrómetro.—Ciertamente; esta propiedad es una consecuencia de su conformacion.—¿Y las uñas?—Se componen de los mismos vasos que la epidérmis, pero son de un tejido mas denso, y mas comprimido que la cutícula, de la cual forman una prolongacion.»

30 *de octubre*.—Como yo sabia que el Emperador iba bien, me salí á pasear á caballo, porque los mosquitos me atormentaban.

«¿Ya estais de vuelta? me dijo Napoleon á mi regreso.—Sí señor, busco medio de sustraerme á las picaduras.—Y yo á los estragos. Mirad como corren las ratas por mi cuarto; me han destruido las ventanas; todo está ya á la intemperie en estas tristes chozas. Pero

no me decís que es lo que habeis visto y observado en vuestras correrías.—Algunas plantas y arbustos.—Despeñaderos, abismos, esto es, la naturaleza en convulsion.—Sin embargo, señor, cuando se dobla el Monder y se descubre James Town, el golpe de vista es mas pintoresco.—Pintoresco por cierto. Una centena de cabañas de piedra y barro que circundan el fondo de un barranco, varios cuerpos de guardia, un hospital, una iglesia: el cuadro es primoroso. —¿Qué diréis de Plantation-House?—¡Oh! esa es el Oasis del desierto: pegada á una cadena de montes, no la sacarán los vientos del sudeste: allí se crian las plantas mas opuestas, que crecen y se desarollan presentando un verdor que no se ve en ninguna otra parte. Es única en su especie, así como el Calabrés que la habita; pero lo uno no influye mas en favor de la Isla que el otro en detrimento de la humanidad.—Ya hay sitios mas tristes que el en que nos hallamos.—Ninguno como este: sin sombra, sin verdor; no tenemos sino algunos árboles que dan goma, y aun estos están mutilados y doblados por los vientos. Ninguna vegetacion ni vida en esta altura de 2000 pies donde me ha puesto la magnanimidad inglesa. Es verdad que se crian algunas legum-

bres, pero estas no se pueden comparar á nosotros, pues son mas fuertes, mas vivaces y menos espuestas á riesgos que nosotros: no ignoraban ellos esto, ni se les ha escapado el cálculo de que el hombre concluye pronto en un pais donde las plantas son enfermizas. Bien saben lo que se vive en Santa-Helena. ¿Cuántos ancianos, cuántos individuos se conocen aquí que hayan llegado á la edad de cincuenta años? ¿Y entre los atacados por la hepatítis, cuántos mueren y cuántos sobreviven? Las ansias, sufrimientos y una larga nulidad moral, esta es la suerte de los mas dichosos. ¿Y cómo se restablecerán si alientan este aire, y cada aspiracion es un aguijonazo que contribuye á su muerte? Esto es lo que la Inglaterra se proponia; este es el modo como consuma su premeditado asesinato.»

31 *de octubre.*—El Emperador estaba agitado é inquieto; le aconsejé hiciera uso de algunos calmantes y aun le indiqué de cuales. Gracias, doctor, me dijo; tengo yo otra cosa mejor que vuestras medicinas: el momento se acerca y siento que la naturaleza viene en mi auxilio. Al mismo tiempo se dejó caer en una silla, agarró su pierna izquierda y la sacó con una especie de placer; al punto

se le abren las cicatrices y brotan en sangre. «Ahora ya estoy aliviado, pues tengo mis crísis y épocas que me salvan.» Aquella especie de linfa que al pronto salia en abundancia, cesó y se estancó por sí misma cerrándose la llaga. «Ya lo veis, me dijo Napoleon, la naturaleza lo hace todo, arroja los escedentes cuando los hay, y se restablece el equilibrio.» —Este singular fenómeno escitó mi curiosidad; y habiendo averiguado todas sus circunstancias, supe que era arreglado, periódico y que le tenia desde el sitio de Tolon. El Emperador que no era entonces sino un coronel, animaba el fuego de una batería: un artillero cae á su lado; él entonces toma el atacador, carga, dispara, suda y aspira la sarna de que estaba plagado el muerto. Sometióse á un método curativo; pero la impaciencia de la juventud, la actividad del servicio y un bayonetazo que le habian pegado encima de la rodilla, le obligaron á abandonarle bien pronto. Este descuido estuvo por serle muy funesto; pues retrocedió la erupcion, el humor tomó su curso por medio de la herida. Durante las campañas de Egipto y de Italia, se derramó el vírus, se le puso el pecho condolido con una tos continua y una respiracion penosa;

siendo primer cónsul estaba tan flaco, pálido y acabado, que parecia tocar al fin de su carrera. «Los que me rodeaban, continuó Napoleon, no cesaban de hacerme recuerdos sobre mi negligencia; pero como esta no dañaba al curso de los negocios, les dejaba decir; al fin su solicitud fué tal, que me sometí á tomar consejos de un médico. Me propusieron á Desgenettes y le acepté, pues para mí cualquiera era indiferente; mas aquel hablador me hizo una disertacion tan larga, y me prescribió tantos remedios, que quedé convencido de que el iniciado era un doctrinero y el arte una impostura. Cedí despues á nuevas instancias, me trajeron á Corvisart que era impaciente, adusto y brutal: aun no le habia yo dado cuenta de mi situacion, cuando me dijo: eso no es nada, es una erupcion que ha retrocedido, es menester llamarla al esterior con algunos vegigatorios.» Con efecto, me aplicó dos en el pecho, desapareció la tos, tomé robustez y energía, y pude soportar las mas duras fatigas. La sagacidad de Corvisart me agradó; ví que habia penetrado mi constitucion, y que era el médico que me convenia, le guardé y le colmé de bienes. Luego me hizo un cauterio en el brazo izquierdo; pero ha-

biendo estallado la guerra de España, le dejé cerrar sin esperimentar malas resultas: la irritacion y comezon continuaron como antes; me hice nuevas heridas, se formaron nuevas cicatrices, tuvo el humor sus derrámenes, y ahora gozo de una salud de bronce.»

Ciertamente que la salud del Emperador estaba enteramente restablecida; dormia, paseaba, se bañaba, esta era su vida ordinaria: muchas veces yo le acompañaba al jardin, me hablaba de sus campañas, de la Córcega, le ponia en conversacion con las cosas que mas le agradaban. Un dia, despues de haberse estendido sobre las agitaciones de aquel pais desgraciado, me manifestó los servicios que Cervoni habia prestado, los suministros de Arena, sus exacciones y las intrigas en que se habia metido Moltedo. «Mi regreso inesperado de Egipto lo redujo todo; las cárceles estaban llenas, los partidos en presencia, y apurada la paciencia del pueblo: la autoridad municipal acusaba al departamento, este á los magistrados; todo era exasperacion y desórden. Visto que los vientos nos echaban lejos de las costas de Francia, nos refugiámos en la de Córcega, nos fuímos á Ajaccio y anclados en la rada. El pueblo y las corporaciones corrieron á la playa; todos querian

verme y pedian que desembarcase, crecian las aclamaciones, y los remeros estaban dispuestos; sin embargo, la sanidad se reunió y decidió despues de una larga sesion que yo no podia desembarcar. Barberi que la presidia dijo que al menos se me manifestase cuan costosa les era esta medida, y se me felicitase por las victorias. La proposicion aceptada, tomaron un bote y se dirigieron á la *Muiron:* los marineros echaron cuerdas y subió Barberi y los demas. Convidóme este á echar pie á tierra; pero yo estaba muy lejos de pensar que abusaba de la circunstancia, y creyendo la invitacion unánime, la acepté y desembarqué con mi comitiva. Fuí recibido como puede uno serlo por sus compatriotas, todo eran aclamaciones.

«Estaban las tropas sobre las armas, pero los infelices no tenian vestuario ni calzado: pregunté dónde estaba la caja, me manifestaron que habia siete meses no habia entrado nada en ella, el tesorero habia adelantado hasta 40,000 pesetas, repartiéndolas á los cuerpos á fin de que no les faltase la subsistencia, y para apaciguar algunos fondistas que negaban la comida á los oficiales. Este abandono me indignó, reuní lo que tenia disponible, hice alinear las pagas y no permití

que el uniforme escitase piedad. Por la noche hubo baile é iluminaciones, donde el pobre competia con el rico. ¡Jamás olvidaré la acogida de los bravos habitantes de Ajaccio!

«El escelente Barberi me habia enviado notas y diarios, por los cuales supe el estado de la Isla y la Francia, el de los partidos; que una góndola montada por catorce marineros elegidos debia seguir mi fragata por si yo iba mas apriesa que los espresos enviados á Tolon, y escapaba á los cruceros ingleses que estaban alerta. Al dia siguiente recibí las felicitaciones de las autoridades civiles y militares; elogié á los unos, traté severamente á los otros é intimidé al departamento: abriéronse las cárceles, se reemplazaron algunos dimisionarios, todos respiraban y cobraban ánimo; y en cuatro dias se restableció el órden, la paz y la confianza. Los còmplices de Citadella le habian enviado un aviso para anunciarle mi llegada; pero este no pudo hacerse á la vela. Yo partí, y no me detuve en ninguna parte hasta llegar á Paris, donde eché abajo el Directorio, hice la jornada del 18 brumario, confundí al estranjero, restablecí el órden y la victoria, y comencé el consulado: si los vientos hubiera sido favorables, si el espreso de Cita-

della se me hubiese anticipado, acaso yo habria sido víctima de la emigracion.»

Continuó Napoleon hablando de las intrigas que habian turbado su reinado y producido al fin su caida. «Yo las conocia todas, me dijo: conocia á los conspiradores y sus cómplices, y sabia los sitios de sus reuniones; durante los cien dias los espiaba, y les veia á veces separarse de mí para ir á sus conciliábulos. Bien hubiera podido castigarlos; pues tenia los documentos de conviccion, que habian venido á mi poder de un modo singular: un oficial superior estranjero, á quien su posicion forzaba á prestar oidos á aquellas maquinaciones, indignado de ver á los hombres que yo habia formado conspirar para mi pérdida, me pidió una audiencia secreta, me manifestó los planes y me protestó que podia contar con él si su tropa se encontrase en batalla. Esto me afligió, quise volver á aquellos infelices al polvo de de donde los habia sacado; pero se acercacaba la crisis, era necesario vencer, remití este grande acto de justicia nacional para cuando el enemigo estuviese vencido: no lo fué; las disposiciones estaban demasiado bien tomadas, y sucumbí. ¡Ah doctor! cuánto barro se habia agolpado al rededor de mí; pero

si la fortuna hubiese favorecido al valor, si hubiésemos salido vencedores en Waterloo, todo se habria repuesto y vengado: la nacion hubiera conocido el secreto de nuestras derrotas, yo hubiera ofrecido un sacrificio espiatorio á los manes de mis soldados. ¿En qué han venido á parar aquellos? Estaban cubiertos de gloria y ahora lo están de oprobio: cada accion tiene su recompensa. ¿Quién querria ahora ser N..... N.....? (así fué nombrando varios y al fin se detuvo en S.....) ¡Cobarde! quiso venderme con toda la bajeza de las gentes de su clase: cuando tuvo su contrato firmado, corrió á Fontainebleau, á contarme sus penas y su miseria, partí con él lo que me quedaba en mi casa, y le dí mil escudos: separóse de mí con toda la emocion del reconocimiento, y algunas horas despues estaba con los Austríacos.»

Pasó el Emperador á hablar de las tramas de estos últimos tiempos de las de su principios, y se estendió mucho sobre las maquinaciones que habian embarazado sus operaciones durante las campañas de Italia. Me contó el modo con que las habia disipado, como habia encontrado su orígen por medio de los papeles cogidos en Padua y en Venecia. Su correspondencia me habia informado de todo, tenia ya

una idea general de todas aquellas intrigas; pero me faltaban todavía varios pormenores que conocer, y los principales documentos que registrar. Napoleon, habiendo penetrado las intrigas de Willot, decia en uno de sus manifiestos: «No me acomodan los hombres que solo quieren la libertad para estar en revolucion; he dado las órdenes convenientes para que no se acostumbren algunos individuos á intitularse pueblo, y cometer crímenes en su nombre. Aquí aborrecemos á los revolucionarios cualesquiera que sean sus pretensiones: que na haya mas revolucion; esta es la esperanza del soldado, el cual no pide la paz, aunque la desea interiormente, porque conoce que este seria el único medio de no conseguirla, y que aquellos que no la quieren la llaman altamente para que no venga. El soldado se prepara á nuevas batallas; y si alguna vez echa un golpe de vista sobre el espíritu que reina en varias ciudades del interior, su mayor sentimiento es ver á los desertores protegidos y las leyes sin fuerzas en el momento en que se trata de la suerte de la Francia.

»Otras varias proclamas se nos presentaron á la mano, tanto suyas como de Bernadotte y Augereau: de este último habia una que me pareció particular, por lo que me dijo Napoleon

que se la leyese. «¡Soldados! ¿qué es esto? Esas armas que en vuestras manos han hecho temblar la Europa y dado el triunfo á la república; esas armas victoriosas que habeis consagrado á la defensa de la mas justa causa; esas armas terribles poco ha para los enemigos de la patria: ¿podriais hoy volverlas contra su seno, manchar vuestras manos en sangre francesa y marchitar con un fratricidio los laúreles de que os habeis coronado? ¿Qué genio maléfico ha podido vomitar la discordia entre vosotros? ¿Quién la ha fomentado y esparcido su malignidad? Yo he visto mi pais amenazado en lo esterior, destrozado por la guerra civil, atormentado por las facciones, invadido en las fronteras y entregado á todos los horrores de la anarquía; he visto á mis conciudadanos impelidos en sentidos opuestos por varios partidos cuyas banderas enarbolaban alternativamente, asesinando un dia en nombre de la justicia, y otro en nombre de la humanidad; he visto todos los crímenes de la intolerancia, del fanatismo y de la ambicion; me horrorizaba, pero en medio de tantos horrores volvia la vista al ejército donde veia la union, la concordia y la fraternidad; veia todos los odios y pasiones disiparse ante el sacro fuego del patriotismo y del honor

unidos para la defensa comun. Allí admiraba el mas sublime celo, constancia y entusiasmo, y me decia á mí mismo: la virtud, la libertad y el heroismo podrán ser desterrados del resto del universo; mas encontrarán un asilo seguro en el ejército republicano. Esta idea consoladora me ha sostenido en las crísis mas violentas: gloriábame de estar entre vuestras filas. ¡Oh caros compañeros! ¿Queriais ahora hacerme mudar de opinion? No: ya sabeis que soy vuestro amigo; y pues mi voz os ha guiado tantas veces en los combates, sed dóciles tambien á la impulsion que hoy os comunica.

«Escuchadme: una palabra os divide; ¡qué ridiculez! Creeis estar en oposicion, y os equivocais, pues todos pensais del mismo modo. Cuando de los Pirineos al Danubio y del Océano al Tibre lo habeis todo cubierto de victorias ¿qué habeis solicitado? Ser libres; ya lo sois. Teneis patria, leyes, derechos y sois ciudadanos. Este título os ha costado muy caro, por lo que debeis tenerlo en mayor estima: sin embargo, sea por ligereza ó inconstancia, un nombre insignificante, bárbaro, sin armonía ni etimología, despues de haber sido proscrito por la sana razon, ha sido resucitado por la necedad, y la moda se ha encargado de ponerle en uso. Esta moda, habiendo pasado los

Alpes, ha venido á chocarnos los oidos con el nombre de *monsieur*. Estoy bien lejos de suponer malas intenciones en los que han hecho uso de esta palabra, solo lo atribuyo á inconsecuencia: sin duda al principio se ha dicho *monsieur* sin poner importancia en ello; aquellos á quienes esta espresion ha disgustado, han exigido acaso demasiado imperiosamente que fuese desterrada del comercio; entonces han sospechado que el temor la hacia desterrar y esto es bastante para obstinarse. ¿Pero es bastante para aborrecerse y destruirse?

«A mí me ha costado tanto como á cualquier otro el título de ciudadano, y no hay sacrificio que me detenga para conservarle. ¿Quién de vosotros piensa de otro modo? Nadie, segun creo; pero si alguno hubiere, que se vaya á otra parte con sus máximas y su servilismo: su ausencia restituirá la armonía y la union entre los dignos defensores de la patria.

«Ya se acerca el momento en que cojais el fruto de vuestros trabajos, la paz va á suministrar al gobierno los medios de aliviar vuestros sacrificios y privaciones, que conozco vuestras necesidades y deseo socorrerlas, estoy ya preparando en Verona lo necesario para cuando llegueis allá. Vestuario, equipaje, armamento, provisiones, hospitales, pagas, to-

dos estos objetos ocupan vivamente mi solicitud, pronto esperimentaréis los efectos; mas espero de vosotros el olvido de estas discusiones que me afligen y que hacen el contento de nuestros enemigos. Que el amor de la patria os reconcilie, y no vea yo mas indicios de lo pasado cuando me ponga á la cabeza del ejército. Cuento con que estos motivos serán bastante poderosos para traeros á sentimientos mas dignos, y que despues de haber empleado la persuasion, no me obligaréis á usar de la fuerza.»

ÓRDEN.

«El general Augereau, considerando que la maledicencia, siempre pronta en aprovechar las ocasiones de dañarnos, ha sacado partido de la palabra *monsieur*, empleada en conversacion ó por escrito, para sembrar la discordia y el desórden, y que ya en las pendencias que ha ocasionado se ha vertido una sangre preciosa para la patria; considerando que, visto lo que ha sucedido, el que se obstinase en servirse de esta espresion solo tendria por objeto arruinar totalmente nuestro ejército: declara que de ahora en adelante todo individuo de la division que se sirviere verbalmente ó

por escrito de la palabra *monsieur*, bajo cualquier pretexto que fuere, será destituido de su grado y declarado incapaz de servir en los ejércitos de la república. La presente será comunicada en la órden del dia y leida á la cabeza de cada compañía.

AUGEREAU.»

«Bernadotte habia pasado del ejército del Rhin al de Italia: sus tropas habian parecido tibias, poco entusiasmadas, por lo que eran objeto de burla para las del cuerpo que mandaba Masena: tratáronse de *monsieures*, de descamisados, y donde quiera que se encontraban se derramaba sangre. Este es el desórden que Augereau quiso reprimir: su proclama pinta muy bien las circunstancias en que se hallaba el ejército. En el dia, hay hombres incapaces de apreciar aquellos trabajos que tratan de desviar la opinion, esforzándose por falsificar la historia; pero los hechos hablan y al fin habrá que escucharlos. El estranjero no vino al ejército de Italia á buscar traidores; desde que Napoleon tomó el mando no pudo la emigracion seducir á nadie, ni se conoció mas que la religion de la bandera.

«Todo se eclipsaba á nuestra vista, continuó Napoleon: la Italia fué conquistada, el Austria reducida á la estremidad; derribábamos la aristocracia donde quiera que la hallábamos; como le iba en ello su existencia, espiaba y apuraba todos los recursos. La victoria no hacia mas que llamar nuevas batallas: Wurmsem vino á vengar á Beaulieu, Alvinzi á Wurmsem, y el ejército del Rhin, que debia marchar continuamente, no se movia jamás.»

»La cuestion era solo con nosotros, mas bien pronto se resolvió; la fortuna coronó al valor y triunfámos por todas partes. El General en gefe penetró por el Tirol y la Carintia, rechazando cuanto se le oponia, quedándose siempre en estado de apoyar el movimiento y de impedir que el enemigo nos cortase, pues todos los riesgos estaban previstos. Yo me proponia ocupar Salzburgo é Inspruk, atravesar las gargantas del Inn, poner en contribucion los arrabales de la Capital y marchar á Baviera; pero el ejército del Rhin se mantuvo todavía en inaccion, y el proyecto se trastornó. Si Moreau hubiese querido, hubiéramos hecho la campaña mas admirable de cuantas se han visto, habríamos dislocado toda la Europa; mas él se

marchó á Paris sin hacer ni intentar nada, dejándome otro vez en lucha con todas las fuerzas de la Monarquía austriaca. Yo me habia arrojado en la Alemania sin ninguna especie de consideracion, tenia ochenta mil prisioneros, y el Emperador precisado á salir de Viena; pero todas las provincias se levantaban en masa: la Hungría corria á las armas, el Tirol estaba en fuego, mi posicion era muy crítica, y negocié.

«Lo guerra, la marina, la administracion existian con el producto de nuestras victorias; yo tenia que subvenir á las necesidades de los otros ejércitos, asegurar sus sueldos, sus remontas y suministros: en el término de algunos meses envié á Francia cincuenta y dos millones. Por otra parte, el Directorio puso tras de nosotros una banda de pillos que todo lo devoraban: los soldados estaban sin zapatos, sin vestuario ni etapa, los hospitales carecian de lo mas necesario, y en fin todos estábamos miserables en medio de la abundancia: inútil era gritar, amenazar, formar comisiones militares, tirar letras; pues estas eran protestadas y aquellas seducidas. Yo estaba solo al frente de la corrupcion para rechazar aquel torrente hácia su origen. Un solo medio habia para concluir,

que era el de formar una comision con derecho de vida y muerte sobre aquellos corsarios. La medida era análoga á la esperiencia, á la historia y á la naturaleza del gobierno; pero los malversadores se guardaron bien de admitir la cuchilla que debia caer sobre ellos. Viendo pues todos los recursos agotados, sin saber de donde sacar mas, y conociendo por otra parte mi posicion política, firmé los preliminares de Leoben. Tratábase de pasar de lo provisional á lo definitivo, de sentar las bases de una paz duradera; mas los demócratas no la querian, y aun menos los aristócratas: aquellos estaban impacientes por municipalizar la Europa, estos por ver el resultado de las tramas que habian urdido. El Emperador no firmará, me escribia confidencialmente el elector de Hesse; las transacciones disgustan á Clichy, quien tiene alta mano en Paris y sus consejos: esperemos. Este esperar no convenia á mis ideas: en Verona habia cogido los archivos del partido, y acababa de apoderarme de los que tenia en Venecia: con esto conocí sus medios é inteligencias, supe que todo estaba ganado, seducido y dispuesto á romper: á grandes males grandes remedios; recurrí al patriotismo de las tropas, hicimos un oficio

que llevó Augereau y que descontentó la conspiracion. Tambien Bernadotte contribuyó á desvanecerla; pues habiéndole enviado al Directorio, se fué al club del picadero, donde arengó, peroró y llenó de miedo á la emigracion. Pero la coleccion debe contener algunas cartas suyas; ved en la continuacion de las de Venecia.»

Abrí el tomo y leí en la correspondencia de Bernadotte: «Me rio de la estravagancía de los partidarios del trono; muy poco deben conocer á los que conducen los ejércitos y á los ejércitos mismos, pues que esperan sujetarlos tan fácilmente, creyendo que un orador, mas ó menos sabio, mas ó menos ganado, pueda alterar nuestra tranquilidad. Los diputados que hablan con tanta impertinencia están lejos de imaginarse que nosotros conquistaríamos la Europa si tan solamente quisierais formar este proyecto.»

«¡Conquistar la Europa! aquel hombre esclavo en el gabinete, murmurador en la antesala, no hacia sino intrigar, hablar continuamente: no he conocido hombre mas falso. Continuad.— «Vuestra firmeza y valor son capaces únicamente de sacar á la república del espantoso precipicio que han abierto la hipocresía, la perfidia y la costumbre

del crímen de los agentes del altar y del trono.» —Sin duda preparaba ya la conspiracion del Concordato; reconozco el estilo de sus folletos. Los generales que hoy desfilan delante de los misioneros y de las cruces, se indignaban de que yo hiciese abrir las iglesias, hasta decir que mi muerte debia espiar el ultraje que hacia á la razon: los tiempos son bien distintos; pero ya hablarémos de esto; ahora continuad que deseo oir su carta. —La he visto poco ha. ¿Es aquella en que su honor vacila? —Justamente: el honor en él es como el pudor en las mugeres; una mosca, un nada le alarmaba, solo en el picadero estaba seguro. Ya os escucho:

«*Al General en gefe.*

«A mi tránsito por Chambery he visto al general Kellerman, á quien he dado conocimiento de vuestras notas. Me ha respondido que el depósito de la media brigada número veinte y uno habia partido para Italia y debia estar ya en Milan. Que vuestro Gefe de estado mayor puede dar la órden de partir al batallon de la brigada número setenta y nueve, en lo que no veia ninguna dificultad. Que no puede deshacerse de la po-

ca caballería que tiene en Leon, sobre cuyo particular ha debido escribiros; os remitirá sables, pero necesita dinero.

«He hallado el espíritu republicano entibiado notablemente: despues de mi viaje en el interior, la contrarevolucion se forma en los espíritus, las leyes están sin vigor, los emigrados vuelven, los tribunales absuelven una parte y no buscan á los demas: segun dicen muchos diputados, hay un partido muy decidido en los *quinientos* para restablecer el trono. Otro partido medita un movimiento para destruir esta faccion; si esto se verifica debe ser terrible, sin que lo puedan contener los mismos que lo movieren. En medio de este roce, existe una clase de hombres que teme tanto la anarquía como el realismo: esta no se manifiesta ni dice nada, mas espera el momento de anonadar ambos partidos el uno por el otro. Estos hombres siempre aplican paliativos á los sucesos que se preparan, quieren solamente ganar tiempo para que alejando la esplosion de un dia al otro, el gobierno se consolide poniendo un poco de órden en su conducta.

«Los *quinientos* temen al Directorio: esto basta para que este último lleve la ventaja; mas para esto es menester que saque par-

tido de las circunstancias, que tenga maña para conducirlas, y que atemorice, al menos aparentemente, á los miembros que marchan hácia el restablecimiento del trono de un modo tan espantoso. Pichegru parece ser el punto de mira de estos señores: le adulan, le acarician de un modo que parece se burlan de él; ello es que el partido que le ensalza sabe muy bien que es un hombre ordinario. Pichegru tiene la vileza de abandonar la causa de los republicanos, pone los hombres en lugar de las cosas, y se ha intentado en vano convertirle. Precisado a esplicarse, ha respondido neciamente, sin lógica y con el tono de un hombre hinchado de orgullo, que se imagina ya que solo su nombre vale un ejército. ¡Pobre hombre!

«El velo está rasgado: ahora ya es conocido, sus amigos le abandonan y todos los dias pierde de su reputacion colosal. Le he visto en casa de Kleber con varios generales del norte: apenas nos hemos hablado; sin duda era sabedor del modo con que me he esplicado sobre él, pues se ha mantenido muy reservado, y yo lo mismo.

«Tres generales hay anunciados para mandar la guardia de los *quinientos:* el primero es Kleber, el segundo Desaix, el tercero Serru-

rier: todos han conocido que este mando no lisonjearia á ninguno de los tres; cada cual ha dicho su parecer y la ultima razon es esta: estos tres personajes tienen reputacion, y en un movimiento serian útiles para reunir al rededor del Cuerpo legislativo muchos soldados y oficiales de los cuerpos que han mandado.

«Kleber no aceptará: republicano por su filosofía, se rie del embarazo de los unos y de la torpeza de los otros; pero si la conmocion se verificase, Kleber saldria á la ventana para mirar los dos partidos, y se agregaria á aquel en que viese escarapelas tricolores. Desea ver los campos de vuestra gloria; yo le llevaaé conmigo, pues gustará mucho de ver al hombre cuyas hazañas ha admirado en las banderas cogidas y los prisioneros hechos; pero mas todavía en la direccion de las riendas del gobierno.

«Paris es una morada horrible para el hombre de honor; yo me fastidio de muerte, y bien pronto partiré. Trabajaré por enviaros caballería, y si es posible la division Richepanse. Carnot está convencido de que si vuelven á comenzar los movimientos, necesitais un refuerzo en ambas armas: mañana hablaré á Barras y á Rewbell. Yo os saludo y os amo cuanto os aprecio.

«Este hombre ha sido siempre de una falta de razon que no he podido definir. No respira mas que fama, ha tenido las ocasiones mas bellas de adquirirla, y siempre las ha errado. En Jena pudo cubrirse de gloria: no tenia mas que marchar, ponerse á espaldas del ejército, y estaba todo cogido. En Sajonia, en Bélgica.... su elevacion hubiera sido única en la historia; pero necesita tener alma.» Estendióse mucho el Emperador sobre los yerros de aquel General, no hácia él, pues se contaba por nada, sino la hácia Francia que le habia visto nacer, y hácia el ejército á quien todo lo debia. Decia que en Austerlitz se habia dejado rechazar, que habia dormido en el Elba, retrocedido de Wagram, y espuesto veinte veces las águilas á la derrota. Napoleon estaba vehemente, y aun se acaloraba, por lo que traté de romper la conversacion: le dije que al menos la carrera diplomática de Bernadotte me parecia irreprensible; le hablé de sus talentos y de su embajada.—«¡Cómo! es un tejido de necedades, Desaix estaba furioso, Moreau se encogia de hombros, y todos sus amigos le condenaban.—Pero en Viena enarboló nuestros colores.—No podia hacer otra cosa. El pueblo de Viena habia aprendido á respetarlos

en mas de cincuenta batallas, y se hubiera guardado muy bien de insultarlos. Pero yo habia conservado á los de la emigracion, me habia compadecido de unos infelices franceses, y esto me habia ganado la murmuracion del picadero. El Emperador quiso someter á su jurisdiccion todo lo que era de ultra Rhin; pero unos hombres desechados por la Francia nada tenian que hacer con sus agentes; se indignaron de aquella persecucion sin objeto, escitaron á algunos infelices, y poco faltó para que una etiqueta de aturdido fuese causa de abrir nueva guerra.—Yo habia oido dar otros motivos á aquella insurreccion.—¿En dónde? ¿en sus *Memorias?*—Supe aquellos pormenores por un amigo mio que estaba en Viena, y este por un polaco que disfrutaba por toda la confianza de Bernadotte.—¡Ah! la providencia de la embajada, el guia que la policía austríaca habia tenido maña de darle; aun por eso el ciudadano embajador daba tan buenos informes de él al ciudadano Brune. Si el Vencedor de Helder no hubiera tenido el instinto de tal especie de guerra, se habrian consumado las vísperas itálicas. Vos que habeis habitado en Florencia ¿no oisteis hablar de las maniobras de Manfredini en aquella época?—No señor; solamente

he sabido que en una de las correrías clandestinas que hacia en Viena fué singularmente confundido por uno de vuestros soldados.—¿Cómo fué eso?—La tropa enemiga insultaba á nuestras avanzadas, motejándolas con gestos y propósitos; un antiguo sargento austríaco gritaba á un gefe de ronda que avanzase con su caporal. «Si tú tuvieses, respondió el francés, un caporal como él y una escuadra como la suya ya te acercarias á decírmelo.» Manfredini, que pasaba por allí, creyó que se hablaba de él, y que habian penetrado su secreto; desde entonces fué mas reservado y circunspecto.—Pero, doctor, me habeis dicho que hasta ahora no habiais investigado sino cadáveres; ¿sabeis que estos estaban bien al corriente de los asuntos? La version que os han hecho no es enteramente verdadera, pero no toda es falsa. Además, no es imposible que una palabra soltada casualmente haya tenido los resultados que le atribuis; las mas altas determinaciones dependen á veces de circunstancias muy leves; fuera de que Manfredini tenia motivo para sospechar del tacto de nuestros soldados, y la rendicion de Mantua fue debida no menos á su sagacidad que á su valor. Alvinzi venia á socorrerla con un ejército numeroso, y habia enviado por

delante un hombre con pliegos, en los que prevenia la coincidencia que deberian tener las salidas con los ataques. Poco faltó para que lo consiguiese, pues habiendo el emisario atravesado nuestras líneas, entraba ya en la plaza, cuando le pilló una patrulla. Registrándole sin hallarle nada encima, iban á confundirle con los demas prisioneros, cuando un cazador que presenció el interrogatorio tomándole aparte le dijo: ¿Dónde tienes los pliegos?—No tengo ninguno.—Sí, sí tienes, aquí, en el vientre; confiesa ó te los saco con el sable. El austríaco confundido se escusaba; mas al fin confesó, y se le encerró en un cuarto hasta que digirió el pliego: estaba este en un cilindro muy pequeño cubierto de un mantillo de cera, y que empapaban en una especie de elíxir para facilitar el paso. Los imperiales se valian á menudo de este medio, pero la perspicacia del cazador les obligó á dejarlo.

«Esto me recuerda una anécdota de la guerra de Córcega: Paoli dominaba en la Isla, sus montañeses cubrian la llanura, y no habia medio de comunicar con los patriotas diseminados en las tierras. Sin embargo, era preciso inquietarle por la espalda, bajo pena de tenerle luego sobre nosotros. Yo conocia

los amigos de la Francia, é hice que Lacombe les dirigiese comisiones; toda la dificultad estaba en hacerlas pasar á sus manos, pues todos los pasos y caminos estaban llenos de espías. Busqué un astuto paisano, á quien cubrí de andrajos; y dándole una calabacilla le envié por medio de los montañeses. Detenido de guardia en guardia, él mismo escitaba y facilitaba para que le registrasen; así llegó hasta Corte, donde la policía deshizo sus vestidos hasta las suelas de los zapatos. No hallándole nada, le iban á soltar, cuando les ocurrió dar parte á Paoli.—Un miserable que viaja en estas circunstancias es un emisario; algun mensaje lleva.—Es imposible, todo se lo hemos registrado.—Su mision, pues, será verbal; id á averiguar tadavía mas. ¿Qué es lo que trae consigo?—Una calabacilla.—Rompedla. Así lo hicieron y se hallaron las comisiones. Paoli no era fácil de engañar.»

La salud del Emperador no se sostuvo mucho tiempo : sus fuerzas estaban perdidas en sus dos tercios, y si la latitud conservaba su energía, al fin tenia que sucumbir. No tardó en hallarse nuevamente en una penosa situacion : el dia 10 le habia dejado en bastante buen estado, y al dia siguiente estaba muy distinto.

11 *de noviembre*.— A las cuatro de la mañana me llamaron: el Emperador se quejaba de dolores cólicos, insomnio, agitacion é incomodidad; los síntomas se agravaban, mas con el baño y lavativas se consiguió disiparlos.

12 *de noviembre*. — La noche ha sido mas tranquila; sin embargo, se queja el Emperador de una especie de hemicránea: pediluvios.

13 *de noviembre*. —La noche ha sido mejor: la jaqueca se ha disipado: baño y paseo.

Acompañé al Emperador al jardin: sentíase débil, se sentó; y mirando al rededor de si, me dijo con una penosa espresion: «¡Ah! doctor, ¿dónde está la Francia? ¿dónde su alegre clima? ¡ Si yo pudiese todavía contemplarla! ¡Respirar al menos un poco del aire que ha tocado en aquel pais dichoso! ¡Qué buen específico es el suelo que nos ha visto nacer! ¡ Anteo reponia sus fuerzas tocando la tierra, y este prodigio se renovaria en mí, pues conozco que estaria revivificado si apercibiése nuestras costas. ¡ Nuestras costas! me olvidaba que la cobardía ha sorprendido á la victoria; nadie apela á sus propias decisiones. ¿Sabeis, doctor, que sois un personaje enfadoso? Vos turbais todas las nociones que yo habia adquirido, destruís las ideas que me habia formado, y ya no me reconozco en vuestra obra.

La epidérmis es una masa orgánica; las venas la prolongacion de las arterias, es un tejido, una red que vuelve sobre sí mismo y cuyos puntos de salida se confunden con los de entrada: pasais á cuchillo todo lo que dicen los libros, con el vuestro que es una revolucion. —Ya lo creo, señor; rectifica muchos resultados mal estudiados.—¿No contiene ideas sentadas demasiado ligeramente?—Me parece que no.—¿Qué van á decir los anatómicos al ver disipar las teorías consagradas?—Lo que se dice cuando uno vuelve de un error.—Pero vuestras doctrinas son enteramente distintas de las de nuestras escuelas: ¿acaso en ellas no conocen la ciencia?—Sí señor, mucho.—Pues ¿como no estais de acuerdo?—Vos que cultivais las ciencias lo diréis mejor que yo. —¡Ah! quereis encargarme la respuesta; temeis que la facultad nos escuche.—No señor, pero los puntos de vista varian segun los hombres: unos sostienen una cosa y otros la contraria; á veces aquel que no obtiene resultado alguno despliega mas sagacidad que el que llega á bien.—No creais que intento acusaros de presuncion; pero sois del Cabo y podriais conservar el carácter de vuestro pais. Los *Capocorsini* son descontentadizos, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen.—¿Nosotros,

señor?—Sí, vosotros. Yo he venido al mundo en brazos de la vieja *Mammuccia Catalina*, que era porfiada, quisquillosa y estaba en continua guerra con los que la rodeaban; disputába particularmente con mi abuela, á quien sin embargo amaba, y ella le correspondia: nos divertian en estremo sus querellas y sus interminables debates. Mas este retrato os entristece y os hace poner serio; consuéleos el que si vuestra paisana era regañona, tambien era buena, afectuosa, nos paseaba, cuidaba y nos hacia reir. La memoria de su solicitud no se ha estinguido todavía; me acuerdo de lo que lloró cuando me fuí de Córcega. De esto hace ya cuarenta años; aun no habiais nacido entonces. Yo era muchacho, no preveia la gloria que me esperaba, y mucho menos que nos debiésemos encontrar aquí; pero el destino es inmutable, es preciso obedecer á su estrella. La mia era de recorrer los estremos de la vida; partí acompañando á mi padre que iba á Versalles diputado por la nobleza del pais. Atravesámos la Toscana, ví al gran Duque, estuvímos en Florencia y llegámos á Paris: mi padre iba recomendado á la Reina, fué bien recibido y agasajado, y yo muy contento entré en el colegio. Comenzaba mi cabeza á fermentar, conocia la necesidad de aprender y ascen-

der, devoraba los libros, y bien pronto me admiraban todos en la escuela. No faltaron ya entonces almas caritativas que quisieron turbar mi satisfaccion: cuando entré en el colegio me recibieron en un salon donde estaba el retrato del duque de Choiseul: á la vista de aquel hombre odioso, que habia traficado con mi pais, no pude contener una espresion ofensiva; al momento aquellos dijeron que esto era una blasfemia y un crímen que debia destruir mis adelantamientos. Dejé decir á la maledicencia, me hice mas aplicado y estudioso, pues conocí lo que son los hombres.»

14 *de noviembre.*—Napoleon estaba algo mejor; tomò el baño, y luego le acompañé al jardin. «¿Ibais á menudo á Córcega cuando estabais en Italia?—Pocas veces, señor.—¿Al menos conoceis su historia, ya sabréis que yo la he escrito.?—Si señor, lo he oido decir.—Entonces yo era todo fuego, tenia diez y ocho años, la lucha estaba todavía abierta, y yo ardiendo en patriotismo y libertad, y exhalando republicanismo por todos mis poros. Sometí mi obra á Raynal, quien me dió elogios y me aconsejó la imprimiese; mas no lo hice y con razon, pues á la edad en que me hallaba hubiera tenido que pedir pareceres, suponer intenciones y perder el tiempo en falsas descrip-

ciones. Siendo todavía nuevo en la administracion, no conocia los secretos de los negocios, y acaso juzgaba de los que los manejaban con la misma impertinencia que hoy me juzgan á mí.»

El Emperador discurrió sobre algunas obras, luego volvió á hablarme de la Córcega y de los amigos de su infancia. «¿Conoceis á Barberi? ¿El hijo del presidente de la sanidad que llevaba los amigos de Moltedo y Citadella á la *Muiron*?—Justamente: un dia le pegué un chasco de que se resintió mucho su apetito. Estábamos en 1793; era yo entonces capitan; y habiendo obtenido un semestre, lo pasaba en Ajaccio: tenia mi gabinete de estudio en el cuarto mas tranquilo de la casa en las guardillas, donde no recibia á nadie, salia poco y trabajaba mucho. Un domingo por la mañana al atravesar la plaza me encontré á Barberi, que me riñó porque no me dejaba ver, y me propuso dar un paseo: acepté á condicion de que seria por agua. Llamó á los marineros de un barco de que él era accionista y partímos. Queria yo medir la estension del golfo, para lo cual hice virar sobre el Recanto: saqué mi paquete de cuerda y hallé los resultados que buscaba. Llegados á la Costa, trepámos aquella posicion magnífica, que despues coronaron

los Ingleses con un reducto que domina á Ajaccio, por lo que me propuse estudiarla. Barberi, á quien interesaban poco aquellos resultados, me daba priesa de concluirlos: yo procuraba distraerle y ganar tiempo; mas su apetito le cerraba los oidos: le hablaba de la estension del Golfo, y me respondia que estaba en ayunas y que le aguardaban en un convite para almorzar. Al fin partímos; mas se habian cansado de esperarle en el almuerzo, y no halló convite ni convidados. Prometióse no ser otra vez tan descuidado con la hora de sus festines.»

15 *de noviembre.* — Sigue en el mismo estado.

16 *de noviembre.*—El Emperador estaba pensativo é inquieto, me hacia preguntas sobre su incomodidad y sensaciones; ví que tenia que decir alguna cosa que le pesaba y creí adivinarla. Me puse á discurrir sobre las enfermedades hereditarias diciendo que no creia en ellas. «¿Pues qué, la mala organizacion del padre no influye en la constitucion del hijo?— Si así fuera los jorobados solo producirian jorobados, y los hijos de los raquíticos lo serian tambien; sin embargo, vémos todos los dias salir de padres muy mal tratados por la naturaleza hijos enteramente favorecidos en su

conformacion. — A pesar de eso, es una doctrina recibida en las escuelas. — No señor; ya todas la desaprueban. — «¿Tambien las de Inglaterra? — Tambien: uno de los grandes médicos que las han honrado, llamado Hunter, fué el primero que combatió esta teoría; y sus ideas se han adoptado generalmente. — Los facultativos de aquí parece que se empeñan en sostener la opinion contraria; ¿acaso van á recibir sus inspiraciones médicas á la cabecera de la cama de Hudson? — Lo ignoro, señor, mas es imposible que crean en la transmision de enfermedades: todo lo mas que pueden admitir es cierta disposicion á contraerlas. — ¡Ah! ni yo ni la Inglaterra tenemos que ver á su complicidad. Os voy á contar menudamente la enfermedad de que murió mi padre. Padecia una falta total de digestion; salió á tomar aires, mas sin esperimentar alivio que compensara la pena de la ausencia: volvia á ver los suyos, cuando repentinamente en Montpeller se agrava, se declara un vómito que no le deja parar nada en el estómago; consulta á los médicos que le llevan drogas y medicinas, mas tampoco se halla mejor. Prescribiéronle un régimen aconsejándole el uso de peras de agua: á este fin se volvió á Paris donde las hay abundantes y

de buena calidad; y en efecto comió muchas, y hacia continuo ejercicio, con lo que se restableció del todo su salud, y se puso tan grueso y de buenos colores que parecia debia vivir dos siglos. Por desgracia el mal no estaba estinguido, aquello no era sino una tregua, pues bien pronto volvió con mayor fuerza. Apenas mi padre habia pasado algunos meses en Córcega, cuando recayó en un estado peor que nunca; como la facultad le habia salvado la vida una vez, creyó que todavía podria hacerlo, y con esta esperanza partió con José para Montpeller; mas era llegada su hora, los remedios fueron inútiles, y feneció á la edad de treinta y ocho años. Su enfermedad habia parecido tan singular, que determinaron abrirle; y le encontraron un escirro en el orificio inferior del estómago. ¿No creeis que este género de afecciones se transmiten con la vida? — No señor, las afecciones no pasan del padre al hijo, así como tampoco los gustos y talentos, cuya diferencia nadie contesta. — Es verdad que en muchas cosas nos parecemos muy poco: él gustaba de licores, yo no los puedo sufrir; de la buena comida, y mi estòmago se niega al menor esceso. Un poco de pan, una gota de agua que tome mas de lo ordinario tengo que echarlo; siendo tal

la sagacidad de la naturaleza, que se detiene apenas ha arrojado lo superfluo. Fuera de eso mi padre era animoso y penetrante; cultivaba la poesía, era elocuente, y á haber vivido se hubiera señalado.

«Ignorando yo su situacion, me ocupaba en estudiar tranquilamente en tanto que él luchaba con sus padecimientos y su penosa agonía. Preguntaba por mí, me llamaba, invocando en su delirio el socorro de mi grande espada: mas siendo la distancia demasiado considerable, murió sin que yo tuviese el triste consuelo de cerrarle los ojos. Este doloroso deber estaba reservado á José, quien lo desempeñó con toda la piedad de que un buen hijo es capaz. Una circunstancia de este fatal acontecimiento se me estrañó mucho: mi padre era tan poco santurron que hasta habia compuesto poesías anti-religiosas; pero apenas vió el sepulcro abierto, cuando le entró tal pasion por los clérigos, que no habia bastantes para él en Montpeller. Un cambio tan repentino, y que sin embargo se verifica en casi todos los que se ven atacados por una grave enfermedad, se atribuye por algunos al desórden que produce el mal en la máquina humana. Los órganos se embotan y pierden la accion, la moral se enerva y la cabeza se pierde. Pero

véase el hombre en toda su fuerza, véanse esas columnas dispuestas á arrojarse en el campo de batalla cuando suena el ataque, y caen ante la metralla, que poco piensan entonces en aquellas cosas.»

17 *de noviembre.* — Seguia el Emperador en el mismo estado, siempre preocupado y cabizbajo; quise averiguar la causa de su cavilacion, cuando advertí entreabierto el tratado de anatomía. Esta circunstancia me pareció perentoria; Napoleon temia estar acometido de la misma afeccion que habia llevado al sepulcro á su padre; no atreviéndose á confesar su ansiedad, buscaba en los libros las luces que no queria pedir á los hombres. Yo hubiera dado el mundo entero por ver desvanecidas tan vanas inquietudes; mas habiendo aprendido á no provocar las confidencias, me guardé de entrar en una discusion que le hubiese ofendido. Viéndole siempre silencioso, le pedí permiso para retirarme á hacer una escursion botánica á que estaba emplazado. «No, me dijo, vuestras aserciones me ocupan, aguardad, pues tengo que hacer varias preguntas. Continuamente me estais hablando de hígado y de aire, decidme ¿cuál es la accion que estos dos cuerpos ejercen uno sobre otro. ¿Cómo esta accion mortal en este pe-

ñasco es benéfica en otra parte? — Se ignora, señor. — ¿No se sabe lo que en un flúido aeriforme hiere tal ó tal órgano? No señor: así como tampoco se sabe cual es la causa de la peste y la diferencia entre un aire puro y otro contagioso. En vano se ha intentado separar este principio funesto, pues escapa á todos los medios de que la ciencia puede valerse. — La atmósfera de un apestado, ¿no puede presentar la misma composicion que la de un sano? — Creo que no, y tambien que habrá pocos químicos que prueben á hacer el análisis. — ¿Por qué no? el laboratorio tiene sus valientes como el campo de batalla, si bien los resultados son muy distintos. ¿Pensais que la gloria de poner fin á un contagio cruel, y aun la de haberlo intentado solamente, no compense los peligros de la empresa? Pero volvamos á nuestro asunto. ¿Cuáles son las funciones, el juego y la estructura del hígado? — Habiéndole esplicado todo lo que preguntaba, continuó: está bien, vuestra opinion me parece justa, nueva y que simplifica la máquina humana, la cual ya es bastante complicada para no necesitar superfutaciones de los fisiólogos; mas, ¿en qué consiste que vuestras doctrinas son tan distintas de lo que se encuentra en los libros? ¿Por ventura la Fran-

cia está atrasada y se sabe menos en Paris que en Florencia?—Mascagni ha dado á la ciencia tal impulso que ha dejado muy lejos atrás de él á todos los que la cultivan; solo hay algunos hombres en Francia y en Alemania...—¡En Alemania! ¿Cuáles son? ¿es acaso el doctor Frank?—Yo sigo la opinion general sobre el mérito de este célebre práctico, y le tengo por hombre muy hábil.—¡Ciertamente, muy hábil! Lo esperimenté la última vez que estuve en Viena: me habia aparecido una crupcioncilla en la parte superior del cuello, que aunque no era nada, inquietaba á los de mi comitiva, y me obligaron á recibir un médico de quien contaban prodigios. Vino Frank, y al instante me dijo que hallaba un vicio herpético, una enfermedad grave que necesitaba preparativos, remedios y drogas al infinito. Entonces llamé á Corvisart, con lo que bastó para reanimar esperanzas mal apagadas; ya me creian enfermo, en cama, perdida la cabeza, ya todo se agitaba, y cada cual formaba su plan. El médico, tanto mas inquieto al ver aquellos movimientos, apresuró su venida sin detenerse hasta Schœmbrun, donde creyendo hallarme á la muerte, me halló pasando una revista. Cuando volví y me anunciaron su llegada, reí mucho de la admi-

racion que manifestaba : « Vamos Corvisart, le dije, ¿ qué noticias me dais de Paris? ¿ sabeis que me sostienen que estoy gravemente enfermo? Tengo una pequeña erupcion, un dolorcillo de cabeza, que, segun el doctor Franck, es un vicio herpético, que necesita una curacion larga y severa : ¿ Qué os parece? Entonces quitándome el corbatin examinó el mal y esclamó : ¡ Ah ! señor ; venir de tan lejos para un vegigatorio que el último médico hubiera aplicado tan bien como yo. Frank delira ; esto no es nada, es un accidente que procede de una erupcion antigua mal cuidada, y no resistirá á cuatro dias de vegigatorio. Con efecto, por este medio desapareció. Ya lo veis, me decia al levantar el último vendaje, á que se reducen las enfermedades que ese Aleman os quiere regalar. Luego fué á visitarle dándole las gracias de un modo poco amistoso por el viaje apresurado que le habia hecho hacer, y se restituyó á Paris. Su regreso calmó los espíritus, y algunos sintieron que yo no estuviese en peligro; mas cada cosa á su tiempo.»

Llegando aqui se repuso, y comenzó luego á discurrir sobre las intrigas que en aquella época agitaban la Alemania. Habló de Schill, Dornberg y la reina de Prusia, cuyo plan era

vasto y bien concebido; pero que se apresuraron sin entenderse en la ejecucion. Siendo la primera vez que yo oia hablar de aquellas tramas, cuyos resortes y conjunto me eran desconocidos, procuré mudar la conversacion sacando en ella el nombre de Muller. Napoleon le oyó con complacencia, y se estendió mucho sobre los talentos de aquel hombre célebre. «Era chiquito, flaco, estenuado y bajo un esterior detestable encerraba el ingenio mas estenso que jamás haya existido. Me le presentaron despues de la batalla de Jena, y como pasaba por autor del manifiesto, le chanceaba sobre su produccion.—¡Yo, señor, contra vos! ¿vuestra Majestad cree que soy tan bestia? Pasé con él algunas horas en conferencias, en las que manifestó profundos conocimientos é ideas vastas y elevadas: le encargué las relaciones esteriores de Vesfalia; pero Gerónimo, que habia puesto en otras personas su confianza, le separó y le llamó á otras funciones que no le iban tan bien.»

De aquí pasó Napoleon á hablar de Goethe y Wieland, de quienes hizo brillantes elogios. Yo le recordé la conversacion que habia tenido con el último de estos escritores; y habiéndole dicho que habia adquirido una copia de

ella en Francfort, tuvo curiosidad de verla; se la remití, y leyó en estos términos: «Habia algunos minutos que yo estaba en la sala cuando Napoleon la atravesó para venir hácia nosotros. La duquesa de Veimar me presentó con las ceremonias de costumbre, y el Emperador me dirigió algunos elogios con un tono afable y mirándome fijamente. Muy pocos hombres me han parecido poseer como él el don de leer á primera vista en el pensamiento de los otros. Al momento conoció que, á pesar de mi celebridad, era yo sencillo en mis modales y sin presuncion alguna; y queriendo él hacer una impresion favorable sobre mí, tomó el tono mas propio para conseguir su fin. Nunca he visto hombre mas pacífico, sencillo, suave y menos pretensivo en apariencia; nada se veia en él que manifestase la sensacion del poder de un gran monarca; hablóme como un antiguo conocido hablaria á su igual; y lo que es mas estraordinario, conversó esclusivamente conmigo durante hora y media con grande admiracion de la asamblea. Al fin, á cosa de media noche, conociendo que era indiscrecion detenerle tanto tiempo, me tomé la libertad de pedirle permiso para retirarme: Vaya pues, me dijo en un tono amistoso, buenas noches.»

He aqui los principales puntos de nuestra conversacion. Hablando de la tragedia que se acababa de representar, venimos á tratar de Julio César. Napoleon dijo que era uno de los hombres mas célebres de la historia, y que hubiera sido el mas grande á no ser por la necedad que cometió. Ya iba á preguntarle de que falta queria hablar, cuando, pareciendo leer en mis ojos la pregunta, continuó: «César conocia los hombres que intentaban deshacerse de él, antes debió él deshacerse de ellos.» Si Napoleon hubiese podido ver lo que pasaba entonces en mi corazon, hubiera hallado que jamás le acusarian de tal error.

De César pasó la conversacion á los Romanos, cuyo sistema político y militar elogió con calor: los Griegos por lo contrario no parecia tenerlos en grande estima; decia que los eternos altercados entre sus pequeñas repúblicas no eran propios para dar nada célebre, en lugar de que los Romanos se inclinaron siempre á las cosas grandes, y de este modo crearon aquel coloso que atravesó el mundo. Peroré en favor de las artes y literatura de los Griegos; mas Napoleon, tratándoles con desprecio, me contestó que solo servian para aumentar las discusiones: que preferia Osian á Homero; no gustaba de otra

poesía que la sublime, otros escritores que los patéticos y vigorosos, y sobre todo los poetas trágicos. Hablaba de Ariosto en los mismos términos que el cardenal de Este, ignorando sin duda que esto era darme una bofetada. No aparentaba gustar de nada que fuese alegre; y lo que mas me admiró es que, á pesar de la amenidad de sus maneras, parecia una estatua de bronce.

Sin embargo, me concedia tal confianza, que me resolví á preguntarle en qué consistia que el culto restablecido por él en Francia no se habia hecho mas filosófico y mas en armonía con el espíritu del tiempo. «Amigo Wieland, me respondió, la religion no se ha hecho para los filósofos, los cuales ni creen en mí, ni en mis curas; y en cuanto á los creyentes, todas las maravillas son pocas para darles. Si yo hubiese de hacer una religion para los filósofos, seria enteramente opuesta á la de los crédulos.»

«He aquí lo que son los hombres de gabinete, me dijo Napoleon devolviéndome el documento: decidiendo siempre y condenando con una seguridad irrisoria. Si acogí á los curas fue porque era necesario popularizar la revolucion, consagrar la república y hacer predicar los dogmas sobre los cuales habian alarmado las conciencias. Los habian echado ne-

ciamente de la nacion y obligado á que se sublevasen contra aquellas doctrinas que ya habian adoptado; y los reconcilié con ellas, y esto era lo que deseaban: además, conocia por esperiencia cuán temible es la palanca que tienen en las manos. En vano vencia y dispersaba los ejércitos que se me oponian en Italia, pues la menor sombra ponia en problema lo que la suerte de las armas tenia ya decidido. Los austríacos acudian al Papa, hacian causa comun, suministrando aquellos los soldados y este el fanatismo: tropas, sermones, milagros, todo se reunia, y conmovia, aun á nuestros partidarios. Me admiró tanto la impresion que hizo sobre los Boloñeses la privacion de algunas bendiciones de que disfrutaban los habitantes de Lugo, que capitulé con el Padre santo. La negociacion no fué á gusto del Directorio; este queria derribar el *Idolo*, atacar Nápoles, Génova y Venecia, y municipalizar la Europa. Me negué á prestarme á tan estravagantes combinaciones sin ocultar mi parecer, antes bien envié á decir al Presidente: Aquí nos ha desaparecido el prestigio ilusorio de nuestra fuerza: es indispensable que tomeis en consideracion la situacion del ejército, y adopteis un sistema que pueda procuraros amigos tanto

de parte de los reyes como de los pueblos: la influencia de Roma es incalculable: han hecho mal en romper con esta potencia, para la cual es ventajoso el rompimiento; si á mí me hubiesen consultado, habria retardado la negociacion, así como lo hice con las de Génova y Venecia. Finalmente, vengan tropas y mas tropas, si quereis, no digo derribar los tronos, sino conservar la Italia. Todo aquello iba tan mal gobernado, que era una compasion: ya que no querian contratar con Roma, al menos debian haber esperado á que cumpliese las condiciones del armisticio; hubieran tenido cinco millones que pagaba el Papa por las contribuciones que yo le habia impuesto, y de las que ya habia una parte en Rimini. En lugar de obligarle á que se pronunciase sobre cada artículo, y de dar tiempo á que llegase á Bolonia un cuerpo de tropas cuya fama habria abultado su fuerza, le mostraron todo el tratado de una vez, y esto mientras que el ejército estaba comprometido en las gargantas del Tirol. Poco faltó para que este error nos costase diez millones en géneros, y todas las preciosidades de la Italia que nos venian dentro de poco; pero yo reparé aquellas faltas rechazando á los austríacos; Maury calmó á los predicadores que

habia soltado, y escapámos de las sediciones que nos habian urdido.»

Prolongó su conversacion tratando del sistema de fusion é interpolacion que desde entonces habia adoptado en el ejército; de las repugnancias y obstáculos que le oponian sus amigos y hasta sus mismos edecanes. La carta siguiente dará una idea de la aversion que reinaba entre sus alrededores y de las precauciones y temores que tuvo que vencer.

«Mi querido Lannes: tu carta me ha hecho hacer una onza de sangre gorda, y te confieso que nunca he tenido mas necesidad de consuelo. No puedo mirar sin horror esa multitud de emigrados sedientos de venganza, que circundan al gobierno y se amparan del patrimonio de los republicanos. Que no se equivoque Bonaparte, y tenga entendido que estos hombres que hoy miran como un beneficio su readmision, la considerarán bien pronto como un acto de necesidad. Sus pretensiones se remontarán segun vayan ganando influencia, y al fin anudarán sus tramas, dado caso de que las hubieren soltado. Veráse entonces una espantosa alternativa: ó el gobierno será derribado, ó tendrá que emplear medidas violentas que le harán odioso. El único medio de escapar á

18 *de noviembre.* —Hallábase el Emperador ya restablecido; estaba alegre, ágil, y se felicitaba de haber escapado de los remedios; me dijo que la paciencia valia al menos tanto como las píldoras, y que debia persuadirme de esta verdad. Quise responderle, mas ya estaba en el cuarto inmediato: le seguí, bajámos al jardin, y ya solo se trató de la Córcega, de sus primeros años y de sus parientes. «Mi nacimiento fué tan repentino é inopinado como la elevacion y las desgracias que han señalado mi vida. Estando mi madre próxima á su parto, le pareció hallarse con bastante fuerza para asistir á la solemnidad el dia de la Asuncion de la Vírgen; mas apenas habia entrado en la iglesia, cuando le asaltaron los dolores. Se retiró lo mejor que pudo; y apenas habia llegado á su aposento, me depuso sobre un tapiz viejo lleno de figurones. Llamáronme Napoleon, nombre que habia siglos se daba al segundo de la familia en memoria de sus relaciones con un Napoleon Ursino, célebre en los fastos de la Italia. Es admirable el valor, la fuerza de espíritu que manifestó mi madre en los últimos meses que precedieron á mi nacimiento: las pérdidas, las privaciones, las fatigas, todo lo sufria y arrostraba con un ánimo varonil en el cuerpo

de una muger. No era así el Arcediano, quien echaba á menos sus cabras, los Genoveses y todo lo que ya no tenia; por lo demás, era un escelente hombre: bueno, generoso é ilustrado, y que despues le sirvió de padre restableciendo los negocios de la casa. Aunque obligado á guardar la cama, tenia muy despejada la cabeza, de suerte que no dejaba pasar ningun abuso. Conocia el número de cabezas de ganado, hacia matar unas y vender ó conservar otras, dando á cada pastor su ocupacion é instrucciones. Los molinos, las viñas y bodegas estaban bajo la misma vigilancia; el órden y la abundancia reinaban, y nuestra situacion era mas próspera que nunca. El buen hombre era rico, pero no desprendido; y sobre todo queria persuadirnos de que no ahorraba nada. Si le pedia dinero, me decia: Ya sabes que no tengo, pues las espediciones de tu padre me le han consumido. Al mismo tiempo me autorizaba á vender una res ó un tonel de vino; mas nosotros, que habíamos visto un saco, estábamos picados de verle predicar pobreza, y resolvímos pegarle un chasco. A este fin instruimos á Paulina que era niña, quien tirando el saco hizo caer tantos doblones que cubrieron el suelo. Reventábamos de risa, y el buen Arce-

diano de cólera y confusion: luego vino mi madre riñéndonos, comenzó á recoger las monedas, y el tio á protestar que aquel dinero no era suyo: nos guardámos muy bien de creerle, pero tambien de contradecirle. Poco tiempo despues cayó enfermo, y bien pronto estuvo de peligro. Todos nosotros rodeábamos su cama y deplorábamos la pérdida que nos amenazaba, cuando Fesch, movido de un piadoso celo, quiso recitarle las homilías de costumbre. El agonizante le interrumpió, mas él no hizo caso; hasta que impacientándose el anciano, le dijo: Vaya, déjame, ya no me quedan mas que unos instantes y quiero consagrarlos á mi familia. Nos hizo acercar, nos dió consejos y advertencias: Tú eres el mayor de la familia, dijo á José, pero Napoleon es su gefe: acuérdate bien de esto.» Con lo que espiró en medio de las lágrimas y sollozos que nos arrancaba este triste espectáculo. Mi madre, quedándose sin guia ni apoyo, tuvo que tomar la direccion de los negocios. Esta carga no era superior á sus fuerzas; ella lo dirigia todo y administraba con una prudencia y sagacidad admirable en su sexo y en su edad. ¡Ah doctor, qué muger! ¿Dónde puede haberla semejante?»

Yo le escuchaba y aplaudia esperando que

volviese á hablarme de su salud; no tardó en hacerlo, sorprendiéndose de lo mucho que se cansaba, efecto del poco ejercicio y de la vida tan sedentaria que llevaba. «¿Qué he de hacer? — Mucho ejercicio. — ¿Mas dónde, entre los uniformes colorados? — Nada de eso; en el campo, en el jardin, al aire libre. — ¿Pero cómo? — Cavar, remover la tierra, escapar así al insulto y á la inaccion. — ¡Cavar la tierra! Sí, doctor, teneis razon, cavaré la tierra.» Nos retirámos, tomó sus disposiciones, y al dia siguiente las puso en obra. Como Noverraz conocia los trabajos rústicos, le hizo jardinero en gefe y él se ejercitaba bajo su direccion. Quiso hacerme testigo de su destreza, y me mandó llamar: fuí allá, le encontré con una azada en la mano; me miraba, se sonreia, y con los ojos me mostraba su obra. «Vamos doctor, me dijo, ¿estais contento del enfermo? Esto vale mas que vuestras píldoras, *dottoraccio*; ya no me daréis mas pócimas.» Continuó cavando, mas al cabo de unos instantes tuvo que cesar: «El oficio es demasiado duro, dijo arrojando la azada; no puedo mas ni con mis fuerzas ni con mis manos que tambien me duelen. Dejémoslo para otra vez. Vos reis, os burlais de mis manos tan delicadas, ¿no es así? Dejad,

que así como he hecho siempre de mi cuerpo lo que he querido, tambien le acostumbraré á este ejercicio.» En efecto, se acostumbró y le tomó aficion: él mismo llevaba y hacia conducir la tierra, poniendo todo Longwood en embargo. Solamente las damas escaparon al trabajo, con harto pesar de Napoleon, que aun hubiera querido darles ocupacion. Escitábalas con instancia valiéndose de toda especie de seduccion, especialmente con la señora de Bertrand: le aseguraba que este ejercicio convenia mas á su salud que todos los remedios que yo le recetaba, y que además entraba en mis fórmulas medicinales, pues que yo mismo le habia ordenado. De tal modo nos escitaba, que bien pronto cambió todo de aspecto: aquí se hallaba una escavacion, allí un estanque, mas allá una calzada; hicímos calles, calzadas y grutas, dando al terreno movimiento y vida. En todo el circuito de la habitacion plantámos sauces, robles y melocotoneros que le diesen sombra, y acabado lo agradable nos ocupamos en lo útil. Dividímos la tierra; y habiéndola estercolado, la sembrámos toda de judías, guisantes y demas legumbres y hortalizas que se crian en la Isla. Mas apenas el Gobernador oyó hablar de nuestras plantaciones, al ins-

tante le parecieron sospechosas, y que aquel movimiento debia ocultar alguna conspiracion. Acudió apresurado á tiempo que yo daba mi paseo de costumbre; y apercibiéndome adelantó el paso y me alcanzó, diciéndome: ¿Sois vos quien ha aconsejado este violento ejercicio al general Bonaparte? Habiendo respondido afirmativamente, se encogió de hombros y me replicó: es pena perdida matarse por plantar árboles en un terreno sin humedad, bajo un cielo abrasador; no conservaréis ni solo uno, todos se morirán. « Agradecí á S. E. su afectuosa solicitud, asegurándole que presumia demasiado mal del pais que gobernaba, pues nuestras plantas se adaptaban perfectamente y aun brotaban ya muchas de ellas. Marchóse sacudiendo la cabeza; y yo fuí á dar parte de mi encuentro al Emperador, el cual esclamó: « Ese miserable me envidia hasta los momentos que tarda en envenenarme: quiere y llama mi muerte creyéndola sorda á su impaciencia. Mas puede tranquilizarse, que este cielo horrible está encargado del crímen, y le consumará antes de lo que á él le parece.»

Al paso que íbamos, hubiéramos podido cultivar la Isla entera; mas considerando Napoleon que solo teníamos una pequeñísima



fraccion, moderó el trabajo, quedándonos solos él y yo para concluir la siembra. Yo abria el surco, y él echaba la semilla, la cubria, platicaba contando alguna anécdota, ó deteniéndose para decir alguna chanza. Estando un dia componiendo unas matas de judías, encontró varias raices estrañas que le dieron motivo para reflexionar sobre los fenómenos de la vegetacion. Analizaba y discurria con su acostumbrada sagacidad, y sacaba de ello por consecuencia que debia existir un Sér supremo que presida á las maravillas de la naturaleza. « Vos no creeis nada, doctor; los médicos sois superiores á tales debilidades. Pero decidme, vos que conoceis tan bien el cuerpo humano, que habeis registrado todos sus escondrijos, ¿no ha tropezado nunca vuestro bisturí con el alma? ¿En dónde se halla? ¿En qué órgano? Vamos, francamente, continuó viendo que yo tardaba en responder, no hay un médico que crea en Dios, ¿no es así? — No señor, el ejemplo nos seduce, y le toman de los matemáticos. — ¡Oh! estos aun suelen ser religiosos. Sin embargo, esa recriminacion me hace acordar de un dicho muy gracioso. En cierta ocasion hablaba yo con L.... felicitándole por una obra que acababa de publicar, y le pre-

guntaba cómo el nombre de Dios que se reproducia sin cesar bajo la pluma de Lagrange, no se presentaba una sola vez bajo la suya: «Es que yo no he necesitado de esta hipótesis, me contestó (1).»

Me apliqué la anécdota, le cité á Lalande y algunos otros; mas no por esto desistió de su opinion, en la cual éramos la mayor parte unos ateistas, y todos tan poltrones como malos creyentes. «Apenas el cañon resuena, decia, que ya no son hombres para nada; los mas hábiles se desconciertan á la vista del campo de batalla, solo á fuerza de tiempo y costumbre adquieren la firmeza necesaria en las acciones. Varias veces he reflexionado sobre esta funesta turbacion, y hubiera querido que á ninguno se permitiese ejercer públicamente la facultad, sin haber estado en una ó dos campañas. Este es un preludio al cual ni aun vos mismo hubierais escapado, si os hubiese conocido.» Esto le recordó algunas de sus espediciones, en las cuales hacia elogios de los servicios hechos por la cirugía militar, alabando su celo, su actividad y sobre

(1) Debe tenerse en consideracion que el que habla era un incrédulo.



todo la constancia que habia manifestado en varias circunstancias apuradas.

Es cierto que él mismo habia vigilado sobre ella, animándole y aun encargándose de hacer ejecutar sus disposiciones. Cuando la fiebre ejercia estragos en las tropas que sitiaban Mantua, los soldados, aunque acosados por el mal, desechaban los auxilios del arte. Acudió el general Bonaparte, y poniendo quina en barricas, distribuyó él mismo la infusion á los cuerpos segun iban desfilando. Su solicitud confortó los ánimos, todos se sometieron á la medicina, y se hallaron mejor; mas no cesó de velar personalmente á la salud de las tropas hasta la total estincion de aquella especie de contagio. Mas hizo todavía en Egipto, donde arregló y dispuso todo lo que podia convenir á preservarse de las enfermedades ó abreviar su duracion. El baño, la limpieza y las medidas higiénicas eran el texto ordinario en las órdenes del dia; determinando ellas hasta los límites que debian encerrar á los convalecientes, á quienes mandaba que no saliesen, pues que los jardines eran bastante espaciosos para pasearse, y temia que alguna insurreccion los entregase á los puñales de los Turcos. En Siria fueron los enfermos y heridos el objeto continuo de su cuidado: hizo

establecer hospitales en Jaffa, Ramleh, y Scheffamer; y tuvo el mayor sentimiento cuando supo que un bribon habia aplicado á una especulacion particular los camellos destinados al transporte de medicamentos. Queria hacerle juzgar y pasar por las armas, pareciale pequeño todo castigo para tan infame accion; mas considerando que el cuerpo hubiera sido deshonrado, sin que esto diese alivio á los infelices que alcanzó el acero, perdonó la vida al delincuente echándole de las filas. Habiendo recibido refuerzos el castillo de San Juan de Acre, tuvieron nuestras tropas que levantar el sitio; mas ante todas cosas era necesario evacuar los heridos. Entonces se manifestó la solicitud del General: la calumnia ha querido contestarla, mas yo sin abajarme á discutir con esta, citaré los documentos siguientes en apoyo de la verdad.

« *Al almirante Perrée.*

Campo al frente de Acre, 22 floreal, año VII (11 de mayo de 1799).

«Ciudadano: el contra almirante Gantheaume os muestra lo que debeis hacer para evacuar de cuatrocientos á quinientos heridos que he

hecho transportar á Tentura, y que es preciso lleveis á Alejandría y Damietta : vuestra inteligencia y conocimientos náuticos vencerán todas las dificultades que se presenten ; vos y vuestras tripulaciones adquiriréis mas gloria con esta accion que en el combate mas brillante : jamás habrá sido mas útil un crucero, de lo que el vuestro lo será, ni fragata alguna habrá hecho mayor servicio á la república.»

Al general Dugua.

Campo al frente de Acre, 27 de floreal, (15 de Junio de 1799.)

«Ya debeis haber recibido, ciudadano General, el batallon de la cuarta ligera que ha quince dias hice partir, y que á esta hora debe haber llegado al Cairo.

« Dentro de tres dias partiré con todo mi ejército para aquel punto ; solamente me retarda la evacuacion de los heridos, pues tengo de seis á setecientos.

«Me he apoderado de los principales puntos de la cerca de Acre ; no hemos juzgado conveniente obstinarnos en sitiar la segunda línea fortificada, porque se hubiera perdido mucha gente y tiempo.

«Djezzar ha recibido dos dias ha una flota compuesta de treinta barcos crecidos griegos, y de quinientos á seiscientos hombres de refuerzo. Esta espedicion iba destinada para Alejandría.

«Perrée les ha cogido dos de dichos buques, en los cuales estaban los artilleros y minadores, con varias piezas de artilleria.

«Tomad disposiciones para que la navegacion de Damietta se haga con seguridad; y que los heridos puedan continuar sin detencion hácia los hospitales del Cairo.

Al ayudante general Almeyras.

« Campo al frente de Acre, 27 de floreal, año VII.

« Se van á evacuar sobre Damietta el mayor número posible de heridos; si las comunicaciones están espeditas, les haréis continuar inmediatamente sobre el Cairo, donde hallarán mas comodidad. Habrá unos cuatrocientos ó quinientos. Será menester tener dispuestos en Faredge una porcion de barcos para los enfermos y heridos que llevemos. »

Al ayudante general Boyer.

Campo al frente de Acre, 27 de floreal, año VII.

«Haced conducir lós heridos hácia Jaffa ó á las

fragatas. El ayudante Leturcq os enviará mañana desde Caiffa un gran convoy. Haréis de modo que para el 13 por la mañana no haya en Tentura ningun herido ni enfermo. Doscientos de ellos que vienen de Monte Carmelo irán mañana á Tentura, de donde los haréis pasar á Jaffa. Haced embarcar en cuanto sea posible la artillería que os vino de Jaffa; mas esto sin incomodar á los enfermos. Me mandaréis un estado de los heridos evacuados hasta mañana por la tarde, y de los que quedaren. Haréis saber á los heridos que el enemigo, habiendo intentado una salida, ha perdido cuatrocientos hombres y nueve banderas.»

Al ayudante general Leturcq.

Campo al frente de Acre, 27 de floreal año VII.

«Mañana por la mañana enviaréis cuatrocientos heridos á Tentura. El ayudante Boyer me dice haber hecho partir hoy cuatrocientos por tierra y ciento y cincuenta por mar. Me anunciais que hoy solamente se han enviado ciento; por lo que seria posible que las fragatas se presentasen y no hubiese heridos para cargarlas, lo cual seria un desagradable contratiempo. No hay pues que perder un solo

momento. Procuradme para mañana al medio dia un estado de los heridos en Caiffa y en Monte Carmelo. Los enfermos deberán tambien evacuarse, pero separadamente. Es preciso que el 29 por la tarde no quede un solo herido ni enfermo en Caiffa.»

Al general Berthier, gefe del Estado Mayor.

«Os serviréis dar órdenes inmediatamente para que se establezcan dos hospitales en la aldea de Scheffamer, uno para los heridos y otro para los calenturientos. Todos los que haya de unos y otros en las enfermerias de campo y en las de guerra han de estar mañana á medio dia evacuados en dichos hospitales. Un comisario de guerra, los médicos y cirujanos mayores y el director de los hospitales se transportarán inmediatamente á dicha aldea para organizar los dichos y una botica. El Capitan de los dromedarios, que está en el cuartel general, será nombrado comandante del citado punto, al cual dará guarnicion el tercer batallon del nº 18, escepto la compañía de granaderos.»

Al ordenador en gefe, Doure.

«Acabo de hacer la visita del hospital: faltan

en él marmitas y vasos para lavar las heridas. Lo único que necesitan los heridos es cebada y miel para cocimientos; y sin embargo no hay ni uno ni otro. Esos desgraciados, que tanto derecho tienen á nuestro interés, están sufriendo, mientras que todos los dias se vende en el campo cebada y miel. Encargo pues compreis sin tardanza dichos artículos, que son fáciles de procurarse en la montaña. El lienzo y las hilas están á punto de concluir, cuyo objeto tambien deberéis proporcionar.»

Así continuámos jardineando y conversando: hablábamos de historia natural, de medicina, de guerra, de política, en fin de todo lo que se ofrecia á las observaciones y á la memoria del Emperador. Pero tan luego como la conversacion traia algun hecho ó circunstancia que le recordase á la Emperatriz ó á su Hijo, interrumpia su discurso para ocuparse únicamente en tratar de las cualidades de aquella y de la situacion de este. Lamentábase de su abandono y de sus desgracias; pero manifestaba la esperanza de que no se dejaria desheredar, y que pues tenia su nombre, tambien tendria su valor. Luego, como si temiese vaticinar el porvenir de este niño, pasaba de repente á hablar de su Madre, prodigándo elogios á su bondad, su dulzura y al inmutable

cariño que le tenia. Correspondíala él con igual afecto, el cual acaso habia sido causa de su pérdida. Si la hubiese amado menos, no hubiera escrito la fatal carta que cayó en manos de los Aliados: probablemente hubiera salido vencedor, y la Francia seria restaurada. Mas la fortuna lo dispuso de otra manera; él tuvo que abdicar y la Emperatriz que retirarse á Viena. Todos estos golpes produjeron su efecto, pues la primera perdió su salud: los médicos la aconsejaron tomase las aguas de Aix. María Luisa, acompañada de madama Brignoles, Corvisart é Isabey, se trasladó á las aguas, y á poco despues llegó Talma. Visto esto por F..... que estaba allí, le entró la fiebre del temor: parecíale que la conspiracion estaba urdida, el trono en peligro y que todo era poco para destruirla. Todo eran cartas, súplicas y denunciaciones, estimulando á las autoridades civiles y militares: pedia á las unas sus corchetes, á las otras sus gendarmes; en fin, no daba un paso la Emperatriz que no fuese para él un motivo de angustia. Sin embargo, ella vivia con la mayor sencillez: se paseaba, se mezclaba con el pueblo, sin ocuparse mas que con el pais y sus puntos de vista, por los cuales trepaba con su natural agilidad. Pero al mismo tiempo escuchaba algunos versos que

le recordaban lo que habíamos hecho, amaba siempre á su esposo y adoraba á su hijo; y esto daba inquietudes á F..... y al duque de C..... Una circunstancia las aumentó; habiendo la Princesa acogido algunos soldados nuestros, al momento se dijo que habia reunido mil y quinientos hombres y que iba á conquistar la Francia. Lacronier acudió á tal desgracia, queriendo impedir la entrada á los correos austríacos; pero Neiperg se enfadó, y el gendarme no se atrevió á pasar adelante, quedándose F..... en la misma ansiedad. Era esta verdaderamente risible; los hombres y las cosas, todo le causaba sospechas, desesperándose de que María Luisa continuase en unirse de corazon á los intereses de Napoleon. Para su mayor pena, no se verificó la partida de la Emperatriz, que estaba anunciada para el primero de setiembre. Este inesperado retardo faltó poco para volverle la cabeza; ya no soñaba sino desastres, fugas é insurrecciones. El pobre A...., acosado por todas partes por el miedo, tuvo que ceder á un sentimiento que hasta entonces nunca habia conocido. Verdad es que tenia sus motivos y que habia envejecido; mas las circunstancias le habian restituido la actividad de su juventud. Hacia reconocer la Italia queriendo unir la nacion á su So-

berano legítimo. Para conseguir tan gran resultado, imaginó que en un mismo dia y en una hora misma se llevase toda la Francia, tropas y pueblo á los templos para proclamar su reconocimiento. ¡Por cierto que debia ser muy vivo!»

Así estábamos conversando, cuando el Emperador divisó á Reade: al verle esclamó: «Aquel sí que está á prueba de años, es como el acero que embota la lima: desafio yo á la vejez si es que puede hacerle todavía mas vil. —Esta era la opinion de Mac Sheedy. —¡Cómo! ¿Ese miserable Reade ha servido bajo nuestras águilas? —Sí señor; estaba en el campo de Brest; sus gefes le miraban como el mas estúpido y vergonzoso de todos los Irlandeses; luego fué espulsado del cuerpo por órden del ministro. —¿El? —Sí señor: Tomas Reade, uno de los agentes de la policía militar. —Es imposible; no hubiera conseguido la confianza de Bathurst. El manda y decide aquí en todo, y hasta vela sobre Hudson; sin duda os equivocais. —Será cuanto quisiereis, mas de todo lo que afirmo puedo presentar pruebas escritas de su propia mano.» Entonces fuí á buscar la siguiente carta.

En Landernau 12 ventoso, año XIII.

El teniente de la legion irlandesa, Tomas Reade, al General en gefe.

«Mi adhesion por la libertad de mi patria y los sacrificios que he hecho en union con mis compañeros irlandeses, para aliviar á mis tristes compatriotas, me han atraido el odio y la persecucion del Gobierno inglés. Víme por consecuencia obligado á refugiarme en Francia, que adopté como mi segunda patria, á abandonar cuanto estimo en el mundo, y una renta de diez mil libras anuales. Bien notorio es que desde que estoy en Francia he consumido cuantiosas sumas para distraer las miras del enemigo comun. Con estos medios y por los viajes que tengo hechos à mis espensas he conseguido dar aviso al ministro del esterior de la espedicion del duque de York contra la Holanda, tres semanas antes del desembarco. El escelentísimo señor Mariscal Berthier, habiendo sido informado de mis servicios, me ha manifestado su satisfaccion por medio de los generales Harty y Darton, nombrándome teniente en la legion irlandesa, sin lo cual hubiera continuado mis diligencias por dañar á los Ingleses.

En recompensa de todo lo que he hecho y sufrido, y de mi buena conducta en la legion, me veo en este momento depuesto y desgraciado, mi honor y reputacion atacados por una mano traidora é invisible, y no podré, sin vuestro auxilio, parar el golpe mortal. Incluyo adjunta la atestacion de los oficiales de la legion y la del señor Murphy, capitan de fragata, que apoyan lo que acabo de esponer, suplicando hagais justicia á un irlandés que ciertamente no merece ser maltratado, particularmente en Francia. Pido pues que se me oiga y se haga justicia, confiando en que el héroe destinado á dar la independencia á la Irlanda no permitirá que unos intrigantes sin pais, atropellen á uno de sus hijos sin escucharle.

Escelentísimo Señor,

Su mas humilde servidor,

Tomas Reade.»

«El documento es perentorio y no deja ninguna duda, dijo Napoleon. Veo que Bathurst tiene tacto y que sus elecciones corresponden á su sagacidad. ¿Pero cuál fué la buena accion que procuró á Reade esta honrosa distin-

cion? Vamos á ver, doctor, registrad vuestros cartones.—Mis cartones, señor, están en mi memoria: tan harto estoy de oir intrigas de aquellos refugiados, que podria decir dia por dia todo lo que han hecho ú proyectado. Estaba Mac Sheedy entusiasmado de su espedicioncilla de Suez, en la cual habia arrojado á los Ingleses al mar, y obtenido un sable de honor y elogios de Kleber. Este, que aborrecia á Hoche y tenia cierta aversion al antiguo edecan de este general, habia por fin hecho justicia á su valor. Mac Sheedy comenzó á figurar en el ejército y estuvo encargado de organizar los Irlandeses unidos. Habia él observado que la espedicion de Humbert habia sido desgraciada por falta de medios para utilizar los recursos que presentaba la insurreccion. Quiso hacer de su tropa una escuela de instruccion, y un plantel de oficiales de todas armas, que pudiesen sacar partido de la buena voluntad de la nacion poniéndose á la cabeza del pueblo, con lo cual se suplian los envíos de tropas. Este plan exigia mucha aptitud, aplicacion y trabajo; cualidades en que no brillaban sus reclutas. Valíase del rigor, de donde nacieron las quejas, intrigas y amenazas, ofreciéndose cada dia escenas escandalosas. Denunciábanse unos á otros, queriendo

cada cual dar pruebas de su celo haciendo sospechoso á su compañero. Reade juró homenaje con demostraciones que pintaban su adhesion; mas se habia ya señalado tanto por su mala conducta y por algunos hechos contenidos en el proceso de la villa de Carhaix, que se decretó su espulsion.—Esos antecedentes le daban derecho á la beneficencia de Bathurst, pues era digno de juntarse con los calabreses. —Le honrais demasiado, señor; lo que le dió tal favor fueron sus pasquines, así como á Hudson cuyas cuartillas son preciosas.—¡Cómo, ese perro de aguas!—Sí señor; enjerga versos tanto en francés como en latin; vais á juzgar de ellos. A tiempo que, burlando la sagacidad británica, habiais tomado Malta y Alejandría, y amenazabais á las factorías del mar rojo, la Inglaterra temblando por su comercio, equipaba en Bombay, Gibraltar y Calcuta, y el almirante Blanket se habia hecho á la vela para ir á insurreccionar á los Arabes. Sin embargo de todos estos preparativos, no se calmaba su inquietud, pues conocia que necesitaba abrasar el mundo para contener vuestro denuedo. Mendigaba la guerra en Europa, mas vuestro nombre helaba los ánimos; entonces le ocurrió imaginar que habiais muerto; y Lowe puso la noticia en verso

haciéndola fijar en toda Italia, concebida en estos términos:

Bonaparte a été pris à Alexandrie ;
Il a perdu sa funeste vie.
Français, tremblez !
Vous serez guillotinés.

Asesinados debia haber dicho, para que cada uno hablara su lenguaje. —Pues aun hay aquí otro mejor.

Anglorum rursús virtutem sentit, fur, cave!
Jam enim furum dux Bonapars cecidit.

¿Y de sus hazañas, qué sabeis? —Muy poco, esta clase de asuntos salen del círculo de los en que yo me ocupaba, porque no prestaba atencion. Sin embargo, como estaba tan introducido en Florencia, que mi profesion me ponia en relacion con todas las familias, recogia sin poderlo evitar una infinidad de noticias curiosas. Unos me hablaban del proyecto que tuvo el Rey de Cerdeña de exasperar á los Franceses, á fin de conseguir la palma del martirio. Otros me manifestaban los planes de su Ministerio, y las esperanzas que fundaba en los *cazadores francos.* Decian que el ejército mandado por Brune estaba casi

totalmente destrozado. Cada príncipe debia fingir movimientos en sus estados y reclamar socorros, y cuando nuestras tropas estuviesen esparcidas, se echarian los austríacos, el pueblo tomaria las armas, pasando por ellas hasta el último francés. Habíanse procurado armas, municiones, hombres y todo iba perfectamente; mas una dama de la corte tuvo escrúpulos y los confió á su confesor. Este hizo traicion al Ministerio, dió aviso á Brune y se faltó el golpe. Del mismo modo supe las maniobras que durante mucho tiempo agitaron la Liguria, la Cisalpina, y pusieron Bolonia en combustion. Beccalozio queria hacerse comprar por la aristocracia; Lahoz tenia sus miras, y Feneroli sus quimeras. Todos intrigaban, conspiraban y se entregaban á las mas culpables esperanzas; la presencia de nuestras tropas impedia tomar incremento á la ambicion; mas esta dispuso sus medidas en consecuencia. A este fin ponia obstáculos al servicio, amotinaba al pueblo y escitaba los escesos. Con tantas insurrecciones y desastres fuímos rechazados hasta el Col de Tende. Viendo la Inglaterra nuestras pérdidas, trató de sublevar la parte del sur de la Italia, á cuyo fin envió á Lowe. Este se escurrió como un malhechor en las montañas que ocupaban nuestras tro-

pas, organizó algunos ocultos atentados, y escapó precipitadamente apenas supo vuestras victorias. »

17 *de diciembre.* — Habia mas de un mes que la salud del Emperador continuaba en buen estado; le habian vuelto las fuerzas y recobrado las funciones digestivas; todo me parecia ir mejor, cuando el mal se despertó con mayor violencia. A la una y cuarto de la madrugada le acometieron agudos retortijones de tripas, un insoportable dolor en el hígado, síntomas todos de una enterítis ó inflamacion intestinal. Inmediatamente le mandé baños, lavativas simples y dulcificantes; unturas emolientes en el empeine, y le aconsejé el aceite de ricino ó higuera infernal.

18 *de diciembre.* — Los cólicos pierden un poco su violencia, pero sin cortarse enteramente, ni dejar un instante de sosiego al enfermo. Una tos seca se habia manifestado al amanecer, mas su intensidad disminuye con el uso de anodinos.

19 *de diciembre.* — El fin del dia de ayer ha sido bastante sosegado: los dolores de tripas se han repetido menos á menudo durante la noche, y el dolor del hígado ha desaparecido casi enteramente.

20 *de diciembre.* — El Emperador está un

poco mejor, descansa algunos ratos y toma un baño al anochecer.

21 *de diciembre*. —Hoy á las nueve de la mañana, hallándose mucho mejor que ayer, ha salido á dar un paseo, y á su vuelta ha tomado un baño.

Yo habia salido á mi correría acostumbrada; y habiéndome estraviado algun rato en el parque, regresaba al tiempo que Napoleon salia del baño. «Yo creia, me dijo este Príncipe, que visitabais á los médicos ingleses, ¿Acaso no han estado puntuales á la cita? —No señor; en particular han parecido sensibles á la invitacion, y la han aceptado con reconocimiento, mas luego han cambiado de dictámen y se han escusado. Ignoro si la misma mano que nos ha detenido, es la que acaba de prenderme á mí. — ¡Cómo prender!— Sí señor. Yo me retiraba sosegadamente á mi casilla, mas la centinela me ha negado el paso, y se me ha conducido al cuerpo de guardia; este es el motivo que me ha retardado.» El Emperador mudó luego de conversacion; y no queriendo yo insistir en ella me retiré. Mas los dias siguientes se repitieron las vejaciones personales, pues me detuvieron é insultaron: Napoleon no quiso que aguantase mas, sino que escribiese al Calabrés, manifestándole el des-

precio que me inspiraba su maldad, y que si persistia en ella me retiraria. Poco me costó poner la carta, pues tenia demasiado enojo para detenerme.

Longwood 22 de diciembre de 1819.

Escelentísimo Señor.

«Perdone V. E. mi importunidad si interrumpo sus ocupaciones con la relacion de circunstancias que me son personales. Ayer á las siete de la tarde, volviendo de dar un paseo en el parque, fuí detenido por la centinela colocada junto á las verjas del jardin, durante media hora estuve privado de poder entrar en mi casa, distante de allí unas veinte y cinco toesas; y solo recobré la libertad requiriéndola al sargento del principal de Longwood, á quien hice llamar en ausencia del capitan de ordenanza. Ya en la tarde del domingo 19 del corriente, al retirarme de mi paseo acostumbrado, fuí detenido igualmente por la centinela colocada en el mismo punto; pero aquella, menos severa que la de ayer: me permitió á poco rato entrar libremente en mi casa. Ello es que en el corto espacio de tres meses que habito en esta Isla, me han

detenido tres veces. Me parece que tamaño proceder es diametralmente opuesto á las muestras de bondad y reiteradas promesas que vuestra Escelencia se ha servido darme. Lo es ciertamente á la conducta decretada para el gobierno de Santa-Helena, conducta que me fué comunicada oficialmente antes de mi salida de Europa, y á la cual no he dudado en dar crédito, puesto que aquí no se guardaban ningunos criminales. Sin embargo, me veo confinado en mi habitacion como en un claustro; y si no es acompañado por algun subalterno de vuestra Escelencia, no puedo ver ni visitar á nadie fuera de los límites que vuestra Escelencia mismo me ha señalado. Por otra parte estoy viendo que mis colegas me acogen perfectamente en particular, al paso que en público me evitan y me repelen. Quiero suponer que esta especie de desvío solo dimana del profundo terror que se ha estendido en el ánimo de los habitantes de esta Isla. Pero la situacion en que yo me hallo no puede ser mas penosa, ni mas difícil de soportar; tanto, que si no fuera por el motivo que me ha hecho venir, y por la curacion que ya he empleado con buen éxito contra la hepatítis endémica crónica de que adolece mucho tiempo ha la salud del Empe-

rador, confieso á vuestra Escelencia que ya le hubiera pedido permiso para volverme á mi patria.

Pediré al menos á vuestra Escelencia tome en consideracion el verdadero estado de las cosas, el calor de la estacion, la fuerza del sol, que dispara sus rayos casi perpendicularmente sobre nosotros y cuyos efectos tan prontos como perjudiciales no habrá dejado de esperimentar. Suplicaré á vuestra Escelencia se sirva considerar la insalubridad del clima en que habitamos, y de ahorrarme, en fin, el disgusto de estar detenido durante las únicas horas que en esta estacion se puede pasear en el parque, y respirar un aire puro, ó por mejor decir menos dañoso. Ya en dos ocasiones diferentes me han acometido cólicos violentos que me han hecho guardar cama muchos dias, no sin peligro inminente.

«Finalmente, suplico á vuestra Escelencia se sirva concedernos la libertad comun á todos los hombres de bien, y á todos los que ni aun sombra tienen de crímen de que reprocharse, si es que puede haber alguna libertad en la Isla.

«Perdone vuestra Escelencia, señor Gobernador, que le haya molestado tanto rato para informarle del desagradable estado en que me

hallo en cuanto al ejercicio de mi profesion.

«Tengo el honor de ofrecerme, como el mas humilde servidor de vuestra Escelencia.»

F. Antommarchi.

«Muy bien, me dijo Napoleon; dirigios tambien á Hamilton. Ese ministro que ha elogiado vuestras obras, y que os estima, no podrá sufrir que un verdugo os niegue hasta la facultad de salir á respirar un poco de aire bajo un árbol sin hojas.»

Seguí pues su consejo y escribí la que sigue:

Longwood 13 de diciembre de 1819.

Escelentísimo Señor.

«Tres meses han transcurrido desde que llegué á esta Isla, segun ya en otra carta tuve el honor de anunciarlo á V. E. Alentado con las muestras de benevolencia que V. E. se ha servido darme, me tomaré la libertad de informarle de mi situacion en este sitio, á donde he venido de mi voluntad propia.

«Comienzo confesándole con franqueza que no entiendo por que motivo se me quiere

obligar á considerar mi condicion como la de un monge, un anacoreta ó un esclavo, cuando mis costumbres adquiridas de muy antiguo, no pueden ser menos adecuadas al cumplimiento de los deberes que semejantes estados me impondrian.

«En medio del Océano, situado en una Isla casi inhabitable, privado de toda especie de libertad, ¿qué mas me queda que temer? Tal es sin embargo mi situacion. No basta dedicar todo mi tiempo al estudio y al alivio de la humanidad doliente, en esta Isla que la naturaleza parece ha marcado con un sello de tristeza y reprobacion; que aun veo á sus habitantes huir de los contornos de Longwood con tanto temor, como podrian tener ua la eternidad de acercarse al infierno. Diríase que este terror de tal modo se ha apoderado de los ánimos, que ha apagado en ellos todo otro sentimiento. Mis colegas participan del espanto general como si temblasen al verme, de modo que en vez de la urbanidad que yo acostumbro usar con ellos, solo me corresponden con asperezas y desdenes. Ni me es lícito vituperarlos pues que no pueden acercarse á mí, ni decirme una sola palabra sin que las autoridades locales estén luego informadas. Hay anteojos de larga vista asesta-

dos á nuestras habitaciones, y telégrafos organizados con gran cuidado, que avisan inmediatamente de cuanto se pasa. A poco que quiera prolongar mis paseos fuera de los estrechos límites que nos han marcado, tengo que admitir la compañía de un ministro del Gobernador, encargado de dar cuenta exacta de cuanto yo hablare ó hiciere en su presencia; de manera, que para sustraerme al peligro de sus revelaciones me veo precisado á renunciar á toda relacion social. Todavía hay mas: pasadas las seis y media de la tarde ya no se me permite pasear ni aun en el parque contiguo á mi habitacion, y lo que es mucho peor, los habitantes de Longwood que se hallan fuera á dicha hora, no pueden entrar en sus casas, como así me ha sucedido ya por tres veces. ¿Habráse visto nunca una providencia mas absurda y al mismo tiempo mas tiránica, sobre todo en este clima abrasador?

«Desde las seis y media de la tarde, la cerca de Longwood, limitada en un círculo de unas treinta toesas de radio, está rodeada de un gran número de centinelas, cuya consigna espresa es no dejar entrar ni salir á nadie y prender á cuantos se presenten. A las nueve estrechan su cordon las mismas centinelas co-

locándose tan cerca de las habitaciones, que me es imposible salir de la mia para ir á la botica, á casa del conde Bertrand ó á las caballerizas, sin esponerme á llevar algunos bayonetazos por no poder responder al *quien vive*, que me gritan en una lengua que todavía no conozco. Cuando durante la noche me llaman mis deberes cerca del Emperador, como la disposicion local de Longwood no permite atravesar sus aposentos, tengo que pasar por manos de que sé yo cuantas centinelas, que me acechan y no me pierden de vista hasta llegar á mi destino.

«Tal es la fiel relacion del insufrible estado en que me miro: no sé si mi resignacion podrá soportar mucho tiempo el esceso de violencia con que me tratan; si la benéfica mediacion de V. E. con el lord Bathurst no consigue obtenerme la libertad suficiente para adquirir al menos algunas nociones científicas concernientes á este triste peñasco. Mas lleno de confianza en la poderosa proteccion de V. E. me atrevo á esperar que sus generosos cuidados podrán hacerme esta mansion menos triste y penosa. — Dígnese V. E. admitir el sincero respeto con que tengo el honor de ofrecerme como su mas humilde servidor.

F. Antommarchi.»

Nada pude hacer mejor que quejarme, á pesar de que á su Escelencia se le daba muy poco; pues viendo este que el Ministro me habia manifestado interés y que recurria á él, pareciéndole el caso ya mas grave, hizo ensanchar los límites, de modo que podia respirar y circular libremente sin miedo de verme encerrado en un cuerpo de guardia ó pasado de un bayonetazo. No solamente esto, sino que Hudson me dirigió una homilía, que en verdad me estaba bien merecida. Me decia que yo tenia continuamente en la boca un nombre que él no debia oir; que hablándole del Emperador queria obligarle á no admitir mis cartas y privarle del gusto de corresponder conmigo. La solicitud era muy insinuante, pero se dirigia mal.

Teníamos dadas nuestras disposiciones para abrir un estanque; el Emperador estaba con su pantalon ancho, chaqueta, un gran sombrero de paja de Bengala, y una especie de sandalias en los pies. Yo dejé de contestar á aquella jerga por seguirle hacia una turba de chinos que habia hecho venir para dar la última mano á nuestra obra. Cuando estos nos vieron, nos examinaban y reian, moderándose á medida que nos acercábamos. «¿Qué tienen? ¿Qué es lo que les hace reir? ¿Es

acaso mi trage?—Sin duda, le dije, se admiran de veros vestido de jornalero como ellos.» Llegámos allí continuaron su trabajo y se detuvieron un rato; mas luego pudo mas la risa, haciéndose tan general, que á él mismo le entró tambien gana de reir aunque sin saber por qué. Ninguno de nosotros entendia la lengua china y no pudímos responderles. «Vaya, es por mi vestido, dijo Napoleon; y á la verdad que es bastante original. Pero estos pobres, aunque tan alegres, se están abrasando de calor; quiero que cada uno de ellos tenga tambien su sombrero de paja, este es un regalito que les hago.» Con esto se alejó hácia un grupo de árboles: creíamos que habia ido á tomar el fresco, cuando le apercibímos que estaba á caballo, seguido de su picador. Dió algunas vueltas y partió á galope hasta Dead-Wood. Llegado á la cima de la posicion se paró, sacó su anteojo, examinó los contornos y se volvió con la misma celeridad. Esta escursion tan sencilla, fué luego un negocio de estado. Habian visto un caballero equipado á la chinesca: ¿cómo se habia aparecido? ¿de dónde venia? ¿qué queria? El Gobernador no podia adivinarlo y el Emperador que se divertia con sus espantos quiso aumentarlos todavía. Hizo vestir á Vignali

con el mismo trage que él tenia ; y dándole su caballo, su picador y su anteojo, le mandó fuese corriendo y aparentase observar. Así lo hizo el misionero, al instante le divisaron poniéndose en rumor la Isla entera. Hudson, Gorrequer, Reade, todos se alarmaron y corrieron á Longwood, á ver si era una conspiracion, un rapto, un... Vignali disfrazado. El Gobernador se retiraba confuso, yo me hallaba á su tránsito, y viniendo hácia mí, prorumpió en esclamaciones de cólera, concluyendo con declarar que el que le burlaba no era mas que un usurpador. Sin duda, le dije con un tono de sencillez que le engañó : lisonjeado con esto, continuó improperando y terminó con la mazada diciendo que era un usurpador y que yo no lo podia negar. —« No por cierto, le contesté; este es un hecho del cual estoy demasiado avergonzado para negarlo. » —Admirado su Escelencia, se desenfadó enteramente y me exhortó á la confianza, á la que correspondí inmediatamente, diciéndole : «El Emperador (pues llamándole general le haceis gracia de una usurpacion, y yo quiero contarlas todas) está ennegrecido con el crímen que le afeais. En Tolon usurpó la victoria haciendo caer malamente las torchas de manos de vuestro Erostrato ; la usurpó tam-

bien en Montenotte, Castiglione, Lody y en el Tagliamento. Usurpó nuestra admiracion con la rapidez de sus triunfos y por la venganza que tomó al pie de los muros de Pavía de la afrenta hecha á Francisco I. La usurpó con aquella famosa retirada, donde sacrificando sus esperanzas y sus bagajes, levantó el sitio de Mantua, corrió á vencer y mostró al enemigo que una sorpresa ó un leve suceso suele ser preludio de una gran derrota. La usurpó tambien, cuando viéndose abandonado, sin flotas ni transportes, hacia la guerra en medio de los desiertos, abria canales, levantaba arsenales, y cultivaba, combatiendo, todas las artes de la paz.» Iba á continuar la historia de las usurpaciones; pero en mala hora recordé el modo con que ametrallaron á los emigrados en Quiberon y á los Rusos en el Helder, que su Escelencia no quiso mas.

Acudí á donde estaban los chinos con Napoleon que les escitaba al trabajo. «Vamos, que os ha dicho Hudson; ¿teme que algun dia me salgan alas y me escape del sepulcro?— Yo no sé; le estaba contando como habiais usurpado la victoria y la admiracion pública; no le ha gustado la descripcion y se ha marchado.» Mucho se divirtió Napoleon con este

nuevo desaguisado, hallando que era demasiado para un solo dia. Poco á poco pasó á los sucesos de que yo habia querido hablar á Lowe, recordó algunas anécdotas, elogiando á unos ó citando á otros por sus proezas. «El general Augereau (dijo Napoleon) tenia habilidad y valor, era amado de sus tropas y dichoso en sus operaciones. Jouber tenia un espíritu guerrero; Massena, una audacia y un golpe de vista que no he hallado en nadie sino en él; pero era tan avaro de gloria, que no sufria le defraudasen elogio alguno que él creyese haber merecido. Como los partes se redactaban apresuradamente solo por satisfacer la curiosidad de los ociosos, no daban algunos á cadacual la parte que le correspondia: y no hallando bastantemente apreciados los servicios que habia prestado al frente de Mantua, me dirigió la reclamacion de sus quejas: «He leido, me decia, la relacion de la batalla de San Jorge y de la accion de Cerea; y he visto con la mayor sorpresa que haceis elogio de algunos generales, que lejos de haber contribuido al logro de tan feliz jornada, casi han perdido una columna de mi division que estaba destinada para atacar á la Favorita, al paso que no decís una palabra de mí ni de Rampon. Tengo tambien que quejarme de los

partes de Lonado y Roveredo, en los cuales no me haceis la justicia que merezco. Este olvido me despedaza el corazon y abate mi espíritu. Recordaré, ya que á ello se me obliga, que el haber ganado la batalla de San Jorge se debe á mis disposiciones militares; á mi actividad, á mi presencia de espíritu y prevision. Por culpa del general Salusguet, que no atacó á la Favorita, segun prevenian vuestras órdenes, el enemigo en masa se habia arrojado entre San Jorge y la Favorita; y á no ser por la órden que dí al intrépido general Rampon de echarse sobre mi derecha y atacar al enemigo, mi division estaba rodeada, y allí concluida la batalla. El valiente regimiento treinta y dos tuvo que sostener el mas obstinado combate durante cuatro horas, y no decís una palabra de mí ni de Rampon, que hemos ocupado los principales puntos en esta memorable accion. Nadie sino Chabran ha marchado á la cabeza de los granaderos, donde se ha mantenido constantemente: Marmont y Leclerc no han llegado hasta lo fuerte de la accion. Verdaderamente no puedo menos de estar muy satisfecho de su proceder; mas esto no debe hacer olvidar lo que se debe á Chabran, sugeto tan valeroso como inteligente, para el cual en vano os pido mu-

cho tiempo ha el grado de general de brigada. Dicto esta carta con la lealtad y franqueza que me caracterizan; y me lisonjeo que abriéndoos mi corazon, nos haréis justicia á mí y á varios oficiales de mi estado mayor.»

«Laharpe era por el mismo estilo: severo, independiente y despreciador de su vida en el campo de batalla; pero celoso de la parte que tenia en la victoria. Pereció por uno de aquellos accidentes tan comunes en la guerra: venia de un reconocimiento una noche oscura y tempestuosa, no respondió al quien vive de la centinela, y fué víctima de su solicitud. Era del canton de Berna, ardiente partidario de las nuevas ideas, lo que le obligó á huir dejando sus bienes confiscados. Despues tuve la satisfaccion de hacerlos devolver á su hijo de este modo: los Suizos carecian de granos y pidieron permiso para comprarlos en Italia; yo se lo permití, á condicion de que levantarian el embargo, y encargué á Barthelemy, que estaba de embajador en Bale, que cuidase de ello. Mayor pena me costó otro asunto igual de uno de mis edecanes muerto en Arcola, el valiente coronel Muiron. Desde los principios de la revolucion habia servido en el cuerpo de artillería, distinguiéndose particularmente en el sitio de Tolon,

donde habia sido herido al entrar por una tronera en el célebre reducto inglés.

«Su padre estaba preso como asentista general; él vino á presentarse á la Convencion nacional cubierto con la sangre que acababa de derramar por la patria: con esto logró poner á su padre en libertad. El dia 13 de vendimiario mandaba una de las divisiones de artillería que defendian á la Convencion: se hizo sordo á las seducciones de un gran número de personas de su conocimiento y sociedad. Yo le pregunté si podia el gobierno contar con él: sí me dijo; he jurado sostener la república, hago parte de la fuerza armada, y obedeceré á las órdenes mis gefes. Además, por mi opinion, soy enemigo de todos los revolucionarios, tanto de los que solo adoptan las máximas de la revolucion para restablecer un trono, como de los que quisieron renovar aquel régimen cruel en que tanto han sufrido mi padre y mis parientes. Efectivamente, se comportó como hombre generoso; y fué muy útil en aquella accion que salvó la libertad. Le tomé por edecan mio al principio de la campaña de Italia: en casi todas las acciones hizo servicios importantes, y al fin murió gloriosamente en el campo de batalla en Arcola, dejando su muger jóven y en cinta de ocho

meses. En consideracion á sus servicios, pedí que su suegra fuese borrada de la lista de emigrados donde habia sido inscrita, aunque jamás salió de Francia. Igual justicia reclamé para su cuñado jóven que solo tenia catorce años cuando fué inscrito en la lista fatal, y que se hallaba en pais estranjero para educarse.»

Despues de haber hablado largamente de los hombres que habian contribuido á sus victorias, pasó el Emperador á hacer una nomenclatura de los movimientos y combinaciones que las habian facilitado. La historia no presenta igual serie de conceptos, audacia y maniobras. En tres años habia conquistado toda la parte septentrional de la Italia, haciendo frente con treinta ó cuarenta mil hombres á los estraordinarios esfuerzos del Austria, y haciendo en dichos tres años seis campañas, á saber:

Primera campaña.

«Bonaparte atrae sobre Génova al general Beaulieu, le ataca por sus flancos dispersando su derecha y rechazándole hasta Montenote; luego se echa sobre Dego y Mondovi; empuja á Beaulieu hácia Milan y á Colli há-

cia Turin; somete al rey de Cerdeña; pasa el puente de Lodi, se hace dueño de la Lombardía, atraviesa el Mincio, embiste á Mantua; y en menos de dos meses planta sus banderas desde las montañas de Génova hasta la del Tirol, penetrando por la Iliria y poniéndose en los confines de la Alemania. Todos se acuerdan muy bien de la sorpresa con que oyó la Europa tan brillantes sucesos. Los partidos en Francia, y sus enemigos esteriores pintaban á este General como un jóven temerario que no tardaria en hallar en su misma audacia su pérdida y su desengaño: bien se ha visto despues cuan poco crédito merecian tales predicciones.»

Segunda campaña.

«El primer resultado de aquellos hechos favorables fué el de obligar á Wurmser á que pasase el Rhin, corriendo con cuarenta mil hombres al socorro del Tirol. Aquel General se presenta sobre el Adige con ochenta mil combatientes, ocupa el Montebaldo, penetra por el valle de Sabia y llega á un tiempo mismo á Verona y á Brescia. Nosotros no podíamos oponer mas que treinta mil hombres á aquel nuevo y temible enemigo; pues te-

níamos que conservar lo conquistado y que sostener el sitio de Mantua, que estaba á punto de rendirse con una guarnicion de mas de ocho mil hombres. Bonaparte en esta segunda campaña se mostró superior á Federico, que se habia hallado en una posicion semejante. No se obstina en el sitio de Mantua, como lo hizo el Rey de Prusia en el sitio de Praga; mas sus resoluciones se siguen con no menor rapidez que las de este. Desconcertado el enemigo con aquella prontitud de movimientos, no hallaba jamás al ejército francés al amanecer el dia en el punto que le habia dejado la noche anterior. Supliendo el número con las marchas, se mostraba Bonaparte continuamente en todas partes, y casi siempre superior en fuerzas. Las batallas de Lonato y de Castiglione coronaron sus proyectos atrevidos: Wurmser vencido, á pesar de su numerosa caballeria, tuvo que volverse á las gargantas del Tirol, dejando una gran parte de su ejército en poder de los Franceses. En todos aquellos movimientos, que ofrecerán útiles meditaciones á los que siguen la carrera de las armas, Bonaparte hizo ver que por lo comun el mejor medio de defenderse es el de atacar; y el grande ingenio de la guerra está especialmente en

el arte de volver á tomar la iniciativa cuando se ha perdido en los primeros encuentros favorables al enemigo. Entonces se estendió su reputacion por toda Europa: los generales franceses le proclamaron por su maestro, y los antiguos compañeros de Federico anunciaron desde aquel momento al héroe que debia empuñar el cetro de la guerra, vacante desde su muerte.»

Tercera campaña.

«Aunque Bonaparte habia vencido, no dejó de costarle las mas duras penas y estas le hacian conservar un vivo resentimiento. Acordábase de que Wurmser habia ocupado mas de una vez su cuartel general, y no le parecia haberse vengado bastante con desbaratar sus proyectos y destruir una parte de su ejército. Sabe que este General ha recibido refuerzos, que ha hecho un movimiento desde el Tirol sobre la Brenta, é inmediatamente subiendo por el Adige, cae sobre Roveredo, rechaza á la mitad del ejército austriaco, se adelanta hácia Lavis, aparentando marchar sobre Inspruck, y de repente se dirige á lo largo del Brenta: todas las disposiciones austriacas fueron vanas, pues el

triunfa de todos los obstáculos. Ataca al enemigo, le derrota y persigue con la espada envainada, y arrojándole hácia el rio Adige, le pasa Bonaparte antes que él. Ya iba Wurmser á rendir las armas, cuando una de aquellas casualidades que suelen destruir las mejores combinaciones, le facilitó una retirada, por la cual escapó á encerrarse en Mantua con diez mil hombres de caballería, varios regimientos de coraceros, su estado mayor y sus bagajes. Fué tan pronta la ejecucion de todos aquellos movimientos, y tan entera la derrota, que todavía ignoraba la corte de Viena sus desastres, cuando supo por la voz pública que ya no tenia ejército en Italia, que sus fronteras estaban desamparadas y su General confinado en la única plaza que le quedaba. Fácil es de observar que Bonaparte en sus atrevidas operaciones nada dejaba que hacer á la casualidad; y aunque sus marchas admiran á primera vista, se percibe fácilmente que siempre se halla prevista la retirada y tomadas disposiciones para el caso de salir vencido. Los militares notarán con vivo interés la semejanza que en muchas cosas tiene esta campaña con la del ejército de reserva; en una y otra verán á Napoleon maniobrar sobre la línea de opera-

ciones del enemigo, interponerse entre este y sus almacenes, interceptarle la retirada y decidir de un solo golpe la suerte de todo un ejército.»

Cuarta campaña.

«Es de pensar cuanto debió irritarse el Gabinete de Viena con tan multiplicados reveses: no dejaba de saber que Bonaparte solo tenia un puñado de gente, por lo que resolvió arriesgarlo todo por desbloquear á su feld-Mariscal, y salvar la plaza de Mantua. A este fin acudió Alvinzi á la cabeza de un ejército formidable: cincuenta mil hombres venian por el Friul, veinte mil por el Tirol, y no podíamos hacer frente á tan numerosas tropas. Viéndose el General francés en la imposibilidad de sostener el choque y de guardar un terreno demasiado estenso, solo trató por lo pronto de detener los movimientos del enemigo enviando sobre el Brenta diferentes cuerpos de observacion. Alvinzi los rechaza, pasa el rio Piavo y obliga á Bonaparte á evacuar el pais que media entre los rios Brenta y Adige. Este último intenta tomar la ofensiva de Caldero; mas sus esfuerzos no fueron dichosos; y lejos de conseguir su intento, supo que ya

las divisiones enemigas habian llegado á Rivoli y ocupaban la orilla del rio. Italia parecia perdida sin remedio, y se consideraba como inevitable el levantar el bloqueo de Mantua. Se pasó la revista en Verona, y solo se hallaron quince mil combatientes; luego á la entrada de la noche desfila el ejército, creyendo todos que continuaba su retirada; mas no fué así, las tropas reciben órden de seguir el Adige; y pasándole á las dos de la mañana, da Bonaparte la famosa batalla de Arcola. Aunque el principal objeto que se habia propuesto falló desde el principio de la jornada, sin embargo, por medio de aquella diestra maniobra consiguió las ventajas de desalojar al enemigo de la bella posicion de Caldero, obligándole á meterse entre pantanos y á pelear sobre calzadas, donde la superioridad en número era poco ventajosa: sus divisiones, rechazadas sucesivamente, abandonaron el campo de batalla, echándose desordenadamente al otro lado del Brenta.

«Al ver que Bonaparte ha atraido continuamente la victoria bajo nuestras banderas, el público, que muchas veces solo juzga por los resultados, ha creido que siempre le habia salido todo segun su deseo. Bien lejos de ser así, muchas veces se han vuelto contra él los

proyectos mas bien combinados; pero es cierto que nadie hubiera sido mas hábil y pronto en sustituir otros en lugar de los frustrados, y en obligar á la fortuna á serle favorable.

Quinta campaña.

En esta quinta campaña se dieron las batallas de Rivoli y de la Favorita que produjeron la toma de Mantua. La primera fué mas gloriosa para el ejército que la de Marengo; porque con solos diez y ocho mil hombres derrotó á cuarenta mil, de los cuales veinte mil cayeron prisioneros. Siendo muy inferior al enemigo y estando en un campo de batalla de cinco leguas cuadradas, se manifestó mas particularmente el gran arte de aquel comandante del ejército, que parecia superior en todos los puntos de ataque. Sale al encuentro de las columnas austriacas, no á una distancia de siete ú ocho leguas, ni en intervalos de treinta y seis ó cuarenta y ocho horas; sino que las destroza unas tras de otras, á pesar de que solo estaban distantes entre si de algunas centenas de toesas. Las brillantes jornadas de Rivoli y de la Favorita son el resultado de un perfecto conocimiento del campo de batalla, de una estraordinaria sa-

gacidad en penetrar los planes del enemigo, y de una prontitud sin igual en improvisar medios para destruirlos. En Rivoli, la division enemiga que debia rodear á la francesa, llegó efectivamente á la posicion que debia tomar; pero llegó cuando ya las demas estaban derrotadas; y hallándose ella misma rodeada, tuvo que rendir las armas.

Sexta campaña.

«Tomada Mantua, marcha Bonaparte sobre Roma, no llevando consigo mas que cinco mil hombres, y firma el tratado de Tolentino, mientras que la Europa le creia aun en el otro lado del Apenino. No se deja seducir por la vana gloria de entrar en triunfo al Capitolio, sino que sin perder momento se restituye á su ejército sobre el Piave, y comienza su sexta campaña. En menos de dos meses que esta duró, despues de heber derrotado al príncipe Cárlos sobre el Tagliamento, sobre el Isonzo y en Tarvis, y despues de haber pasado los Alpes Julianos, el Drave, el Save y el Muher, obliga á la casa de Austria á concluir la paz. Siendo dueño de Trieste, de la Istria, de la Carniola, de la Carintia, de la Estiria y de una gran parte del Austria, se

hallaba en estado de hacer escuchar la voz de la humanidad.

«Habiendo penetrado nuestras tropas hasta las puertas de Viena, salieron Bellegarde y Merfelet á implorar una suspension de armas: concedida esta, se discutia sobre los límites de los cuerpos de los generales Bernadotte y Joubert. «¿Dónde creeis, señores, que está Bernadotte? les dijo Napoleon.—Acaso en Fiume. —No por cierto; está en mi salon y su division á media legua de aquí. ¿Y Joubert, dónde os parece que está?—Puede estar en Inspruk, en caso de que haya podido hacer frente á la columna de granaderos que viene del ejército del Rhin.—Bueno; pues tambien está en mi aposento y sus tropas le siguen.

«Estas respuestas sorprendieron mucho mas á los austriacos, por cuanto en aquel instante acababa su General de enviar destacamentos considerables para sostener las provincias de la Carniola y del Tirol, donde creian que debian penetrar los generales Bernadotte y Joubert. De este modo, mientras que los enemigos se diseminaban, Bonaparte habia reunido en un espacio de unas seis leguas cuadradas todas sus fuerzas, que ascendian á cuarenta y seis mil hombres.»

«*Campaña de Egipto y de Siria.*

«Poco tiempo despues de concluida la paz, Bonaparte se hizo á la vela para Egipto y se presentó delante de Malta. El poder de su nombre, la confianza de su intervencion y el vigor de sus ataques desconcertaron al enemigo, el cual entrega la Plaza que jamás habia sido tomada. Desembarcaron en Egipto, inmediatamente conoce el género de guerra que exige aquel pais; valua la especie de las tropas que le defienden, y prepara la táctica que se debe observar. La batalla de las Pirámides en las puertas del Cairo, la del Monte Tabor en el centro de la Siria, y la de Aboukir, son todas tres de diferente clase. Sin embargo, maniobra con una habilidad sin igual, y sabe aplicar á circunstancias tan varias como nuevas todos los recursos del arte de la guerra.

«Pero entretanto, nosotros éramos derrotados en Stockach y sobre el Adige: habíamos vencido en Zurich, pero la Italia estaba perdida; nuestros ejércitos, desalentados y sin armonía en su direccion, habian cesado de ser el terror de los enemigos del nombre francès. La guerra civil asolaba el oeste y el

sur; los partidos se destrozaban, y un gobierno inepto buscaba en vano su seguridad en la division.»

Campaña del ejército de reserva.

«Renacen las esperanzas con el regreso de Bonaparte de Egipto: el 18 de brumario las consolida; todo se repone y cede al genio que dirige, al poder que manda y á la moderacion que tranquiliza; mas no basta restablecer el órden por medio de las leyes, sino que además es preciso conquistar la paz con la victoria. Cuando Bonaparte fué nombrado primer cónsul, acababa de perderse Coni, la última plaza que nos quedaba en Italia: nuestros destacamentos se habian replegado á las cimas de los Alpes; ya no poseíamos una plaza ni un palmo de terreno en Italia; habíamos evacuado toda la Alemania y nos manteníamos en la defensiva ocupando las plazas de la orilla izquierda del Rhin. Ya los departamentos del oeste estaban sobre las armas, el enemigo, formidable por todas partes, parecia dispuesto á invadir nuestras fronteras y á cambiar la faz del estado. Pero Bonaparte toma la direccion de los negocios, volvímos á pasar el Rhin y los Alpes; hasta que humi-

llada y abatida la coalicion tuvo que admitir la paz.»

Nuestras faenas iban adelantando, ya habíamos cavado y revestido el estanque, y preparado una parte de los acueductos; pero el punto de donde tomábamos el agua estaba á tres mil pies de distancia, y nos quedaban todavía muchos que colocar. Estaba el tiempo lluvioso, y Napoleon tan contento de sus chinos, que no queria soportasen la intemperie: «No hay necesidad de que esa pobre gente se moje, me dijo: nada nos apresura; mas tarde volverémos á emprender el trabajo. Además, tengo que hacer algunas observaciones; venid conmigo, que no dejaréis de hallarlas muy curiosas.» — Fuí allá, y me encontré con un hormiguero, y que se habia metido á estudiar las costumbres de las hormigas. Una infinidad de ellas se habia introducido en su cuarto de dormir, y escalado la mesa donde continuamente habia azúcar: atraidas con este cebo, habian formado una cadena hasta la azucarera, teniéndola asaltada por todos lados. Napoleon se guardaba bien de incomodarlas, sino que las dejaba afanarse, mudando de sitio la azucarera para seguirlas en sus maniobras, admirando la actividad y la industria que manifestaban hasta dar con

ella. «Esto es mucho mas que instinto, me decia, esto es tener sagacidad, inteligencia y aun ideas de la sociedad civil. Pero estos insectillos no parecen tener nuestras pasiones y concupiscencia, pues que se ayudan y no se despedazan. ¿Quereis creer que me ha sido imposible engañarlos? He mudado el vaso, le he puesto en todos los estremos de la pieza; han empleado uno, dos y á veces tres dias buscándole, mas al fin le han encontrado. ¡Si le pusiese en medio del agua! Haced que traigan, doctor, vamos á ver si esta las detiene.» Tampoco se contuvieron; continuaron siempre á saquear el azúcar; mas habiendo puesto vinagre en lugar del agua, ya no se acercaron mas las hormigas. — «Ya lo veis, continuó; no es solamente el instinto lo que las hace obrar, hay además un no sé qué, que las dirige; prescindiendo de todo, sea cual fuere el principio que las anima, no dejan de ofrecer al hombre un ejemplo digno de meditar. Solo á fuerza de constancia y tenacidad se logra el fin de las cosas. ¡Si todos tuviéramos esta unanimidad de miras...! Pero las naciones tienen tambien sus momentos de olvido y de fastidio: es preciso hacer parte de la humanidad, y yo no me eximí de esta precision, fuera de que no todo cedió á la bor-

rasca. Cuando pereció el héroe de Castiglione, todavía Gerard, Clausel, Belliard, Lamarque y otros muchos conservaban su energía primitiva. La Europa estaba aterrada, y esos soberanos, tan presuntuosos en el dia en no querer por su igual á un hombre popular, se eclipsaban delante de mí.» Entonces se puso á discurrir sobre los nuevos dogmas que los reyes tratan de defender, y los derechos místicos en que se apoyan. «¡Qué estrañas pretensiones! ¡Qué contradicciones! ¿Esa legitimidad está acaso en armonía con la Escritura, las leyes ó las máximas de la religion? ¿Son tan simples los pueblos, que se crean propiedad de una familia? David que destronó á Saul ¿era legítimo? ¿Tenia otros títulos que los votos de la nacion? En Francia se han sucedido en el trono varias familias, y han formado diferentes dinastías, ya fuese por la voluntad ó consentimiento del pueblo representado por las asambleas del campo de Marte, ya por los sufragios de parlamentos compuestos de barones y obispos, que en aquella época representaban la nacion. ¡Cuántas casas se han reemplazado sucesivamente en Inglaterra! La de Hanover, que entró en lugar de un príncipe que ella habia destronado, reina en el dia porque así lo quisieron

los abuelos de esos hombres tan susceptibles, y porque era indispensable que gobernase para salvar sus intereses y sus opiniones políticas y religiosas. Los ancianos de nuestros dias han presenciado las tentativas hechas por la última rama de la familia de los Estuardos para verificar un desembarco en Escocia, donde le ayudaban todos aquellos cuyas ideas y sentimientos eran conformes con los suyos. Pero fué desechada por la inmensa mayoría del pueblo, cuyos nuevos intereses y opiniones recientes estaban en oposicion con los de aquella familia degenerada.»

Luego recapituló todas las circunstancias de su elevacion, insistiendo siempre en considerar como única base, los sufragios y asentimiento del pueblo; y añadió riéndose: «El Consejo áulico se obstinó tambien en mirar como nula la república, á pesar de que esta le habia aporreado duramente. Mas tarde, al hacer las capitulaciones de Campo Formio, me ofrecieron sus plenipotenciarios reconocerla. No, les dije, borrad; eso es tan claro como la existencia del sol: las circunstancias han variado, solo los ciegos pueden dejar de ver; y yo no puedo prestarme á una necedad.»

En seguida me convidó á dar un paseo, y

salímos á ver los chinos que concluian sus preparativos, y asistímos á la toma del agua. «Está bueno; pero ¿dónde pondrémos la pajarera? — Aquí. — No, mas allá estará mejor que hay una vista mas despejada; en fin, vos arreglaréis eso, doctor, á no ser que os viniesen ocupaciones mas serias.» En efecto, así sucedió dentro de poco: el Emperador, cuya afeccion creia yo, si no disipada, al menos muy débil, cayó de repente en la misma situacion en que estuvo al principio. Recurrí á los baños, á los dulcificantes y á todas las recetas que él no repugnaba; mas el ataque era tan terrible, que si por un momento lograba suspender el mal, era solo para verle renovarse con mayor ímpetu. Asustado con esta cruel alternativa, creí deber dar aviso á su familia, y á este fin le pedí permiso para escribir á Roma. Consintió en ello, y dirigí la carta siguiente al caballero Colonna.

«Santa-Helena, Longwood 18 de julio de 1820.»

« *Mi querido amigo.*

«Desde mi salida de Europa no me habeis dado noticias de vuestra salud en que tanto me intereso: tambien os será satisfactorio sa-

ber cual es el estado del Emperador, cuya salud está confiada á mi cuidado.

«Diez meses ha que he llegado á esta Isla, y os puedo asegurar que no he pasado un solo dia sin prodigar al ilustre Enfermo todos los socorros que mi celo y mis conocimientos facultativos podian sugerirme. Le hallé atacado de una hepatítis crónica de gravísimo carácter: la asistencia que le he dado parecia coronar el buen éxito; el Emperador se restablecia, hacia ejercicio, y le habia aconsejado que dirigiese, ó mas bien condujese, la formacion de un jardin de algunas toesas de estension al rededor de su habitacion. Mas en tanto que yo me lisonjeaba con las mas halagüeñas ideas, he tenido el dolor de ver disipadas mis esperanzas, y destruido el fruto de muchos meses de cuidados. Hemos estado en una alternativa continua de bien y de mal; mas en el dia os debo confesar que desespero del remedio. La influencia del clima, causa inmediata de la hepatítis crónica, es tan opuesta á la constitucion del ilustre Paciente, como contraria á la accion de mis medicamentos.

« Ahora últimamente ha tenido el Emperador una recaida de las mas graves, con ardientes calenturas y dolor vivo y profundo en

el hígado; dolor pulsativo y agudo en la articulacion de la pierna con el pie derecho; inflamacion erisipelatosa que se dilata por detrás del pie y el tercio inferior de la pierna. Estos accidentes (no dudo en decirlo) proceden del desórden de las vias digestivas, y de la alteracion de las funciones del órgano biliario. Sin embargo, el estado del enfermo no presenta un peligro inminente; pero destierra toda esperanza de curacion en un clima situado bajo el trópico. Poco á poco se irán estendiendo los efectos morbíficos, se agravarán y me temo que mis desvelos y mis votos sean tan cruelmente engañados como vuestras esperanzas.

«Al pronto habia pensado poner en conocimiento de su Eminencia el cardenal Fesch la relacion exacta de la situacion del emperador Napoleon; pero el temor de aumentar con tan triste cuadro los disgustos de madama Madre, me ha decidido á dirigiros mi carta para que hagais de ella el uso que os pareciere mas conveniente acerca de la familia de su Majestad.

«Recibid la manifestacion del sincero afecto con que tengo el honor de ofrecerme, como vuestro amigo y servidor.

F. Antommarchi.»

19 *de julio.*—El Emperador esperimenta calofrios, fiebre, tos seca y frecuente, dolor de cabeza, náuseas y vómitos de materias biliosas muy amargas: el *dolor del higado* se hace sentir con violencia, y se estiende hasta la espalda: tiene la respiracion difícil y dolorosa: la parte inferior de la pierna y el pie derecho presentan una hinchazon acompañada de un dolor bastante fuerte hácia la articulacion, y una inflamacion erisipelatosa, especialmente encima de la canilla esterna. Estos síntomas se han manifestado desde el dia siete y están hoy en su mayor grado de intensidad. Reposo, bebidas refrescantes, reparos locales, linimentos jabonáceos y lavativas.

20 *de julio.*—Napoleon ha dormido por espacio de unas tres horas: al amanecer se le ha manifestado un ligero sudor en diferentes veces. El pulso comenzaba á indicar la cesacion de la fiebre: los síntomas mórbidos son menos intensos; sin embargo, el enfermo padece mucho del dolor en la articulacion, y se niega á tomar purgantes. Yo continuo empleando los fomentos locales, linimentos, lavativas y demas.

21 *de julio.*—El Emperador está mejor; continua sus lavativas y linimentos.

22 *de junio.*—Sigue en el mismo estado:

baño á las diez de la mañana. A la noche disminuye el dolor de la articulacion, pero la hinchazon aumenta. Lavativas y linimentos.

23 *de julio.* — Ha pasado la noche muy agitada, con tos seca y dolor en el hígado, que se estiende por toda la region lateral derecha. El baño que ha tomado á las cuatro de la tarde ha producido alivio. A las diez de la noche aumenta todavía la hinchazon de la pierna; el dolor y la inflamacion erisipelatosa se mantienen en el mismo estado: continuo con los linimentos, y le aconsejo tome el suero clarificado: baño.

24 *de julio.* — Está mejor el Emperador: suero, linimentos y baño.

25 *de julio.* — Sigue lo mismo: no quiere tomar mas suero: linimentos y baño.

26 *de julio.* — Sin novedad: sustituyo el suero con agua de arroz: linimentos y baño.

Viendo que el Emperador estaba mejor, le hablé de Roma y de su Madre, en quien pensaba continuamente. Estaba recordando su afecto, su ternura y los cuidados que le habia prodigado, cuando repentinamente esclamó: «Mucho me amais, doctor; ni las contrariedades, ni las fatigas y disgustos, nada os arredra cuando se trata de asistirme; sin embargo, todo eso no llega á la solicitud mater-

nal. ¡ Ah, mamá Leticia! » Y se cubrió la cabeza. Entonces procuré presentarle ideas menos tristes; le hablé de la Italia, de la Córcega y las personas que le querian bien. Al pronto me escuchó con indiferencia; pero habiendo traido la conversacion el nombre de su nodriza, me contó menudamente el gran cuidado que esta habia tenido de su infancia, y la especie de adoracion que tenia por él. « Vino á Paris para asistir á la coronacion, me divirtió mucho con sus historias, por la manera viva y animada con que las contaba, y por sus gesticulaciones á la genovesa. Agradó mucho á Josefina, á la familia y particularmente al Papa que la colmó de bendiciones, y no me ocultó la sorpresa que le habian causado las ocurrencias y el buen juicio de la devota. Yo le dí otra cosa mas lucrativa que aquellos agnus que ella guardaba con tanta fé; pues la hice traspaso de ciento veinte mil francos con bienes, viñas, y mi casa paterna. Mi madre, aconsejada por el Cardenal, se obstinó en no querer entregar la casa, sino que haciéndola ocupar por Ramolino, dió este en cambio una parte de la suya. La nodriza reclamó, pero no la escucharon; envió á su hija á Paris, pero halló cerrados todos los conductos, y estuvo mas de seis meses sin poder hacerme llegar su recla-

macion. Esta oposicion me estrañó, y para vengarla de ella, hice escribir á Ramolino que, pues queria guardar nuestra casa, deberia entregar la suya por entero con un abono de veinte mil francos: hízolo así, quedando todos contentos y mi nodriza con este dinero mas.»

27 *de julio.* — La noche ha sido mala, el dolor del hígado se acrecienta y estiende por toda la region costal derecha, prolongándose hasta la espalda. Siente acerbos dolores en los intestinos; tiene tos seca, náuseas frecuentes, vómitos biliosos, violento dolor de cabeza, opresion, y finalmente el color pálido y amarillento. El enfermo se niega á tomar el agua de arroz: juzgué conveniente prescribirle una purga antibiliosa, bebidas anodinas, lavativas simples, fomentos y linimentos. Tomó su baño.

A la una del dia apenas habia producido efecto la purga.

A las diez de la noche se hallaba un poco mejor el Emperador.

28 *de julio.* — Sigue mejor el Emperador: el dolor del hígado se ha disipado enteramente, pero el pie está todavía un poco hinchado: linimento y baño.

29 *de julio.* — Sin novedad: linimento y baño.

30 *de julio.* —Igual estado, é iguales medicamentos. Le aconsejo por segunda vez las aguas termales.

31 *de julio.* — A las diez de la mañana, hallándose el Emperador muy restablecido y con bastantes fuerzas para salir, bajó al jardin. Habíanse traido peces para proveer los viveros que habíamos abierto, y quiso echarlos él mismo al agua. Los niños del gran Mariscal que le vieron, bajaron corriendo, y él, que habia algunos dias que no los veia y se proponia llamarlos, tuvo mucho gusto en que se anticipasen. «Llamad al doctor, dijo al general Montholon, pues tengo necesidad de su ministerio para que me agujeree estas orejitas.» Al mismo tiempo mostraba las de Hortensita y desplegaba de un papel unos zarcillos de coral. Yo me preparé á hacer aquella operacioncita, mas la vista del instrumento produjo su efecto: la niña lloraba tanto, que el Emperador estaba indeciso, por miedo de disgustar á su madre; mas con sus persuasiones y la vista de los pendientes, se enjugaron pronto las lágrimas. Retirámonos á la sombra de una encina, el general Montholon sostenia á la paciente, Napoleon miraba y el chiquito Arturo revolvia, gritaba y no queria que hiciesen daño á su hermana. Su cólera y ame-

nazas, y sus frases inglesas, divertian á Napoleon, que le decia: «¿Qué dices tú? ¡Picaruelo! si no te callas voy á hacerte agujerear las orejas. Veamos si te estas quieto.» En esto ya estaba concluida la operacion y pasados los zarcillos: Napoleon abrazó á la amable niña, felicitándola por su valor, y la despidió diciéndole: «Ve á enseñar las orejas á tu madre, y si las encuentra mal y no estuviese contenta, dile que no soy yo, sino el *dottoraccio*, quien las ha agujereado.» —Sí señor, dijo ella; y dando saltos desapareció.

Quedéme solo con Napoleon, á quien habia chocado la tenacidad del pequeño Arturo: íbamos paseando y me hacia notar la firmeza de aquel niño. —«¡El picarillo! A su edad, era yo tan porfiado como él; nada me imponia ni me desconcertaba: era reñidor, revoltoso y no temia á nadie; al uno le daba un golpe, al otro un araño, haciéndome temible á todos. Mi hermano José era el que mas reñia conmigo; pero siempre salia aporreado, mordido y además regañado, pues aun no se habia él repuesto que ya yo tenia dada mi queja. Buena cuenta me tenia el estar alerta, porque mi madre Leticia hubiera reprimido mi humor belicoso y no hubiera sufrido mis enfados. Era afectuosa, mas al mismo tiempo

severa; castigaba ó recompensaba indistintamente, contándonos el bien y el mal. Mi padre, hombre ilustrado, pero demasiado amigo de sus placeres para ocuparse de nuestra infancia, queria algunas veces escusar nuestras faltas. Dejadme, le decia ella; esto no os corresponde á vos, sino á mí que debo velar sobre ellos. Con efecto, velaba con una solicitud inimitable: nos reprendia y afeaba las acciones bajas y poco decorosas, sin dejar que se apoderase de nuestras almas impresion alguna que no fuese grande y elevada, aborrecia la mentira y se irritaba contra la desobediencia; en fin no nos dejaba pasar nada. Me acuerdo de una mala ventura que me sucedió en este particular y del castigo que me impuso. Mi madre nos habia prohibido el subir á unas higueras que teníamos en una viña, porque podíamos caer ó estropearnos: respetaba yo esta órden, á pesar de que me contrariaba en estremo; hasta que un dia estando solo y desocupado intenté dar un alcance á los higos. Viéndolos tan sazonados y que nadie me observaba, ni por consiguiente se sabria nada, me encaramé en el árbol, los cojo todos; y despues de satisfecho el apetito, me proveia para el camino, y estaba llenándome las faltriqueras cuando se apareció un maldito guar-

dia. Quedéme como muerto, pegado á la rama donde me habia sorprendido: prestóme elocuencia el temor al ver que queria atarme y llevarme á mi madre; le pinté mi aburrimiento, me obligué á respetar siempre los higos, y á fuerza de promesas le apacigüé. No poco me felicité de haber escapado de tan buena; lisonjeàndome con que no se trasluciria mi mala andanza; pero aquel traidor lo contó todo, y al dia siguiente quiso la señora Leticia ir en persona á coger los higos. No hallando ninguno, llamaron al guardia como para reprenderle; entonces todo se descubrió y el culpable espió su falta.»

Habia vuelto el Emperador á tomar sus hábitos de la mañana, y solia salir á respirar el fresco antes de levantarse el sol. Un dia que se hallaba con dolor en las encías entró en un cuarto dirigiéndome la palabra aun antes de que yo le apercibiese: «Estoy padeciendo, doctor; tengo dolor de muelas, ¿qué debo hacer? Veamos lo que dice vuestra obra.» Yo tenia delante mis láminas anatómicas desarrolladas; y sin darme lugar para responderle, se puso á disertar sobre aquel gran trabajo. Sentia que este no hubiese sido hecho mas antes, pues él se hubiera dedicado á la anatomía, y con saberla tendria mayor satisfaccion. Decia

haberse ensayado varias veces á aprenderla, pero que su repugnancia habia podido mas que el deseo de aprender, no habiendo podido nunca vencer el horror que le inspiraban los cadáveres.—«Con estas láminas, se puede decir que ya son inútiles las disecciones; de un golpe de vista se puede conocer el juego y la estructura de los órganos, se ven sus relaciones y se siguen sus ramales: aquí está bien patente el cuerpo humano; es lástima que la ejecucion de estas planchas se haya retardado tanto, pues son magníficas, doctor. Quiero que se me dediquen, y que aparezcan bajo mis auspicios; gloriándome de hacer este último servicio á la ciencia. Yo suministraré los caudales para que vayais á Europa y las publiqueis, pues es un monumento á cuya cooperacion ambiciono.» En varias ocasiones me reiteró esta especie, y cada vez me hablaba con nueva satisfaccion de aquella empresa. «Pero ¿por qué no habeis trazado una línea de demarcacion para indicar lo que es vuestro, y lo que de Mascagni? A veces se apetece hacer á cada cual homenaje del fruto de sus tareas. Vos habeis redactado la obra y escrito el texto de la anatomía de los pintores, dando este trabajo bajo el nombre del profesor; esto es demasiada modestia y desprendimiento, cada

cual debe tener lo que le pertenece. — Sin duda; pero mi parte está ya hecha: Mascagni ha grabado treinta láminas con que ha probado sus descubrimientos; lo demas me pertenece; compárese, que yo solo reclamo la diferencia.»

Entretanto continuaba la enfermedad su marcha, aunque lenta, y sus progresos sensibles, notándose sus efectos particularmente en lo moral: ya no hablaba Napoleon sino de los objetos que le habian chocado en su niñez, de sus amigos y parientes, deplorando especialmente la suerte de su hijo, cuya infancia fué rodeada de tantas esperanzas. Luego, como si temiese haber manifestado su emocion, se ponia á discurrir sobre la Córcega y los recuerdos que tenia de ella. «A mi advenimiento al trono de Italia, cuando visitaba Génova, me creí transportado repentinamente á nuestras montañas: los estilos, trages, costumbres y hasta las tiendas, eran lo mismo que en nuestro pais. Esta identidad me chocó. Josefina, que gozaba de mi sorpresa, trataba de prolongarla, y me decia: ¿Cómo, son estos los mismos carácteres, las mismas costumbres? Sí, la respondí, pues sin duda los Corzos son bastardos de los Genoveses. Luego monté á caballo y recorrí las alturas, visité las posi-

ciones que defienden la ciudad, y suspendí los trabajos que debian protegerla. Tuve mucho gusto en contemplar aquella singularidad de la naturaleza, que parece haber cortado ambos paises sobre un mismo modelo: anduve recorriendo aquellos sitios escarpados, desde las tres de la tarde hasta las once de la noche, á cuya hora, molido de cansancio, volví á casa y me puse á trabajar con el buen Gaudin, que me presentaba la organizacion de hacienda de la Liguria; mas yo estaba tan abrumado, que me quedé dormido, apenas él habia comenzado á leer. Le pedí que lo suspendiésemos pues me iba á dormir un poco; pero al salir me encontré con varios generales que esperaban mis órdenes, y fué preciso despacharlos: todavía pasé treinta y seis horas trabajando, y solamente al punto de partir pude firmar el trabajo del ministro. Era ciertamente el duque de Gaeta un hombre muy íntegro y solícito. ¡Cuántos servicios tiene prestados! ¡Y cuánto ha contribuido á nuestros triunfos por medio de sus operaciones administrativas! Poco tiempo despues de la batalla de Austerlitz vino á pedirme algunos cañones de bronce. ¡Cómo! le dije; ¿Quereis hacerme la guerra? —No señor; los quiero para hacer volantes para acuñar.—¿Mis cañones para tal objeto

vaya, buscad otra cosa. —Pero yo quisiera que llevasen todos un rótulo, diciendo *volantes de Austerlitz*; y que fuesen fundidos con piezas rusas ó austriacas. — Pues que me atacais por la vanidad, os los concedo, ministro. »

Así fuimos siguiendo hasta la primera quincena de setiembre, á cuya época se despertó y aumentó el dolor del hígado; el Emperador esperimentaba inapetencia, náuseas, vómitos de materias biliosas y una sensacion de calor abrasadora en el hipocondrio derecho de la region epigástrica. Se le hizo insoportable el paseo al aire libre, ya fuese fresco ó caliente, ya fuese con agitacion ó tranquilidad: estaba tan postrado, que necesitaba descansar continuamente.

18 *de setiembre.*—El estado del enfermo à las diez de la mañana era el siguiente: los ojos abatidos, descarnados y la conjuntiva amarilla; los labios y encías sin color; la lengua cargada de una pasta blanquecina; la piel amarillenta y pálida en estremo; el color del rostro verdoso; dolor de cabeza, particularmente hàcia la frente y las cejas; pesadilla *(incubus)*; sensacion incómoda de calor en el tórax, respiracion difícil, suspiros profundos; frio glacial en los pies y en las piernas, que se di-

sipa con la aplicacion de lienzos calientes; la piel seca y ardiente; el pulso débil y frecuente (80); la region epigástrica dolorosa á la presion; pesadez en el abdómen; inapetencia, y un adormecimiento casi invencible. Yo traté de sacarle de aquel estado de letargo, y le hablé del cuidado que exigia su salud: «¡Ah! doctor, me dijo, dejadme: mientras que se duerme es uno dichoso; cuando viene el sueño desaparecen todas las necesidades, los cuidados y privaciones:» y se volvia á echar en la almohada. A fuerza de súplicas pude conseguir hacerle tomar una purga antibiliosa, que le hizo gran bien, y le alivió el violento dolor de cabeza que padecia.

19 *de setiembre.*—El Emperador ha pasado la noche algo mejor; sin embargo, los síntomas mórbidos apenas han perdido nada de su intensidad. El dolor de cabeza ha disminuido á la verdad, el color verdoso de la cara y el amarillo de la conjuntiva se han modificado un poco, la sensacion de pesadez en el abdómen se ha disipado; pero en su lugar se ha sentido un dolor insoportable; el del hígado particularmente es mucho mas vivo que antes. El pulso está mas regular, la piel menos seca y menos ardiente.

20 *de setiembre.*—Sigue en el mismo es-

tado el Emperador: sale á pesear en coche, pero á poco rato vuelve abrumado de cansancio.

21 *de setiembre.*—Igual estado: le aconsejo tónicos en lo interior, vejigatorios en el brazo y en la nuca; y especialmente insisto en que se le abra un cauterio en el brazo izquierdo; mas Napoleon desecha todas las recetas. Dí parte del estado en que se hallaba al gran Mariscal y al general Montholon.

22 *de setiembre.*—El Emperador está mejor: toma el baño á las nueve. Queriendo toma el aire, ensayó á ver si podia andar, luego montó en el coche, despues á caballo, hasta que muy pronto la fatiga é incomodidad le obligaron á retirarse, y se metió en la cama.

23 *de setiembre.*—Igual estado. Persiste el Emperador en su designio de tomar el aire; á este fin monta á caballo, despues en coche, y se ve obligado á poco rato á rotroceder y meterse en la cama.

Continuó durante algunos dias en semejante ejercicio, persuadido de que el movimiento es la primera medicina; pero el sol, la tos y el frio que circula por sus miembros le obligan á suspender sus correrías. Tres dias despues las emprende de nuevo, y entre alter-

nativas de bien y de mal, llega hasta el tres de octubre, dia en que le entra un entorpecimiento general que solo se disipa acercándose al fuego. Las estremidades interiores tardan mucho en calentarse; y apenas lo están, cuando le acometen contracciones convulsivas: tiene la cabeza pesada en estremo.

4 *de octubre.*—A las dos de la tarde vuelve de paseo el Emperador escesivamente fatigado; se acuesta y pide que le dejen descansar. Habia hecho una carrera de dos leguas y media, parte á caballo y parte en calesa: se habia apeado en casa de M. Deveton donde me ha dicho, ha almorzado y bebido tres vasos de vino de Champaña. Padece un violento dolor de cabeza, una ansiedad general, tos seca y nerviosa, el rostro pálido en estremo, los ojos abatidos, el pulso pequeño y nervioso.

5 *de octubre.*—Continua quejándose el Emperador del dolor de cabeza, á pesar de que es menos violento que ayer; se ha aumentado mucho el dolor del hígado y se estiende hasta el hombro derecho; pesadez incómoda y un profundo dolor se manifiestan todavía en el hipocondrio izquierdo: en cuanto á los demas síntomas, no ofrecen ningun cambio sensible. Sale Napoleon al jardin á hacer un poco de ejercicio.

6, 7, 8 y 9 *de octubre.*—El mal tiempo ha impedido á Napoleon salir en calesa, pero se ha paseado por el jardin. Persiste en estarse dos horas en un baño caliente á una temperatura elevada; yo trato de impugnar esta costumbre, y me responde que en Egipto la siguen, y que de ella ha obtenido los mas saludables efectos. «No dejaban tampoco de reprendérmela vuestros colegas, diciendo que yo iba á tener la.... que sé yo que enfermedad decian que me resultaria; pues sin embargo, no tuve ninguna, y lo pasé perfectamente. Mas me sirvió mi instinto que la ciencia de Hipócrates, y mas opinion ganaron mi cepillo y mi franela, que todos sus aforismos. No digo esto por vos, pues estoy lleno de confianza en vuestras luces, pero tengo mi esperiencia conmigo, y me agrada conservar mis ideas.»

10 *de octubre.*—El Emperador ha estado una hora en el baño; se ha visto precisado á salir de él para meterse en la cama, porque estaba tan débil, que le ha dado una especie de desmayo que no le ha desamparado hasta despues de acostado. Tiene pálido el rostro tirando á amarillo: siente un frio glacial en todo el cuerpo. Sus sentidos parecen embotados, especialmente el del oido; el pulso pequeño y regular.

11, 12 y 13 *de octubre.*—Lejos de mejorarse la salud del Emperador, parece que sus fuerzas van disminuyendo. En esta última noche se ha despertado con un terrible dolor de cabeza, una constipacion tan fuerte que no cede á las lavativas, y un frio helado en las estremidades; temblores, palpitaciones del corazon y ansiedad. Sentia una viva agitacion en el bajo vientre, un dolor en la region esternal; tenia la respiracion difícil, una tos seca y nerviosa, y las fuerzas agotadas. El mas leve movimiento bastaba para producirle vahidos: á las dos de la mañana ha cesado la constipacion, la evacuacion ha sido copiosa, y muy grande la debilidad que la ha seguido. De las tres á las cinco han disminuido en su intensidad dichos síntomas; pero un nuevo dolor se ha manifestado á lo largo de la columna vertebral, desde la nuca hasta la mitad de la espalda.

14 *de octubre.*—El Emperador ha descansado desde las seis hasta las nueve, despertándose con un profundo dolor en el lado izquierdo de la cabeza. Todavía dura el que sentia en el esternon: el pulso pequeño, pero regular. Lavativas y baño de media hora; le aconsejo el uso de algunos emolientes, é

insisto sobre la aplicacion de los vejigatorios. «¡Doctor! no quiero drogas, ya os lo he dicho muchas veces. Somos una máquina para vivir, estamos organizados para ello, y esta es nuestra naturaleza. No pongais pues trabas á la vida, dejadla á su libertad que pueda defenderse, que lo hará mejor que vuestros medicamentos. Nuestro cuerpo es un reloj que debe andar durante cierto tiempo, y que el relojero no tiene facultades para abrirle, ni aun puede, tocarle sino es á tientas y con con los ojos vendados. Para una vez que le ayude y alivie á fuerza de atormentarle con sus tortuosos instrumentos, hay diez en que le daña, y al fin le destruye.» Parecióle sin duda que no me habia convencido esta comparacion de que él estaba singularmente penetrado, y se puso á discurrir sobre la incertidumbre de la medicina, y el riesgo de los remedios que esta distribuye á ciegas; y añadió: «Bien sabeis, mi querido doctor, que el arte de curar no es otra cosa que el de adormecer y calmar la imaginacion. Por esto los antiguos se embozaban con mantos y vestidos largos que representan é imponen. Vosotros habeis abandonado el trage, pero es mal hecho, pues habeis descubierto la impostura de Galeno,

y no obrais ya con tanta fuerza sobre los enfermos. Quien sabe si vos mismo me aparecieseis de repente con una peluca enorme, una toca y una cola arrastrando, puede ser que os tomase por el dios de la salud, siendo así que no sois sino el dios de los remedios.» Temeroso de que yo viniese á la carga, se eludia el Emperador con sus chanzas, pero yo le entretuve con ellas lo mas posible, porque tambien la alegría cura los males.

15 *de octubre.*—El Emperador ha pasado la noche tranquilamente; todavía dura el dolor de cabeza, y el del esternon se ha pasado al rededor de la tetilla derecha: sigue la tos seca: eructos continuos. Ha comido con bastante apetito, el pulso está débil pero regular; fuera de esto la palidez de sus labios y de todos sus miembros ha llegado al mas alto grado. Obtengo al fin el permiso de ponerle vejigatorios, y le aplico dos en los brazos; seria cosa de la una cuando los he puesto, mas no han comenzado á obrar hasta las cinco. Su agitacion se ha prolongado todo el dia.

16 *de octubre.*—A la una y media de la noche se levantan los vejigatorios cuyas ampollas apenas contienen serosidad, conservan-

do siempre su color pálido la piel que está debajo. El vejigatorio de la izquierda parece haber producido mas efecto que el de la derecha, pero uno y otro han obrado débilmente. Continua la agitacion, el dolor de cabeza y del pecho han desaparecido, mas se ha aumentado la tos. La piel presenta un calor seco y ardiente, el pulso es pequeño y nervioso. A las cuatro de la mañana ha tenido una evacuacion abundante acompañada de violentos retortijones. A las once todavía duraba la tos, el dolor de cabeza ha aparecido de nuevo, el pulso, aunque pequeño, era regular. Paséase dos horas en el jardin; por la tarde se mejora el estado de sus fuerzas, y se disipa el dolor de cabeza.

17 *de octubre.* — El Emperador ha pasado mala noche, pues ha tenido cólicos, aunque ligeros, con evacuaciones frecuentes. A las nueve se halla algo mejor, el pulso débil, pero regular, y le van volviendo las fuerzas. El paseo por el jardin ha producido un feliz resultado. Al ponerse el sol ha esperimentado el enfermo una languidez general que se disipa con un poco de alimento.

18 *de octubre.* — Está algo mejor: ha bajado un poco al jardin, se ha paseado un corto rato, y se ha vuelto á la cama á las

ocho. El frio de los pies se estiende poco á poco por las piernas, llegando hasta encima de las rodillas; pero aplicándole continuamente servilletas calientes se consigue restablecer el calor natural. El pulso es regular y débil.

19 *de octubre.* — A las nueve y media de la mañana: está un poco mejor; sin embargo, el frio de las estremidades inferiores se renueva al ponerse el sol. Los vejigatorios se han secado, el pulso está como de ordinario.

20 *de octubre.* — A las ocho se siente el Emperador algo mejor; sale en coche, pasea dos horas y vuelve abrumado de cansancio. Apenas se habia acostado cuando le acomete con mayor fuerza el frio en las estremidades; pero poco á poco se disipa reemplazándole un calor abrasador que se estiende por todo su cuerpo, al cual se sigue una calma general; el pulso débil y nervioso.

21 *de octubre.* — El Emperador se encuentra bastante mejorado. Quiere tomar un baño y se está en él tres cuartos de hora: al medio dia baja al jardin; y en tanto que se pasea, me habla sobre los obstáculos y facilidades que habia hallado en la época de su consulado. «Los ejércitos estaban desmayados y rechazados sobre la línea del Var; el enemigo

tocaba ya á la frontera, estábamos amenazados de una invasion; pero la poblacion corrió á las armas, todo se puso en movimiento, marchámos y se salvó la Francia.» De este modo me fué contando Napoleon las ocurrencias con sus pormenores, hablándome de sus relaciones con Vallongues, y del espíritu que reinaba en el mediodía. El cuadro que me hacia concordaba muy poco con las revelaciones hechas en la tribuna por un noble emigrado, y con la elevacion del broquel que desconcertó la incomparable jornada de Marengo. Sin duda el Marqués se habia equivocado en el número, pues cuando se tiene valor y veinte y cinco mil hombres, no se oculta uno ni espera á que el enemigo haya desembarazado el campo para sonar la carga.

22 *de octubre.* — El Emperador se halla mucho mejor: ha recobrado fuerzas y apetito, y se ha dedicado durante cuatro horas á un trabajo importante. Habia convidado á comer al gran Mariscal y á su familia, y estaba contento y satisfecho. El dolor habia dormido todo él dia, y podria que ser no dispertase mas, con lo que estaba lleno de esperanzas. «Apenas me restablezca, me decia, os restituiré á los estudios, pasaréis á Europa y publicaréis vuestras obras, pues no quiero que os consu-

mais en este peñasco espantoso. Creo me habeis dicho que nó habeis estado en Francia; entonces la veréis, veréis sus canales y aquellos monumentos de que la llené en tiempo de mi poder.... Este ha pasado como un relámpago; mas no importa, pues, aunque corto, está lleno de útiles instituciones. —Inmortales, señor, tal como las de Cherburgo, Turin, Amberes.... —No, doctor, yo las he hecho mejores que esas. He consagrado la revolucion inoculándola en nuestras leyes. Mi Código es el áncora de salud que salvará la Francia, y mi título á las bendiciones de la posteridad; además, segun deciais poco ha, los establecimientos, las fundaciones, Flesingues, Corfú, Ostende.... — Los Alpes allanados. — ¡Ah! esa es una empresa cuyo proyecto viene desde mis primeros ensayos. Acababa yo de entrar en Italia, de donde eran largas y difíciles las comunicaciones con Paris; con el fin de hacerlas mas prontas resolví abrirlas por el valle del Ródano. Quise tambien hacer este rio navegable y romper la roca debajo de la cual se sumerge. Ya habia enviado ingenieros á reconocer la obra, cuyo coste debia ser moderado, y sometí el proyecto al Directorio; pero los acontecimientos nos arrastraban; pasé á Egipto, y nadie pensó

mas en él. Emprendíle nuevamente á mi regreso, cuando habiendo ya echado á los abogados no tenia mas embarazos: descargámos nuestros martillos sobre los Alpes, y ejecutámos lo que los Romanos no habian osado intentar, pues sentámos en medio de los granitos un camino sólido, espacioso y á prueba del tiempo. — Pero no de la industria piamontesa. — ¡Cómo! ¿Acaso lo destruyen? —Así me lo han dicho.—¡Ah! eso es mal hecho. La casa de Saboya me debia mas miramientos.» Entró entonces en largos pormenores sobre el armisticio de Cherasco, sobre el fervor democrático del Directorio, y su repugnancia por la paz. Con efecto, cuando Napoleon insistia en la ratificacion del tratado con aquel Rey, manifestando la muchedumbre de sus tropas y recursos, se opuso Talleyrand con todo empeño, practicando cuantos ardides y enredos estuvieron á su alcance para no firmar el contrato. Queria suscitar conspiraciones en los estados del Piamonte, insurreccionar los valles, y sobornarle los soldados: finalmente, por la carta que sigue se podrá juzgar mejor de sus intentos.

Al general Bonaparte.

El 3o de fructidor año v.

«Además de lo que digo en mi oficio de esta fecha, añado las siguientes ilustraciones sobre algunos puntos que me parece no deben entrar en los documentos oficiales, y de que, sin embargo, conviene esteis instruido.

« El Directorio no quiere ratificar el tratado con el Rey de Cerdeña ; porque seria contradictorio el unirse por medio de tratados solemnes con una monarquía cuya próxima destruccion podria provenir de lo que ha operado aquel en Italia. Se le acusaria del propio maquiavelismo con que el Rey de Prusia se ha conducido en Polonia. Además, el artículo del tratado en que mas se interesa el Rey de Cerdeña, es el en que se afianza la seguridad de su reino, y nosotros no podemos dar á los reyes una garantía contra los pueblos. Semejante empeño nos conduciria hasta hacer la guerra á los mismos principios por los cuales hemos combatido hasta ahora, y á los que se debe una gran parte de nuestras victorias. El Piamonte hará lo que pueda entre la Francia y la Italia, una y otra libres : to-

do lo que nosotros podemos hacer en ese pais, es dejar que las cosas sigan su curso natural.

«Segun esto, no podréis obtener los diez mil piamonteses prometidos; pero esto no impedirá que tengais tantos soldados como querais de ese pais, pues no faltarán hombres que quieran pelear por la libertad y bajo vuestro mando. Todos cuantos revolucionarios hubiere acudirán á vos; y bastará que comprometais á la Cisalpina á que los organice, los pague y los equipe. De este modo conseguiréis tener el corto ejército que el Rey de Cerdeña debia aprontar, y nosotros no deberémos ninguna obligacion á un príncipe de la casa de Borbon. Es muy creible que la corte de Turin no se opondrá de ningun modo á los alistamientos; antes bien, puede ser estará muy contenta de que la desembaracen de gentes que la inquietan, sirviendo esta medida útil para nosotros á retardar una esplosion en sus estados. Toda la dificultad está en pagarles: bien veo que la Cisalpina paga ya demasiado; pero solo es en dinero y la Francia ha pagado su libertad mucho mas cara que ella; fuera de que en esto tiene grandísimo interés, pues si la campaña vuelve á abrirse, mas será por ella que por nosotros.

« En cuanto á Mr. de Thugut, que es el soberano de Viena, y que predica la continuacion de la guerra, á pesar del Emperador y de los votos del pueblo, es un hombre que debiéramos haber perdido mas pronto; siempre se ha hecho dar dinero por arrastrar á sus señores á negocios detestables. En las instrucciones dadas á Clarke hallaréis noticias sobre una antigua traicion de que ya se ha dado conocimiento al gran Duque de Toscana. Podriais hacer poner en las gacetas de Italia que mas se leen en Viena, algunas palabras que le hiciesen temer el que se dijera mas; y si fuera necesario, comenzar la guerra, descubrir en pleno al traidor, publicar sus cartas, y sépase en Viena y en toda la Europa que antiguamente recibió dinero, que recibe todavía, y que es el único autor de una guerra que solo prolonga por favorecer á la Inglaterra y por aumentar los tesoros que este le ha dado.

« Si algo hay que admirar en este asunto, es solo el que hayamos tardado tanto en publicar los hechos, los cuales llegarán por fin á oidos del Emperador.

«Nosotros por nuestra parte trabajarémos por atraer á nuestro favor la opinion de la Europa, que ya tenemos en gran parte; este es un

medio, ó mas bien un ejército, que no debe descuidarse. Pensamos derramar escritos donde aparezca claramente que los gabinetes de Viena y Lóndres estaban de acuerdo con la faccion que acaba de ser destruida entre nosotros: se verá hasta que punto iban de conformidad los movimientos del interior y los de dichos dos gabinetes. Los miembros de Clichy, y la corte del Emperador tenian por objeto comun y manifiesto el restablecimiento de un rey en Francia, y una paz vergonzosa por la cual deberia volver la Italia á sus antiguos dueños.

Si os hablasen del contrapeso y equilibrio de la Europa, ¿qué no podriais decir sobre la Polonia, que ha dado un acrecentamiento tan considerable á la Potencia austríaca? El Directorio ha querido abstenerse de pronunciar sobre ella durante el curso de la negociacion, á pesar de que fué constantemente impelido á ello por el interés que le inspiraba la suerte de los Polacos y de su patria.

Si encontraseis que la negociacion no puede llevarse á efecto, entonces continuaréis el plan de espulsar la casa de Austria; y ya veis, que para esto no debe escucharse la neutralidad de la Toscana.

TALLEYRAND.

24 *de octubre.* —El Emperador ha continuado bien el resto del dia de ayer; ha pasado una gran parte de la noche leyendo periódicos, en que todavía se ocupaba á mi llegada á las diez. Ha tomado un baño de media hora; van aumentando sus fuerzas, disminuye la constipacion; sin embargo se queja de un vivo dolor en el hipocondrio derecho, que se estiende hasta la tetilla del mismo lado.

25 *de octubre.* — Despues de haber esperimentado un terrible dolor en las sienes, se quedó el Emperador en estado muy cercano al de letargo, del que le sacan unos pediluvios sinapismados. Entonces comenzó á lamentarse sobre el estado de su salud, diciendo: «¿Puede darse nada mas deplorable que mi actual existencia? Esto no es vivir, sino vegetar.... Mi salud no se restablecerá nunca.... aun el estado en que me hallo es solamente precario; y puede ser que bien pronto venga la muerte á poner término á lo que padezco.» Luego me recomendó hiciese la autopsia de su cadáver. — «No estamos todavía en este caso, le respondí; vuestra Majestad no toca al fin de su carrera; solamente le pido se digne someterse al régimen curativo que le tengo aconsejado. — Así quisiera yo creerlo; mas los vejigatorios se secan muy

pronto. — Luego tomarán energía si vuestra Majestad quisiere. — ¡ Remedios! vos sois como todos los médicos; prometeriais la vida á un cadáver con tal que pudiese hartarse de píldoras. Yo estoy en la estremidad, lo conozco y no me hago ilusion. Todas las fuerzas vitales se concentran en el punto de que se han apoderado las moscas; vos las sostendréis aun diez ó doce dias, mas entonces habréis obtenido todo el efecto que es posible esperar. — Pero, señor, en este caso podríamos todavía probar con un cauterio. — Quitad, no lo quiero; Corvisart me puso uno; es demasiado penoso é incómodo.»

26 *de octubre.* — A las seis y cuarto de la mañana. El Emperador está menos bien que ayer: la debilidad en las fibras es general: el frio en las estremidades se renueva continuamente, á pesar de todos los medios que empleo para disiparlo: el cuerpo presenta una palidez escesiva. A las tres ha pasado Napoleon á casa del gran Mariscal, donde se ha estado hasta las seis. Durante este intervalo le ha atacado una horripilacion general, acompañada de sed ardiente. Bebe limonada y se hace preparar un gran fuego, cerca del cual procura entrar en calor. Sus fuerzas están enteramente abatidas. «¡Qué situacion es la mia, doc-

tor! Todo me pesa, todo me fatiga y apenas puedo sostenerme. En todos los recursos de vuestro arte ¿no teneis medio alguno de reanimar el juego de la máquina?» Al mismo tiempo indicaba con su ademan el conjunto de sus órganos. Yo le dije que la medicina tenia muchos recursos. «¿Prontos y eficaces?—Pero, señor, el tiempo....—¡Ah! sí, el tiempo. Vos divertís el mal y la muerte lo termina.»

27 y 28 *de octubre.*—Sigue en igual estado sin ninguna mejoría. El pulso débil y vibrátil.

29 *de octubre.*—Sus fuerzas se debilitan continuamente. Tiene un profundo dolor en el hipocondrio derecho: evacuaciones abundantes de materias de bastante buen color, pero que parecian no haber tenido una perfecta digestion. Como habia ya algunos dias que duraban, quise prevenir los graves inconvenientes que podrian ocasionar; é insistí en la necesidad de una curacion medical. Habiendo dejado escapar alguna palabra sobre la alteracion que me parecian haber esperimentado las funciones del estómago así como las del hígado, el Emperador me replicó vivamente: «¿Qué es lo que decís del estómago? Sabed que el mio está sano, y que nunca en ninguna parte ni

circunstancia he padecido el menor mal: que no se hable mas de esto; ¿lo entendeis?»

30 *de octubre.*—El Emperador está muy pálido, y se queja de la suma debilidad en que se encuentra. Siente un violento dolor de cabeza, otro bastante incómodo en todo el tercio inferior de la pierna derecha, en el hipocondrio derecho, y hasta la region epigástrica. Durante la noche ha tenido dos evacuaciones mezcladas de mucha bilis, pero mejor elaboradas que las precedentes. No quiere servirse de ningun remedio.

31 *de octubre.*—El Emperador está todavía peor que ayer: ha pasado una noche muy agitada y con frecuentes evacuaciones. Subsisten con igual violencia los dolores de cabeza y del hipocondrio derecho: el pulso flojo y vibrátil. El enfermo está echado sobre un sofá, cubierto con varias mantas, á pesar de que el termómetro de Farenheit está á 65 ó 66 grados: las estremidades inferiores se han mantenido casi continuamente frias. Se opone siempre á toda medicina y solo le prescribe dieta severa, agua de arroz y algunas lavativas. Hácia el anochecer se vuelve el pulso algo mas regular, aunque débil, y Napoleon se siente un poco mejor: quéjase de que la piel de la parte en que han estado los vejigatorios está

roja y le hace esperimentar un raro sentimiento de irritacion.

FIN DEL TOMO CUARTO.

Lista

DE LOS

Señores Suscriptores.

D. Pablo Ferrer.
D. José María Serra.
D. José Armet.
D. Juan Borrás y Roca.
D. José Mas y Oliver.
D. Raimundo Fors.
D. Pasiano Masadas.
D. José Bonet.
D. José Lopez.
D. Juan M. L. Losuent.
D. Antonio Ametller.
D. José Font y Matarí.
D. Joaquin Castelló.
D. Ramon Guillemí.
D. Rafael Soler.
D. Felio Boix.
D. Francisco Esteve.
D. Manuel Oller.

D. Pablo Casas, por 4 ejemplares.
D. N. N.
D. Olay M. Busch.
D. José Escardó.
D. José Martí.
D. Pedro Ferran.
D. Jacinto Ratés.
D. Sebastian Cadena.
D. Gaspar Roix.
D. Antonio Boter y Llauder.
D. Carlos Llauder.
D. Rafael Neto.
D. Ramon Sans y Berraquer.
D. José María Demestres.
D. N. Amat.
D. José Casals.
D. Juan Amills.
D. Pedro Espinós.
D. Rafael Sabadell.
D. Andrés Hernaiz.
D. Narciso Reynés.
D. Antonio Pla y Devesa.
D. Gerónimo Deu.
D. Domingo Vintró.
D. Buenaventura Vibó.
D. Jaime Surt y Roca.
D. José Vall.
D. Pablo Vilarnau.

D. B. Solá.
D. Francisco Vages.
D. Antonio Alabern.
D. Estevan Badia.
D. Mariano Foxá.
D. Magin Figuerola.
D. Juan Sastres.
D. Francisco Vidal.
D. Jaime Safont.
D. José Mas.
D. Estevan Santaló y Colomer.
D. José Ramon de Grassot y de Mujal.
D. Narciso Ferrer.
D. Gerónimo Font.
D. Tomás Barba.
D. Antonio Carrós.
D. Domingo Vidal y Balaguer.
D. J. D.
D. José Carreras.
D. José Moner y Nogués.
D. Estevan Pujol.
D. José Larea.
D. Pablo Paserans.
D. Domingo Serra.
D. P. B.
Doña Rosa Ledó.
D. José Parladé.
D. Francisco Moliner.

D. Francisco Gibert.
D. Miguel P.
D. Bartolomé Lubero.
D. Pablo Vilaseca.
D. Narciso Nunó.
D. Joaquin Letxós.
D. Jaime Torras.
D. Melchor de Albarede.
D. J. M. S.
D. A. M.
D. Ramon Saurí.
D. José Martí.
D. Miguel Vither.
D. Antonio Vilalonga.
D. Ildefonso de Alcaraz.
D. Pablo Gasull.
D. José María Sirvent.
D. Eudaldo Solanich.
D. C. P.
D. Juan Sabadell y Lloberas.
D. A. Y.
D. Jorge Company.
D. Mariano Gelí.
D. Ramon Vila y Carrera.
D. Francisco Conill y Botet.
D. Joaquin Rey.
D. José Mestre.
D. Jaime Prats y Urgelles.

D. Pedro Tomas Carreros.
D. Francisco Olavarrieta.
D. Pedro Urtensio Pons.
D. N. Tauler.
D. Gerónimo Millet y Bosch.
D. José Massanet.
D. Pablo Riera, por 6 ejemplares.
D. José García Nava.
D. Juan Pascual.
D. Cayetano Mas.
D. Francisco Marset.
D. Mariano Marqués.
D. Francisco Vieta.
D. Joaquin Padilla.
D. Felipe de Saleta.
D. Jaime Monner.
D. Nicolas Carbonell.
D. Felipe Alp.
D. Jaime Baulenas.
D. Salvador Lalanda.
D. Francisco de Sales Rufasta.
D. Manuel Saurí, por 16 ejemplares.
D. Jaime Busaña, Pbro.
D. Juan Boet.
D. Francisco Javier Fradera.
D. Pablo Tresserras.
D. Pablo Henales.
D. José Doria.

D. Benito Cortés.
D. Cristoval Noves.
D. E. Monfort.
D. Francisco Pahisá.
D. Ignacio Herp.
D. Jaime Capella.
D. Joaquin María de Torres.
D. Ramon Cuyás del Bosch.
D. Agustin Galup.
D. Jaime Monistrol.
D. José Maristany.
D. José Bremart.
D. Juan Roix y Sagarra.
D. José Lcpez.
D. José Ramon Pasqués.
D. José Cardona.
D. Cristobal Mas y Urgelers.
D. Juan Bautista Guarino.
D. Honorato de Puig.
D. N. R.
D. Ramon Vilar.
D. José Francisco Maristany.
D. Miguel Vila.
D. Juan Puig.
D. Ramon Escriba.
D. Joaquin de la Torre.
D. Antonio Baucis.
D. Mariano Boixader.

D. Jaime Romaní.
D. Lucas García.
Sr. Cónsul de Prusia.
D. Manuel Cauto.
D. N. Suñol.
D. Manuel Ventura Guañabens.
D. Antonio Viada.
D. Francisco Puig.
D. M. R.
D. Jaime Roviralta.
D. J. A.
D. Manuel Pelaez.
D. Antonio Canals.
D. Juan Prats.
D. Genaro Bugallo y Olivera.
D. J. B. y A.
D. José Forés.
D. Fernando Moragues y Ubach.
D. Ramon Urgell.
D. Francisco Salvatierra Savoya.
D. Manuel de San-German.
D. José Bosch.
D. Juan Zeffel.
D. Pablo Pirich.
D. Pedro Subirana.
D. Antonio Rius y Rosell.
D. Sebastian Martí.
D. Gerónimo Galvany.

D. Francisco Grau.
D. J. S. y T.
D. Manuel de Coca.
D. José Francisco Parellada.
D. José Calderon.
D. J. Llobregat.
D. José Bengués.
D. Francisco Gironella.
D. Salvio Ros.
D. Pablo Joaquin Porta.
D. Antonio Cendras.
D. Leodegario Serra.
D. Francisco Oliveres.
D. Cayetano Saquetti.
D. Juan Monconill.
D. José Villar.
D. Carlos Angel.
D. José Amella.
D. Ramon Molet.
D. Félix Bausili.
D. Vicente María Salamero.
D. Juan Saforcada.
D. P. B.
D. Francisco Maritorena.

Se continuará.

ULTIMOS MOMENTOS

DE

NAPOLEON.

TOMO QUINTO.

ULTIMOS MOMENTOS

DE

NAPOLEON.

CONCLUSION

DEL

DIARIO DE SANTA-HELENA.

POR EL DR. ANTOMMARCHI.

Traducido al castellano

Por D. J. C. Pagés,

INTÉRPRETE REAL.

TOMO V.

BARCELONA:

IMPRENTA DE OLIVA,

Calle de la Platería.

1835.

CONCLUSION DEL DIARIO
DE SANTA-HELENA,
ó
Ultimos momentos
DE
NAPOLEON.

1.° *de noviembre.*—El Emperador ha pasado bastante buena noche: el pulso irregular y nervioso, el dolor de cabeza y la digestion bastante difícil, á pesar de que el enfermo ha tomado poco alimento. El estómago esperimenta una dilatacion un poco dolorosa á causa de los gases que producen frecuentes eructos. El dolor del hígado se ha aumentado, y una tos seca y continua producida por el estado del estómago que le ocasiona vómitos. El frio se manifiesta constantemente en las estremidades y produce una contraccion espasmódica

en los músculos trigemelos del muslo. Por la tarde se disipan casi todos los síntomas indicados, y advierte el enfermo una sensible mejora.

2 *de noviembre.*—A las cuatro de la mañana se ha despertado el Emperador con una tos seca y nerviosa, acompañada de eructos y de vómitos. Las pociones anodinas han producido alguna calma hácia el amanecer.

A las nueve está sosegado y débil, y toma algun alimento.

A las tres, nuevos accesos de tos, acompañados de eructos y vómitos. Dolor de cabeza y de hígado. Frio en las estremidades esteriores; aplicacion de lienzos calientes á las piernas, y linimento amoniacal en friccion sobre bajo vientre; pocion calmante: por la tarde se han moderado todos los síntomas alarmantes.

3 *de noviembre.*—Ha pasado una noche bastante sosegada; el enfermo está sensiblemente mejor, sin embargo continua la postracion de las fuerzas. Al medio dia esperimenta Napoleon un vivo dolor en la cabeza, un frio helado y contracciones espasmódicas en las estremidades inferiores. Recobra algun apetito y le aconsejo los baños de mar tibios.

4 *de noviembre.*—El Emperador está un poco

mejor, le vuelve el apetito, tiene el pulso flojo, pero regular. Toma un baño tibio compuesto de dos tercios de agua de mar y un tercio de agua dulce, en el cual se está treinta y cinco minutos.

5 *de noviembre.*—El Emperador continua mejor y toma otro baño de agua salada.

Como ya el dolor le habia dejado, volvió á tomar el hilo de sus conversaciones, recordándome las obras que habia ejecutado en Italia, y los hombres que habia protegido. En Pavía, Padua, Fusina, Pontelongo y otros puntos hizo abrir caminos espaciosos, ahondó el puerto de Malomocco, desecó los valles que desembocan en Verona, echó puentes sobre el rio Adige, contuvo las inundaciones del Bachiglione, construyó diques, canales y acueductos, sin haber hecho sin embargo mas que un principio de lo que pensaba hacer en Italia. Pasando despues repentinamente de las cosas que habia hecho á los hombres que habia conocido, me habló en particular de Cesarotti, cuya pompa y armonía le agradaban. «Yo le socorrí y le colmé de beneficios; pero habiéndonos hecho odiosos por el abuso de la victoria, nos espulsaron de Italia, y el poeta, cediendo á la exasperacion general, celebró nuestros reveses.» Esta falta no le hizo per-

der la benevolencia de Napoleon, pues uno de sus primeros cuidados despues de la incorporacion de Venecia fué de recomendarle al príncipe Eugenio.

«Hijo mio, le escribia Napoleon, cuando yo mandaba como general en gefe en los estados venecianos antes del tratado de Campo-Formio, me presentaron en Padua el abate Cesarotti, hombre de mérito y pobre. Le acogí distinguidamente y le concedí una pension sobre los fondos de la ciudad, que fué pagada en tanto que el pais estuvo bajo mi dependencia. Los austriacos que me han sucedido no se la habràn conservado; sabed pues qué se ha hecho ese hombre, y si le encontrais hacedle pagar su pension y los atrasos.»

6 *de noviembre*.—Continua mejorando la salud del Emperador: toma el tercer baño de agua salada en el cual se está cerca de una hora, y luego baja al jardin. Estaba tan débil que apenas podia sostenerse; sentóse junto al vivero que era desde algunos dias el término de sus paseos: allí se instalaba y permanecia horas enteras siguiendo el movimiento de los peces. Les echaba pan, estudiaba sus costumbres interesándose en sus amores y querellas, y buscaba con una verdadera solicitud las relaciones que hay entre ellos y nosotros:

él mismo nos las manifestaba dándonos sus pormenores, y á veces nos llamaba solo para comunicarnos sus observaciones. Por desgracia les entró á aquellos animalillos una plaga de vértigos, con cuya enfermedad luchaban nadando sobre el agua, y perecian uno tras otro. Esto afectó muy cruelmente á Napoleon: «Ya lo veis, me dijo, una fatalidad existe sobre mí; todo lo que yo amo, todo cuanto me pertenece participa de ella. El cielo y los hombres se reunen para perseguirme.» Desde entonces no pudieron contenerle el tiempo ni la enfermedad, todos los dias los visitaba él mismo, y aun me encargó de ver si habria medio de socorrerlos. Yo no me figuraba de donde podia venir aquella singular mortandad; examiné si consistia en el agua, pero el Emperador en su impaciencia me llamaba varias veces al dia para enviarme á ver si habian perecido mas. Confieso que esperimentaba una viva satisfaccion cuando podia anunciarle que todos estaban vivos. Al fin conocí la causa de aquel accidente que tanto afligia á Napoleon: habíamos revestido el estanque con un betun cimentado en cobre, y esto era lo que, corrompiendo el agua, hacia morir los peces. Retirámos pues los que habian sobrevivido y los pusímos en una cuba.

7 *de noviembre.*—Igual estado que ayer: el enfermo toma el cuarto baño de agua salada, y sale despues á pasearse en la calesa.

8 *de noviembre.* — El Emperador sigue bastante bien; toma el quinto baño de agua salada, y se pasea por el parque en su calesa.

9 y 10 *de noviembre.* — Continua bastante bien; pero habiendo pasado una parte de la última noche leyendo periódicos, está estraordinariamente abatido: baño de agua salada.

11 y 12 *de noviembre.* —El dia de ayer fué malo, y el de hoy todavia peor. El Emperador esta triste, postrado, siente un grande abatimiento de fuerzas, inapetencia, y una pesadez y flatuosidades incómodas en el bajo vientre. El dolor del hígado se hace sentir con nueva violencia, estendiéndose hácia la region epigástrica; á todos estos síntomas se reune un dolor bastante agudo á lo largo de la espina dorsal y del hombro derecho, una constipacion obstinada, y un pulso pequeño y nervioso. Los remedios han sido baño de agua salada, lavativa y fricciones de linimento amoniacal, sobre la espina del hombro y de la espalda izquierda, á las cuales se ha seguido un escelente resultado.

13 *de noviembre.* —Las fuerzas del enfermo

no están en mejor estado que ayer; antes bien se halla sumergido en un adormecimiento invencible; sin embargo, está el pulso bastante regular. Baño acostumbrado en agua de mar, y se repiten las fricciones sobre el hombro y espalda izquierda.

14 *de noviembre.* — Despues de haber tomado su baño de agua salada, se ha encontrado el Emperador mucho mas fuerte y dispuesto, y ha comido con bastante apetito. Fricciones con el linimento ordinario.

Volvió á entablarse la conversacion sobre la Italia, en la que tratándose de Oriani, hizo Napoleon muchos elogios de este hombre, que consideraba como el primer geómetra que ha existido. Habíale protegido y recomendado á Brune cuando partió á la espedicion de Egipto, haciendo siempre justicia á su saber. Inmediatamente que Napoleon entró en Milan, queriendo honrar en la persona de aquel á todos los que cultivaban las ciencias en Italia, le escribió la carta siguiente.

«Cuartel general de Milan, 24 de mayo de 1796.

Bonaparte, general en gefe del ejército de Italia, al ciudadano Oriani, astrónomo.

Las ciencias que engrandecen el espíritu humano, las artes que embellecen la vida y trans-

miten á la posteridad las grandes acciones, deben ser particularmente honradas en las repúblicas. Todos los hombres de ingenio, todos los que merecen un lugar distinguido en la república de las letras son franceses, prescindiendo del pais que los ha visto nacer.

Los sabios no disfrutaban en Milan de la consideracion que debian tener: retirados en lo interior de sus laboratorios, se tenian por dichosos con que los reyes ó los clérigos se dignasen no hacerles ningun daño. Mas ya no es lo mismo en el dia; el pensamiento se ha hecho libre en Italia..... Ya no hay inquisicion, intolerancia ni déspotas; los sabios pueden reunirse y esponerme sus proyectos sobre los medios que deban tomarse, ó las necesidades que tuvieren para dar á las ciencias y á las bellas artes una nueva vida y existencia. Todos los que quieran pasar á Francia serán acogidos con atencion por el Gobierno. El pueblo francés da mayor valor á la adquisicion de un sabio matemático, de un pintor de reputacion, de un hombre distinguido en cualquier arte que profesare, que á la de una ciudad la mas rica y abundante. Sed pues, ciudadano, el órgano de mis sentimientos, para con los sabios distinguidos que se hallan en el Milanesado. »

Napoleon conservaba muy particularmente en su memoria á aquel sabio, de quien hablaba con frecuencia, y contaba los pormenores de la primera audiencia que le dió. Todo confuso y turbado á la vista del aparato del estado mayor, no acertaba á decir una palabra, hasta que Napoleon para tranquilizarle le dijo: «Aquí estais entre vuestros amigos; nosotros honramos el saber y solo queremos rendirle homenaje. — Perdonad, General, tanta pompa me confunde, pues no estoy acostumbrado á ella.» Sin embargo, se rehizo y tuvo una conversacion con Bonaparte que le causó estraordinaria sorpresa, no imaginándose como á veinte y seis años se puede haber adquirido tanta gloria y tanta ciencia. El General era para él un fenómeno inesplicable.

Elogiando al astrónomo nombró tambien el Emperador á M.... «En cuanto á ese, le dije yo, necesita toda la indulgencia de vuestra Majestad. —Ya lo sé: ese tal solo era fiel despues de la victoria. Berthier me le habia señalado muchas veces, pero ¡quién no seria faccioso con un hombre tan débil como Berthier! Preguntándole yo en Génova si queria ser juguete de algunos embrollistas, y si no era general en gefe, me respondió: No señor, ya sabeis que aun aqui mismo no he

cesado de ser vuestro gefe de estado mayor.

15 *de noviembre.* — A las dos y media ha tomado el Emperador su baño acostumbrado: se queja continuamente del dolor del hígado, que se estiende hasta las espaldas.

16 *de noviembre.* — A pesar de que está débil y sin poder andar, ha bajado el Emperador al jardin, sosteniéndose en mi brazo; hasta que llegando á un asiento se ha echado en él como si hubiese hecho un trabajo estraordinario. «¡Ah doctor! ya se acerca mi fin; ya no tengo energía ni fuerzas; mi propio peso me abruma.» Yo iba á responderle, mas él previniendo mi réplica, continuó: todavía debo sanar, ¿no es verdad? Un médico morirá antes que dejar de sostener á un agonizante que no está enfermo. — No señor; pero cuando la vida está todavía intacta... — Ya no lo está; yo me apago, siento que mi hora ha llegado. — Vuestra Majestad no ha llegado al estremo; dígnese solamente... — ¿Qué? ¿tomar píldoras? ¿alguna infusion de quina como en Mantua? — No señor, mucho menos, como en Venecia. — ¡Ola! ¡como en Venecia! Parece que vuestros cadáveres estaban en continuo acecho: ¿os han dicho tambien el número de enfermos á quienes yo he hecho violencia? — No señor; yo solo he oido hablar de hilas, aguardiente

alcanforado y vinagre, que los pueblos venecianos debian suministrar, y que los generales de division debian distribuir.—Preciso era aprovisionar los hospitales ambulantes.—Y tambien curar á los calenturientos y á los heridos.—¡Habrá tal obstinacion, con sus remedios! Vamos, doctor, pensarémos en ello.» Diciendo esto se lavantó, le fuí sosteniendo hasta volver á entrar en casa, y se metió en el baño, donde se estuvo una hora. Una debilidad general de las fibras y el dolor del hígado le incomodaban, este se dilata sobra la region epigástrica.

17 *de noviembre.*—Poco mas ó menos sigue en el mismo estado, habiendo tomado su baño á las diez.

18 *de noviembre.*—El Emperador se halla sumergido en un profundo abatimiento; esperimenta continuos eructos, y se queja de un dolor en la region epigástrica. Se le aplica un cauterio en el brazo izquierdo, cuya incision no produce una sola gota de sangre. Suspéndense los baños de agua salada.

19 *de noviembre.*—El Emperador visita sus peces, da una vuelta por el jardin y sale en la calesa; mas se vuelve apenas ha llegado al parque, porque se le ha descompuesto la ligadura del cauterio. Ha comido despues con bas-

tante apetito, y parece están menos alteradas las funciones del estómago.

Sin embargo, no tiene fuerzas ni energía, le domina el sueño y esperimenta un cansancio invencible. « Doctor, me dice, ¡qué cosa tan dulce es el reposo! la cama se ha convertido para mí en un lugar de delicias que no trocaria por todos los tronos del mundo. ¡Qué mudanza! ¡Cómo he decaido! Yo, que no tenia límite en mi actividad, que mi cabeza jamás se amodorraba, me veo abismado en un letargo soporífero, y necesito hácer un esfuerzo solo para levantar los párpados. Yo dictaba en otro tiempo sobre asuntos diversos á cuatro ó cinco secretarios que iban tan apriesa como la palabra; pero entonces era Napoleon, en el dia ya no soy nada; las fuerzas y las facultades me abandonan, vegeto mas que no vivo.»

20 *de noviembre.* — Napoleon, sumergido en una profunda tristeza, no pronuncia una sola palabra.

21 *y* 22 *de noviembre.* — Parece siempre entregado á la misma melancolía; come poco, y vuelve á tomar baños de mar.

23 *de noviembre.* — Igual estado que los dias anteriores: baño de agua salada.

24, 25 *y* 26 *de noviembre.* — Igual situacion: baño acostumbrado.

27 *de noviembre.*—El Emperador está de un humor sombrío. Le examino el cauterio; y hallándole en un estado de corrupcion, lo lavo con vino y agua tibia: baño de costumbre.

28 *de noviembre.*—A las diez de la mañana está el Emperador muy abatido; quéjase de un violento dolor de cabeza y de un *dolor gravativo* (esta es su espresion) en el hígado. Toma algun alimento y se halla mejor.

A las tres ha comido con mejor apetito del que acostumbra: á cosa de las cuatro ha salido en calesa, mas despues de haber dado con mucha lentitud una vuelta de paseo por el parque, le han entrado náuseas tan violentas, que le han hecho vomitar lo que habia comido. Constipacion obstinada: baño, y dos píldoras tónicas.

29 *de noviembre.*—El Emperador ha tomado tres píldoras tónicas á las siete de la mañana. A las tres de la tarde, despues de haber comido, le ha entrado una tos seca y penosa en estremo. Al momento la atribuye al uso de las píldoras, y aprovecha esta ocasion para proscribirlas enteramente. Continua el sopor; se está muchas horas en la cama, y sale una hora en su calesa: baño acostumbrado.

30 *de noviembre.*—El Emperador se halla

poco mas ó menos como ayer, escepto que la tos se ha disipado. Niégase á servirse de ningun remedio y renuncia hasta al baño.

Habiendo querido yo combatir esta resolucion, me ha replicado: «¿Qué me queda ya que esperar? ¿Qué buen efecto quereis que me prometa? doctor, no quiero nada inútil.»

1.° *de diciembre.*—Hallándose algo mejor el Emperador, ha salido en calesa á paseo. A su vuelta he procurado distraerle recordándole sus hazañas y hablándole del efecto que produjo su regreso de Egipto. «Es verdad, me ha dicho, que fué incalculable y que restituyó la confianza á las tropas y la esperanza á los generales, que juzgados y destruidos, solo aspiraban á vengar sus ofensas, y á escapar del yugo ignominioso de un puñado de abogados que perdian la Francia. Yo les aparecí como el Mesías, todos bendijeron mi llegada; pero á quien esta fué mas agradable que á ninguno, porque era el que mas se dolia de los males de su patria, fué á Championnet. Este escribió inmediatamente al Directorio ofreciéndole su dimision.» Busqué la carta y la leí:

Cuartel general de Coni, 4 de octubre de 1799.

Al director ejecutivo.

Ciudadanos directores: acabo de saber de un modo positivo la felìz llegada á Francia del general Bonaparte, é inmediatamente la he comunicado por medio de la órden del dia al ejército de Italia. Esta agradable noticia ha llenado todos los corazones de alegría y de esperanza, y estoy convencido de que el ejército marchará de victoria en victoria si se ve de nuevo conducido por ese héroe. Su nombre infunde terror en las filas enemigas, al paso que enardece el valor de nuestros soldados. A él le toca levantar de nuevo el árbol de la libertad en los puntos en que él mismo le plantó, y hacer temblar otra vez al tirano del Austria en su trono vacilante. Ciudadanos, al paso que os exhorto en nombre de la patria, del ejército y de la libertad de Italia, á que confieis el mando del ejército al general Bonaparte, os suplico acepteis mi dimision. Esta carga es demasiado pesáda para mí, y me consideraré suficientemente recompensado de todos los esfuerzos que tengo hechos hasta el dia por el

triunfo de la república y la libertad de mis conciudadanos si puedo contribuir nuevamente á que sea dichosa y libre nuestra amada patria.»

CHAMPIONNET.»

2 *de diciembre*.—El Emperador, sumergido en una profunda languidez, se queja mucho del dolor del cauterio, el cual presenta, sin embargo, un aspecto bastante satisfactorio.

3 *de diciembre*.—El Emperador está notablemente mejor.

4 *de diciembre*.—Igual estado.

5 *y* 6 *de diciembre*.—Va cada dia mejor.

7 *de diciembre*.—El Emperador está mucho mejor, y se ha ocupado en un trabajo serio durante dos horas, sin resentirse de la menor incomodidad. A las nueve, viendo que el tiempo estaba bueno, ha querido salir en calesa descubierta, pero se le ha sentado el sol, y ha vuelto muy fatigado y con fuerte dolor de cabeza. Me ha dicho que habia tres dias esperimentaba una especie de estranguria, y en efecto he reconocido que la vejiga habia sufrido bastante dilatacion. Toma un baño tibio de media hora.

Por la tarde esperimenta un vivo dolor de cabeza, tristeza profunda, somnolencia casi

continua, y desgana en general: pulso pequeño y nervioso.

8 *de diciembre.*—El Emperador está algo mejor, aunque conserva su humor sombrío é inquieto. Procuro distraerle recordándole los hombres cuya memoria le es apreciable, y traigo á la conversacion el nombre de Desaix. «¡Desaix! su muerte fué una de mis calamidades: era generoso, magnánimo y le atormentaba la pasion de la gloria.» Aquí se detuvo volviendo á su abatimiento; mas empeñado yo en no dejarle en tal estado, volví á hablarle de las victorias que aquel General habia logrado en el alto Egipto. «Las hubiera conseguido en todas partes; pues era hábil vigilante y lleno de audacia; para él no era nada la fatiga, y mucho menos la muerte; hubiera ido á vencer hasta el cabo del mundo. Tambien le habia yo elegido tenientes que fuesen á su gusto, y Belliard era tan dispuesto para la administracion como para la guerra: él dirigia los riegos, animaba la agricultura y dispersaba á los beys, siendo á un mismo tiempo agrónomo, gobernador y capitan, tan temible á los Mamelucos como agradable á los Cheikes. Tuvo el mando de la vanguardia desde Alejandría al Cairo, esperimentó el primero todas las privaciones;

peró la naturaleza le habia dotado de un valor á toda prueba y el desierto no le espantó. Contuvo á la tropa que otros muchos trataban de conmover, y se mantuvo siempre leal. Yo sabia cual era su capacidad y su constancia, por lo que quise llevármelo á Siria; mas Desaix se opuso con tanto empeño en conservarlo, que se lo hube de dejar. ¡Aquel buen Desaix! ¡Cuánto se afectó con las necedades del Directorio y su alzamiento de broqueles! Cuando yo le anuncié que en Europa habia vuelto ha encenderse la guerra, me contestó: Las ofensas no me han sorprendido, pero me han afligido vivamente. Bien se conoce que no estais ya en aquella Italia donde tanta gloria habeis adquirido: todavia volveréis á ella, é ilustraréis la nacion; mas nosotros nos quedarémos vegetando entre los Arabes. ¿Quién conocerá la grandeza de vuestras ideas? ¿Quién apreciará vuestros generosos designios? Esa guerra de Alemania es una cosa muy terrible; me impaciento de no poder estar en ella. Al menos pensad en nosotros, en nuestra situacion y en nuestra pasion por la gloria, pero ante todo salvad la Francia. —No me disgustó el tener su sufragio; partí, y ya sabeis el resultado.»

15 *de diciembre.* — El Emperador ha salido en calesa, pero ha vuelto en estremo fatigado y con agitaciones nerviosas. No pudiendo descansar un momento, ha tomado una pocion calmante y se ha sentido mejor el resto del dia.

16 *de diciembre.* — Ha pasado una noche muy agitada, y sigue siempre abismado en la tristeza. A las tres toma un baño tibio: se halla tan débil y postrado, que le faltan fuerzas aun para dar algunos pasos por la sala; viéndose precisado á sentarse, me dijo con un tono penoso, enseñándome y tocándose las piernas: «Ya se acabaron, ya veis que aquí no hay nada, esto es un esqueleto.» Esforcéme en persuadirle que aquel estado de flaqueza era una consecuencia de la enfermedad, que en nada influia sobre el estado final. «No, doctor, todo debe tener un término y ya estoy en él; en verdad que no me duele, pues no estoy pagado para querer la vida.»

17 *de diciembre.* — En la última noche ha esperimentado otra vez agitaciones de nervios, dolor de cabeza y en el bajo vientre. El estado de languidez es menos pronunciado que los dias precedentes.

18 *de diciembre.* — Continuan las alternativas de bien y de mal, y se prolongan hasta el 24.

25 *de diciembre.* — El desfallecimiento de sus fuerzas es estremo ; ha pasado una noche malísima y agitada. Se queja de un dolor bastante agudo, que se estiende desde el hipocondrio derecho hasta la region epigástrica. Tiene el vientre duro é hinchado, la cabeza pesada y dolorosa, y el pulso pequeño y nervioso.

Habia mucho tiempo que yo solicitaba de Napoleon que se dejase limpiar los dientes, y por fin hoy ha consentido.

26 *de diciembre.* — El Emperador ha pasado mejor esta noche, pero se halla un poco incomodado por haber querido estarse dos horas en el baño.

Pónese á leer con una ansia estraordinaria los periódicos que acaban de llegar de Europa, y halla la noticia de la muerte de su hermana la princesa Elisa, cuya nueva le arroja en una especie de estupor. Estaba en su silla de brazos con la cabeza baja é inmóvil, entregado á la pena mas profunda. Por intervalos le escapaban suspiros prolongados, levantaba los ojos, los bajaba, me miraba de cuando en cuando fijando en mí la vista sin proferir una palabra. Al fin me tendió el brazo: el pulso estaba débil é irregular; le aconsejé tomase un poco de agua de flor de naranja, y me pareció no me habia entendido. Le insté á que

saliese á tomar el aire al jardin. «¿Creeis, me dijo con una voz baja y alterada, que eso pueda sacarme del estado de opresion en que estoy? — Así me lo parece, señor; pero á lo menos pido á vuestra Majestad tome la bebida que le propongo.» Consiente en ello, é inmediatamente despide de su boca un torrente de gas, sucediéndose los suspiros con menos frecuencia; bebió segunda vez, y se calmó enteramente. » ¿Con qué quereis que vaya al jardin? Vamos allá.» Levantóse con mucha pena, y se apoyó en mi brazo. «Qué débil estoy! Mis piernas vacilantes no pueden ya sostenerme.»

Estaba el dia placentero, y llegámos hasta el emparrado, donde probó el Emperador á dar algunos pasos; pero faltándole las fuerzas, tuvo que sentarse en un poyo que se halló allí inmediato. «¡Ah, doctor, me dijo, cuán fatigado estoy!... Sin embargo, debo confesar que mi opresion ha disminuido mucho, el agua de flor de naranja que me habeis hecho tomar ha desprendido la abundancia de gas que me oprimia; conozco que me hace bien el respirar el aire puro. Hasta hoy, nunca habia esperimentado dolor alguno en el estómago ni en los intestinos, é ignoraba que el aire pudiese alojarse en ellos en cantidad

tan considerable. Es verdad que yo no he estado jamás enfermo, y no habiendo tomado medicinas mal puedo conocer en semejante materia; aun el estado en que hoy me hallo me parece tan estraordinario, que no puedo comprenderlo.»

Despues de algunos instantes de silencio prosiguió: «Los periódicos anuncian que la princesa Elisa ha muerto de una fiebre nerviosa, y qne ha dejado á Gerónimo por tutor de sus hijos. ¿Qué es lo que entienden los médicos por fiebre nerviosa?» Se lo indiqué. «¿Habeis conocido á la princesa Elisa cuando era gran duquesa de Toscana? — Sí señor. — Parece que estaba muy delicada, pues ella misma me aseguraba que tenia motivo para estarse continuamente en la cama, y que solo su mucha actividad podia hacerla vivir. Yo soy de su mismo parecer, y creo que la vida laboriosa es siempre favorable á la salud, sea en los hombres, sea en los animales: he hecho la esperiencia en mí mismo, y hoy podemos observar las consecuencias del régimen contrario. Elisa fué desde su infancia orgullosa é independiente, y nos hacia cara á todos nosotros. Tenia talento y una actividad prodigiosa, conocia los negocios de su gabinete y de sus estados tan bien como pudiera

hacerlo el mas hábil diplomático. Ella era quien se ocupaba en las relaciones esteriores; y aunque sintió mucho el verse precisada á entenderse con mis ministros, no dejó de corresponder directamente con ellos, resistiéndoles muchas veces y aun obligándome algunas á que me mezclase en sus discusiones. Por lo demás, era viva y sensible, y se conmovia fácilmente: la menor incomodidad bastaba para encolerizarla; pero su cólera se disipaba inmediatamente, pues tenia Elisa un corazon generoso y elevado. Gustaba del lujo, cultivaba las ciencias y las artes, y tenia la ambicion de ejercer una especie de supremacia sobre sus hermanas, queriendo ser superior á ellas por la autoridad, así como lo era por los años. Yo no sé hasta que punto se debe dar crédito á la noticia de su muerte, tal cual aparece en los diarios; pero lo que me parece falto de fundamento es que haya encargado á Gerónimo de la tutela de sus hijos. Para que esto fuese admisible seria necesario suponer que Baciocchi no existe ó que está ausente; pues en otro caso él es de derecho su tutor natural y legal. ¿Habeis conocido al príncipe Baciocchi? — Le he visto algunas veces, pero no le he hablado nunca. — ¿Qué opinion tenian de él en Florencia? — Le miraban co-

mo un buen hombre que se ocupaba poco en los negocios y que solo pensaba en gozar de las ventajas de su situacion. — No se equivocaban : siempre le ha gustado la vida privada sin querer ocuparse mas que de sí mismo. Su carácter pacífico contrastaba singularmente con el espíritu animado de la princesa Elisa. ¿ Sabeis cuántos hijos ha dejado ? — En Toscana tuvo una niña , y un niño en los estados venecianos ; no sé si despues ha tenido mas.»

El Emperador se levantó , se agarró á mi brazo y me dijo mirándome fijamente : « ¡ Ah! doctor , ya lo veis , Elisa nos enseña el camino : la muerte que parecia haber olvidado mi familia comienza á caer sobre ella , y ya no puede tardar en llegar á mí. ¿ Qué os parece ? —Vuestra Majestad no toca su fin ; acaso le está reservada todavía alguna gloriosa empresa. — No , doctor ; vos sois jóven y lleno de salud ; pero yo ya no tengo fuerzas , actividad ni energía , ya no soy Napoleon. En vano procurais restituirme la esperanza y reanimar mi vida próxima á oscurecerse ; vuestros desvelos nada pueden contra el destino, que es inmutable y de cuyas decisiones no hay apelacion. La primera persona de nuestra familia que debe seguir á Elisa , es este gran Napoleon que vegeta y cae abrumado por su

propio peso, y que sin embargo tiene todavía á la Europa en inquietud. He aquí, mi querido doctor, como yo considero mi situacion actual. Vos que sois jóven teneis una larga carrera que correr; mas para mí, todo se ha concluido: os lo repito, bien pronto se terminarán mis dias en este infeliz peñasco.»

Volvímos á casa, y Napoleon se metió en la cama diciendo que le cerrase las ventanas y le dejase solo, pues mas tarde me llamaria. Me hizo llamar con efecto; mas le hallé muy abatido y trastornado hablando de su hijo y de María Luisa: traté de cortar una conversacion tan penosa, y de presentarle recuerdos que no alarmasen su ternura. «Ya os entiendo, doctor; hagámoslo así, olvidemos, si es que el corazon de un padre puede olvidar.»

27 *de diciembre.*—El Emperador está sumergido en el mayor abatimiento.

28 *de diciembre.*—Igual estado que ayer: dolor de cabeza, eructos frecuentes, náuseas, tos seca y nerviosa. Le prescribo una pocion calmante.

29 *de diciembre.*—Poco mas ó menos está siempre en el mismo estado, sin embargo ha calmado un poco la tos; el pulso débil é irregular.

30 *de diciembre.*—El Emperador está mu-

cho peor, esperimenta un temblor general, tan pronto frio, tan pronto calor; el pulso es nervioso y débil, la deglucion difícil, el dolor de cabeza insufrible, los eructos frecuentes é insípidos. «Vamos, doctor, ¿cómo me hallais? ¿Qué os parece de mi situacion?—Que no es de cuidado, que se mejora, y seria buena si vuestra Majestad consintiese en servirse de un medicamento muy simple.—¿Cuál?—El jarabe de éter.—¿Y qué es ese jarabe de éter? ¿cuáles son sus efectos?—Le hice la esplicacion de uno y otro.—¿Estais bien seguro de todo eso?—Sí, señor.—Pues bien veamos, venga luego.» Le di una cucharada, la tomó y se sintió aliviado; pero le dejó un sabor raro en la boca, y esto bastó para que no quisiera mas.

31 *de diciembre.*—El Emperador iba un poco mejor; pero habiéndose estado dos horas en un baño tibio, se ha sentido incomodado el resto del dia, y aparecen de nuevo todos los síntomas mórbidos de ayer. Le he instado á que tomase otra dósis de jarabe de éter, se ha negado á ello, y me ha dicho con impaciencia que es trabajo perdido.—«Pero, señor, sus efectos son muy sensibles.—Ciertamente muy sensibles, pues no he podido pegar los ojos; no he pasado nunca mas mala noche—Su ac-

cion es tan benigna.—Para los estómagos acostumbrados á la botica, bien lo creo; pero el mio es virgen y no conoce las medicinas. Aplicadme esteriormente cuantos remedios quisiereis, yo lo consiento; pero introducirme en el cuerpo una preparacion de drogas é ingredientes capaces de destruir la mas robusta constitucion, eso jamás. No quiero tener dos enfermedades, la de la naturaleza y la del médico »

1° *de enero de* 1821.—La salud del Emperador no presenta mejora alguna notable.

2 *de enero.*—Napoleon se hallaba un poco mejor, se estaba en la cama, y yo quise dar ventilacion al cuarto. Al ir á abrir la ventana me cayó encima, y queriendo detenerla me hirió en la mano derramandose mucha sangre. Al verla el Emperador salta en tierra: « ¡Teneis la mano estropeada! ¡ Un médico! Que llamen pronto cirujanos ingleses; las heridas son aquí muy dañosas, ya lo sabeis, la menor tardanza es mortal; vamos, que corran al campamento.» La herida era efectivamente bastante grave, pues tenia casi enteramente cortados los tendones estensores de los tres últimos dedos; mas estaba yo tan reconocido y tan confuso de la ansiedad que manifestaba Napoleon, que antes pensé en calmarle que en curar mi mal.

Lo hice sin embargo , tuve algunas calenturas y sobre todo una desazon general, y al cabo de tres ó cuatro dias me hallé en estado de continuar mi asistencia al Emperador, quien no cesaba de prodigarme sus afectuosas muestras de solicitud.

5 *de enero.* El Emperador se ha mantenido estos tres dias en la misma situacion ; ni está mejor, ni peor; toma dos píldoras tónicas compuestas cada una de tres granos de estracto acuoso de quina y cuarto de opio de Beaumé.

6 *de enero.* —El pulso se repone: el Emperador está mejor, y aun come con bastante apetito.

7 *de enero.* —La noche ha sido buena ; el Emperador ha tomado al amanecer una lavativa que le ha aliviado. Pulso abatido, secrecion de gas intestinal , pesadez en el vientre y agitacion general. Prescribo cuatro píldoras tónicas ; dos á la mañana y dos á la tarde:

8 *de enero.* —El Emperador toma sus píldoras tónicas; mas su salud no esperimenta ninguna especie de mejora, antes bien se aumentan las evacuaciones de materias biliosas.

9 *de enero.* — Sigue como ayer, y no ha tomado mas que dos píldoras tónicas.

10 *de enero.* —Ha tenido evacuaciones todavía mas copiosas que los dias precedentes ; le he presentado sus píldoras, pero no las ha

querido. «Sus efectos son tan sensibles que yo no las necesito: guardadlas, pues desde que las tomo estoy reventando de salud. Si he de morir, á lo menos quiero que sea de enfermedad.» Abiertos tenia los labios para replicarle, pero no me lo permitió. «El beneficio del tiempo ya lo sé, además que nada se pierde en invocarle. ¿Acaso Hipócrates y Galeno conocian las píldoras tónicas? ¿habian esperimentado sus prodigiosos efectos? ¡Ah! doctor, la vida es un misterio que en vano tratais de penetrar. Ni vos veis mas que ellos, ni ellos han visto mas que vos: no obremos pues á ciegas, confiemos en la naturaleza, y esto vale mas.»

14 *de enero.* — Por fin se han cortado los cursos de vientre: el Emperador está algo mejor, come con apetito y se pasea en su calesa.

22 *de enero.* —La salud del Emperador ha hecho notables progresos desde el 14; le han vuelto las fuerzas asi como el apetito, y continua haciendo ejercicio en el jardin y en el parque. He tanteado varias veces á persuadirle á que tomase algunos medicamentos para concluir su restablecimiento, mas no he podido conseguirlo. «Lleve el diablo vuestra medicina, me ha contestado; ya os he dicho mil veces que para nada vale: yo conozco mi enfermedad y mi temperamento mejor que vos

y que todos los médicos del universo. Yo sanaré con tal que sude y que las cicatrices que tengo en la pierna vuelvan á abrirse. Sí, doctor, dadme fuerzas para hacer tres ó cuatro leguas á caballo sin detenerme, y para continuar el mismo ejercicio durante quince ó veinte dias, y veréis como me mejoro. Suponed que en lugar de ser Napoleon fuese yo uno de esos infelices de la Isla que á fuerza de palos y latigazos en las piernas me hiciesen correr y trabajar como ellos, ¿no sanaria bien pronto? ¿no sudaria mucho, recobrando mi equilibrio y la salud?» Cuanto mas hablaba, tanto mas se acaloraba con la idea del poder estraordinario de la voluntad humana. «Teneis traza de no creerme, doctor, pero veamos. Si hubiese ahí delante de mí un leon, un tigre ó un oso, y que yo no tuviese otro arbitrio que el de escapar huyendo, ¿pensais que mis fuerzas no se reanimarian repentinamente? ¿No obedecerian las piernas al impulso de la voluntad? ¿No sentirian los nervios el estímulo de la naturaleza para sacarme del peligro? Pues bien, en este instante en que os hablo, os diré que hay cierta cosa en mí que me electriza y me hace creer que mi máquina seguiria todavía el imperio de mis sensaciones y de mi voluntad. ¿No es-

este un remedio tan bueno como el temor de los latigazos? ¿Qué os parece ahora *dottoraccio di capo Corso?* continuó tirándome las orejas, vamos, ¿no tengo razon?» Le respondí que sus remedios podrian ser escelentes; pero que tambien se podia con ellos matar á los hombres mas fuertes; que además no hacian parte del formulario y yo no podia recomendárselos. Echóse á reir el Emperador, y volvió luego á razonar sobre su enfermedad y el método curativo que le convenia. «Estoy seguro, me dijo, de que una buena partida de francachela restableceria el equilibrio de mi máquina. El secreto para curarme no ha sido nunca el tragar drogas, sino el tenerme á dieta uno ó dos dias, ó hacer algun esceso en oposicion con mis hábitos. Así por ejemplo, si habia mucho tiempo que estaba en reposo, me iba á dar una buena vuelta á caballo, ó á cazar un dia entero sin parar. Si estaba demasiado fatigado me estaba descansando veinte y cuatro horas ó mas; y os aseguro que nunca me ha fallado mi sistema. El movimiento que me daba producia siempre buenos resultados; mas tambien tenia yo un temperamento cual hay pocos. Cuando tenia sueño, dormia en cualquier hora y lugar; cuando me sucedia el comer ó beber demasiado, mi estó-

mago arrojaba lo superfluo, en fin mi naturaleza era distinta de la de los demas hombres. Ahora todo eso está perdido, bien lo conozco; pero no sin remedio todavía. ¿No diréis al fin que tengo razon, *dottoraccio maledetto?* ¿No vale mas mi medicina que la vuestra?» A lo cual le repliqué que verdaderamente era bueno su sistema, pues que tenia de él una esperiencia siempre dichosa; pero que podria no ser lo mismo en la situacion presente. Que se hallaba en un estado positivo de enfermedad en el cual debia medicinarse con remedios internos propios para restablecer la salud. Que debia tener una vida tranquila, ejercicio moderado y en proporcion á sus fuerzas, y finalmente, que todo esceso podia serle funesto. «¡Ya estamos! continuó entonces riéndose: estos diablos de médicos son todos unos; cuando quieren obligar á su enfermo á hacer alguna cosa, le engañan y le hacen miedo: ¿no es así, *dottoraccio?* Pues bueno obedecerémos á la medicina.»

Sin embargo, convencido de la escelencia de su sistema y lleno de confianza en los felices resultados que produciria un cambio repentino y violento en su modo de vivir, se le puso en la cabeza que habia de probar su idea. A este fin hizo ensillar su caballo y se

puso á galopar en los antiguos límites de Longwood, é hizo lo menos cinco ó seis millas, acompañado solamente de su cazador Noverraz y del picador. Pero este duro ejercicio no le produjo el resultado que se prometia, pues no pudo promover el sudor, y aun se halló bastante incomodado. Repitió tres ó cuatro veces igual tentativa, cuyas consecuencias fueron siempre las mismas, empeorándose su situacion. «Ahora ya lo veo, me dijo con un tono conmovido, las fuerzas me abandonan, la naturaleza no corresponde como antes á las solicitaciones de la voluntad, ya no conviene á mi cuerpo el movimiento agitado; pero llegaré al fin que me propongo, por medio de un moderado ejercicio.»

23 *de enero*. El Emperador en una profunda tristeza, está siempre persuadido de que el ejercicio le salvaria, y deplora su situacion que no le permite tomarle. «Si al menos pudiese soportar la calesa, pero los vaivenes me dan náuseas y el movimiento del caballo es todavia peor.—¿Señor, si V. M. probase con un columpio? le dijo el general Montholon.—¡Sí, un columpio! puede ser; probarémos, haced que dispongan uno.» Preparáronle pero tampoco produjo resultado ventajoso, y bien pronto le abandonó.

24 *de enero.* — El Emperador está siempre muy triste; habla de su salud; y se queja de debilidad y de irritacion nerviosa. Le pedí el pulso y me tendió el brazo con indiferencia diciendo: « Esto es como si un general aplicase el oido para saber como maniobra su ejército. ¡ Vamos ! ¿Qué os indica el estado del pulso? — Que las fuerzas se reponen y V. M. va á mejorarse. — ¡ Quién lo duda! ¡ Todo me repugna, todo me inspira disgusto, no puedo sufrir la mas leve sustancia sólida, y voy á mejorarme! Doctor, no trateis de darme una cosa por otra, yo sé morir. »

25 *de enero.* — Siempre abismado en la melancolía mas profunda. Siente agitaciones nerviosas, está débil y dice se siente *malo*, *y muy malo.*

26 *de enero.* — El Emperador está mucho mejor y su humor mucho menos sombrío. Quéjase de algunos cólicos, pero se disipan por una evacuacion.

Algunos dias antes habia sabido los pormenores de la revolucion española, cuyo acontecimiento no parecia haberle hecho grande impresion, y sobre el cual únicamente nos dijo: « Ya yo lo preveia: Fernando es un hombre incapaz de gobernarse á sí mismo, y con mayor razon, de gobernar la Península.

En cuanto á la Constitucion de las córtes, no puede sostenerse mucho tiempo, tanto porque está en oposicion con los dogmas de la santa Alianza, como porque mina las preocupaciones y los intereses de los devotos. Los que la han promulgado no tienen medios ni fuerzas para sostenerla (1).» La noticia de los asuntos de Nápoles le hizo mayor efecto y le puso de buen humor. «En cuanto á esa otra, confieso que no la esperaba. ¿Quién hubiera imaginado jamás, que los *Maccheronai* querrian remedar á los Españoles, adoptar sus principios y rivalizar en valor con ellos?» Luego dejando el tono de chanza continuó: «No hay duda que un Fernando vale tanto como el otro; pero no se trata de ellos sino de sus naciones; entre las cuales hay tal diferencia en la energía, que es necesario que los Napolitanos hayan perdido la cabeza ó que su movimiento sea preludio de una insurreccion general. Porque estando enfrente del dominador de la Italia ¿qué pueden hacer si no están sostenidos por alguna gran nacion? Si lo están aplaudo su patriotismo, pero si es al contrario, me compadezco mucho de mis bue-

(1) Napoleon es el que habla.

nos Italianos, pues serán diezmados sin que aproveche su sangre al bello suelo que los ha visto nacer. Aquellos infelices están divididos por grupos, y separados por una caterva de príncipes que solo sirven á escitar aversiones, á romper los lazos que los unen, y á impedirles que se concierten y concurran á la libertad comun. Ese espíritu de tribu es lo que yo traté de destruir, y con este objeto agregué á la Francia una parte de la Península italiana, erigiendo un reino en la otra. Queria yo desarraigar aquellos hábitos locales, aquellas miras parciales y pequeñas, modelar los habitantes sobre nuestras costumbres, acostumbrarlos á nuestras leyes, y despues, reunirlos, constituirlos y darles su antigua gloria italiana. Me proponia hacer de aquellos estados aglomerados una potencia compacta é independiente, en la cual hubiera reinado mi segundo hijo. Roma restaurada y embellecida hubiera sido la capital, habria quitado á Murat, no dejando desde los Alpes hasta el mar mas que una sola dominacion. Ya tenia principiada la ejecucion de este plan concebido en interes de la patria italiana; se trabajaba en desembarazar á Roma de sus escombros; y se secaban los lagos pontinos; pero la guerra, las circunstancias en que yo me hallaba y los

sacrificios que me veia precisado á exigir de los pueblos, no me permitieron hacer por ella todo lo que queria.

«He aquí, mi querido doctor, los motivos que me detuvieron: este fué un yerro muy grande; bien lo conocí en 1814; pero la hora de las contratiempos habia llegado y el mal era irreparable. Si no me hubiese faltado el tiempo para ejecutar mis proyectos, no hubiera yo sido destronado ni desterrado á la isla de Elba, y mucho menos á este peñasco. ¡Ah doctor! ¡Qué recuerdos! ¡Qué épocas me renueva aquella hermosa Italia! Aun me parece estar en el momento que tomé el mando del ejército que la conquistó. Yo era jóven como vos ahora, tenia vuestra viveza y ardor, el conocimiento de mis fuerzas, y ardia por entrar en lucha. No se me contestaba mi aptitud, pues ya tenia pruebas dadas; pero mi edad desagradaba á aquellos viejos bigotes encanecidos en los combates. Apercibíme de ello, y conocí la necesidad de enmendar esta desventaja por medio de una austeridad de principios que no desmentí jamás. Faltábanme acciones brillantes para conciliarme el afecto y la confianza del soldado, y las hice. Marchámos, y todo se eclipsó á nuestra llegada: mi nombre era tan grato á los pue-

blos como á los soldados, lisonjeándome tanto aquel concierto de homenajes, que me hice insensible á todo cuanto no era gloria. El aire resonaba en aclamaciones por dondequiera qu e pasaba, todo estaba á mi disposicion y á mis pies; pero yo no veia mas que mis soldados, la Francia y la posteridad. En vano desplegaron sus gracias bellas italianas, yo no escuché sus seducciones, pero se desquitaban con mi comitiva. Una de ellas, la condesa de C...., dejó á Luis cuando pasámos por Brescia una prenda de sus favores, de que se acordará mucho tiempo.»

El Emperador vuelve bastante cansado de su paseo: tiene el pulso débil y nervioso: no ha tomado casi ningun alimento en todo el dia.

27 *de enero.*—La noche ha sido malísima: el Emperador está en estado de estrema debilidad: el pulso pequeño y ligeramente nervioso; tos seca; el semblante muy taciturno. He tanteado á darle una prescripcion; mas Napoleon se impacienta y manifiesta la mayor aversion por todo género de remedios. Ha comido á las seis, pero inmediatamente ha vomitado todo lo que ha tomado.

28 *de enero.*—Postracion de fuerzas escesiva, los ojos cárdenos y casi apagados, tos

seca y nerviosa la boca árida, sed incómoda y sensacion penosa en el estómago.

29 *de enero.*—Igual estado; profunda tristeza.

30 *de enero.*—El Emperador se hallaba en un estado deplorable, aumentándose con la enfermedad su aversion á las medicinas. Vanamente combatí y traté de vencer su repugnancia, pues él ya prometiendo, ya negándose, se eludia enteramente en el momento que creia haber obtenido cuanto le pedia. Yo estaba traspasado de dolor al ver el espectáculo de aquel grande hombre que se consumia en mi presencia; la pena de ver el remedio y no poder aplicarle, el cariño, el pesar, todos los sentimientos combatian mi espíritu y aniquilaban mis fuerzas. Napoleon lo conoció y me dijo: «No estais bueno, doctor, vos pereceis; ¿debeis acaso ser víctima tambien de este horrible clima? Vamos, tened ánimo, que voy á hacer venir un médico de Europa para que os ayude.» Alegróme tanto esta resolucion, que no me tomé tiempo para reflexionar la respuesta. «¡Ah señor! le respondí con emocion, daos prisa mientras que todavía hay tiempo. —¡Qué todavía hay tiempo! ¿Qué quereis decir? ¿Uno de los dos debe morir antes que llegue? ¿Sois vos ó soy yo? Si soy yo, bien,

enhorabuena; pero en ningun caso quiero consultar ni ver á los médicos ingleses de la Isla: mas quiero padecer que verlos al rededor de mí. Además ¿para qué me servirian? Yo he puesto toda mi confianza en vos que os interesais por mí; juzgo de vuestro afecto por el celo con que me cuidais, por el cual os estoy muy agradecido. Pero, querido doctor, si mi hora ha llegado, si allá arriba está escrito que debo perecer, ni vos ni todos los médicos del mundo podréis cambiar el decreto.» Diciendo esto con una voz sonora y elevada, tenia los ojos fijos en el cielo, causando en mí tal emocion, que no fui dueño de reprimirla. Me retiré con una ardiente calentura que me impidió poder asistirle durante algunos dias. Al fin deseó verme, é hice un esfuerzo para complacerle. Le hallé en la cama quejándose de un dolor insoportable que sentia en el hipocondrio izquierdo, y que se prolongaba por un lado hasta la espalda correspondiente, y por otro hasta la region lumbar. Tenia dificultad de respirar y una fuerte dilatacion en el bajo vientre. Fomentos, lavativas y pocion anodina.

11 *de febrero*.—El Emperador ha pasado bien la noche, á las seis de la mañana ha tomado una sopa de arroz. Renuévanse los acci-

dentes del dia anterior, pero se disipan á beneficio de los mismos remedios; le he prescrito además una mixtura amarga.

12 *de febrero.*—Esta mañana se ha encontrado un poco mejor; sin embargo, á las diez ha vomitado el poco alimento que habia tomado, de cuyas resultas no quiere que se le hable mas de la mixtura amarga.

13 *de febrero.*—El Emperador ha tomado á las ocho de la mañana un poco de leche y de gelatina. Los vómitos han cesado, mas no el humor melancólico.

14 *de febrero.*—El Emperador se encuentra mejor que ayer, come con apetito y tiene mejor humor.

15 *de febrero.*—Napoleon continua mejor. «Doctor, me ha dicho, ¿estabais en Milan cuando fuí á tomar la corona de hierro?—No señor.—¿Y cuando fuí á Venecia?—Tampoco estaba, á pesar de que acudió una multitud inmensa: la Italia estaba anegada en gozo porque vuestra Majestad habia plantado vuestras águilas sobre el Vístula.—Cierto es que fuí recibido con entusiasmo, especialmente en las Lagunas. Venecia habia echado al mar todas sus góndolas llenas de banderas, cintas y plumas; acudió á Fusina todo cuanto se encontraba de bello y elegante: jamás habia

visto el Adriático una fiesta tan suntuosa.— No era de estrañar aquella efusion de sentimientos; pues al paso que con una mano arrojabais á los Sármatas de una tierra que tanto tiempo habian profanado, plantabais con la otra monumentos, caminos y todo establecimiento de utilidad. Despues de todo eso; ¡vuestra administracion era tan firme y tan rápida!—Teneis razon: era una inmensa máquina cuyos rodajes estaban todos perfectamente adaptados. El manifiesto que hice de su juego y de sus razones al Cuerpo legislativo produjo grande efecto en Italia, al conocer los principios que en él desenvolví.» La curiosidad de conocer los principios de que hablaba el Emperador me hizo buscar y leer su discurso, que es como sigue:

«Señores miembros del Cuerpo legislativo: me he hecho dar cuenta exacta de todos los ramos de la administracion: he introducido en cada uno de ellos igual sencillez á la que puse, con auxilio de la asesoría y censura, en el exámen de las constituciones de Leon. Todo lo que es bueno y hermoso es siempre resultado de un sistema simple é uniforme. Hè suprimido la organizacion duplicada de las administraciones departamentales y de las de prefectura; porque he creido que ba-

ciendo reposar únicamente la administracion sobre los prefectos se obtendrá, no solo una economía de un millon en los gastos, sino tambien mayor rapidez en la marcha de los negocios. Si al lado de los prefectos he puesto un consejo para lo contencioso, ha sido por conformarme á aquel principio que exige que la administracion sea obra de solo uno, y la decision de los puntos litigiosos sea obra de muchos.

«Los estatutos cuya lectura acabais de oir, estienden á los pueblos de Italia el beneficio del código, à cuya redaccion he presidido yo mismo. He mandado á mi consejo prepare una organizacion del órden judicial que restituya á los tribunales todo el brillo y consideracion que intento darles: no podia yo aprobar el que un solo pretor fuese llamado á pronunciar sobre la fortuna de los ciudadanos, y que unos jueces ocultos á la vista del público decidiesen en secreto no solo de sus intereses, sino tambien de su vida. En la organizacion que os será presentada procurará mi consejo hacer disfrutar á mis pueblos de todas las ventajas que resultan de los tribunales colectivos, de una forma pública en los procedimientos, y de una defensa contradictoria. Para asegurarles una justicia mas

ilustrada, he establecido que los jueces que pronunciaren la sentencia sean tambien los que presidan en los debates. No he creido que las circunstancias en que se halla la Italia me permitiesen pensar en el restablecimiento de los jurados; pero los jueces deben pronunciar como aquellos por su propia conviccion, y sin dejarse llevar del sistema de semipruebas, que sirve mas bien á comprometer la inocencia que á descubrir el crímen. La regla mas segura de un juez que ha presidido á los debates es la conviccion de la conciencia.

«Yo mismo he vigilado el establecimiento de formas regulares y conservatrices en la hacienda del estado, y espero que mis pueblos se hallarán bien con el órden que he mandado á mis ministros de hacienda y del tesoro público, pongan en las cuentas que se publicarán. He consentido en que la deuda pública llevase el nombre de *Mont Napoleon*, á fin de dar mayor garantía á los empréstitos que la constituyen, y al crédito nuevo vigor.

«La instruccion pública cesará de ser departamental; pues he fijado las bases para darle la uniformidad y direccion que tanta influencia tendrán en los usos y costumbres de la generacion naciente.

«He juzgado conveniente el poner desde este año mayor igualdad en el reparto de los gastos de provincia, y socorrer aquellos departamentos que como el Mincio y el bajo Po, están mortificados por la necesidad de defenderse de las aguas.

«Las rentas están en el mas próspero estado, y todos los pagos se hallan corrientes. Mi pueblo de Italia es entre todos los pueblos el menos gravado por las imposiciones: tampoco sufrirá nuevas cargas; pues si se hicieren cambios en alguna contribucion, solo seria con el fin de disminuir otras mucho mas onerosas. El catastro está lleno de imperfecciones que se manifiestan todos los dias; para remediarlas, venceré los obstáculos que oponen á semejantes operaciones mas bien el interés particular que la naturaleza de las cosas. Sin embargo, no me lisonjeo de llegar á tales resultados que me eviten el inconveniente de decretar una imposicion hasta el término necesario.

«He tomado disposiciones para dar al clero una dotacion conveniente, de que en parte carecia por espacio de diez años; y si he hecho reunir algunos conventos, mi intencion ha sido de proteger á los que se dedican á servicios de utilidad pública, ó que

por estar situados en las campiñas suplen al clero secular en algunas ocasiones. Al mismo tiempo he proveido á que los obispos tuviesen medios de ser útiles á los pobres; y solo aguardo para ocuparme de la suerte de los curas las noticias que he mandado recoger sobre su verdadera situacion. Yo sé que muchos, sobre todo en las montañas, están en un estado de penuria que deseo vivamente aliviar.

«Además del camino del Simplon, que se concluirá este año, y en el cual trabajan en este momento cuatro mil peones de Italia, he mandado principiar el puerto de Velano, y que estos trabajos tan interesantes se emprendan y prosigan con actividad.

«No he descuidado ninguno de los objetos sobre que mi esperiencia en administracion podia ser útil á mis pueblos. Antes de volver á pasar los montes, recorreré una parte de los departamentos para conocer mas de cerca sus necesidades.

«Dejaré depositario de mi autoridad á este jóven príncipe que he educado desde su infancia y que estará animado de mi espíritu: además, tengo tomadas las medidas para dirigir yo mismo los negocios mas importantes del estado.

«Los oradores de mi consejo os presentarán un proyecto de ley para acordar al Canciller, Guardasellos, Malzi, depositario de mi autoridad como vicepresidente durante cuatro años, un dominio que, quedándose en su familia, recuerde á sus descendientes la satisfaccion que sus servicios me han causado.

«Creo haber dado nuevas pruebas de la constante resolucion de llenar para con mis pueblos de Italia todo lo que ellos se prometian de mí. Espero que ellos por su parte querrán ocupar el lugar que yo les designo en mi imaginacion, y solamente lo conseguirán persuadiéndose de que la fuerza de las armas es el principal sosten de los estados.

«Ya es tiempo finalmente de que esa juventud que vive en la ociosidad en las ciudades populosas cese de temer las fatigas y daños de la guerra, y que se ponga en estado de hacer respetar la patria, si quiere que la patria sea respetable.

«Señores del Cuerpo legislativo: porfiad en celo por mi consejo de estado, y por este concurso de voluntades hácia el único objeto de la prosperidad pública, dad á mi representante el apoyo que debe recibir.

«Al ver que el Gobierno británico ha de-

sechado con una respuesta evasiva mis proposiciones, y que el Rey de Inglaterra las ha publicado inmediatamente, insultando á mis pueblos en su Parlamento, he perdido en gran parte las esperanzas que habia concebido sobre el restablecimiento de la paz. Sin embargo, las escuadras francesas han obtenido despues algunas victorias, á las cuales solo atribuyo importancia, porque deben convencer á mis enemigos de la inutilidad de una guerra en que nada tienen que ganar y sí mucho que perder. Las divisiones de la flotilla y las fragatas construidas á espensas de la renta de mi reino de Italia, y que hoy hacen parte de la armada francesa, han hecho servicios muy útiles en varias circunstancias. Tengo esperanza de que no se turbará la paz en el Continente; y en todo caso me hallo en posesion de no temer ninguna de las vicisitudes de la guerra; tendréisme, pues, en medio de vosotros, aun cuando mi presencia fuese necesaria á la salud de mi reino de Italia.»

19 *de febrero.*—Desde el dia 15, el Emperador ha perdido y ganado sucesivamente sus fuerzas en grados diversos. Hoy padece flatuosidades que se han desenvuelto particularmente en el estómago: no pudiendo co-

mer carne, solo ha tomado algunas sustancias làcteas y harinosas.

20 *de febrero.*—Inquietud, irritacion nerviosa, tos seca y molesta. Sintiéndose Napoleon en una estenuacion escesiva, me ha dicho: «Bien pronto acabarémos.—No señor, la irritacion se calma.—¡Siempre doctor! ¿cuándo os cansaréis de prometer salud?—Cuando la hayamos conseguido.—En tal caso, mucho tiempo prometeréis.—Menos de lo que á V. M. le parece; y por poco que podamos usar las aguas termales....—¿Acaso creeis que me lo permitan?—¿Cómo lo negarian? Eso les pondria demasiado á descubierto, seria declarar el asesinato.—¡Pobre *capocorsino!* no los conoceis.—Pero al fin, cuando vuestra salud lo exige y el médico lo aconseja, seria demasiada barbarie el impedíroslo.—Sin duda.»

Al mismo tiempo seguia con la vista una nube que se desprendia á lo lejos. «¿Cuál es el efecto que hacen las nubes sobre nosotros? ¿Qué influencia ejercen en el que las respira? A cada instante deben producir una contraccion muscular y una tension que puede ser funesta y dar la muerte. Porque al fin estamos sometidos á las leyes que rigen á los demas cuerpos; contenemos flúido, le

sentimos y lo esperimentamos por las irritaciones nerviosas que indican los tiempos de tempestad. Colocar á un hombre en las nubes y hacerle vivir en la esfera de actividad de aquellas masas que cambian, se cruzan, y vuelven á cada instante, seria condenarle á una serie de choques y descomposiciones que le acabarian pronto la vida; seria someterle á la energía devoradora de la armadura de Galvani; ¿no digo bien?—Convengo en ello.—Es que yo soy semi-médico, y conozco casi sin equivocarme lo que debe resultar de esta ó aquella situacion. Por ejemplo, un hombre que se metiese en un baño de vapor, al cual se siguiese de repente un calor escesivo, esperimentaria una desorganizacion semejante á la de un cuerpo húmedo que se espone súbitamente á la accion del fuego. Se consumiria y agotaria bien pronto sus fuerzas y facultades: ¿no os parece asi?» Comenzaba yo á entrelucir á donde queria venir á parar, y me guardé bien, por muy fundadas que fuesen sus razones, de prestarme á una conclusion que favorecia su aversion por las medicinas y alejaba toda esperanza de remedio. Le dije pues que asi sucederia en un clima enteramente malo, donde pasa la temperatura repentinamente del frio

al calor, donde no cesan los vientos, donde hay continua y abundante lluvia... No me dejó acabar. «Siempre estais en agua de rosas, doctor. Tomad el cuaderno que está junto al bufete, y os pondrá en conocimiento del clima que buscais. Ya estamos á 20 de febrero, ¿cuántos dias buenos hemos tenido? —¡Oh señor, este año!—Bueno, buscad otro cualquiera, por ejemplo el de 1817: leed los apuntes desde el principio hasta el fin y vereis qué clima he soportado.—Es cierto, pero no todos los meses han sido malos.—¡Cómo! ved el de marzo, que es el mas bello en Santa-Helena. ¿Estais convencido? ¿Encontrais el clima que buscais?—¡He! pero señor, V. M. está hecho á toda prueba y no debe morir.—Bueno, doctor, la esperanza es el mejor específico que podeis administrarme.»

21 *de febrero.*—Continua Napoleon en el mismo estado que ayer. Habiéndosele antojado comer tortuga guisada á la inglesa, me he empeñado yo tambien en que tomáse las píldoras: se impacienta y me dice que me vaya. «No puedo, señor, le digo, tengo órdenes para ello.—¡Como órdenes! ¿de quién? ¿Quién ha tenido la insolencia de darlas?—El General en gefe; he aquí su decreto que acaba de llegar á mis manos, voy á leerle:

Milan 22 de termidor año v.

« Manda el General en gefe:

« 1° El general Point queda nombrado inspector de hospitales entre el Brenta y el Mincio.

« 2° El general Dessoles queda nombrado inspector de hospitales entre el Isonzo y el Brenta.

« 3° El general Vignoles lo será entre el Tesino y el Mincio.

« 4° Inmediatamente se pondrán en camino para hacer la visita de todos los hospitales; en la cual se informarán del número de enfermos que existieren, y de la moralidad de los empleados de toda clase, tomando nota de las quejas que se dieren por los enfermos. Están autorizados á hacer prender inmediatamente á todos los empleados en quienes recayesen las quejas; tomarán razon de las provisiones de la botica y de lo que se debiere á cada empleado, sea por su sueldo, sea por las diversas contratas que hayan hecho con las asentistas.

« 5° Tendrán cuidado de mandar á los comisarios de guerra encargados de los hospitales

y al veedor de transportes que no se haga ninguna evacuacion, sino que en cada ciudad se proporcione el número de hospitales al de los enfermos, y que se aseguren *si los médicos cuidan de la ejecucion de sus recetas.*»

«Eso es composicion vuestra, señor doctor; mas no importa. Sois capaz de recitarme la carta que Bertholet escribió al Directorio sobre el buen òrden de nuestros hospitales, y la solicitud con que yo cuidaba de los enfermos; y así mas quiero tomar vuestras píldoras, dádmelas.»

26 *de febrero.* —El Emperador, que iba bastante bien desde el dia 21, ha recaido repentinamente. Tiene tos seca; vómitos, calor en las entrañas, agitacion general, ansias y una sensacion de ardor casi insoportable, acompañada de ardiente sed.

27 *de febrero.* —Todavía está peor que ayer; la tos le ataca con mayor violencia y las náuseas angustiosas no le han dejado hasta las siete de la mañana. Prescribo bebidas refrescantes, y sedativas, lavativas calmantes y anodinas, y un pediluvio que produce escelente efecto. En todo el dia no ha tomado Napoleon mas que tres sopitas, dos huevos frescos, un poco de crema y un vaso de vino clarete amerado con abundancia de agua. Ha

dormido cuatro horas seguidas y permanece en su aposento teniendo las ventanas cerradas herméticamente.

A las tres ha tomado dos cucharadas de emulsion anodina que le calman un poco la tos, y una píldora tònica. Al anochecer ha cambiado de cuarto y de cama, y se encuentra mejor. Renuévanse sus recuerdos; y me habla con complacencia de los valientes que corrieron su suerte y aseguraron sus primeros triunfos. «Steingel era bullicioso, infatigable, buscaba á los austríacos tanto como las medallas, y no dejaba arboleda ni escombros que no registrase. Mireur era el hombre de los peligros y de las avanzadas; su sueño era inquieto cuando el enemigo se hallaba al frente. Caffareli, aunque no menos valiente no se batia sino por necesidad; amaba la gloria, pero mas todavía á los hombres: la guerra para él solo era un medio de hacer la paz. « Pasando despues á los oficiales de un grado menos elevado, elogió Napoleon el valor de unos, la capacidad de otros, deteniéndose en hablar largamente sobre dos valientes, cuya pérdida fué muy deplorable para él, llamados Sulkowski y Guibert. El primero era un Polaco lleno de audacia y capacidad, que habia ido á despertar á Kosciusko, llevándole las ins-

trucciones de la comision de salud pública; era buen ingeniero, conocia todas las lenguas, y no le detenia ningun obstáculo. El segundo, mas mañoso y comedido, ponia en todos sus negocios la sutileza de un diplomático. Se podrá juzgar de este hombre por el siguiente parte de sus operaciones, dado por él mismo en el Cairo, en el mes de noviembre de 1798:

« El dia 2 al amanecer salí de Aboukir dirigiéndome á bordo de la flota inglesa, de la cual habia un solo buque anclado en el Cabo, mandado por Lallowell. Me salió al encuentro una chalupa, y pregunté si estaba en aquellos parajes el buque que mandaba Mr. Hood. Me respondieron que no, pues cruzaba delante de Alejandría; pero que M. Lallowel, me suplicaba pasase á bordo de su navío.

« Recibióme este con frialdad, sobre todo cuando me vió acompañado de un turco: despues de haberle manifestado sencillamente el objeto de mi mision con M. Hood, me respondió que mi diligencia era inútil, porque Hassan Bey no recibiria al turco. — Sin embargo, le dije, me permitiréis pasar á bordo del buque de M. Hood. — Me dijo que él tambien tenia cosas muy interesantes que comunicarle; que se divisaba apenas el *Zealus*, pero

que le habia hecho señal para que se acercase: propúsome esperase en su barco, y que iríamos juntos á ver al Almirante. Hizo traer el desayuno, nos sentámos á la mesa y se hacia poco á poco mas cariñoso. Tuvímos una conversacion, que yo interrumpia á menudo con ocurrencias sencillas y sin afectacion sobre la situacion política de la Europa, en la cual me dijo con un aire de verdad que habia mas de siete semanas no habian recibido noticias y que esperaban de un dia á otro. Me aseguró tambien de las disposiciones hostiles de la Turquía, á lo que repliqué: «Las noticias de Constantinopla que el General recibe por tierra no convienen con lo que decís.—¿El general recibe noticias de Constantinopla? me preguntó sonriéndose, aunque parecia admirado. Sin embargo, no podeis dudar que el Bajá de Rodas está delante de Alejandría por órden de su Gobierno. Nosotros estábamos en Rodas cuando fué obligado á venir.—¿Obligado?—Sí, por órdenes de la sublime Puerta. No creí conveniente insistir sobre este punto.

«Luego me enseñó vuestra carta al ciudadano Talleyrand, á quien habeis encargado de dar cuenta al gran Señor de los acontecimientos de Egipto, de la batalla de Aboukir, y de decirle que aun nosquedan veinte y dos buques

en el Mediterráneo. Examinó con ironía el número de los que teníamos todavía y añadió : M. de Talleyrand no ha llegado á Constantinopla, y además ya no hubiera encontrado á vuestros amigos el gran Visir y el Reis-effendi, pues han sido depuestos y desterrados.

«Hablámos de la escuadra rusa mandada por el almirante Okzkoff. —¿En dónde está esa escuadra? le pregunté. —A la entrada del golfo de Venecia, bien pronto atacará vuestras islas. —No podemos creer nosotros que exista tal escuadra rusa en el Mediterráneo : en interés de la coalicion deberiais aconsejarla que se hiciese ver. Pues ya habeis visto dos fragatas, replicó Lallowell casi picado ; si no tiene mayores fuerzas en estas aguas, es porque no entra esto en su sistema de operaciones.

«Me afirmó que habian sido interceptados algunos pliegos por los turcos, y pretendió que Ibrahim Aga no era mas que un criado disfrazado, segun habia dicho Hassan Bey. El general Bonaparte, le respondí, solo envia bajo pabellon parlamentario á hombres revestidos de un carácter público; Ibrahim Aga es bien conocido y hacia parte de la comitiva del bajá de Constantinopla.

«En esto llegó Hassan Bey, acompañado de un Turco que, adicto á los Ingleses, parece reunir al alma mas feroz el carácter de enemigo mortal de los Franceses. M. Lallowell pareció sorprendido de la llegada del Bey; nosotros continuamos paseando en conversacion. Mohamed se acercó hácia el Bey, esperó algunos minutos, é interrumpiéndonos repentinamente sacó la carta y me preguntó si debia entregarla. Sorprendido Lallowell, se quedó mirando al Bey; mas yo respondí á Mohamed, que despues la remitiria en presencia del Almirante. Ya veis, dije á Lallowell que solo depende de la voluntad de M. Hood, el que Hassan la reciba. El entonces me pidió permiso para retirarse, llamó al bey, y yo hice como si no observase lo que pasaba.

«Convidáronme despues á recorrer el buque; y en la primera batería se me acercó un emigrado francés que servia como piloto, quien suspiraba mucho por su patria, y me preguntó si era cierto que se nos hubiesen agregado cincuenta mil griegos. Añadió, aunque en voz baja, que los árabes que iban todos los dias á bordo forjaban mil cuentos absurdos, y que ya no los creian ni estaban muy contentos de ellos. Habiéndome dicho que habia á bordo once prisioneros franceses, manifes-

té deseo de verlos; eran soldados de la cuarta ligera. Les pregunté si estaban bien, y me respondieron que solo les daban media racion. Se acercó precipitadamente un oficial y me dijo: Señor, toda la tripulacion está á media racion, os lo aseguro. —No lo dudo, le repliqué, tambien nosotros partimos con nuestros prisioneros.

«Viendo que todavía estaba muy lejos el navío del Almirante, hizo M. Lallowell que sirviesen la comida, durante la cual me habló de la ambicion de nuestro Gobierno, y me dijo que nosotros no queríamos la paz. Yo le recordé que nosotros la habíamos ofrecido, á pesar de ser vencedores de las potencias continentales; que aun despues de haberos hecho dueño de la Estiria, de la Carniola y de la Carintia, habeis tenido la franqueza y lealtad de escribir la carta siguiente al príncipe Cárlos, que la ha recibido toda entera.

«*Señor General en gefe:*

«Los valientes militares hacen la guerra y desean la paz. ¿No hemos afligido bastante á la triste humanidad en una guerra de seis años? La Europa, que habia tomado las armas contra la Europa, las ha dejado; solo las

conserva vuestra nacion, y la sangre va á correr mas que nunca. Esta sexta campaña se anuncia con siniestros presagios; sean cualesquiera sus resultas, morirán muchos miles de hombres de una y otra parte, y al fin preciso será entenderse, porque todo tiene un término hasta las pasiones rencorosas.

«El Directorio de la república francesa ha manifestado al Emperador sus deseos de concluir la guerra, mas la intervencion de la corte de Lóndres se ha opuesto á ello. ¿No queda pues esperanza de entendernos, sino que hemos de continuar despedazándonos por los intereses y pasiones de una nacion que no participa en los males de esta guerra? Vos que por vuestro nacimiento estais tan inmediato al trono y sois superior á las mezquinas pasiones que suelen dominar á los ministros, ¿estais decidido á merecer el título de bienhechor de la humanidad y de salvador de la Alemania? No creais, señor General, que á mi me parece imposible salvarla por las armas; pero aun suponiendo que la guerra os fuese favorable no seria por esto menos asolada la Alemania. En cuanto á mí, si la confianza que os hago puede salvar la vida á un solo hombre, me honraré mas con la corona cívica que mereciere, que con el triste lau-

rel que pueden producir las batallas. »

« A las cinco nos embarcámos Lallowell, Hassan Bey y yo, y llegámos á las ocho á bordo del Almirante. Recibióme este con mayor frialdad que Lallowell; me hizo entrar, quedándose él á hablar con este Capitan y con el Bey. Cuando volvió le dije: Ya sabeis el objeto de mi mision. — Sí, pero Hassan bey no recibirá la carta de Bonaparte. — Sin embargo la hubiera recibido esta mañana si lo hubieseis permitido. — Pues bien, que la presente ese Turco, él la recibirá ó no, que haga como guste. — Mohamed la presentó, el Bey la recibió; y acercándose el intérprete inglés la leyeron sonriéndose irónicamente en diferentes ocasiones.

« Pregunté á Mr. Hood si habia mucho iempo que no tenia noticias de Europa. — Mas de siete semanas; espero tener inmediatamente, y entonces encaminaré á Bonaparte los periódicos. El general Manscourt me ha enviado á pedir sus cartas por un parlamentario muy afable, añadió riéndose; os doy mi palabra de que transmitiré todas las que sean indiferentes, y aun haré pasar aviso á Francia ó á Italia. — Oh! es inútil, le repliqué vivamente, pues desde principios de setiembre sale todos los cinco ó seis dias un barco

para Francia. — Enviándoos las cartas no imitaré el ejemplo de vuestro gobierno, el cual acaba de mandar que todas las dirigidas á Ingleses, cualquiera que sea el barco en que se cojan, sean enviadas á Francia. Haceis la guerra cual nunca se ha hecho, nosotros os imitarémos. — Creo, señor Almirante, que en este punto nada tienen que echarse en cara nuestros gobiernos. En cuanto al general Bonaparte, su modo de hacer la guerra ha sido siempre franco, leal y dirigido por el derecho de gentes. Entonces le hice relacion de las atenciones que tuvisteis por el mariscal Wurmser en el sitio de Mantua, enviándole toda clase de refrescos para sus enfermos, de cuya generosidad se habia admirado mucho aquel anciano mariscal. Le hablé de la humanidad con que ambas naciones beligerantes trataban á sus prisioneros. Añadí que yo sabia vuestra intencion de suministrar á los Ingleses de la escuadra aquellas cosas de que pudiesen carecer. Mr. Hood, sorprendido de esta urbanidad, me dió las gracias, diciendo que nada necesitaba.

« En este momento se acercó á él el intérprete inglés, y le tradujo vuestra carta al bey Hassan, de la cual fingió reirse el Almirante. El intérprete, volviéndose á mí, me dijo que

Hassan habia apresado un bergantin y echado cadenas á su tripulacion ; que no solamente no la restituiria, sino que haria lo mismo con todo lo que perteneciese á la Nacion francesa. — Pues que Mohamed es portador de la carta, le respondí, á él debe dirigirse la respuesta. — Hassan bey no dará ninguna ni de palabra ni por escrito. Entonces vino Lallowell á decirme que la canoa estaba esperando, y me despedí del Almirante, quien me encargó os ofreciese sus saludos.

Llegámos á bordo del buque de Lallowell á media noche; y siendo peligroso partir á aquella hora, me ofreció una cama y me despedí al amanecer. Ya habeis juzgado del efecto que produjo el último parlamentario del general Manscourt, el cual tuvo, segun parece, un movimiento de impaciencia con Mr. Hood: Así se juzga sobre tales hombres del espíritu de la nacion y del ejército. No puedo disimularos que el oficial de marina que me acompañaba me ha abochornado varias veces, costándome mucho el reparar sus indiscreciones.

«Tambien debo preveniros que ya no es un secreto el armamento de la division que se ejecuta con tanta actividad. Alejandría debe llamar vuestra atencion, pues parece que

los Ingleses saben demasiado bien lo que en ella se pasa.

Salud y respeto,
GUIBERT.»

28 *de febrero.* —El Emperador ha pasado bastante bien la noche y está mejor que ayer. Se ha levantado al amanecer, y aunque estaba muy débil ha salido á pasear en su calesa.

1 *de marzo.* —La noche ha sido buena, aunque continua el decaimiento de fuerzas y la penosa digestion. Sale á paseo en calesa, pero nada puede disipar la profunda tristeza en que se halla sumergido. Tos seca y fatigosa, náuseas seguidas de vómitos.

2 *de marzo.*— El Emperador ha pasado muy bien la noche, ha salido dos veces en calesa, y se encuentra bastante bien. Me ha contado algunos hechos y algunas circunstancias que manifestaban la ternura con que amaba á María Luisa. «Su parto fué muy difícil, me decia, y puedo asegurar que debe su vida en gran parte á mis cuidados. Yo descansaba en un gabinete inmediato, cuando vino Dubois apresurado á darme cuenta del peligro, diciendo que el niño se presentaba mal. Le pregunté si habia visto caso igual en algun otro parto que hubiera asistido. —Sí ciertamente,

pero de mil uno; y lo que me desespera es que una cosa tan estraordinaria suceda precisamente á la Emperatriz. — Olvidad pues la dignidad, y tratadla como á una tendera de la calle de San Dionisio, esto es lo que os exijo. — ¿ Pero puedo aplicar los hierros ? si vienen nuevos accidentes ¿á quien debo salvar la vida, á la madre ó al hijo ? — A la madre, que de derecho la pertenece. Luego pasé á calmarla, la sostuve y se salvó ella y el niño. ¡Ah, infeliz!» Aquí se contuvo Napoleon, y yo respetando su silencio, me retiré.

3 *de marzo.* — Se pasea el Emperador dos veces en calesa; come poco y sin apetito: tos frecuente y seca.

4 *de marzo.* — Auméntase el abatimiento de sus fuerzas, de tal modo, que no puede subir al coche, y por dos veces ha tenido que volverse á la cama. Sin embargo ha comido, aunque poco y con menos apetito que ayer: á las dos y media ha tomado dos píldoras tónicas.

Se ha abierto la conversacion sobre las bellas artes, en la cual uno de los interlocutores ha manifestado hacer muy poco caso de la música. «No teneis razon, le ha dicho el Emperador; entre todas las artes liberales es la que mas influencia tiene sobre las pasiones, y

la que mas debe proteger un legislador. Una cantata enternece cuando es ejecutada con gusto, y produce mayor efecto que toda una obra de moral, que si bien convence la razon, nos deja frios sin alterar en lo mas mínimo ninguna de nuestras costumbres.»

5 *de marzo.* — Napoleon ha pasado la noche con bastante sosiego, á pesar de que ha dormido poco. Le ha probado bien el paseo, por lo que, despues de haber tomado dos píldoras, ha vuelto á salir á eso de las tres. No ha comido casi nada; su semblante cárdeno no presenta ya mas que el aspecto de un cadáver.

6 *de marzo.* — La noche ha sido bastante buena: sigue Napoleon abatido en estremo. Ha tomado un poco de sopa y á las nueve sus píldoras. Por la tarde ha manifestado deseo de comer; le sirven dos costillas de cordero, me hace probarlas preguntándome si son nutritivas y de fácil digestion; y despues de haber hecho todas las preguntas que acostumbra, no ha hecho mas que gustarlas. «¿Qué os parece, doctor ¿no es esto una batalla perdida? — O ganada, señor, por poco que vuestra Majestad quiera. — ¿Cómo es eso? ¿remedios he? bueno, doctor: cada cual pelea con sus armas, me gusta vuestra tenacidad. — Pare-

cė que vuestra Majestad está de acuerdo con la latitud. — ¡ Perfectamente ! sospecha ú conviccion, sea lo que quiera, con tal que el enfermo se harte de jaropes. — Sin embargo.... — Bien, y ¿qué será ? la salud si los tomo, la muerte si los rehuso : yo ya no me alucino, estoy sintiendo que la vida me escapa, y por eso renuncio á las medicinas : ya os he dicho que quiero morir de enfermedad. »

7 *de marzo*. — Ha pasado el Emperador una noche tan inquieta, que no ha podido hasta el amanecer disfrutar un momento de reposo; sin embargo se halla menos débil que los dias anteriores. A las nueve de la mañana, viéndole levantado, le supliqué tuviese cuidado de su persona, y se puso á afeitarse. « Cuando yo era Napoleon, me dijo en un tono conmovido, me aliñaba prontamente y con gusto; mas en el dia ¿qué me importa estar bien ó mal? Además, esto me cuesta mayor fatiga, que antes el formar un plan de batalla; sin embargo; veamos. » Se afeitó por intervalos con mucha pena, al concluir se metió en la cama y no salió en toda la mañana. A la una esperimenta gana de comer, pide cordero asado, batátas fritas y café, y aunque no hace mas que probarlo, se encuentra despues incomodado con dolores en el vientre y eructos frecuentes.

8 *de marzo.* — Se queja el Emperador de un dolor en el hipocòndrio izquierdo y en la mitad del pecho, que se estiende hasta el hombro. Tiene el vientre terso, inapetencia escesiva, pulso débil y escaso. Pasea en calesa, toma píldoras tónicas, y á eso de las cuatro vomita lo poco que ha comido.

9 *de marzo.* — El Emperador ha pasado una noche bastante sosegada; la aplicacion de lienzos calientes y de fricciones etéreas ha disipado el dolor que habia sentido en el costado izquierdo.

10 *de marzo.* — Con mucha agitacion ha estado toda la noche, pues no ha podido pegar los ojos; está en estremo débil, aunque se halla bastante bien. Viéndole con un paquete de periódicos en la mano le hice observar que podria dañarle el cansancio. — «No, doctor, me dijo, esto es una escena divertida: se trata de la adhesion del Rey de Nápoles al sistetema constitucional. Todos esos legitimos son de una benignidad imponderable: tened, leed ese documento, que es precioso. Aquel *maccaronaio* quiso tambien incomodarme, suscitándonos en Roma una guerra de religion; penetrando yo su intencion, le notifiqué que no saliese de sus estados, y asi lo hizo. En su lugar fueron los predicadores y las imáge-

nes de nuestra señora, los siete cabildos corrian á las armas, y era urgente contener tal cruzada. Pero no quise incomodarme; pues estando ya bastante completo el calendario, no me interesaba el enviar al cielo á semejantes amotinadores; y me pareció mejor hacer que los sermoneasen, de cuya operacion dí el encargo á Joubert. Exigid, le dije, del obispo de Vicencia que envie misioneros, para que prediquen por todo ese pais la tranquilidad y obediencia so pena de ir al infierno. Llamad á los predicadores, dadles á cada uno quince ó veinte luises, y prometedles mas para su vuelta, veréis que pronto quedará todo tranquilizado. Con efecto, desde que los hombres de Dios se pusieron de por medio, la poblacion admirada é incierta no tuvo mas gana de guerrillear.»

11 *de marzo.* Menos mala ha sido la noche precedente; Napoleon se encuentra mejor, con humor menos triste y pulso mas natural. Tambien el bajo vientre parece hallarse en mejor estado; siente algo de apetito y opera la digestion. Ha tomado sus píldoras tónicas., ha salido en calesa y se ha mantenido en pie trece horas seguidas.

12 *de marzo.*—El Emperador ha dado su paseo de costumbre y tomado píldoras tónicas,

pero se ha sentido menos bien al fin del dia.

Milady Holland habia hecho una remesa de libros, entre los cuales se halló una caja que contenia un busto de yeso, cuya cabeza estaba cubierta de divisiones y números concernientes al sistema del doctor Gall: «Hé aqui una cosa que es de vuestra jurisdiccion; tomad, estudiadla y me daréis cuenta de lo que fuere: me alegrara saber qué diria el doctor Gall si me palpase la cabeza.» Me puse á la obra, pero las divisiones eran inexactas, los números estaban mal colocados, y no bien los tenia arreglados cuando me mandó llamar el Emperador. Pasé á su cuarto y le hallé en medio de un monton de libros leyendo el Polibio. Al pronto no me dijo nada, sino que continuó recorriendo el libro que tenia en las manos, pero luego le arrojó, se vino hácia mí, me miró fijamente; y cogiéndome por las orejas me dijo: «Vamos *dottoracio di Capo Corso*; ¿habeis visto la caja?—Sí señor—¿Habeis meditado el sistema de Gall?—Un poco—¿Le habeis entendido?—Me parece.—¿Estais en estado de esplicarle?—Vuestra Majestad juzgará.—Sabeis conocer mis gustos y apreciar mis facultades palpándome la cabeza? —Y aun sin tocarla.—¡Ola! estais ya al corriente.—Sí señor.—Pues bien; hablarémos

de eso en otra ocasion, cuando no tengamos nada mejor que hacer; tanto vale hacer eso como cualquiera otra cosa, muchas veces se divierte uno en considerar hasta donde puede llegar la necedad. ¿Qué pensaba Mascagni, continuó poco despues, de esos delirios alemanes? Vamos, decídmelo francamente como si conversarais con uno de vuestra profesion. —Mascagni gustaba mucho del modo con que Gall y Spurzheim desarrollan y hacen sensibles las diferentes partes del seso; él mismo habia adoptado este método y le juzgaba muy á propósito para dar bien á conocer esta víscera interesante. Pero en cuanto á la pretension de juzgar por las protuberancias, de los gustos, vicios y virtudes de los hombres, la miraba como una fábula, que aunque podia seducir á las gentes, no se sostenia con el exámen anatómico. —He ahí un verdadero sabio; hombre que sabe apreciar el mérito de una produccion separando de ella la falsedad con que la recarga el embaucamiento; siento mucho no haberle conocido. Corvisart era gran partidario de Gall; le elogiaba, le protegia é hizo cuanto pudo por introducirle hasta mí, mas habia entre nosotros poca simpatía. Nunca Lavater, Cagliostro ni Mesmer han sido mis allegados; porque esperimentaba yo tal

aversion por ellos, que hasta me guardaba de admitir á los que los trataban. Todos esos señores son muy diestros, hablan bien, manejan la necesidad de maravillas que tienen la mayor parte de los hombres, y dan apariencias de verdad á las mas falsas teorías. La naturaleza no se descubre por sus formas esteriores, sino que oculta y encubre sus secretos. Querer conocer y penetrar los hombres por medio de tan ligeros indicios, es cosa de un mentecato ó de un impostor, lo que son en realidad toda esa turba de inspirados que tanto abundan en las ciudades populosas. El único medio para conocerlos es juntarse con ellos y someterlos á pruebas: hay que examinarlos mucho para no caer en sus engaños, y se les debe juzgar solo por sus acciones. Ni aun esta regla es infalible si no se retiene en el momento que obran, pues no obedecemos casi nunca á nuestro carácter, sino que dejándonos llevar de los trasportes nos arrastra la pasion, y esto mismo es lo que produce los vicios y las virtudes, la perversidad y el heroismo. Tal es mi guia; esto no quiere decir que yo pretenda escluir la influencia del natural y de la educacion; antes bien la juzgo inmensa; mas fuera de eso todo es sistema, todo es necedad.»

13 *de marzo.* —La noche ha sido malísima. Abatimiento de fuerzas, inapetencia, flatuosidades, eructos, pulso débil y nervioso, congojas y fisonomía terrosa son los síntomas que se manifiestan. El Enfermo ha tomado muy poco alimento y se ha estado todo el dia en la cama.

A las siete de la tarde han llegado los periódicos de Europa y ha pasado toda la noche leyéndolos.

14 *de marzo.* — A las diez y media de la mañana todavía estaba el Emperador leyendo, se levanta y continua su lectura sin querer escuchar ningun consejo. Parecia estar fatigado en estremo, segun se manifestaba en su semblante abatido y en sus ojos hundidos, cárdenos y casi apagados. Ha tomado muy poco alimento durante el dia; por la tarde ha salido á pasear en calesa, á su vuelta me ha hecho algunas preguntas sobre su estado y se ha puesto á recorrer los diarios. Habiendo hallado en ellos entre los defensores de la independencia italiana á un personaje de quien no se acuerda, me ha dicho: » Alguna idea tengo de este hombre; ¿le conoceis?—Sí señor, es uno de los marqueses de Pavía, uno de los fanfarrones que se dejaron coger por Giorno.—¿Quién es ese Giorno? ¿De qué cosa me hablais? De una

de aquellas conspiraciones oscuras, cuya memoria habeis perdido. Los partidarios del Austria habrian cobrado ánimo, recorrian el Lodero y enardecian al pueblo escitándole á la insurreccion. La nobleza, creyendo favorable aquel momento, disponia de la guardia nacional y la puso en motin. Cisalpina se hallaba sin tropas; un hombre se presenta al Gobernador, se concierta con él, y reuniendo los gefes de la rebelion, les dice que no puede contener su indignacion por los escesos de algunos revolucionarios, que intenta reprimirnos y hacer un ejemplar, para cuyo fin los ha convocado. Agrádales mucho esta severidad, la aplauden y estaban prometiendo no tener piedad, cuando llegó Giorno, prendió á todo el Areopago y se le llevó sin que conjurado ni cómplice alguno probase á oponer la menor resistencia. Tal es el consabido***, este es el resúmen de sus antecedentes y la estension de su valor.»

Nada me respondió el Emperador; se puso á tratar sobre los asuntos de Venecia y sobre el modo con que habia esta fenecido; conociendo yo á que aludia su discurso, escuché con atencion lo siguiente: «A pesar de la insurreccion de los estados de Tierra firme, todavía conservaba Venecia inmensos recursos,

y se hallaba en estado de resistir: además de eso, podia el tiempo traer otras combinaciones políticas y dejar á los nobles el poder de que se habian apoderado. Mas estos no supieron sobre ponerse á las amenazas y privaciones, sino que cediendo cobardemente al temor, solo trataron de fingir y venderse. Se lisonjearon de que nosotros caeríamos en sus artificios, que nos engañarian con palabras y que una revolucion ilusoria bastaria para calmarnos. En consecuencia dispuso el gran Consejo desprenderse de su poder y prometer la democracia, lo cual valia tanto como proclamarla. Cuando se apercibió de esto ya la opinion predominaba, y no pudiendo retroceder recurrió á la anarquía: echó por las calles varias bandas de esclavones, á quienes él mismo conducia y animaba; pero los ciudadanos corrieron á las armas y el golpe se desgració. Entonces tomaron el partido de paralizar al pueblo dándole un gefe anciano, sin energía y que no pudiese utilizar los recursos, á cuyo fin nombraron á Salembeni. Por desgracia, aquel viejo, que estaba todavía lleno de fuego, supo elegir y juntar á los hombres de confianza, con los cuales se apoderó de los puntos principales y dispersó á los bandidos; volvieron estos á cargar queriendo apoderarse

del Rialto, se echaron sobre la tropa que le defendia y la pusieron en desórden. El oficial que la mandaba no perdió el brio por verse abandonado de los suyos; arrojóse sobre los asaltadores mezclándose cuerpo á cuerpo con ellos. Dos veces se le rompe su acero y dos veces se arma á costa de sus contrarios, de los cuales mató cuatro, hirió otros tantos, é hizo huir los demas: en esto acudieron sus soldados, que se arrojaron y confundieron encarnizadamente, y cubrieron el punto de cadáveres.

« El Senado abatido y sin recursos, tuvo que invocar el auxilio de los Franceses para libertarse del odio del pueblo. El almirante Condulmer hacia insinuaciones á Baraguey-d'Hiliers, le ofrecia chalupas y le instaba á que entrase solo en Venecia; luego inventaba dificultades, y en una palabra, solo queria ganar tiempo. Tan pronto hablaba como un simple ciudadano disgustado de los negocios, tan pronto como un gefe de escuadra que obra con el ascendiente del poder. Poca pena tuvimos en desenredar sus tramas; acelerámos nuestras disposiciones, y ya Venecia estaba ocupada, mientras que la aristocracia todavia preparaba sus conspiraciones. »

15 *de marzo.*—El Emperador está muy pos-

trado: siente un frio estraordinario en las estremidades inferiores; tiene el pulso pequeño é irritado. «¡Ah doctor! me dijo ¡cuánto padezco! ya no me siento las entrañas, me parece que no tengo vientre. Todo el mal que sufro está hácia el bazo y la estremidad izquierda del estómago: conozco que mi muerte no puede estar lejana.» En todo el dia no ha tomado mas que algunas cucharadas de sopa, y unas patatas fritas.

16 *de marzo.*—A las diez y cuarto encontré al Emperador en la cama sumergido en un adormecimiento soporífero que no podia desechar.—«¡En que estado he venido á caer! Yo que era tan activo y despejado, apenas puedo ahora levantar los ojos; mas ya no soy Napoleon.» Dijo, y volvió á cerrar los ojos; no obstante, al concluir el dia cedió á mis instancias y se levantó; se puso en un sofá, y con harta pena consintió en tomar algun alimento.

Vino á visitarle la señora de Bertrand, él queria asociarla á sus paseos y le proponia su plan. «Saldrémos tempranito, gozarémos del aire fresco de la mañana, cobrarémos gana de comer y así escaparémos de la influencia del clima. Vos, Hortensia y yo somos los mas enfermos, es preciso que nos ayudemos,

que reunamos nuestras fuerzas para hacer frente á la latitud, y arrancarle sus víctimas.

17 *de marzo.*—A las 7 de la mañana: la noche ha sido bastante tranquila; Napoleon ha salido en calesa. ¡Esta fué la última vez! y aun tuvo que retirarse casi inmediatamente.

Al medio dia, despues de haber tomado algun alimento, le ha atacado un vivo dolor de cabeza y un frio helado que se apoderaba de todo su cuerpo, pero especialmente entre las estremidades inferiores. Calofríos, temblores, rechinamiento de dientes, pulso muy pequeño y nervioso, cuyos síntomas funestos han durado cinco minutos.

El abate Buonavita estaba siempre enfermizo, y no quiso el Emperador que continuase padeciendo en un escollo, en donde, si bien se apreciaba su celo, no era indispensable su ministerio. Asignóle pues una pension de tres mil francos y le despidió; yo aproveché esta ocasion para escribir al caballero Colonna lo que sigue:

Longwood, en Santa-Helena, 17 de marzo de 1821.

Mi querido amigo:

«En mi carta de 18 de julio último os ha-

blaba de la hepatítis crónica de que adolece su Majestad. Esta enfermedad, endémica en la latitud en que estamos, parecia ceder á la accion de los remedios; ya habia obtenido alguna mejora, cuando le sobrevino una recaida. Desde entonces todo han sido alternativas repentinas; todo el efecto de las medidas se ha destruido completamente. La situacion del Emperador no ha cesado de empeorar; ya no se cumplen las funciones hepáticas y las vias digestivas están enteramente aniquiladas. Su Majestad se halla en el punto de no poder sustentarse sino de sustancias líquidas y que, por decirlo así, no necesitan digestion; y aun no es seguro que el estómago las reciba, pues que las suele arrojar apenas las ha tomado.

«En consecuencia, y para descargarme de toda responsabilidad, os declaro á vos, á toda la familia imperial y al mundo entero, que la enfermedad de que el Emperador esta atacado procede de la naturaleza del clima, y que los síntomas con que se presenta son de la última gravedad.

«El arte nada puede contra la accion continua del aire que respira; y si el Gobierno inglés no se apresura á sacar á Napoleon de esta atmósfera devoradora (con harto dolor

lo digo), su Majestad cederá bien pronto á la tierra sus despojos.

«Los diarios ingleses repiten sin cesar que la salud del Emperador es buena; no creais nada de eso, el tiempo os hará conocer si los que las dictan lo hacen sinceramente ó si están bien informados.

Vuestro amigo,

«Antommarchi.»

«Acompañad á ese buen anciano á James-Town, me dijo el Emperador, procuradle todos los cuidados y consejos que exige una travesía tan larga.» Hícelo así, acompañé al Abate hasta el barco que debia trasladarle á Europa, y volví á Longwood. «¿Se ha embarcado cómodamente? me preguntó Napoleon.—Sí señor; el navío parece bueno.—¿Y la tripulacion?—Bien compuesta.—Me alegro; ya quisiera yo saber la llegada de ese buen eclesiástico á Roma salvo de los peligros del viaje. ¿Qué acogida creeis le harán en Roma? será bien recibido, ¿no os lo parece?» Como yo tardaba en responder, continuó: «Al menos me lo deben, porque sin mí, ¿dónde estaria la iglesia?»

18 *de marzo.*—El Emperador ha pasado una noche bastante buena, aunque continuan disminuyendo sus fuerzas, pues no quiere comer nada, y habla sin interrupcion. Su conversasacion es alegre y divertida, chanceándose sobre mis píldoras; yo riéndome del miedo que le causan, he conseguido dar treguas por algunos momentos á su dolor. Habiéndole entrado la tos, he recurrido á la pocion calmante, mas Napoleon me ha dicho: «A otro con ella que yo bastante he probado vuestras pócimas; ya no quiero mas.—Pero señor, la tos...—No hay duda, la tos, el hígado, el estómago, en fin perezco si no me someto á vuestros jaropes...» De este modo parodiaba todas mis persuasiones obligándome á abandonarlas: estaba contento y satisfecho de haber esquivado el remedio; no cesaba de hablar contra el arte y sus prosélitos; yo le escitaba prestándole argumento y entreteniendo una ligera contradiccion que prolongaba y animaba la conversacion: me proponia ejemplos, yo se los resolvia, teniendo á veces razon á pesar mio; entonces mudaba de punto de ataque concluyendo siempre con su adagio de que nada es tan funesto como los remedios tomados interiormente. Yo me guardaba bien de admitir esta conclusion, con la cual nada hubie-

ra podido conseguir en adelante; se la combatí vivamente, haciéndole ver su falsedad y los males que podia acarrear.

«La naturaleza, decia yo, es ciertamente poderosa, inagotable, pero es necesario ayudarla: en la mayor parte de los casos necesita ser interpretada.—¡Interpretada! Pues sois médico os cedo la interpretacion.—No señor, nadie ha sabido darla mejor que vos en cierta ocasion. —¡Cuándo! ¿Qué quereis decir? Ah ya os entiendo: sobre la proclama, ¿no es verdad? No hay duda que la interpretacion fué buena; pero los consejos tocaban nuevamente á degüello contra los clérigos; y estos desgraciados, perseguidos en Francia y desechados en el estranjero, iban á perecer aniquilados por la miseria. Yo les tendí una mano benéfica, les acogí, la tribuna no se atrevió á proscribir unos hombres que yo protegia, con lo que cesó la persecucion y conservé á la iglesia sus ministros.—¿Tambien notificasteis al conclave las inspiraciones del Espíritu Santo?—No; tres candidatos se oponian para la cátedra apostólica, Caprara, Gerdil y Albani. El primero estaba á la cabeza de los descontentos; la España le sostenia, á lo cual nada tenia yo que decir; el segundo era una especie de santo, eleccion del clero bajo y de los devotos,

y cuya eleccion no tenia consecuencia política: mas Albani era hechura del Austria, tenia tacto, uso y un esterior capaz de seducir; por consiguiente, podia ser dañoso, y no le quise. No me oponia á que fuese obispo, pero yo no debia reconocer como príncipe al asesino de Basseville. Bien distante estaba yo de querer tocar al culto; la revolucion habia trastornado demasiados intereses para que se respetasen las opiniones religiosas: hice proponer al Papa que se uniese al Gobierno francés, y emplease su preponderancia para consolidar la tranquilidad interior de ambos estados, y concurrir á la comun satisfaccion.

«Este es el momento, le dije, de ejecutar una operacion á la cual deben concurrir, como igualmente interesadas, la sabiduría, la política y la verdadera religion. El Gobierno francés permite que se abran los templos del culto católico, apostólico y romano, y concede á esta religion tolerancia y proteccion. Si el clero aprovecha este primer acto del Gobierno francés en el verdadero espíritu del Evangelio, concurriendo á la tranquilidad pública, y predicando las máximas de la caridad que son el fundamento de la religion y del Evangelio; entonces no dudo que conseguirá mas particular proteccion, y

que este sea feliz principio del fin tan deseado. Mas si el clero se conduce de un modo contrario, entonces será de nuevo arrojado y perseguido. El Papa, como cabeza de los fieles y centro comun de la fe, puede tener grande influencia sobre la conducta que observasen los ministros. Conocerá sin duda cuan digno es de su sabiduría y de la mas santa religion espedir una bula mandando al clero que obedezca al Gobierno, y hacer cuanto le fuere posible para consolidar la constitucion establecida. Esta bula, concebida en términos concisos y conformes al gran fin que debe resultar, seria un gran paso hácia el bien y la prosperidad de la religion.

«Despues de esta operacion, seria útil conocer las medidas que deberian tomarse para reconciliar los sacerdotes constitucionales; y finalmente, las providencias que podria proponer la Corte de Roma para remover todo obstáculo, y atraer á los principios de religion á la mayor parte del pueblo francés. Suplico pues á los ministros de su Santidad que se sirvan comunicar al Papa estas ideas, y á mí su contestacion lo mas pronto posible. El deseo de ser útil á la religion es el principal motivo que me anima. La teología simple del Evangelio, la sabiduría, la

política y la esperiencia del Papa, escuchadas esclusivamente, pueden obtener resultados dichosos para toda la cristiandad, y para la gloria personal de su Santidad.»

19 *de marzo.*—La noche ha sido bastante buena, mas el Enfermo se halla enteramente abatido. Tiene el pulso pequeño, frecuente y nervioso. No ha tomado mas que unas cucharadas de sopa.

A la una le ha entrado un acceso de fiebre acompañado de un frio terrible, sobre todo en las estremidades inferiores, que le ha durado unos tres cuartos de hora. Siente dolor de cabeza, debilidad de fibras, opresion, dolor en el hipocondrio derecho y en el bajo vientre, tos seca y la lengua húmeda y pegajosa. Napoleon se levanta, pero todavía se aumenta su debilidad é inapetencia; siente en el epigastrio una especie de opresion y plenitud, restreñimiento de vientre y angustia general, á cuyo estado de agitacion se añade un humor sombrío y taciturno que le ha durado hasta las cinco de la tarde. A esta hora ha probado de tomar una cucharada de sopa, mas la ha vomitado inmediatamente; por la noche ha comido un poco de manzana cocida, y ha disfrutado algunos ratos de reposo. A las once

y media, cucharadas de caldo y un huevo: continua la calentura.

20 *de marzo.* — A las dos de la mañana ha sentido el Emperador una fuerte opresion en el estómago y una especie de sofocacion fatigante en el pecho. Un agudo dolor se le estiende en el epigastrio, en el hipocondrio izquierdo y por un lado del tórax hasta la espalda correspondiente. Continua la fiebre; tiene fuertemente inflamado el abdómen y muy doloroso al tacto; el estómago parece haber ya perdido enteramente su resorte. Fomentos en seco sobre la parte enferma: bebidas calientes y algun tanto calmantes, á que se sigue buen efecto.

A las cinco de la tarde redobla la fiebre complicada con un frio helado, sobre todo en las estremidades inferiores, se inflama de nuevo el bajo vientre, se le hace dificil la respiracion, y le acomete un acerbo dolor en todas las visceras del abdómen. El Enfermo se queja especialmente de un calambre en el *bazo y en la estaca izquierda del estómago* (estas son sus espresiones): pediluvios, fomento en seco sobre el abdómen, fricciones etéreas y lavativas anodinas.

Ha venido á verle la señora de Bertrand, con cuya visita se ha animado, manifestán-

dose menos abatido. Despues de haberse informado de su salud y de haber conversado un rato con bastante buen humor, le ha dicho: «Es preciso prepararnos á la fatal sentencia: vos, Hortensia, y yo estamos condenados á perecer en este infame peñasco. Yo iré el primero, luego vendréis vos y Hortensia os seguirá: todos tres nos hallarémos en los campos Elíseos.»

21 *de marzo.*—El Emperador ha estado muy inquieto toda la noche: á las siete y media se le ha dado una dósis de siete dracmas de aceite de higuera infernal en una taza de caldo de yerbas; pero este remedio no ha pasado del estómago. Todo el dia ha sentido su sabor en la boca y no ha producido efecto alguno. Sin embargo, ha calmado un poco la irritacion espasmódica del estómago y demas vísceras abdominales. A las cuatro y media de la tarde se ha redoblado la fiebre con frio bastante fuerte, aunque de corta duracion. Inflamacion del abdómen con dolor vehemente en todas las vísceras contenidas en él: fomentos húmedos y dulcificantes sobre el abdómen, que producen buen efecto. No ha dormido nada en todo el dia, se ha estado gran rato leyendo, y despues ha hecho que le leyesen.

De repente le ha entrado una vanilocuencia que le ha durado mas de tres horas, y en las cuales ha estado cantando canciones italianas, hablando, riendo y chanceándose, segun acostumbra cuando padece menos. Continua la calentura, aunque menos fuerte, y se queja el Enfermo de estar muy cansado.

Conociendo yo lo muy útil que le seria un vomitivo, suplique á Napoleon hiciese un leve esfuerzo para tomarle; mas su repugnancia se exaltaba solo al nombre de remedio. Contestóme exagerando la incertidumbre de la medicina. «¿Podeis acaso ni siquiera decirme en qué consiste mi enfermedad? ¿Podeis designarme su sitio? En vano le manifesté que en el arte de curar no se obra como en las ciencias exactas, que el sitio y las causas de las afecciones que esperimentamos solo pueden establecerse por ilacion; él no queria admitir distincion semejante. En este caso, continuó, guardad vuestros remedios, pues no quiero tener dos enfermedades, la que padezco y la que me deis.» De este modo nos acusaba de que trabajamos en las tinieblas, administrando medicinas á tientas, y haciendo perecer las tres cuartas partes de los que se confian á nosotros. Algunas veces me decia con un tono que jamás olvidaré:

«Tengo entera confianza en vos, estoy convencido de vuestra capacidad por el modo con que habeis ejercido en Longwood; pero yo no he tomado remedios jamás porque los considero como inciertos y peligrosos, y mas quiero dejarlo en manos de la naturaleza. Además, la naturaleza quiere vivir y no necesita auxilios del arte: yo conozco mi temperamento, y estoy persuadido que el mas leve remedio me desordenaria el estómago. ¿Qué os parece, pícaro doctor, no os lo figurais así?—Sea enhorabuena, señor, pero una bebida ligeramente emetizada...—¡Cómo! ¿una bebida emetizada no es un remedio?» Al fin á fuerza de instancias, súplicas y disputas consintió en tomarla.

22 *de marzo.*—La noche ha sido bastante buena, con sueño interrumpido y ligera transpiracion: el Paciente ha sentido dolores vagos, tan pronto en el hígado, tan pronto en el estómago, y en algunas otras vísceras del abdómen; ha tenido en la boca el mal gusto del aceite de higuera infernal. Los fomentos húmedos y secos le han producido alivio.

A las siete de la mañana estaba un poco mejor, y se ha sentido con bastante fuerza para afeitarse y comenzar á vestirse. Mas á las nueve y cuarto se ha redoblado la fiebre con calo-

fríos, dolor de cabeza é inflamacion del abdómen. El Enfermo siente una opresion bastante fuerte en la region epigástrica y una sofocacion causada por la abundante secrecion de flemas en las vias aéreas y digestivas.

A las once y media se le administra un grano de tártaro emético, seguido tres cuartos de hora despues de un vómito abundante, con que se disipa la opresion y sofocacion.

23 *de marzo.* — El Emperador ha dormido un poco; pero á las dos de la madrugada le han acometido la fiebre y calofríos. A las diez ha tomado otro grano de tártaro emético, que produce igual efecto que el primero. A las cinco y cuarto, nuevo acceso de fiebre, frio en las estremidades inferiores, inflamacion, bostezos, sentimiento doloroso en las vísceras abdominales, opresion del estómago, y fuerte restreñimiento. A las seis, pediluvios de veinte minutos, y á las siete se ha dormido el Enfermo hasta las once, que ha dispertado con un sudor copioso.

24 *de marzo.* — Con bastante tranquilidad ha pasado el Emperador el resto de la noche: á cosa de las diez se le ha mitigado algun tanto la calentura, mas la opresion en el epigastrio y la sofocacion se hacen sentir con mayor fuerza. Un cuarto de grano de tártaro emético le

ha producido vómitos abundantes seguidos de grande alivio.

A las tres y media le ha atacado la fiebre mas fuerte que de costumbre: el frio, despues de haberse manifestado en las estremidades inferiores, se le ha derramado por todo el cuerpo. Bostezos, congojas, dolor de cabeza; y el bajo vientre duro y doloroso al tacto. El Enfermo siente una sed ardiente y bebe con grande ansia agua endulzada con regalicia.

25 *de marzo.* — La fiebre ha disminuido mucho en esta noche que ha sido bastante sosegada: el Enfermo ha sudado copiosamente y habla ya de su próximo restablecimiento; sin embargo, siempre tiene inflamado el bajo vientre. Queriendo yo restablecer el órden de las secreciones mucosas por las vias digestivas, he prescrito un cuarto de grano de tártaro emético disuelto en una libra de suero; pero Napoleon se ha negado à tomarle.

A las diez de la mañana seguia la tension en el bajo vientre, opresion en el epigastrio dolor en el abdómen, inquietud general, pesadez en la cabeza con ligeros vahidos. El pulso estaba irregular en estremo, y la fiebre variaba de intensidad continuamente. A las once de la noche se le aplican fomentos

secos en el abdómen; pero el Enfermo no puede hallar un momento de sosiego; está triste y en un abatimiento escesivo.

26 *de marzo.* — Mala noche: á las siete y cuarto, acceso de fiebre, tension en el bajo vientre, ruido de tripas, opresion en el estómago, dolor de cabeza, humor sombrío y pesaroso.

La enfermedad se hacia cada dia de mayor gravedad; yo no me atrevia á confiarme en solo mis conocimientos, y el Emperador no queria médicos ingleses. Esto me tenia en una perplejidad estraordinaria, la cual se aumentó todavía con un indiscreto ofrecimiento del Gobernador, en que decia que habiéndole llegado un médico hábil é incomparable que curaba todos los males, juzgaba que sus servicios podrian ser útiles al general Bonaparte, y lo ponia á su disposicion. — « Sí; para que Baxter continue haciendo boletines falsos: ¿tiene todavía necesidad de engañar á la Europa, ó bien piensa ya en la autopsia? No quiero nada de un hombre que comunica con él. » Dejé que desahogase su desconfianza y aproveché un momento en que le ví mas tranquilo para indicarle alguna cosa sobre la necesidad de una consulta. — « ¡ Una consulta! ¿á qué serviria? Vos obrais todos á tientas; otro

médico no veria mejor que vos lo que se pasa en mi cuerpo, y si pretendiese conocerlo, seria un herbolario que me haria perder el poco de confianza que conservo en los hijos de Hipócrates. Además, ¿á quién consultaré? ¿á un inglés que recibirá las inspiraciones de Hudson? No, no le quiero, ya os lo he dicho antes; prefiero que se complete la iniquidad, que tanto vale el oprobio, como todas mis angustias.» No quise insistir porque el Emperador estaba acalorado; mas luego que estuvo mas sosegado, volví á la pretension. «Pues que tanto os empeñais, convengo en ello, me dijo con un tono bondadoso. Consultad con el médico que os pareciere mas capaz en la Isla.» Me dirigí al doctor Arnolt, cirujano del regimiento número veinte; y habiéndole hecho relacion de los síntomas de la enfermedad, así como tambien de las principales circunstancias de la vida del Emperador, fué de parecer, de que se le aplicase un grande vejigatorio sobre toda la columna abdominal; que se le administrase un purgante, y se le hiciesen frecuentes aspersiones de vinagre en la frente. Cuando volví á ver al Emperador hallé algun tanto disminuida su fiebre; tomó luego dos lavativas y se sintió aliviado. Me preguntó y le dije el resultado de la consulta,

de la cual pareció poco satisfecho, y me dijo meneando la cabeza: «Todo eso es medicina inglesa.»

27 *de marzo.* — A las cinco y media de la mañana pasé al cuarto del Emperador, quien habia tenido una noche bastante sosegada y abundantes sudores. Hallándole el bajo vientre duro y doloroso al tacto, creí deber prescribirle una mixtura salina, suavemente purgante, y una lavativa simple. Consintió en tomar lo uno; pero manifestó repugnancia por lo primero: defendíase de mis instancias, y se puso á preguntarme la composicion de aquel medicamento, su eficacia y el daño que podria acarrearle. Le aseguré que no podia hacerle ningun mal, y le indiqué los medios de remediarlo en su caso. «Vaya pues, preparad le; mas os prevengo que mi estómago no está acostumbrado á vuestras drogas, bajo esta inteligencia obraréis segun os pareciere.» Así lo hice; pero apenas vió que todo estaba preparado se puso á reir y me dijo: «Doctor, os apresurais demasiado, todavía no; pensar en ello.» Suplicámosle no se abandonase de tal modo y buscase algun alivio á los males que sufria. Mas él impaciente nos replicó que todos estábamos conjurados contra su pobre estómago, que bien sabíamos que él no creia

en la medicina ni en los remedios, y que le dejásemos en paz.

A las nueve de la mañana le acometió mayor fiebre, acompañada de un frio estraordinario, principalmente en los pies, bostezos, dolor de cabeza, opresion en el estómago y tension abdominal. Por la tarde perdió la fiebre su intensidad, y aun mas durante la noche.

Viendo el Emperador que frecuentemente tenia necesidad de mí, quiso evitarse la pena de hacerme llamar, y á mí la incomodidad de ir y venir. «Debeis estar fatigado, doctor, me dijo afectuosamente; os incomodan á cada momento, y no teneis lugar de cerrar los ojos. Yo todavía no fenezco, y así es preciso conservaros: voy á mandar que os preparen una cama en el cuarto inmediato.» Hízolo así, y luego se puso á esplicarme las sensaciones y síntomas que esperimentaba, á cuyos pormenores añadió: «Ya llegamos, doctor, á pesar de vuestras píldoras; ¿no os lo parece así?— Menos que nunca. —¡Bueno! menos que nunca: nuevo engaño médico. ¿Qué efecto os parece producirá mi muerte en Europa?— Ninguno, señor, porque no se verificará por ahora. —¿Y si se verificase?— Entonces, señor, entonces... —¡Vamos, en-

tonces! — Vuestra Majestad es el ídolo de los valientes; estos quedarian en el mayor desconsuelo. — ¿Y los pueblos? — A merced de los reyes, y la causa popular perdida para siempre. — ¡Para siempre! doctor, ¿y mi hijo? ¿acaso supondriais...? — No, señor, nada; pero ¡qué distancia tiene que superar! — ¿Es acaso mas vasta que la que yo he atravesado? — ¡Cuántos obstáculos que vencer! — ¿He tenido yo menos que atropellar? ¿Mi punto de partida era mas elevado que el suyo? Dejad, doctor, él lleva mi nombre, yo le dejo mi gloria y el afecto de mis amigos, no es menester tanto para recoger mi herencia.» Esta era la ilusion de un padre en su agonía sobre la cual no insistí; hubiera sido demasiada crueldad el disiparla.

28 *de marzo*. — A las siete de la mañana le hallé el bajo vientre tenso y doloroso: propuse un purgante suave; mas apenas oyó el Emperador nombrar semejante remedio, hizo como que cedia al sueño; y dejándose caer la cabeza sobre el pecho, se estendió en la cama. Hícele todas las persuasiones de costumbre, escuchóme con los ojos cerrados; y cuando hube acabado mi homilía, me dijo suspirando: «¿Qué deciais, doctor?» Y de este modo me iba eludiendo. Mas á las nueve le acometió el

acceso de fiebre, acompañada del frio acostumbrado y de violento dolor de cabeza. El resto del dia habiéndole pasado menos mal, pudo tomar algo mas de alimento que los otros.

29 *de marzo.*— Mala noche: á la una de ella, ha atacado al Emperador el acceso de fiebre, frio helado en las estremidades inferiores, dolor de cabeza, y meteorizacion del abdómen. Al amanecer ha tomado una lavativa, que no ha obrado ningun efecto. A las nueve, otro ataque de fiebre, con acerbo dolor de cabeza, somnolencia y transpiracion abundante. El Enfermo ha bebido con gusto y en abundancia agua endulzada con regalicia: tenia la lengua muy cargada, la boca y la garganta cubiertas de materias viscosas. A las dos y media ha comenzado á ceder la fiebre.

Aunque con riesgo de desagradar al Emperador, no pude menos de instarle nuevamente, al ver los progresos de la enfermedad, á que no se negase á recibir los auxilios del arte. Quedóse un rato pensativo sin responderme nada, y luego me dijo: «Teneis razon, ya veré; por el momento me son inútiles vuestros cuidados: podeis retiraros.» Ya me iba, pero me detuvo y se puso á discurrir sobre el destino cuyos golpes no puede evitar ni sus-

soportable en el abdómen y en el pecho. El Enfermo está muy triste é inquieto. Le he repetido los fomentos y he procurado distraerle de las ideas que le asaltan, hablándole de los hombres á quienes ha amado, como Dugua, Caffareli, Kleber y otros.

31 *de marzo.* — Los síntomas siniestros que comenzaron á manifestarse ayer, han durado hasta esta mañana. Al amanecer, á beneficio de un sudor copioso, ha perdido la calentura su violencia. A las ocho de la mañana ha tenido el Enfermo un parasismo de corta duracion. Por la tarde se hallaba mucho mejor, á pesar de que se quejaba todavía de la afeccion en el empeine; no ha querido tomar laxantes, y solo sí dos lavativas, de que solo ha restituido una parte. A las nueve de la noche, nuevo aumento de fiebre acompañado de un calor insoportable en el abdómen; borborigmos y estupor letárgico. Hácia media noche disminuye la fiebre considerablemente: continuo los fomentos.

1.° *de abril.* — El Enfermo ha estado bastante sosegado el resto de la noche, y ha tenido sudores abundantes. A las ocho de la mañana nuevo acceso de fiebre con estupor y transpiracion violenta. A las diez y media le hallé el pulso que latia con sesenta pulsacio-

nes por minuto. Sudores copiosos se han manifestado en la cabeza, en el pecho y en la region abdominal; solo estaban escentas las estremidades inferiores. A las ocho y media nuevo parasismo acompañado de un calor abrasador y tension estraordinaria en el empeine; pesadez en la cabeza, tos seca, frecuente é insoportable.

Habíame autorizado el Emperador para llamar á consulta al cirujano del regimiento número veinte, y viéndole empeorarse deseaba yo valerme de la esperiencia de este práctico. Pedí á Napoleon que se sirviese admitirle; consintiólo, é inmediatamente le presenté el doctor Arnolt. Estaba su cuarto sin luz, porque le agradaba estar en una oscuridad profunda, y no quiso que se alumbrase mientras estuvo el médico inglés. Permitióle que le tomase el pulso y examinase el estado del empeine de que se quejaba mucho, le preguntó qué era lo que pensaba de su enfermedad y le despidió manifestándole deseos de verle al dia siguiente á las nueve de la mañana.

El oficial encargado de certificar la presencia de Napoleon, estaba obligado á dar cada dia parte al Gobernador y atestiguar lo que hubiere visto; pero el Emperador guarda-

ba cama desde el 17 de marzo, y no podia aquel llenar su mision. Hudson, imaginándose que le hacian traicion, vino con su comitiva á Longwood, dió vuelta al rededor de la habitacion; y no viendo nada, se irritó contra el oficial y le amenazó con las mas severas penas si no se aseguraba de la presencia del *general Bonaparte.*

Esto puso al oficial en grande apuro, porque de un lado conocia las intenciones del Emperador, y de otro no esperaba que saliese jamás de su habitacion. Dirigióse al general Montholon y á Marchand, quienes conmovidos de su posicion penosa, le procuraron medios para salir de ella, y calmar los furores de Hudson. Era preciso evitar que Napoleon apercibiese al agente del Gobernador, y hacer de modo que ni aun sospechase su presencia: la cosa no era fácil, pero la consiguieron. El cuarto donde el Emperador dormia se hallaba al nivel del suelo del jardin, y las ventanas estaban bajas para ver todo lo que en él se pasaba. Napoleon, habitualmente constipado, tenia que tomar á menudo lavativas; preparámos pues la silla enfrente de la ventana, y en tanto que el general Montholon y yo nos manteniamos junto al Enfermo, Marchand abrió un poco la cortina como si

quisiera mirar al jardin: el oficial apostado á la parte de afuera de la ventana, vió y pudo dar su parte; mas el Gobernador no quedó satisfecho porque no soñaba otra cosa que fuga y evasion, ni pasaba un solo dia que no tratase de sorprender el albergue de su prisionero. Finalmente, el 31 de marzo declaró que si en aquel mismo dia, ó á mas tardar al siguiente, no se daba á su comisionado facultad de ver al *general Bonaparte*, vendria él mismo con su estado mayor y forzaria la entrada, sin respetar las consecuencias desagradables que su irrupcion podria tener. El general Montholon procuró desviarle de semejante designio, representándole los miramientos que se deben al infortunio, y la turbacion y desórden en que pondria al Emperador con su aparicion inesperada. Pero él no quiso escuchar razones: se inquietaba poco de que viviese ó muriese; su deber era asegurarse de su persona, y queria cumplirlo. Andaba el tigre rodeando la habitacion á tiempo que yo salia sofocado y fuera de mí: cogióme al paso y me dijo: «¿Qué hace el *general Bonaparte?* — Lo ignoro. — ¿Dónde está? — No lo sé. — ¿No está ahí? (mostrándome la cabaña.) — No está. — ¿Ha desaparecido? ¡Cómo! ¡Cuándo! — No lo sé

precisamente.—Recordad vuestras ideas; desde qué hora... — ¡La hora! La última batalla que mandó, creo fué la de Aboukir; él combatia por la civilizacion y vos defendiais la barbarie; él deshizo y echó al mar á vuestros aliados, su victoria fué completa; despues acá ya no he oido hablar de él. — ¡Doctor! aquí todo ha de obedecerme. — No yo. — ¡Soldados! — Soldados corred; poned colmo á vuestros ultrajes, arrancad un resto de vida al Emperador. — ¡Al Emperador! ¿Qué Emperador? — El que hizo temblar á Inglaterra, que mostró á la Francia el camino que conduce á Douvres, y puso en manos del Continente la maza que tarde ó temprano dará el golpe mortal á vuestra aristocracia.» Su Escelencia se alejó, yo quedé solo con Reade. «No es cierto.... me dijo este. — No lo es, en verdad, es necesario tener una alma amasada con limon del Támesis, para venir á espiar los últimos suspiros de un moribundo; ¿os corre priesa su agonía? ¿Quereis acelerarla y gozar de ella? El Cimbro, encargado de asesinar á Mario, retrocedió á vista del crímen que iba á cometer; pero vos.... Si el oprobio es proporcionado al atentado, bien vengados quedarémos.»

La resolucion era muy firme, y el Calabrés

demasiado salvaje para poder confiar en el decoro y los derechos de la humanidad. El conde Bertrand y el general Montholon buscaron otro medio de conjurar la tempestad. Manifestaron á Napoleon que su salud exigia cuidados y una práctica ilustrada, y tuvieron la fortuna de determinarle á que tomase un médico consultivo. Eligió al doctor Arnolt, a quien el Gobernador hizo responsable de la presencia del Emperador, y quedó obligado á dar todos los dias un parte al oficial de ordenanza, quien debia transmitirlo á Plantation-House.

2 *de abril.* —El Emperador ha estado muy agitado durante la noche pasada; ha tenido sudores viscosos abundantes en la cabeza, en el pecho y en las estremidades superiores. Se encuentra en estremo débil, y su pulso da setenta y seis pulsaciones por minuto. A las siete y media ha tenido nuevo parasismo, acompañado de bostezos, pesadez de cabeza, dolor abdominal, y tos seca y frecuente.

A las nueve he introducido el doctor Arnolt; el Emperador le ha hecho varias preguntas relativas á su enfermedad, quejándose mucho del estómago y del abdómen. El médico inglés ha propuesto el uso de un alimento animal, tal como gelatina, ú otro análogo, cuya elec-

cion deberá subordinarse al estado de las fuerzas digestivas; además le aconseja esté en la cama lo menos posible, y se sirva de unas píldoras compuestas de estracto de aloes succotrino, de jabon duro, media dracma de cada uno, y dos gotas de aceite de carci ò alcaravea, de que se harian doce para tomar dos por la mañana y dos por la tarde. Napoleon ha manifestado mucha repugnancia por todo género de medicamentos, sobre todo líquidos.

A las once y media sudores abundantes; la fiebre pierde mucho su intensidad. A las tres todavía duran los sudores: el meteorismo del empeine aumenta á cada instante. Opresion en el estómago acompañada de un sentimiento de pulsacion. Se niega el Enfermo á tomar las píldoras, y se le administra una lavativa.

A las cinco menos cuarto, acceso de fiebre con frio helado, especialmente en las estremidades inferiores. A las siete y cuarto, los criados le anuncian que han observado un cometa hácia el oriente. «¡Un cometa! esclama el Emperador con emocion; esta fué la señal precursora de la muerte de César.» Yo llegué en medio de la turbacion en que le habia puesto esta noticia. «¿Habeis visto, doctor?— No señor, nada.—¡Cómo! el cometa.—No se descubre ninguno.—Le han visto.—Se han

equivocado ; yo he observado largo rato y no he descubierto nada.—Es pena perdida ; yo fenezco , todo me lo anuncia , solo vos os obstinais en ocultármelo. ¿Qué os va en ello? ¿para qué engañarme? Mas yo no tengo razon : vos me amais y quereis ocultarme el dolor de la agonía , os agradezco la intencion.»

3 de abril. El Enfermo ha pasado bastante buena noche, ha dormido mucho , y á las seis de la mañana ha tomado una lavativa que ha producido buenos efectos. Al salir de la habitacion del Emperador he encontrado á Reade; me ha dicho que estaba ansioso é impaciente por verle ocupar su nueva habitacion , y que se admiraba de que yo le dejase consumir en cuartos estrechos y mal sanos mientras que podíamos disponer de magníficos aposentos. «Ya entiendo, le dije , espirará en un palacio despues de haber sido asesinado en una choza. La combinacion es demasiado inglesa para que yo me preste á ella : ved por otro lado.» Así lo hizo en efecto ; apenas hube conducido al doctor Arnolt á la alcoba de Napoleon, ya este buen médico improvisaba sobre las ventajas que resultarian de salir de ella. El Emperador le escuchó sin responder, reflexionó un instante y me dijo : «¿Es ese vuestro paracer,

doctor?—No señor; la fiebre es bastante fuerte y el desalojarse podria producir graves consecuencias.—Ya lo ois, dijo dirigiéndose á Arnolt; no hay que hablar mas de ello. «El doctor quiso insistir; pero Napoleon hizo los oidos sordos y concluyó el asunto.

A las diez tenia una profunda tristeza: el pulso pequeño, rápido é irregular, las pulsaciones variaban de setenta y cuatro á ochenta por minuto. El calor del cuerpo era de 96 grados del termómetro de Farenheit; la piel parecia mas húmeda que de ordinario. Nueva lavativa compuesta y seguida de evacuacion. El Enfermo transpiraba mucho, tenia sed y no queria comer; sin embargo, manifestó deseos de tomar un poco de vino, bebió clarete, pero rehusó con obstinacion toda especie de medicina. A las tres, acceso de fiebre; con frio en las estremidades inferiores, dolor de cabeza, tirantez penosa en el abdómen, tos seca, y opresion violenta en la region del estómago.

Me ha parecido que el Emperador se halla en peligro inminente; he comunicado mis temores al doctor Arnolt, quien lejos de apoyarlos, pronostica muy bien de su estado. Yo quisiera tener la misma esperanza; pero no puedo disimularme que Napoleon toca á su fin. He prevenido á los condes Bertrand y

Montholon; y este se ha encargado de instruir al Emperador de que se acerca su hora, y de disponerle á ordenar sus negocios.

4 de abril.—La fiebre ha continuado durante toda la noche con una alternativa de frio y de calor que especialmente le ha afectado las estremidades inferiores. Esperimentaba el Enfermo una dolorosa tirantez en el empeine, una sed ardiente, una sensacion penosa de sofocacion, una inquietud estrema y una congoja general. Su imaginacion estaba turbada por fantasmas y sueños espantosos.—Náuseas; vómitos de materias glutinosas; sudores abundantes, sobre todo en la cabeza, espalda y estremidades superiores.

A las ocho se hallaba un poco mejor; sin embargo, el pulso latia ochenta y cuatro pulsaciones por minuto; el calor era superior al estado natural, y el Enfermo bebia mucha agua coloreada con clarete.

A las diez, nuevo acceso de fiebre acompañada de frio en las estremidades inferiores, pesadez y dolor en la cabeza, tension fuerte del bajo vientre y ruido de tripas. A la una, lavativa compuesta, seguida inmediatamente de una ligera evacuacion: á la una y media tuvo un parasismo acompañado de náuseas y vómitos viscosos. A las dos y cuarto

todavía duraban las náuseas, y despues de violentos esfuerzos vomita el Enfermo gran cantidad de materias glutinosas.

5 *de abril.*—El Emperador ha pasado una noche muy agitada, ha tenido cuatro vómitos consecutivos y la fiebre se ha mantenido violenta. Ha disminuido esta á eso de las dos de la madrugada; los sudores viscosos, que se han determinado á la cabeza; pecho y espalda, le han debilitado mucho. Todavía no han cesado el meteorismo y la sensacion dolorosa del bajo vientre ni la angustia é inquietud. Napoleon, desesperado de su situacion, ha esclamado repetidas veces: «¡Ah! ¡por qué las balas han respetado mi vida, para perderla de un modo tan deplorable!»

A las diez ha tenido el Enfermo un leve acceso de fiebre: se hallaba un poco mejor; pero muy débil y quejándose mucho del estómago, sin querer tomar alimento. A las tres lavativa compuesta; á las cuatro náuseas y vómitos; á las seis ha tomado una píldora hecha con estracto de áloes sucotrino y jabon, la cual le ha dejado tan mal gusto en la boca, que le ha sentido una parte de la noche. Nuevo acceso de fiebre: á las diez disminuye esta y le sucede un sudor abundante.

6 *de abril.*—Sin embargo de que la noche no

ha sido mala; no ha producido la píldora ningun efecto y la fiebre ha aparecido con nueva violencia. El sueño ha sido interrumpido por una sed ardiente, que el Enfermo no podia apagar, á pesar de que pedia de beber continuamente. Los sudores viscosos que se manifestaban de ordinario en la cabeza, pecho, espalda y estremidades superiores, han sido mas abundantes que anteriormente. Esta mañana ha disminuido considerablemente la calentura: el pulso da de setenta á ochenta pulsaciones por minuto, y el calor es casi natural; el Enfermo rehusa toda especie de alimento y de medicina.

Al medio dia, Napoleon sumergido en una especie de letargo continuaba negándose á tomar alimento. Yo le insto á que se refresque la boca, mas él me dice: «Dejadme, doctor, dejadme; no turbeis el reposo que disfruto.»

A la una ha tomado dos píldoras purgativas: le hemos propuesto el uso de cordiales y sobre todo de la decoccion de quina.

A las nueve y media ha tenido nuevo acceso de fiebre, con los síntomas de frio en las estremidades inferiores, dolor en la cabeza, en el hígado y en el estómago, y tension dolorosa en el empeine. Parece estar el Enfermo muy agitado, vomita y al fin producen las píldo-

ras purgativas una evacuacion abundante.

Habia unos veinte dias que no le era posible afeitar la barba, que por lo larga le incomodaba. Varias veces le tenia yo insinuado que se hiciese afeitar por un criado, mas él eludia siempre esta idea. Al fin fué tal la necesidad, que manifestó el deseo de remediarla: propúsele que hiciese llamar á Cursot ó alguno de sus sirvientes; quedóse pensativo sin responderme, y me dijo al cabo de un rato: «Toda mi vida me he afeitado yo mismo, nadie me ha puesto jamás la mano en la cara. En el dia, estando sin fuerzas, preciso será que me resigne y me someta á una cosa á que mi naturaleza se ha negado siempre: pero no, doctor, añadió volviéndose hácia mí, no se dirá que yo me dejo tocar de este modo; solo á vos os permitiré que me afeiteis.» Yo, que no habia afeitado nunca á nadie, me escusé con mi inesperiencia, é hice todos mis esfuerzos para que el Emperador se valiese de mano mas diestra. «Enhorabuena, será como queráis; pero bien seguro que ningun otro que vos se alabará de haberme puesto las manos en la cara: además, ya verémos.»

7 *de abril.*—El Emperador ha pasado la noche en continua agitacion, con dolor de cabeza y ruido de tripas: á las dos de la ma-

ñana ha comenzado á perder la fiebre su fuerza, por efecto de algunos sudores viscosos parciales. En la mañana ha esperimentado una angustia general y pesadez de cabeza: el pulso pequeño, frecuente é irregular.

Por la tarde, ha estado el Emperador de bastante buen humor, ha tomado á eso de las cuatro una cucharada de gelatina y una manzana cocida. A las cinco se ha levantado, vestido y afeitado: «Vamos, doctor, por esta vez ya no será.—Yo os lo decia, señor, que vuestra hora no ha llegado.» Le acerqué su sillon, pidió los diarios y los recorria con complacencia cuando encontró no sé que anécdota ofensiva hácia uno de sus generales; cuya noticia se decia venir de boca de uno de nosotros. Entonces dirigiéndose á la persona inculpada, con semblante severo y ojos encendidos, esclamó: «Vos sois quien estendeis semejantes infamias, y aun las publicais bajo mi nombre; ¿quién os impele? ¿quién os escita? ¿qué objeto os proponeis? ¿Os habeis agregado á mi destino solo para hacerme tener escuela de difamacion? ¡Cómo! ¡infamar yo á mis amigos, á los que han seguido mi ventura! Qué os detiene que no correis á Europa; allí hallaréis cartas del Cabo, del Mediterráneo y que sé yo. La emi-

gracion aplaudirá, yo no estaré allí para desmentiros y podréis gozar de vuestras mentiras; marchad.» Retiróse, y Napoleon continuó: «No hay duda que se cometieron faltas, pero ¿quién no las hace? El ciudadano, en su vivir fácil, tiene sus momentos de fuerza ó debilidad, y se quiere que unos hombres envejecidos en medio de los riesgos de la guerra y que están en continua lucha con todo género de dificultades, no hayan decaido nunca de sí mismos, sino que siempre han debido tocar justamente á su objeto.»

A las seis de la tarde, toma una píldora purgativa; á las siete y media, una sopa de *arrow-root*, cucharadas de gelatina y un poco de agua con clarete. A las diez menos cuarto ha tenido un parasismo acompañado de *todos* los síntomas acostumbrados; á las once, sudores parciales y viscosos, mas abundantes que nunca.

8 *de abril.*—La noche ha sido malísima: el pulso, sin estar precisamente febril, es pequeño, frecuente é irregular. El Emperador acepta unas cucharadas de *arrow-root* y de gelatina, y al medio dia toma otra vez gelatina con dos bizcochos y un poco de vino moscatel. El Enfermo consiente en hacer uso de una decoccion de quina mezclada con algunas

gotas de tintura espirituosa del mismo medicamento. A la tarde toma gelatina y una sopa de fideos, y á las nueve menos cuarto una píldora purgativa.

9 *de abril.*—El Emperador ha pasado una noche bastante buena: ha bebido té acidulado con un poco de zumo de limon. A las tres de la mañana ha tomado una onza de la decoccion de quina con la tintura espirituosa, y al amanecer ha tenido vómitos de materias glutinosas: está de un humor sombrío é inquieto; sus fuerzas se hallan en sumo grado de abatimiento. Esperimenta evacuaciones abundantes, y el pulso, aunque no esté febril, es pequeño é irregular latiendo con ochenta pulsaciones por minuto.

10 *de abril.*—Na hay nada de particular. Continua el Enfermo esperimentando náuseas y vomitando casi cuantos alimentos toma, de modo que sus fuerzas disminuyen mas y mas, el pulso de setenta y dos pulsaciones por minuto; sin embargo, el Emperador se encuentra mejor y me dice: «Se ha pasado la crísis, y he vuelto á caer en el mismo estado en que estoy hace ya ocho meses: mucha debilidad, nada de apetito, y sobre todo.... (Continuó llevándose la mano sobre el hipocondrio derecho.) Aquí, aquí en el

hígado, doctor. ¡A qué latitud me han entregado!» Inclinó la cabeza y se mantuvo inmóvil hasta el momento en que el cirujano de ejército, que le habia pedido permiso para tocarle, quiso persuadirle de que el órgano de que se quejaba estaba en buen estado. Echóle él una miráda que ciertamente no manifestaba conviccion; y meneando la cabeza, pareció un instante pensativo; al fin le dijo con una especie de risa sardónica: «Está bien, doctor; os doy gracias por la esperanza que me quereis restituir: retiraos.»

11 *de abril.*—Durante la noche precedente ha tenido el Enfermo una evacuacion albina y un vómito de materias viscosas. Viendo yo que estos vómitos se hacian temibles, trataba de detenerlos, á cuyo fin le propuse una mixtura anti-emética anodina. El la rehusó con impaciencia, y no creí deber insistir, sino que me retiré á mi aposento adonde pronto me mandó buscar. «Doctor, me dijo cuando me vió, vuestro Enfermo quiere de hoy en adelante obedecer á la medicina, y está resuelto á tomar los remedios.» Luego, mirando con una débil sonrisa á todos los sirvientes suyos que estaban al rededor de su cama, continuó: «Ante todo me habeis de jaropear á todos estos pícaros, y aun vos tambien, pues

todos teneis necesidad.» Nosotros por picarle su amor propio, gustámos todos la pocion: «Bien, venga, que no quiero ser el único que no se atreve á hacer frente á una droga; vamos, pronto.» Se la dí, y llevándola á la boca con precipitacion, la sorbió de un solo trago: por desgracia surtió poco efecto, y el vómito continuó.

El pulso sigue en el mismo estado que los dias anteriores: á las once se ha levantado de la cama el Emperador, y se ha estado una hora entera en su sillon. Ha tomado una cucharada de agua destilada de canela mezclada con agua comun.

A la una, le ha acometido el frio en las estremidades inferiores: he procurado disiparlo por medio de fomentos; mas el Emperador me ha dicho: «Dejadme, el mal no está ahí, sino en el estómago, en el hígado. ¿No teneis algun remedio contra el ardor que me consume, alguna preparacion ó medicamento para calmar el fuego que me devora?» Quiso Arnolt persuadirle que el hígado estaba sano, á lo que replicó: «Así habrá de ser, pues que Hudson lo ha decretado.»

A la una y media, vómitos viscosos, con esfuerzos violentos, eructos, hipo incómodo, sueño ligero é interrumpido por un sentimien-

to de sofocacion que proviene de la gran cantidad de viscosidades que se aglomeran en la garganta y en el laringe. La lengua, aunque desembarazada de la pasta blanquecina que la cubria, está envuelta de una cubierta transparente de pituita.

A las dos y media toma una cucharada de mixtura anti-emética: á las cinco dos cucharadas de vino moscatel de Frontiñan, dos bizcochos y un poco de gelatina.

A las nueve la píldora purgativa acostumbrada, de la cual se queja mucho el Emperador, diciendo que le incómoda y le causa en el estómago un peso insoportable. Vómitos copiosos de materias glutinosas; el pulso casi siempre apirético, pequeño, frecuente é irregular. Ha tomado un poco de gelatina con dos cucharadas de vino de Burdeos. No ha podido disfrutar un momento de reposo en toda la noche.

12 *de abril.* — El Emperador ha pasado una noche muy inquieta; ha vomitado á las tres y á las cuatro de la mañana, y continua perdiendo sus fuerzas.

A las siete ha tomado un poco de gelatina y tres cucharadas de clarete: á las ocho dos cucharadas de gelatina.

A las once vómitos de pituita espesa. A las

doce menos cuarto ha tomado gelatina, y una sopa en vino caliente, hecha de cortezas de pan tostado.

A la una y cuarto se ha levantado el Emperador y se ha hecho llevar á su sillon; pero al cabo de una media hora, habiendo sentido un gran frio en las estremidades inferiores, se ha visto precisado á volverse á la cama, ha estado muy agitado durante el resto del dia sin poder disfrutar sino un sueño ligero é interrumpido por un sentimiento de sofocacion: aun en los momentos de reposo esperimentaba movimientos convulsivos y una especie de masticacion continua.

A las ocho ha tomado con gusto unas cucharadas de crema de arroz.

A las nueve y media nuevo acceso de fiebre, con el frio y demas síntomas que acostumbran complicarse: procuraba yo disiparlos, mas el Emperador me ha dicho. «Gracias, doctor, por vuestros desvelos; pero es trabajo perdido. Los socorros del arte nada pueden hacerme; mi enfermedad es mortal y mi hora ha llegado. Doctor Arnolt, ¿no se puede morir tambien de flaqueza? ¿Cómo es posible vivir comiendo tan poco?»

13 *de abril.* — A las dos de la mañana. Napoleon ha estado muy agitado toda la noche:

la crema de arroz que habia tomado la vomita con cantidad de flemas; va siempre aumentando el abatimiento de fuerzas; opresion en el estómago. Lavativa simple.

A las siete y media de la mañana, toma el Enfermo un poco de gelatina.

A las diez, vómito de materias viscosas. Lavativa. Luego toma un poco de gelatina con una manzana cocida.

A las once, lavativa. No quiere el Emperador tomar mas píldoras purgativas: yo procuro triunfar de su repugnancia escitándole por todos medios á que sufra un leve mal gusto. Entonces me dice: «¿Están bien rebozadas y cubiertas? — Sí señor. — ¿No me apestarán la boca? — Vuestra Majestad no advertirá ni aun que gusto tienen. — ¿De veras? — Seguramente. — Pues bien para *tí*, pícaro, trágalas.» Dijo á Marchand, quien las tragó inmediatamente protestándole que no son malas. Ya te lo decia yo: ¿no es verdad, doctor, que este necesita jaropes y que mis píldoras le harán provecho? — No pueden hacer daño alguno. — dadle pues todavía; en cuanto á mí no quiero mas, prefiero tomar lavativas que son el mejor y mas simple remedio. Los Ingleses, añadió chanceándose, tienen por vergonzoso el uso de ellas; pero

yo soy menos susceptible y me someto sin pena. »

A las doce, vómito flemoso, y otro igual media hora despues.

A la una se levanta, se hace conducir á su sillon, toma la dósis acostumbrada de decoccion y tintura de quina, y al cabo de media hora le han vuelto á la cama.

A las dos menos cuarto, pide el Emperador un tintero y papel, mandando se cierre su cuarto donde solo entran los señores Montholon y Marchand.

A las ocho de la noche, toma Napoleon un poco de gelatina y unas cucharadas de sopa de *arrow-root*. Continua siempre la fiebre con parasismos y remisiones muy irregulares. El Enfermo dice que de dia en dia se encuentra mas débil y que siente le abandonan todas sus fuerzas.

14 *de abril.* —El Emperador ha pasado muy mala noche, aunque ha disminuido su calentura á consecuencia de algunos sudores parciales : el abatimiento de sus fuerzas es menor que ayer, pero siempre muy considerable.

A las siete de la mañana ha tomado té acidulado con zumo de limon; á las ocho chocolate; á las nueve un poco de gelatina; á las

nueve y media una sopa de vino caliente y cortezas de pan tostado : finalmente, á las diez y cuarto se ha comido dos barquillos.

Al medio dia estaba el Enfermo de bastante buen humor, los síntomas morbíficos se habian disminuido : toma otra sopa en vino, y recibe del modo mas amable al doctor Arnolt; le manifiesta sus sensaciones, le consulta sobre lo que debe hacer; y pasando repentinamente de la medicina á la guerra, se pone á discurrir sobre los ejércitos ingleses y los generales que los mandaban, haciendo un particular elogio de Marlborough. «No era, dice, un hombre este limitado estrechamente á su campo de batalla, sino que combatia y negociaba, y era á un tiempo capitan y diplomático. ¿Tiene vuestro regimiento la historia de sus campañas? —Pienso que no, responde Arnolt. —Bueno, pues yo tengo ahí un ejemplar que me alegraré ofrecer á ese valiente regimiento; tomadle, doctor, le llevaréis de mi parte á su biblioteca.» El doctor le toma y se retira.

La mejoría de Napoleon me habia restituido la esperanza, de modo que estando allí todavía el médico Arnolt, no pude contener un movimiento de alegría : advirtiólo aquel, me miró y continuó su conversacion con el

doctor. Mas cuando este se hubo marchado, me preguntó el Emperador que era lo que tenia » —Nada, un recuerdo; es la cancion de Marlborough, con la cual me han mecido en mi infancia, que me ha venido á la memoria, y hubiera prorumpido en risa, á no haberme hallado en presencia de vuestra Majestad. —He ahí lo que es el ridículo que todo lo ataca, hasta la victoria. » Él tambien se reia y se puso á tararear la cancion.

Pero en tanto que nosotros chanceábamos con Marlborough, no era tan fácil hacerlo su Escelencia; quien habiéndole visto en manos del doctor, le desechó y no quiso que comunicase con el regimiento número 20. Confundido Arnolt, temió que tambien á él le pegase la peste, y se dió priesa á depositarlo en poder del oficial de ordenanza, que era un capitan del mismo regimiento. Este, menos escrupuloso, lo recibe, pero su atrevimiento irrita de tal modo á Hudson, que prorumpiendo en amenazas, hace destituir y reemplazar al capitan, que lo merecia muy bien, pues habia aceptado un libro que le entregaba Arnolt.

A la una, lavativa seguida de ligera evacuacion: á las dos, vómitos flemosos; á las dos y media, violentas agitaciones convulsi-

vas que duran cerca de hora y media, el pulso pequeño é irregular, frio helado, sudores viscosos, tension dolorosa en el empeine, dolor de cabeza, opresion en el estómago y debilidad general. Se ha levantado el Enfermo dos veces durante el dia, pero con mucha pena y estando muy poco en pie: hácia la tarde aumenta todavia la postracion de fuerzas.

A las siete y media ha tomado un caldo con cortezas de pan tostado y un poco de gelatina: el resto de la velada lo pasa tranquilamente, y aun disfruta algunos momentos de sueño, mas á las once se ha despertado con náuseas y un leve vómito de flemas.

15 *de abril.* — El Emperador ha tenido malísima noche está aletargado, cubierto de sudores frios y viscosos, y sintiendo al paso un frio universal. Su pulso, apenas sensible, presenta mas de cien pulsaciones por minuto; su respiracion es corta, profunda é interrumpida por suspiros prolongados. Durante la noche y en varias veces ha tomado un poco de gelatina y una cucharada de vino.

A las cinco, vómito de flemas, y á las cinco y cuarto, evacuacion albina.

A las siete, toma el Enfermo una sopa de fideos: á las nueve se siente un poco mejor,

y el pulso se manifiesta mas fuerte, aunque alguna vez intermitente. El calor del cuerpo es natural. Una dósis de decoccion de quina con tintura de lo mismo, parece haber disminuido la disposicion al vómito.

A las diez toma chocolate: el pulso se va regularizando, da noventa pulsaciones por minuto, pero es siempre pequeño y deprimido.

A la una y media se ha prohibido la entrada en el cuarto del Emperador, escepto al general Montholon y á Marchand, que se han estado con él hasta las seis. Al entrar he hallado el tapiz cubierto de papeles rotos; todo estaba rotulado y con carpetas. Napoleon acababa de hacer el reconocimiento de su cómoda y de dar un destino particular á cada una de sus prendas. «He aquí mis preparativos, doctor; y me voy, esto es hecho.» Quise manifestarle que su estado no era desesperado, mas él me contuvo diciendo: «No mas ilusiones, yo bien sé lo que hay, y estoy resignado.»

A las seis y media, agitacion convulsiva que le ha durado dos horas; tension dolorosa en el vientre y dolor profundo del hígado. Quéjase tambien el Emperador durante la velada, de una estrema debilidad y fatiga, y de ha-

ber escrito demasiado. Ha tomado alimentos variados y ligeros, y dos lavativas que ha evacuado poco despues.

16 *de abril.* — Ha pasado una noche bastante sosegada, á pesar de haber estado continuamente envuelto en sudores frios y viscosos, y de que el sueño ha sido interrumpido varias veces con angustias convulsivas acompañadas de un sentimiento violento de sofocacion. El pulso irregular, pequeño y deprimido, varia entre ochenta y cien pulsaciones por minuto. El calor inferior al natural, el color cadavérico, la piel húmeda y pegajosa. Aunque el Enfermo continua tomando alimento, sus fuerzas vitales se apagan visiblemente.

A la una y media se ha prohibido de nuevo entrar en su cuarto; el general Montholon y Marchand se han estado con él hasta las cinco; á esta hora he entrado yo; y viendo á Napoleon abatido en estremo, he dejado conocer mi inquietud. «Es que me he ocupado mucho tiempo, he escrito demasiado.» Y llevándose la mano sobre el hipocóndrio derecho y la region epigástrica, continuó: «¡Ah, doctor, ¡qué angustia! ¡qué opresion! Siento un dolor que me aniquila en la estremidad izquierda del estómago.» Sin embargo, ha habido una sensible mejora en la noche. Un

leve esceso en la cantidad de alimento ha ocasionado nna digestion penosísima. Sigue el pulso cada vez mas irregular y deprimido; respiracion difícil y forzada. Toma el Enfermo una lavativa que vuelve inmediatamente, y pasa el resto de la velada en un estado de agitacion é insomnio invencibles. Yo he tratado de aliviarle, mas él se rehusa: le presento de nuevo la pocion, la repugna; y volviendo la cabeza, me dice: «Es necesario que os caseis, yo quiero casaros, doctor. —Yo, señor, le repliqué sin saber á donde vendria á parar. —Sí: sois demasiado ardiente, demasiado vivo, y necesitais un calmante: debeis casaros con una inglesa, su sangre helada moderará el fuego que os devora, y seréis menos tenaz. —Yo intentaba aliviar á vuestra Majestad y no trataba de disgustarle. —Ya lo sé, doctor; y por eso de ahora en adelante vuestro enfermo será mas dócil; dadme la pócima.» Disela, y la tomó de un solo trago. «Asi se paga la falta de reverencia á Galeno.»

17 *de abril.* — Hasta la una y media de la mañana se ha mantenido el pulso en el mismo estado de depresion y celeridad: á dicha hora ha sobrevenido un vómito abundante de materias glutinosas y sustancias alimenticias.

A las dos y cuarto otro vómito de igual naturaleza, aunque mas abundante que el primero. Durante el resto de la noche ha estado el Enfermo muy agitado; sentia un frio universal, sudores pegajosos y sentimiento angustioso de sofocacion; él sueño interrumpido muy á menudo; el pulso cada vez mas débil é irregular era casi imperceptible al amanecer; abatimiento escesivo de fuerzas.

A las seis y cuarto ha tomado la acostumbrada dósis de cocimiento y tintura de quina, y este medicamento parece le ha aliviado, pues se ha sentido mucho mejor el resto del dia, ha comido mas de lo ordinario y se ha levantado dos veces.

Habia yo advertido que el Emperador estaba menos mal, cuando tenia el vientre *libre*, por lo cual traté de mantenerle en este estado por medio de laxantes. Se sentia atormentado por una continua sed; pero le disgustaban los jarabes y las bebidas con regalicia: solamente le faltaba usar de las limonadas y naranjadas. Prescribíle estas preparaciones que solo podian serle favorables; mas la dificultad estaba en procurarse limones y naranjas; pues aunque los hay en la Isla, son tan ácidos y amargos, que no me atrevia á emplearlos. Preciso fué sin embargo, porque

no hallé ni solo uno del Cabo; por mas que elegí y mandé, los limones eran todos tan detestables, que el Emperador se creyó envenenado. «¿Doctor, qué es eso? ¡qué brevaje, qué horrible preparacion! —Señor, es limonada. —¡Limonada! Calló un breve rato; y dejando caer la cabeza, continuó: «¡Harto de ultrajes, y espuesto á toda privacion! ¡En qué manos he caido!»

Despues de haberse calmado un poco, tomó una lavativa á que se siguió una abundante evacuacion. Le propuse el uso de las píldoras purgativas; mas se negó absolutamente. El pulso, algo mas regular, daba setenta y seis pulsaciones por minuto; la orina siempre cenagosa; el calor del cuerpo se diferenciaba poco del natural. El Enfermo ha comido un poco de faisan encapolado, y bebido una cucharada de clarete amerado con dos de agua.

A las ocho y media ha tomado la dósis acostumbrada de tintura de quina; á las nueve vómitos en que vuelve el alimento que habia tomado; á las once y cuarto, lavativa vuelta inmediatamente.

18 *de abril.* — El Emperador ha pasado una malísima noche. Ha sentido dolor y ardor insoportables en el abdómen; estaba helado y

envuelto en sudores pegajosos, ha tenido náuseas continuas y vómitos que se han prolongado hasta las cuatro y media de la mañana. Estaba triste, abatido y sin poder apenas hablar, atribuyendo su mala situacion á la pocion tónica del dia anterior. La orina cenagosa, el pulso pequeño é irregular, el calor inferior al natural, la piel algo pegajosa. Ha tomado un poco de alimento que ha guardado en parte; se ha levantado dos veces, volviéndose luego á acostar con un desasosiego invencible: á las cinco de la mañana continuaba la irregularidad y pequeñez del pulso con 80 á 90 pulsaciones por minuto.

A las dos de la tarde lavativa vuelta casi inmediatamente. He propuesto á Napoleon algunos medicamentos que considero útiles; mas él me ha respondido con el tono de un hombre que ha tomado su resolucion: «No; la Inglaterra reclama mi cadáver, no quiero hacerla esperar, bien moriré sin drogas. — No está en ese caso, nos dijo Arnolt. — ¿Pues en qué otro caso os parece que se halla? Le repliqué; ya que estendeis esperanzas entre nosotros, decidme en qué las fundais? Manifestadme vuestra opinion para seguirla yo.» Entonces analicé los síntomas, recapitulé los accidentes, y el doctor cayó bien pronto de

una conviccion que él mismo no tenia. Luego nos retirámos continuando nuestra conversacion sobre la naturaleza de la enfermedad, la cual, segun Arnolt, debia provenir de esquirros y de afecciones hereditarias. Yo le dí á entender que las opiniones fisiológicas de Hudson necesitaban que el tiempo las sancionase. Alteróse el médico con esta imputacion, se la mantuve como justa, y él no insistió, sino que volviendo á nuestro primer punto, continuó: «Mas Napoleon habla sin cesar de esquirros, y está persuadido de hallarse atacado de ellos. —El confunde la naturaleza con la latitud, y atribuye á la una lo que solo se debe á la otra. —La latitud es buena, y el clima muy sano; nosotros estamos tan robustos como en Inglaterra. — Vos especialmente, doctor; pero eso consiste en que estais tan acostumbrado á la pena, que ya contais por nada las enfermedades: ocho ó nueve meses de cama son una friolera de que no haceis caso. —Es cierto que yo he pagado el tributo á la latitud, y aun he pasado por crueles pruebas, pero un caso particular no decide nada. —Ni tampoco esa multitud de soldados que teneis en los hospitales. —Están abrumados por el servicio dia y noche.... —El clima. — No; os juro que el clima no es la cau-

sa : el aire es puro y templado, aqui gozamos de la plenitud de nuestras fuerzas, y no estaríamos mejor en nuestro pais natal. — Ni nosotros tampoco, aunque padecemos. — Es porque teneis que padecer; esperimentais una de aquellas crísis á que no remedia ni contribuye el pais. — Tambien Napoleon, sin duda. — Igualmente ; se vive y se muere en todas partes; el hombre perece cuando llega su hora : somos una especie de péndulas que oscilan durante un tiempo determinado, pasado el cual se para el volante sin que el aire ni la temperatura puedan prolongar su movimiento. — ¿Qué duda tiene? ¿Y el respirar un aire frio, caliente, seco, húmedo, pasando en una hora veinte veces por las mas violentas alternativas, no consume la vida? — Vos ponderais, no estamos en ese caso; ved cuán bello está el tiempo. — Cierto; ¿y poco ha? — Una ráfaga, una nube; pero antes habia un aire puro y sereno. — Y un poco antes viento, nieblas y todas las vicisitudes de la atmósfera en el curso de una sola mañana.» Luego mostrándole mis observaciones meteorológicas hechas en Longwood en los años 1816 y 1817, encontrámos que en el mes de abril habia hecho dos dias y medio de buen tiempo; en mayo dos dias, y en junio tres.

En vano quiso el doctor Arnolt contestarme la exactitud de mis observaciones, pues le hice ver que eran conformes á las hechas por Mr. Jennius: finalmente, le dije que la aristocracia de la Inglaterra, siendo puramente moral, no persigue á sus enemigos con fuego ni hierro, sino haciéndoles tomar aires, y ejecutando por reflexion lo que las demas naciones hacen por enojo; que solo á ella pertenece la horrible constancia de cinco años de maniobras para consumar la pérdida de un hombre.

19 *de abril.*—La noche ha sido bastante sosegada: el Enfermo no ha tenido vómitos, y se le ha antojado comer patatas fritas: hállase mejor que ayer y ha comido con gusto una sopa de fideos. El pulso pequeño y deprimido, aunque regular, da 76 pulsaciones por minuto; el calor de la piel está en su natural, y el semblante animado.

A las dos se ha levantado á su sillon sintiéndose mucho mejor que de ordinario; estaba de buen humor y ha pedido que le hiciesen lectura. Alegrábase el general Montholon con esta mejora, y aun yo tambien aunque sin cobrar esperanzas, me dejaba llevar de este sentimiento. El Emperador, sonriéndose con dulzura, nos dice: «No os en-

gañais, amigos mios, hoy estoy mejor; pero no siento menos por eso que se acerca mi fin. Cuando yo haya muerto, cada uno de vosotros tendrá el dulce consuelo de volver á Europa. Veréis á vuestros parientes y amigos, y yo encontraré mis valientes en los Campos Elíseos. Sí, continuó alzando la voz, Kleber, Desaix, Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier, todos vendrán á recibirme y hablarémos de lo que hemos hecho juntos: yo les contaré los últimos acontecimientos de mi vida, todos ellos al verme se volverán locos de gloria y entusiasmo. Tambien hablarémos de nuestras guerras con Scipion, Aníbal, César, Federico, en lo cual tendrémos gran gusto... A menos, añadió riendo, que allá bajo no tengan miedo de ver tantos guerreros reunidos.» En esto llegó Arnolt; el Emperador, cesando su plática, le recibió con mucha afabilidad; hablóle un rato de su enfermedad, sobre la cual le hizo preguntas muy juiciosas. Le dijo que casi siempre esperimentaba al levantarse una sensacion dolorosa y un calor abrasador en el estómago que le causaban siempre náuseas y vómitos. Luego, por una seguida natural de la conversacion, pasó á tratar de su situacion actual, y dirigiéndose siempre al médico Arnolt

con un tono mas animado y solemne le dijo: «Esto es hecho, doctor; el golpe esta dado, toco á mi término y voy á restituir mi cadáver á la tierra. Acercaos, Bertrand, y traducid al doctor lo que vais á oir; es una serie de ultrajes dignos del que me los prodiga; traducirle todo, no omitais una palabra.»

«Yo habia venido á sentarme junto á los hogares del pueblo británico, pidiendo una leal hospitalidad; y contra todos los derechos de la tierra, se me respondió con cadenas. Otra acogida hubiera yo recibido de Alejandro; el emperador Francisco me hubiera tratado con atencion; y aun el Rey de Prusia habria sido mas generoso. Pero estaba reservado á la Inglaterra el sorprender y arrastrar las leyes, dando al mundo el nunca visto espectáculo de cuatro naciones poderosas que se encarnizan contra un solo hombre. Vuestro Ministerio es quien ha elegido este horroroso peñasco, donde en menos de tres años se consume la vida de los Europeos, para acabar la mia por un asesinato. ¿Y cómo me habeis tratado despues de haberme sumergido en este escollo? No hay horror ni indignidad con que no os hayais complacido en mortificarme. Las comunicaciones mas simples de familia, y aun aquellas que nunca

se han prohibido á nadie, todas me las habeis negado. No habeis dejado llegar hasta mi ninguna noticia, ningun papel de Europa, y hasta mi muger y mi hijo no han existido ya para mí, pues me habeis tenido seis años en el tormento del secreto. En esta Isla inhabitable me habeis dado por vivienda el sitio menos á propósito para ello, y el en que mas se hace sentir el clima mortífero del trópico. Yo que corria á caballo toda la Europa, he tenido que encerrarme entre cuatro tabiques en un ambiente mal sano. Me habeis asesinado lentamente, por menor, con premeditacion; y el infame Hudson ha sido el ejecutor de las proezas de vuestros ministros. Acabaréis como la soberbia república de Venecia; y yo al morir en esta horrible peña, privado de los mios y careciendo de todo, lego el oprobio y el horror de mi muerte á la familia reinante de Inglaterra.»

A las cinco menos cuarto el Emperador se ha sentido incomodado, faltándole las fuerzas y cayendo en una especie de desmayo; sin embargo, al caer la tarde se halla algo mejor: á las ocho toma algun alimento sin esperimentar vómitos, y duerme hasta las once y media; entonces despertándose repentimente, se halla inundado en un sudor frio y pegajoso.

Tiene el bajo vientre terso, y en cuyas visceras se advierte un calor abrasador; tiene la garganta seca y le devora una ardiente sed, al paso que esperimenta grave dificultad en tragar los líquidos, y aun manifiesta aversion al agua fria. El pulso nervioso, frecuente y variable, da 80, 90 y 100 pulsaciones por minuto.

20 *de abril.* — Los accidentes sobrevenidos en el dia de ayer han durado hasta las tres de la madrugada; el Enfermo ha tomado entonces alimento, y se ha encontrado algun tanto mejor. El pulso siempre débil, pero mas regular qne antes, da 76 pulsaciones por minuto; y el calor parece natural. Sigue bastante sosegado durante la velada, aunque se queja de una sensacion dolorosa, calor insufrible en el estómago, y náuseas que le incomodan; si no vomita es porque se abstiene de todo movimiento. Segun su costumbre, pide que le hagan lectura, durmiéndose inmediatamente, pero la continuan porque no se suele interrumpir sino cuando él lo manda. Al despertarse pregunta de qué se trata. — «De los curas, le responden, y de las trabas que os han suscitado: el Autor los pinta como hombres inquietos, rencorosos é insensibles á los beneficios. — ¡Qué disparate! es la clase

de hombres que menos me ha costado: todos estaban contra mi, les permití llevar medias moradas y todos estuvieron de mi parte.»

21 *de abril.*—A pesar de que el Emperador no ha dormido casi nada, está un poco mejor que ayer: á las cuatro ha tomado alimento sin esperimentar vómitos, y al rayar el alba se ha encontrado con bastante fuerza para levantarse, y pasar tres horas parte dictando y parte escribiendo. Ningun inconveniente inmediato se ha seguido á esta fatiga; mas á cosa de las nueve se ha declarado el vómito, en el cual ha vuelto una parte de los alimentos que habia tomado, y sigue muy incomodado el resto del dia. A la una y media ha mandado llamar á Vignali y le ha dicho: «¿Sabéis lo que es una cama mortuoria?—Sí señor. —¿Habeis asistido á alguna?—Ninguna.—Y bien asistiréis á la mia.» Entrando en los mas detenidos pormenores sobre este particular, dió al sacerdote largas instrucciones. Seguia yo con inquietud las contradicciones que esperimentaba su rostro animado y convulsivo; cuando sorprendiendo en el mio no sé que movimiento que le desagradó, me dijo: «Vos sois superior á estas debilidades, ¿pero qué quereis? Yo no soy ni filósofo, ni médico: creo en Dios, y sigo la religion de mi padre. No es ateista

todo el que quiere.» Luego, volviéndose al cura, continuó de este modo: «Yo he nacido en la religion católica; quiero llenar los deberes que esta me impone, y recibir los socorros que ella administra. Todos los dias diréis misa en la capilla inmediata y espondréis el Santísimo Sacramento durante las cuarenta horas. Cuando yo haya muerto, colocaréis el altar á mi cabecera en la cámara mortuoria; continuaréis celebrando la misa y haciendo todas las ceremonias de costumbre hasta que yo esté enterrado.»

Retiróse el abate, y me quedé solo con Napoleon, que volvió á hablarme sobre mi pretendida incredulidad. «¿Podéis llevarla hasta el punto de no creer en Dios? Porque al fin todo proclama su existencia, y los mayores talentos la han creido.—Pero, señor, yo no la he puesto jamás en duda: yo seguia las pulsaciones de la calentura, y vuestra Majestad ha creido ver en mi semblante una espresion que no tenia.—Sois médico, me respondió riéndose; y luego añadió á media voz: Estas gentes que no manejan mas que la materia, nunca creerán nada.»

A las tres y media de la tarde, sensacion dolorosa en lo interior del vientre, pesadez de cabeza, frio general, estrema debilidad,

estupor, pulso irregular y febril, respiracion penosa, opresion de estómago, eructos frecuentes.

A las seis se moderan poco á poco los síntomas que acabo de describir; el Emperador pide alimento, del cual vuelve una parte á las siete, y duerme sin interrupcion toda la velada.

22 *de abril.*—El Emperador ha pasado bien la noche; el pulso sigue poco mas ó menos como ayer.

A las ocho y media de la mañana, estaba triste y de mal humor, quejándose de un violento dolor de estómago acompañado de opresion y sofocacion. Quiso comer alguna cosa; pero bien pronto siente náuseas y arroja el alimento que acababa de tomar con una parte del de ayer; sin embargo, parece estar mejor, y pasa el dia vomitando. El pulso, que todavía está débil, varia de 84 á 90 pulsaciones por minuto. No ha tomado el Enfermo ningun alimento; pero se ha podido conseguir que tomase la pocion siguiente:

Magnesiæ sulphatis drac. vj. solve in aquæ puræ unc. octo. Adde infus. gentianæ. compositæ unc. vj., et tinct. compositæ ejusdem unc. sem. F. mixtura, cujus sumat cochlearia tria amplia subinde.

A las cuatro y cuarto, ha comido Napoleon

una sopa caldosa, un huevo, acederas, y poco despues faisan en salsa: á las seis menos cuarto ha esperimentado un aumento de fiebre: creia hallarse con mas fuerzas que antes, y estaba estraordinariamente locuaz. «Doctor, me dijo, bien me lo habiais anunciado que aquí está la enfermedad. Sí, aquí la siento; el estómago está atacado...» Levantó los ojos al cielo, y calló.

A las ocho y media quiso tomar una sopa con un poco de gelatina, que ha vomitado á eso de las diez: en una gran parte de la noche no ha podido cerrar los ojos.

23 *de abril.*—Ya eran las dos de la mañana cuando el Emperador se ha dormido, y aun su sueño ha sido corto, pues se ha despertado á las tres. Entonces disminuia la fiebre, aunque la postracion de fuerzas era estraordinaria; el calor natural poco mas ó menos, y el pulso vario entre 78 á 84 pulsaciones por minuto.

A las siete toma una sopa de fideos con un poco de gelatina; á las diez una lavativa; á las once y cuarto una onza de la pocion recetada ayer, y á la una un poco de alimento y unas gotas de café. Luego manda vedar la entrada de su cuarto encerrándose con los señores Montholon y Marchand hasta las cinco y media. En este tiempo se ha fatigado tanto

de escribir, que toda la máquina parece resentirse de un trabajo tan prolongado. A las siete esperimenta nuevo acceso de fiebre, que sin embargo no le incomoda mucho: ha tomado la mixtura salino-amarga de que se ha hablado arriba; á las siete y cuarto, despues de haber tomado un poco de alimento que restituye en seguida, ha cogido un sueño que le dura toda la velada.

24 *de abril.*—Todavía dormia á las siete, á cuya hora se ha despertado en un estado de estrema debilidad. El calor está casi natural, y el pulso, aunque todavía un poco febril, varia entre 78 á 82 pulsaciones por minuto. A las siete y media toma una sopa de fideos con la cual vuelve á dormirse: despiértase á las diez y se le administra una lavativa. La fiebre está casi enteramente disipada, pero el abatimiento de fuerzas es escesivo del cual se queja el Enfermo, y de los vértigos que le acompañan. A las once toma un poco de vino de Burdeos con tres pequeños bizcochos, con lo cual se siente mejor.

A la una vómitos, en que vuelve casi enteramente los bizcochos. El Emperador manda cerrar la puerta de su cuarto, quedándose con el general Montholon y con Marchand hasta las seis, á cuya hora he entrado y me dice:

«Doctor, he escrito demasiado; estoy tan fatigado que no puedo mas.»

A las seis, acceso de fiebre acompañado de aturdimiento, vértigos, zumbido en los oidos, sensacion dolorosa y calor en todas las vísceras del bajo vientre, eructos insípidos sin interrupcion, respiracion penosa, locuacidad continua. Napoleon habla de los cultos, de las discusiones religiosas, del proyecto que habia formado de reconciliar las sectas. Dice que no pudo realizarle por haber venido demasiado pronto los contratiempos; pero que al menos restableció la religion, en lo cual hizo un servicio de incalculables consecuencias; pues si los hombres no tuviesen religion, se asesinarian por una buena pera, ó por una muger hermosa.

A las ocho de la noche toma el Enfermo un poco de arroz y un huevo fresco, y á las diez confitura de grosellas con algunos bizcochos de Bengala. Mas á las diez y media vomita todos los alimentos que ha tomado en el dia; y se queda en tal agitacion, que no le permite disfrutar un momento de sosiego.

25 *de abril.*—En toda la noche no ha pegado los ojos el Emperador, quien ha estado hablando casi continuamente: la fiebre se mantiene en igual intensidad.

A las cuatro y cuarto, vómitos de pituita filamentosa mezclada con sangre agrumada y en putrefaccion; á las ocho otro vómito semejante, y aun varios otros han sobrevenido durante el dia.

A las seis de la tarde ha tomado el Enfermo tres cucharadas de la mixtura salino amarga y dos horas despues una sopa de sémola. Yo tenia que hacer algunas preparaciones y aproveché el momento en que estaba algo mejor para pasar á la botica. Así que se vió solo, le entró un raro antojo de comer, y se hizo traer frutas, bizcochos y vino; á mi vuelta le encontré con un racimo de uvas en la mano; al verme se puso á reir á carcajadas. Retiré todo aquello y reñí al mayordomo, mas el mal estaba ya hecho y la fiebre se reanimó é hizo mas ardiente.

26 *de abril.* —El Emperador ha pasado la noche en continua agitacion, hablando mucho en el delirio de la fiebre. Ha tenido vómitos á las dos, y á la madrugada, hallándose mejor se ha dormido hasta las ocho.

El gran Mariscal me ha mandado llamar para anunciarme que el Emperador le ha encargado me dijese que aunque no me ha comprendido en su testamento, su intencion es de dejarme doscientos mil francos. Despues,

estando este en su cama mortuoria, me ha dicho con mucha afabilidad. «¿Cuánto creeis que debo dar al médico inglés en recompensa de las visitas que me ha hecho?—Yo no me atreveré á señalar límites á la munificencia de vuestra Majestad.—¿Os parece que cien luises sean bastantes?—Sí señor; yo lo creo.—Pues bien, le dejo doce mil francos; y á vos os lego cien mil.» Supliquéle no se ocupase de cuidados tan tristes; mas él continuó: «¿Gustariais entrar al servicio de María Luisa y ser su cirujano así como sois el mio?—Si debo perder á vuestra Majestad, esta será mi única ambicion.—Es mi muger, es la primera princesa de la Europa, y la sola á quien podais servir en adelante.—Jamás serviré ninguna otra. Pues bien; voy á escribir á la Emperatriz, y espero que quedaréis contento de lo que pienso hacer por vos.»

La fiebre le ha durado todo el dia con alternativas de bien y mal: ha esperimentado una sed ardiente, frio en los pies; dolores vagos en el vientre, náuseas y vómitos semejantes á los de ayer. Por la tarde ha tomado algo de sustento; y aunque se sentia en estremo débil, ha escrito durante tres horas cerrando y sellando sus codicilos.

27 *de abril.*—Sin haber podido disfrutar

un momento de reposo en toda la noche, se ha dormido un poco á la hora que amanecia; mas á las ocho le ha acometido un vómito estraordinario. El pulso muy débil, se mantiene entre 72 y 84 pulsaciones por minuto, y el calor es casi natural. El Enfermo se niega á admitir toda especie de remedio hasta las lavativas. Habiéndole yo propuesto la aplicacion de un vejigatorio á la region epigástrica, le rehusa, y no consiente sino con harta pena á que se le sustituya un cerato aromático estimulante.

A las nueve toma un poco de sopa, continuando la calentura todo el resto del dia: las fuerzas le abandonan mas y mas; los vómitos se suceden con frecuencia: á las tres y media ha querido escribir, pero no puede trazar mas que una parte del octavo codicilo de su testamento, que se propone acabar el dia siguiente. Su abatimiento es tan general y profundo, que parece va á descender al sepulcro. A las cinco y media ha tomado alimento y le conserva.

Habiéndose por fin determinado el Emperador á abandonar su cuarto poco ventilado, pequeño é incómodo, para instalarse en la sala, nos disponíamos á transportarle. «No, nos dice, cuando esté muerto; por el momento bastará que me sostengais.»

28 *de abril.* —Napoleon ha pasado malísima noche, con muchos vómitos semejantes á los anteriores. El pulso, muy débil, varia entre 84 y 90 pulsaciones por minuto; el calor se halla muy lejos del natural. A las seis y cuarto ha tenido nuevo vómito, con el cual se aumenta la fiebre, el frio se hace general y las fuerzas llegan á su último grado de postracion. A las siete ha tomado una sopa, un huevo y un bizcocho mojado en vino clarete.

A las ocho se ha puesto á conversar conmigo dirigiéndome palabras llenas de bondad; luego con una calma perfecta y una inalterable tranquilidad me ha dado las instrucciones siguientes. «Despues de mi muerte, que no puede ya estar distante, quiero que hagais la abertura de mi cadáver; quiero tambien y exijo me prometais, que ningun médico inglés pondrá la mano sobre mí. Sin embargo, si indispensablemente tuvieseis necesidad de algun facultativo, solo os será permitido emplear al doctor Arnolt. Deseo tambien que tomeis mi corazon, y poniéndole en espíritu de vino, le lleveis á Parma á mi querida María Luisa. Le diréis que la he amado tiernamente, que nunca he cesado de amarla; y le contaréis todo lo que habeis visto, todo lo que

concierne á mi situacion y mi muerte. Os recomiendo especialmente que examineis bien mi estómago, haciendo sobre él una memoria exacta y detallada que remitiréis á mi hijo. Los vómitos que se suceden casi sin interrupcion me hacen pensar que el estómago es en mí el órgano mas enfermo, y aun no estoy lejos de creer que se halle atacado de la lesion que llevó á mi padre al sepulcro; quiero decir, de un esquirro en el píloro... ¿Qué os parece?» Como yo dudaba en responderle, continuó: «Ya me lo figuraba yo, desde que he visto que los vómitos eran frecuentes y obstinados. Sin embargo, es muy de notar que yo he tenido siempre un estómago de hierro, que no he padecido de este órgano, y que mientras mi padre gustaba mucho de sustancias fuertes y licores espirituosos, yo no he podido nunca acostumbrarme á uno ni otro. Como quiera que sea, os suplico y encargo de no desatender nada en tal exámen, á fin de que cuando veais á mi hijo podais comunicarle vuestras observaciones é indicarle los remedios mas convenientes..... Cuando yo ya no exista, os iréis á Roma, veréis á mi madre y mi familia, les contaréis todo lo que hubiereis observado con respecto á mi situacion, mi enfermedad y mi muerte en este triste é in-

feliz peñasco ; les diréis que el gran Napoleon ha espirado en el estado mas deplorable, careciendo de todo, abandonado á sí mismo y á su gloria ; les diréis que al espirar he legado á todas las familias reinantes el horror y el oprobio de mis últimos momentos. »

Son las diez de la mañana : la fiebre ha cesado repentinamente ; el Enfermo cae en una estrema adinamia, sigue hablando mucho ; pero sus palabras interrumpidas é incoherentes ya no presentan union.

A las doce y cuarto ha tomado un poco de alimento de que su estómago no parecia por lo pronto incomodado; pero algunas horas despues ha vomitado todas las sustancias alimenticias : á pesar de eso estaba algo mejor. A las seis y media se hallaba muy agitado ; ha probado varias veces á concluir el último codicilo de su testamento, pero no ha podido escribir ni aun tenerse sentado.

29 *de abril.* —El Emperador ha pasado muy mala noche, sin tomar casi nada de alimento ni gozar un instante de sosiego : ha estado hablando sin conocimiento, distribuyendo mil cosas desordenadamente; no obstante esto, ha disminuido la fiebre. Hácia la madrugada le ha entrado un hipo violento, que le hace arrojar todos los alimentos que ha tomado ; la

fiebre se acrecienta, y vuelve el delirio, en el cual Napoleon habla mucho del estómago y del esquirro en el piloro: luego interpelando á Baxter le requiere á que parezca y venga á juzgar de la veracidad de sus boletines; y haciendo intervenir repentinamente á O'Meara, entabla entre ellos un diálogo muy pesado para la política inglesa. Disminuida un poco la fiebre, y estando algo mas despejado el Emperador, nos ha hablado todavía del esquirro de su padre, contándonos que al abrir el cadáver pronosticaron los médicos de Montpeller que la enfermedad seria hereditaria, y que pasaria á todos los individuos de la familia. «Doctor, os lo encargo de nuevo; poned el mayor cuidado en el exámen del piloro, estended en el papel vuestras observaciones, y remitidlas á mi hijo: quiero al menos preservarle de esta enfermedad.»

A las siete se ha dormido el Enfermo hasta las once: al medio dia toma una cucharada de sopa de fideos, un huevo fresco y un poco de vino clarete. El pulso presenta unas 98 pulsaciones por minuto, y el calor es muy superior al natural.

Viendo yo que producia poco efecto el emplasto que le habia aplicado á la region epigástrica he suplicado á Napoleon me dejase

reemplazarle por un vejigatorio. «Vaya, pues lo quereis así, hacedlo; esto no es porque yo espere el menor efecto, pero como ya toco á mi hora postrera, quiero que juzgueis por mi resignacion del reconocimiento que os debo: vamos, aplicadle.» Por desgracia estaba ya estinguida la naturaleza, pues tardó veinte y una horas en obrar.

No habiendo esperimentado el Emperador ningun vómito, ha bebido mucha agua fresca, á cuyo propósito me ha dicho: «Si el destino quisiera que yo me restableciese, levantaria un monumento en el sitio donde nace esta agua, y coronaria la fuente en memoria del alivio que me ha dado. Si muero, que proscriban mi cadáver así como han proscrito mi persona, que me nieguen un poco de tierra; deseo que me sepulten junto á mis antepasados en la catedral de Ajaccio en Córcega. Pero si no me permitiesen reposar donde nací, entiérrenme ahí donde brota esta agua tan dulce y pura.»

A las nueve de la noche, aplicacion de dos vejigatorios en los muslos.

30 *de abril.*—El Enfermo ha descansado algun tanto durante la noche; ha tenido dos vómitos de la misma naturaleza que los precedentes; y aunque la fiebre iba siempre en

aumento, ha comenzado á perder su fuerza al amanecer. A las nueve ya no tenia fiebre y estaba bastante sosegado: el pulso débil y deprimido, variaba entre 84 y 91 pulsaciones; el calor era inferior al natural y fácil la respiracion. Los vejigatorios puestos en los muslos no han producido efecto alguno, y el de la region epigástrica le causa tan poco dolor, que no se apercibe de que lo tiene. En el corriente de la mañana se han renovado los vómitos varias veces. Napoleon sigue triste y abatido, aunque en pleno conocimiento.

Al medio dia toma algunas cucharadas de fideos y un huevo fresco, sintiendo en seguida un calor abrasador en la garganta y un hipo que se prolonga durante dos horas. A las tres aumenta la fiebre, y solo cede un poco hácia la tarde.

Son las nueve y media de la noche; el estado del Enfermo es el siguiente: aumento de fiebre, angustia, hipo, respiracion profunda y penosa, opresion abdominal, alzamiento arqueado y espasmódico del epigastrio y del estómago acompañado de un sentimiento de sofocacion, salivacion abundante, frio helado en todas partes; de rato en rato deja de sentirse el pulso, el cual se reanima un poco á eso de las once y media.

1.° *de mayo.*—Continua el pulso flojo y frecuente dando hasta cien pulsaciones por minuto; el calor inferior al natural, y la piel húmeda y pegajosa. El Emperador se duerme al nacer el dia, pero muy pronto despierta, le vienen vómitos y queda en una terrible situacion. Van cediendo despues poco á poco los síntomas, calmándose la opresion, y pasa la mañana con bastante sosiego. Tambien el pulso recobra energía; y aunque siempre irregular, solo presenta 75 á 80 pulsaciones. Mas de repente cae en su primer estado, dando cien pulsaciones tan débiles, que apenas son perceptibles al tacto.

Son las doce del dia. Hipo mas fuerte que nunca, congoja general, levantamiento combado y espasmódico del epigastrio y del estómago, opresion abdominal, delirio. Estos síntomas van en aumento hasta media noche, á cuya hora han cedido un poco y dejan al Enfermo algunos instantes de reposo. En todo el dia no ha tomado mas que dos bizcochos y un poco de vino clarete.

2 *de mayo.*—A las dos de la madrugada aumenta la fiebre: el Emperador en su delirio habla de la Francia, de su hijo y de sus compañeros de armas, gritando de este modo: «¡Steingel, Desaix, Massena! ¡Ah! La victoria se de-

cide; marchad, corred, apresurad la carga, nuestros son.» Yo escuchaba, seguia los progresos de esta penosa agonía, y estaba sumergido en una profunda pena, cuando de repente, recogiendo Napoleon sus fuerzas, salta en tierra queriendo absolutamente bajar ó pasearse al jardin; yo corro á recibirle en mis brazos, pero fáltanle las piernas y cae hácia atrás, teniendo yo el dolor de no poder evitar su caida. Le levantámos suplicándole se volviese á la cama; mas él no conoce á nadie, se enfada é irrita queriendo siempre pasearse en el jardin, Hállanse sus fuerzas ya estinguidas y no menos el pulso, que da hasta 108 pulsaciones por minuto.

A las nueve de la mañana disminuye la fiebre: el Emperador me ha dado algunas instrucciones á las cuales añade: «Acordaos bien de lo que os he encargado ejecutar cuando yo haya muerto. Haced cuidadosamente el exámen de mi cuerpo, y sobre todo del estómago. Los médicos de Montpeller habian anunciado que el esquirro en el piloro seria hereditario en mi familia; la consulta se halla, si no me engaño, en poder de Luis; pedídsela y comparadla con lo que observareis vos mismo: al menos salve yo á mi hijo de esta cruel enfermedad. Vos le veréis, doctor,

y le indicaréis lo que convenga hacer, de este modo le preservaréis de las congojas que me despedazan; espero de vos este último servicio.» Así lo deseaba yo, y aun tuve esperanza de verificarlo; pero el practicante que guardaba la consulta y que me la habia prometido, la habia estraviado, y no pudo dar con ella, ni yo pude realizar la comparacion que el Emperador exigia.

Al medio dia nuevo acceso de fiebre; el Enfermo recobra sus facultades por un momento; entonces mirándome fijamente y lanzando un profundo suspiro, me dice: «Estoy muy malo, doctor, conozco que voy á morir.» Y en seguida ha vuelto á perder el conocimiento. Los síntomas son: sueño interrumpido, hipo frecuente de naturaleza espantosa, respiracion desigual y penosa, opresion abdominal, sublevacion espasmódica del estómago y epigastrio, vómitos flemosos, risa sardónica pronunciada ligeramente, y movimiento espasmódico de ambos labios hácia adelante. Se le ha administrado una pocion anodina compuesta de agua de flor de naranja y algunas gotas de tintura de opio y de éter, la cual produce algunos momentos de calma. El Enfermo recobra el uso de sus sentidos, y se cree en estado de acabar sus últi-

mas disposiciones; pero ninguno de sus miembros le obedece; y su debilidad es tal, que no puede conseguir su deseo. A cosa de la una toma dos bizcochos en vino clarete amerado.

Todos nosotros redoblábamos nuestro celo en estos últimos momentos en que íbamos á perderle para siempre, y todos queríamos darle una última muestra de amor. Sus dos oficiales, Marchand, Saint-Denis y yo nos habíamos reservado esclusivamente la asistencia inmediata del Enfermo; pero como este no podia soportar la luz, teníamos que levantarle, cambiarle y darle los demas cuidados que exigia su situacion, en medio de una profunda oscuridad. El anhelo habia aumentado nuestra fatiga en términos, que el gran Mariscal y el general Montholon ya no podian mas, y yo me hallaba en igual caso. Cedímos pues á las instancias de los franceses que habitaban en Longwood, y los asociámos á los tristes deberes que llenábamos. Todos velaban juntamente con alguno de nosotros; y el Emperador, enternecido por el celo y solicitud que le mostraban, los recomendaba á sus oficiales para que los ayudasen y sostuviesen en lo sucesivo.» ¡Y mis pobres chinos! No hay que olvidarlos tampoco, darles algunas docenas de napoleones; jus-

to es que tambien les haga mi despedida.»

3 de mayo. — La noche la sido mejor que de ordinario: los síntomas temibles de ayer han disminuido, y el Enfermo ha descansado algun rato. Pero á la madrugada redobla la fiebre con agitacion general, angustia y delirio, y cede un poquito de su fuerza á eso de las siete. A las nueve menos cuarto ha tomado con bastante gusto dos pequeños bizcochos, una yema y vino: sigue el abatimiento de fuerzas, el hipo y náuseas con frecuentes vómitos: se le han administrado algunas cucharadas de la pocion anodina.

Repentinamente le ha entrado á Hudson la humanidad, y nos ha hecho ofrecer leche de vaca imaginando que con ella se podrá aliviar esta cruel agonía. El doctor Arnolt, admirando la inspiracion de su gefe, quiere ponerla en práctica; mas yo me opongo con todo empeño, en atencion á que la leche es naturalmente indigesta y pesada, y que el Emperador vuelve hasta las sustancias mas ligeras y fáciles de digerir; en atencion tambien á que, aun en sana salud, no habia podido nunca soportar ninguna especie de leche; que cuantas veces la habia tomado le habia producido desórdenes mas ó menos graves en las vias digestivas, y que en fin la sopa *á la reina* era

para él un purgativo. Ni por esto se rendia el doctor Arnolt, con el cual tuve una acalorada discusion; y al menos pude conseguir que no administrasen leche á nuestro moribundo Emperador.

Al medio dia se agravan los síntomas y se hacen mas peligrosos; aumenta la fiebre y el frio helado en las estremidades inferiores, poniendo al Enfermo en una congoja mortal. Fatígale el hipo y la fuerte opresion del estómago; la piel muda de color; el pulso, apenas sensible y á veces intermitente, da hasta ciento y diez pulsaciones por minuto; el calor es muy inferior al natural. Sigue bebiendo mucha agua de flor de naranja amerada con agua comun y azucarada, cuya bebida prefiere porque dice le alivia.

A las dos disminuye la fiebre: nos retiramos todos escepto Vignale, el cual á poco rato á venido á encontrarnos al cuarto inmediato diciéndonos que ha administrado el viático el Emperador.

A las tres se renueva la fiebre, la congoja, la opresion del epigastrio y del estómago y el hipo continuo y violento. Napoleon goza todavía de sus facultades: encarga á sus ejecutores testamentarios, que en el caso de venir á perder el conocimiento, no permitan se le

acerque ningun médico inglés sino es el doctor Arnolt. «Voy á morir, les dice, vosotros vais á volver á Europa, y debo daros algunos consejos sobre la conducta que debeis tener. Pues que habeis participado de mi destierro, tambien seréis fieles á mi memoria y no haréis nada que pueda ofenderla. Yo he sancionado todos los principios fundiéndolos en mis leyes y mis actos, sin que exista uno solo que no haya consagrado. Por desgracia eran las circunstancias tan severas, que me ví precisado á dilatarlo y á usar de rigor; los contratiempos han venido sin que yo haya podido aflojar el arco, y la Francia ha quedado privada de las instituciones liberales que yo la destinaba. Ella, que juzga con indulgencia, me agradece mis intenciones y estima mi nombre y mis victorias. Imitadla pues, sed fieles á las opiniones que hemos defendido y á la gloria que hemos ganado, pues fuera de esto no hay sino vergüenza y confusion.

Una órden del Gobernador nos ha mandado tener una consulta con los doctores Schort y Mitchell. Estos han pasado á mi aposento, donde les he hecho relacion de los síntomas de la enfermedad. No dándose por contentos han querido asegurarse por sí mismos; les he prevenido que toda tentativa era inútil en

esta parte, y al fin se han puesto del parecer del doctor Arnolt, quien propone el uso de un purgante compuesto de diez granos de calomelanos, ó mercurio dulce. En vano he protestado contra semejante receta, manifestando que el Enfermo está demasiado débil, y lo van á aniquilar inútilmente; ellos son tres, yo solo uno y he tenido que ceder á la mayoría; sin escuchar mi oposicion, á las seis de la tarde la han administrado los diez granos de calomelanos.

A las siete toma el Emperador algunas cucharadas de saballon (1), y aun no puede pasarlas sin agua; el hipo repite con violencia.

A las diez todavía no han producido efecto alguno los diez granos de calomelanos, y se trata de administrarle nueva dósis, á cuya proposicion me he opuesto formalmente sin ningun miramiento.

A las once y media evacuacion abundante, disminucion repentina de la fuerza nerviosa, congoja, sudores frios, resfriacion de las estremidades inferiores, pulso intermitente y apenas sensible, borborigmos.

---

(1) Bebida de Italia, que se compone de vino blanco y azúcar.

4 de mayo. — Los mismos síntomas han durado casi toda la noche, en la cual no ha tomado el Emperador mas que agua de flor de naranja en poca cantidad y en intervalos distantes.

Estaba el tiempo horroroso, llovia sin interrupcion, y el viento amenazaba destruirlo todo: el sauce (1), á cuya sombra solia Napoleon tomar el fresco, habia cedido, nuestras plantaciones estaban arrancadas y esparcidas, solo un árbol gomoso resistia todavía, cuando un furioso torbellino le desarraiga, le levanta y le sepulta en el fango. Parece que nada de lo que amaba el Emperador debia sobrevivirle.

A las siete y media, evacuaciones abundantes que se renuevan varias veces, con los demas síntomas indicados: el Enfermo se niega á tomar remedio alguno interior, y apenas se le puede reducir á que tome un poco de caldo frio en consistencia de gelatina.

5 de mayo. — La noche ha sido agitadísima, la angustia general, la respiracion difícil y á veces acompañada de ronquido; el hipo muy frecuente, y continuo el espasmo del epigas-

(1) Esta especie es conocida en Santa-Helena con el nombre de *Botany-Bay*.



trio y del estómago. Esputacion y vómitos de materias líquidas.

Son las cinco y media de la mañana: Napoleon está siempre delirando; habla con gran pena, profiere solo palabras mal articuladas é interrumpidas, entre las cuales se le entienden las de *cabeza.... ejército*. Estas fueron las últimas que pronunció, en seguida perdió el uso de la voz, su cuerpo está helado, tetánico, cubierto de sudores viscosos; *trismus* ó compresion espasmódica de las quijadas; apenas se sienten pulsaciones en las carótidas y en las axilares. Ya creia yo que el principio vital se habia apagado, pero poco á poco se levanta el pulso, disminuye la opresion, y escapan algunos profundos suspiros: aun vive Napoleon.

Entonces se pasó la escena mas tierna y aflictiva de cuantas ocurrieron en su larga agonía. La señora de Bertrand, que á pesar de sus propias dolencias no habia querido separarse un instante de la cama del augusto Enfermo, hizo llamar primero á su hija Hortensia, y luego á sus tres hijos para hacerles ver por la última vez al que habia sido su bienhechor. No es posible poder pintar la emocion que se apoderó de aquellas tiernas criaturas al presenciar el espectáculo de la

muerte. Habia cincuenta dias que no se les habia admitido á ver al Emperador; sus ojos, inundados en lágrimas, buscaban con espanto en aquel semblante pálido y desfigurado la espresion de bondad y grandeza que antes acostumbraban hallar. Por un impulso comun y simultáneo se precipitan hácia la cama; y cogiendo las dos manos del Emperador las besan sollozando y las cubren de lágrimas. El jóven Napoleon Bertrand, no pudiendo soportar tan cruel espectáculo, cede á la emocion que esperimenta y cae desmayado: fué preciso arrancar de la cama á aquellos desconsolados inocentes, y llevarlos al jardin. El recuerdo de esta escena ha quedado, sin duda alguna, grabado en sus corazones para no borrarse nunca; y mas de una vez derramarán lágrimas, al acordarse que han contemplado el cuerpo de Napoleon en el momento que su grande alma iba á abandonarle. En cuanto á nosotros los que presenciábamos este lúgubre á Dios de los niños á su augusto protector, no hay palabras con que esplicar la impresion que recibímos. Un solo gemido, una misma congoja se apoderó de todos y un igual presentimiento del instante fatal que por minutos se acercaba.

Las diez y media de la mañana. El pulso

estaba aniquilado, yo seguia con ansia las pulsaciones, cuando ví llegar á Noverraz pálido, despavorido y fuera de sí: este infeliz, debilitado por cuarenta y ocho dias de una hepatítis aguda acompañada de fiebre *sinacal*, empezaba apenas á convalecer; pero habiendo sabido el deplorable estado del Emperador, queria ver todavía y contemplar una vez al que habia servido desde tanto tiempo. A este fin se habia hecho traer y venia deshecho en lágrimas. Traté de hacerle volver, pero creciendo su emocion á medida que yo le hablaba, se imagina que el Emperador está amenazado, que le llama á su socorro, y dice que no puede abandonarle, sino que quiere pelear y morir por él. Su cabeza estaba trastornada; mas yo lisonjeando su celo pude calmarle y volver á mi destino.

Son las once de la mañana. Los síntomas son: ruidos de vientre, meteorizacion abdominal, enfriamiento de las estremidades inferiores, y luego de todo el cuerpo, la vista fija, los labios cerrados, completa estincion de fuerzas, pulso en estremo débil, intermitente y varia entre 102, 108, 110 y aun 112 pulsaciones por minuto; le respiracion lenta, intermitente; estirones espasmódicos del epigastrio y del estómago; movimientos convul-

sivos que terminan por un siniestro quejido.

Le he aplicado un vejigatorio en el pecho, dos en las piernas, y dos anchos sinapismos en las plantas de los pies. Le he hecho fomentos sobre el abdómen con una botella llena de agua caliente, y le refresco continuamente la boca con agua de flor de naranja; mas esto es inútil, pues el paso está obstruido espasmódicamente.

A la respiracion quejosa é intermitente acompaña una grande agitacion de músculos abdominales. Los párpados permanecen fijos; los ojos se mueven echándose bajo los párpados superiores; el pulso ya cae, ya se reanima.

Son las seis menos once minutos: Napoleon toca á su postrer momento; sus labios se cubren de una ligera espuma. Ya no existe. ¡Así fenece la gloria!

Dando entonces un libre curso á las lágrimas prorumpímos todos en sollozos, y no se oia mas que lamentos por una pérdida tan amarga. Todavía estábamos en el primer desórden del dolor, cuando aprovechándose dos ingleses de la ocasion, se escurrieron entre nosotros, penetraron en la sala, descubrieron y tocaron al Emperador, y se retiraron como habian venido. Esta profanacion nos hizo vol-

ver en sí; volvímos á entrar y nos propusimos velar el cadáver é impedir que le llegasen manos inglesas.

Seis horas despues que habia espirado, le hice afeitar y lavar, y le coloqué en otra cama. Por su parte los ejecutores testamentarios habian tomado conocimiento de dos codicilos que debian abrirse inmediatamente despues de la muerte del Emperador. El uno era relativo á las gratificaciones que concedia sobre su caja á todas las personas de su casa, y las limosnas que mandaba distribuir entre los pobres de Santa-Helena. El otro contenia instrucciones sobre sus funerales, y estaba concebido en estos términos.

Abril, 16, 1821, Longwood.

Este es un codicilo de mi testamento.

1.° Deseo que mis cenizas reposen en las orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés que tanto he amado.

2.° Dejo á los condes Bertrand y Montholon, y á Marchand, el dinero, joyas, plata, porcelena, muebles, libros, armas, y en general todo lo que me pertenece en la isla de Santa-Helena. Este codicilo, escrito todo entero de

mi mano, está firmado y sellado con mis armas.

(*Sello*) NAPOLEON.

Los albaceas notificaron este documento al Gobernador, el cual alterándose con esta pretension, declaró que era inadmisible, que él se oponia formalmente, y que el cadáver quedaria en Santa-Helena, porque Inglaterra queria conservarlo, y no se desprenderia de él. Procuróse desarmar su ira con representaciones y súplicas, mas todo fué inútil: los ejecutores invocaban la humanidad, el respeto que se debe á los muertos; pero estos derechos se disipan ante la fuerza, y hubieron de contentarse con el recurso de los débiles que es protestar y obedecer. Así lo ejecutaron; y eligieron un sitio de que el Emperador hablaba siempre con satisfaccion, á pesar de que no le habia visto, sino una vez, y era el en que nacia aquella agua benéfica que tantas veces le habia aliviado sus dolencias. Hudson consintió en ello, dejando ver que tenia órden desde 1820 de retener los despojos de Bonaparte; pero que le era indiferente que estuviesen en uno ú otro punto de la Isla. En seguida montó á caballo y acudió

á Longwood, acompañado de su estado mayor, de los miembros de su consejo, del general Coffin, del contralmirante Hambert, del marqués de Montchenu, y de todos los médicos y cirujanos que habia en la Isla. Queria asegurarse por sí mismo de que el Emperador estaba bien muerto; y de que era exactamente su cuerpo, el que estaba mirando. Pidió que se procediese á la abertura del cadáver; pero le observé que habia poco tiempo que estaba sin vida. Me dijo tambien que pues yo le habia enviado á pedir yeso para sacar un modelo de la cara del difunto, él enviaria uno de sus cirujanos muy diestro en esta clase de operaciones para que me ayudase. Dí las gracias á su Escelencia, manifestándole que siendo cosa tan fácil el hacer el molde, no necesitaba auxilio alguno. Solamente me faltaba yeso, pues aunque la señora de Bertrand habia mandado buscar por todas partes, no habia recibido sino una especie de cal. Ni yo sabia como hacer cuando el doctor Burton nos indicó un paraje donde se encontraba espejuelo. El Contralmirante dió órden para que fuese inmediatamente una chalupa, la cual pocas horas despues trajo varios trozos de aquella piedra, y haciéndolos calcinar obtuve yeso y saqué el molde de la cara.

Hecho esto procedí á la autopsia, á cuya triste operacion asistian los señores Bertrand, Montholon y Marchand, ejecutores testamentarios; hallábanse tambien sir Thomas Reade, algunos oficiales de estado mayor, los doctores Schort, Arnolt, Michell, Livington y otros médicos hasta el número de ocho que yo habia convidado.

En tanto que le cortaban los cabellos, que Napoleon habia destinado para los diferentes individuos de su familia, comprobé algunas observaciones que ya tenia hechas: he aquí las principales.

1.° El Emperador habia enflaquecido tan considerablemente despues de mi llegada á Santa-Helena, que no abultaba la cuarta parte que antes.

2.° La cara y el cuerpo estaban pálidos, pero sin alteracion ni aspecto cadavérico. Su fisonomía era apacible, tenia los ojos cerrados, y no se hubiera dicho que estaba muerto sino que dormia en profundo sueño. Su boca conservaba la espresion de la sonrisa, con la diferencia de que el lado izquierdo estaba levemente contraido por la risa sardónica.

3.° El cuerpo presentaba una llaga de un cauterio en el brazo izquierdo, y varias cicatrices, á saber: una en la cabeza, tres en

la parte interior de la pierna izquierda, de las cuales una en el hueso del tobillo esterior; una en la estremidad del dedo anular de la mano izquierda, y en fin tenia varias en el muslo de la pierna izquierda.

4.° Su altura total de lo alto de la cabeza hasta los talones era de cinco pies dos pulgadas y cuatro líneas.

5.° La estension comprendida entre sus dos brazos tomada desde las puntas de los dedos del medio, era de cinco pies dos pulgadas.

6.° De la sínfisis del púbis hasta lo mas alto de la cabeza habia dos pies siete pulgadas y cuatro líneas.

7.° Del púbis al calcaño, dos pies siete pulgadas.

8.° De lo mas alto de la cabeza hasta la barba, siete pulgadas y seis líneas.

9.° La cabeza tenia veinte pulgadas y seis líneas de circunferencia; tenia la frente alta, las sienes deprimidas, y la coronilla de la cabeza muy fuerte y ahuecada.

10.° Los cabellos escasos y de color castaño claro.

11.° El cuello un poco corto, pero bastante regular.

12.° El pecho ancho y de buena conformacion.

13.° El abdómen muy inflamado y voluminoso.

14.° Los pies y las manos un poco pequeños, pero bellos y bien hechos.

15.° Los miembros tendidos y derechos; todas las otras partes del cuerpo tenian las proporciones ordinarias.

Tuve curiosidad en hacer en aquel grande hombre la aplicacion del sistema craneológico de los doctores Spurzheim y Gall: he aquí los signos mas aparentes que su cabeza ofreció.

1.° Organo de la disimulacion.

2.° Organo de las conquistas.

3.° Organo de la benevolencia.

4.° Organo de la imaginacion.

5.° Organo de la ambicion y amor de la gloria.

Por lo que respecta á las facultades intelectuales hallé:

1.° Organo de la individualidad ó conocimiento de los individuos y de las cosas.

2.° Organo de la localidad, de las relaciones del espacio.

3.° Organo del cálculo.

4.° Organo de la comparacion.

5.° Organo de la calidad, del espíritu de induccion, de cabeza filosófica.

Veinte horas y media se habian pasado despues de su muerte, cuando comencé la diseccion del cadáver: primeramente abrí el pecho, y lo mas notable que observé fué lo siguiente.

Los cartilagos ó ternillas costales *estaban* osificados en gran parte.

El saco que forma la pleura costal del lado izquierdo, contenia cerca de un vaso de agua de un color cetrino.

Una ligera cubierta de linfa coagulada cubria una parte de la superficie de las pleuras costal y pulmonar correspondientes al mismo costado.

El pulmon izquierdo estaba levemente comprimido por causa del derrámen, y se unia por medio de numerosos ligamentos á las partes posterior y lateral del pecho y *al pericardio*. Le disequé con cuidado y hallé el lóbulo superior salpicado de tubérculos y de algunos hoyitos tuberculosos.

El saco de la pleura costal del lado derecho encerraba cerca de dos vasos de agua de un color cetrino.

El pulmon derecho estaba ligeramente comprimido por efecto del derramamiento, pero su parénquima estaba en estado natural. Ambos pulmones tenian un color natural. La

membrana mas compuesta ó mucosa de la traquearteria y de los bronquios estaba bastante roja y envuelta en cantidad de pituita espesa y viscosa.

Muchos de los ganglios bronquiales y del mediastino estaban un poco abultados, casi deteriorados y en supuracion.

El pericardio estaban en estado normal ó natural y contenia una onza de agua de un color cetrino. El corazon, un poco mas voluminoso que el puño del individuo, presentaba, aunque sano, bastante grasa en su base y en sus surcos. Los ventrículos aórtico y pulmonar y las aurículas correspondientes estaban en estado regular, pero pálidos y enteramente vacíos de sangre. Los orificios no presentaban ninguna lesion notable. Los grandes vasos arteriales y venosos próximos al corazon estaban vacíos y generalmente en estado natural ó normal.

El abdómen presentó lo que sigue: dilatacion del peritoneo producida por una gran cantidad de gas.

Trasudor ligero transparente y difluente que revestia en toda su estension las dos partes ordinariamente contiguas de la superficie interna del peritoneo.

El omento mayor estaba en estado normal.

El bazo y el hígado, endurecidos, estaban muy voluminosos y cargados de sangre, la tela del hígado de un rojo moreno no presentaba por lo demas ninguna alteracion notable de estructura. Una bílis en estremo espesa y grumosa llenaba y dilataba la vesícula biliar. El hígado, que estaba afectado de hepatítis crónica, se hallaba unido íntimamente por su superficie convexa al diafragma; la adherencia era fuerte, celulosa y antigua, y se prolongaba en toda su estension. La superficie cóncava del lóbulo izquierdo adheria inmediata y fuertemente á la parte correspondiente del estómago, sobre todo á lo largo de la corvadura menor de este órgano, como tambien al omento menor. En todos estos puntos de contacto estaba el lóbulo notablemente grueso, hinchado y endurecido.

El estómago pareció á lo pronto en un estado de los mas sanos, sin señal alguna de irritacion ó de flógosis y la membrana peritoneal se presentaba bajo las mejores apariencias. Pero examinando este órgano con cuidado, descubri en la superficie anterior, hácia la corvadura menor y á unos tres dedos del piloro, una ligera obstruccion como esquirrosa muy poco estendida y exactamen-

te circunscrita. El estómago estaba horadado de parte á parte en el centro de este pequeño endurecimiento, y esta abertura estaba cubierta por la adherencia de esta parte al lóbulo izquierdo del hígado.

El volúmen del estómago era mucho mas pequeño de lo que es ordinariamente. Al abrir esta víscera á lo largo de su corvadura mayor, hallé que una parte de su capacidad estaba ocupada por una cantidad considerable de materias débilmente consistentes, mezcladas con mucha flema, y de un color semejante al de las heces del café. Retiradas estas, se halló la membrana mas compuesta ó mucosa del estómago en su estado normal desde el pequeño hasta el grande recodo de esta víscera, siguiendo su corvadura mayor. Casi todo el resto de la superficie interna de este órgano estaba ocupado por una úlcera cancerosa que tenia su centro en la parte superior, á lo largo de la corvadura menor del estómago, mientras que las bordes irregulares y picoteados de su circunferencia se estendian atrás y adelante de esta superficie interior, y desde el orificio del cardias hasta una buena pulgada del piloro. La abertura redonda y horadada en declive oblicuamente con daño de la superficie interna de la víscera apenas tenia cua-

tro ó cinco líneas de diámetro en lo interior y dos líneas y media lo mas en lo esterior; su borde circular en esta parte, era delgado en estremo, estaba ligeramente dentellado, negruzco, y formado solamente por la membrana peritoneal del estómago. Una superficie ulcerosa parduzca y lisa formaba en lo demas las paredes de esta especie de canal, que hubiera establecido una comunicacion entre la cavidad del estómago y la del abdómen, si no se hubiese opuesto la dicha adherencia del hígado. La estremidad derecha del estómago, á una pulgada de distancia del piloro; estaba rodeada de una obstruccion, ó mas bien, de un endurecimiento esquirrosò anular, ancho de algunas líneas. El orificio del piloro estaba en un estado perfectamente normal. Los bordes de la úlcera presentaban notables hinchazones fungosas, cuya base dura, gruesa y esquirrosa se estendia tambien á toda la superficie ocupada por esta cruel enfermedad. El omento menor estaba encogido, hinchado, en estremo duro y degenerado: las glándulas linfáticas de este pliegue peritoneal, las que están colocadas á lo largo de las corvaduras del estómago y las inmediatas á los pilares del diafragma, estaban en parte tumefactas, esquirrosas, y aun algunas en supuracion.

El tubo digestivo estaba dilatado por una gran cantidad de gas. En la superficie perìtoneal y en los pliegues peritoneales advertí algunas manchitas rojas de dimeusiones varias y bastante distantes una de otra. La membrana mas compuesta de este canal parecia hallarse en un estado natural. Una materia negruzca y muy viscosa bañaba los intestinos gruesos.

El riñon derecho estaba en estado normal; el del lado izquierdo estaba dislocado y caido sobre la columna lombo-vertebral: era mas largo y mas estrecho que el primero; por lo demas parecia sano. La vejiga vacía y muy encogida, contenia una cantidad de arenillas mezcladas con algunos cálculos. Habia numerosas manchitas rojas, esparcidas en la membrana mas compuesta ó mucosa; las paredes de este órgano estaban en estado normal.

Queria yo hacer el exámen del celebro: el estado de este órgano en un hombre cual era el Emperador debia ser muy interesante; pero me detuvieron con dureza y tuve que ceder.

Concluida esta triste operacion, tomé el corazon y el estómago, y los puse en un vaso de plata, lleno de espíritu de vino. Reuní las partes separadas recogiéndolas por medio de

una sutura, lavé el cuerpo y cedí mi lugar al ayuda de cámara, el cual le vistió segun acostumbraba ponerse durante su vida, á saber: calzoncillos, calzon de casimir blanco, chaleco blanco, corbatin blanco y encima otro negro con hebilla detrás, gran cordon de *la* Legion de honor, uniforme de coronel de lanceros de la guardia, que era verde con vueltas encarnadas, decorado con las órdenes de la Legion de honor y de la corona de hierro, botas largas de montar con espuelas pequeñas, y en fin el sombrero de tres picos. Así vestido Napoleon, le sacaron de la sala, á las cinco y tres cuartos; los lienzos y sábanas que habian servido á la diseccion del cadáver todo fué distribuido y hecho pedazos, siendo el estar teñidos en sangre un motivo para que todos quisieran obtener un giron.

Espusieron á Napoleon en su antiguo cuarto de dormir que habia sido transformado en cámara ardiente. Estaba tapizado de paño negro, que habian sacado del almacen de la Compañia de Indias, en James-Town; y esta circunstancia hizo conocer en la isla la enfermedad y la muerte de Napoleon. Admirados de ver transportar tantos paños, los habitantes y aun los mismos empleados buscaban cual podia ser el objeto á que se destinaban. No

viendo ninguno, aumentaba su curiosidad y comenzaban á divulgarse las mas estrañas ideas y los mas singulares rumores, cuando un Chino reveló el misterio. La sorpresa fué general, todos estaban atónitos y esclamaban á una voz: ¡Cómo! ¡El general Bonaparte estaba gravemente enfermo, y nos decian que estaba tan bueno!

El cadáver que no habia podido ser embalsamado por falta de las sustancias necesarias, y cuya blancura era verdaderamente estraordinaria, fué colocado en una cama de campaña adornado con unas cortinitas blancas que servian de sarcófago. La capa de paño azul que Napoleon habia llevado en la batalla de Marengo le servia de cubierta. Tenia los pies y las manos libres, la espada al lado izquierdo y un crucifijo sobre el pecho. A corta distancia del féretro estaba el vaso de plata que contenia el corazon y el estómago, que me habia obligado á depositar. Detrás de la cabecera habia un altar en el cual rezaba el capellan sus oraciones revestido de sobrepelliz y estola. Todas las personas de la comitiva de Napoleon, oficiales y criados, estaban en pie á la izquierda, vestidos de luto. El doctor Arnolt velaba el cadáver que habia sido puesto bajo su responsabilidad personal. Entre-

tanto se acercaba un numeroso gentío por las avenidas y se agolpaba á la puerta de la cámara; mas luego se abrió esta y se dió entrada á la multitud, que sin tumulto ni confusion y con un silencio religioso contemplaba aquellos restos inánimes. El capitan Crokat oficial ayudante de Longwood dirigia el órden con que cada cuerpo debia presentarse: los oficiales, sargentos y cabos del regimiento nº 20, y los del 66 fueron los primeros; admitióse en seguida á los demas, esperimentando todos aquella emocion que produce el heroismo desgraciado en los corazones valientes.

La afluencia fué todavía mucho mayor al dia siguiente: las tropas, la poblacion, todos corrian y se agolpaban; y hasta las señoras arrostraban la fatiga y las órdenes de la autoridad por venir á contemplar por la última vez los restos del Emperador. Una órden ridícula les prohibia llegarse á Longwood; pero ellas mezclándose á la multitud se acercaron en medio del entusiasmo general haciendo resaltar mas y mas sus sentimientos, y repudiando todas la complicidad en una muerte tan cruel. No dejaba de ser esto alguna satisfaccion para nosotros. Estando yo disfrutando esta especie de consuelo, vi venir hácia mí á

los doctores Schort, Mitchell y Burton que salian del cuarto del Capitan ayudante. Estos señores, segun tengo dicho, habian asistido de oficio á la autopsia, pero no habian tomado parte alguna en ella; sin embargo, se les figuró que ellos debian estender el acto, y en su consecuencia le traian ya redactado y escrito para que yo le firmase. Neguéme á verificarlo, diciéndoles que yo nada tenia que ver con su relacion inglesa; que siendo yo el cirujano de Napoleon y el que habia ejecutado la autopsia, nadie sino yo podia autentizarla, en cuyo acto no debia ocultar cosa alguna. Les presenté un borrador de mi memoria; pero no encaminándose al objeto que ellos se proponian, no la quisieron admitir.

Cuando hubo llegado la caja que debia recibir el cadáver, me obligaron á meter en ella el corazon y el estómago: me lisonjeaba yo de poder transportarlos á Europa; pero toda diligencia fué inútil, y me negaron esta dolorosa satisfaccion. Dejé pues el primero de dichos órganos en el vaso en que al principio lo habia puesto y puse el segundo en otro vaso del mismo metal y de forma cilíndrica, que era el que habia servido para guardar la esponja de Napoleon. Llené de alcohol el que contenia el corazon, le cerré herméticamente, le

soldé, y los deposité uno y otro en los ángulos del féretro: pusieron en él á Napoleon colocándole en una caja de hoja de lata, guarnecida con una especie de colchoncillo y almohada, y aforrado de raso blanco. No pudiendo dejar el sombrero en la cabeza del Difuntopor falta de cabida, se lo colocaron sobre los pies; tambien le pusieron varias águilas y piezas de todas las monedas acuñadas con su efigie, su cubierto, su cuchillo, un plato en que estaban sus armas, etc. Luego cerraron la caja, soldándola con cuidado, y la metieron en otra de caoba, pasáronla dentro de otra tercera de plomo y aun esta fué colocada en otra cuarta caja de caoba, la cual fué sellada y cerrada con tornillos de hierro. Espusieron el ataud en el mismo sitio en que habia estado el cuerpo, y le cubrieron con la capa que llevaba Napoleon en la batalla de Marengo. Continuó Arnolt su vigilancia, y el abate Viguali sus oraciones, y la multitud, que crecia de hora en hora, pudo circular al rededor de aquellos preparativos fúnebres.

Abrumados nosotros por tanta fatiga, íbamos á retirarnos cuando llegó Hudson.

Este, siempre humano y sincero, deploró nuestra pérdida, y nos anunció que era tanto mas sensible, cuanto su Gobierno se avenia al

bien, pues le habia encargado le notificase al *general Bonaparte* que se acercaba al momento en que podria restituírsele su libertad, y que su Majestad británica no seria la última en acelerar el término de su cautiverio. «Pues que ha muerto, continuó, todo se ha concluido; mañana le rendirémos los últimos deberes. Las tropas tienen órden de tomar el luto y las armas desde el amanecer.»

8 *de mayo.* — Efectivamente lo hicieron así: el Gobernador llegó con el Contralmirante, y todas las demas autoridades se reunieron luego en Longwood. El dia estaba bellísimo, un numeroso pueblo cubria las avenidas, y la música coronaba las alturas: nunca se habia visto en aquellos parajes un espectáculo tan triste y tan solemne. Al dar las doce y media, tomaron el féretro los granaderos; y aunque con mucho trabajo, lograron llevarle hasta la gran calle del jardin, donde aguardaba el coche mortuorio, en el cual le colocaron cubriéndole con un paño de terciopelo morado y con la capa que Napoleon llevaba en Marengo. Todos los individuos de la casa del Emperador estaban de luto: el acompañamiento se colocó y puso en marcha segun el órden dispuesto por el Gobernador, que fué el siguiente:

El abate Vignali, revestido con ornamentos sacerdotales de misa, y á su lado el jóven Enrique Bertrand, llevando una calderilla de plata con su hisopo.

El doctor Arnolt y yo.

Las personas encargadas de cuidar el coche mortuorio, el cual iba tirado por cuatro caballos, conducidos por otros tantos palafreneros, y escoltado con doce granaderos á cada lado sin armas. Estos últimos debian llevar el ataud en hombros cuando el mal estado del camino llegase á impedir el paso al coche.

El jóven Napoleon Bertrand y Marchand, ambos á pie á los lados del coche.

Los condes Bertrand y Montholon á caballo inmediatamente detrás del coche.

Una parte de la comitiva del Emperador.

La condesa Bertrand con su hija Hortensia en una berlina tirada de dos caballos, conducidos por dos criados á pie, que iban en el borde del precipicio, para evitar se despeñasen.

El caballo del Emperador conducido por su picador Archambaud.

Los oficiales de marina á pie y á caballo.

Los oficiales del estado mayor á caballo.

Los miembros del Consejo de la Isla á caballo.

El general Coffin y el marqués de Montchenu á caballo.

El Contralmirante y el Gobernador á caballo.

Los habitantes de la Isla.

En este órden salió el entierro de Longwood, pasando por delante de los cuerpos de guardia, donde se hallaba toda la guarnicion de la Isla, compuesta de dos mil y quinientos hombres, formada á la izquierda del camino, hasta Hut's-Gate. Las músicas de los regimientos, colocadas de distancia en distancia, aumentaban con sus lúgubres sonatas la tristeza y solemnidad de la ceremonia. Cuando el acompañamiento hubo pasado por delante de la tropa, le siguió esta y le acompañó hácia el lugar de la sepultura. Marchaban los dragones á la cabeza, luego el regimiento número 20 de infantería, los soldados de la marina, el regimiento número 66, los voluntarios de Santa-Helena, y al fin el regimiento de artillería real, con quince piezas de campaña que colocaron á lo largo del camino, con sus artilleros dispuestos á disparar. Lady Lowe y su hija salieron al camino junto à Hut's-Gate, en una berlina con dos caballos: estaban acompañadas por algunos criados de luto, y seguian de lejos el entierro.

Llegado este á cosa de un cuarto de milla mas allá de Hut's-Gate, se detuvo el coche mortuorio, las tropas hicieron alto y se formaron en batalla á lo largo del camino. Entonces los granaderos tomaron en hombros el ataud, y le llevaron hasta la sepultura por una senda nueva practicada espresamente en la orilla del precipicio. Todos echaron pie á tierra; las señoras se apearon de su berlina, y todo el acompañamiento seguia el ataud sin órden alguno: los condes Bertrand y Montholon, Marchand y el jóven Napoleon Bertrand, llevaban las cuatro borlas del paño. Llegámos á la sepultura, á cuya vista y á la de los preparativos para bajarle á ella, esperimentámos una emocion profunda, pero concentrada y silenciosa; todo presentaba un aspecto lúgubre, y todo contribuia á aumentar el dolor y la tristeza que traspasaba nuestros corazones. Descubrieron el ataud, recitó el abate Vignali las oraciones acostumbradas, y bajaron el cuerpo á la tumba, poniéndole los pies hácia el oriente y la cabeza al occidente. Al mismo tiempo hizo la artillería tres salvas consecutivas de quince cañonazos cada una, y el navío *Almirante* tiró durante la marcha veinte y cinco cañonazos de minuto en minuto. Una enorme piedra que debia haberse empleado en

la construccion de la nueva casa para Napoleon fué destinada á cerrar su sepulcro. Concluidas las ceremonias religiosas, la levantaron por medio de un anillo que habia en ella, y la pusieron sobre la caja sin que la tocase, pues se apoyaba por todos lados sobre un fuerte muro de piedra. Habiéndola fijado quitaron el anillo, llenaron el hueco que este ocupaba y la cubrieron toda con un manto de cimento.

En tanto que se ejecutaban estas operaciones, se arrojaba el pueblo á los sauces, que eran ya un objeto de veneracion por hallarse en presencia de Napoleon: todos querian poseer ramas ú hojas de quellos árboles que debian sombrear la tumba de tan grande hombre, y guardarlos como un precioso recuerdo de aquella imponente escena de tristeza y dolor. Hudson y el Almirante, ofendidos de semejante entusiasmo, quisieron contenerle enojándose y amenazando; pero esto mismo fué causa de que el pueblo se apresurase mas; y bien pronto quedaron los sauces despojados hasta la altura á que la mano puede llegar; estaba Hudson pálido de cólera; mas siendo los culpables tan numerosos y de todas clases, no pudo vengarse de otro modo que prohibiendo se acercase nadie al sepulcro, al cual

hizo cercar con una empalizada, poniendo junto á él dos centinelas y una guardia de doce hombres con un oficial, que segun él decia, seria conservada perpetuamente.

Hállase el sepulcro del Emperador á cosa de una legua de Longwood; es de forma cuadrangular, mas ancho de arriba que de abajo, y su profundidad de unos doce pies. El ataud está colocado sobre dos fuertes piezas de madera, y aislado en todo el resto de su contorno. No pudímos coronarle con una losa sepulcral, ni aun con una modesta inscripcion, porque el Gobernador se opuso á ello, como si una piedra y una inscripcion pudiesen revelar al mundo mas de lo que sabe.

Con haber puesto á Napoleon en el sepulcro estaba concluida la comision de Hudson, y solo le quedaba que recoger algunos efectos: á este fin volvió á Longwood; y haciéndose entregar el inventario de existencias, examinó y registró por todas partes, llegando su audacia hasta á abrir paquetes que el mismo Emperador habia cerrado antes de su muerte. Viendo que sus diligencias eran infructuosas, y que no encontraba el objeto secreto que perseguia, comenzó con mayor tenacidad á buscar y preguntar sin querer abandonar la empresa hasta que hubo hecho inventariar

los muebles por sus agentes y empaquetar todos los libros sin dejar rincon alguno por registrar ni el menor andrajo de que no tomase notas.

Nosotros deseábamos conservar algunos de aquellos objetos sin valor, que para nosotros eran inapreciables, porque habian servido al Emperador: pedímos esta gracia con el mayor empeño, ofreciendo por ella cuanto se quisiere exigir; pero nuestras fervorosas instancias fueron duramente desdeñadas, y no pudímos obtener cosa ninguna. En cambio nos anunció Hudson con una suma bondad que podíamos prepararnos á partir, y que nos haríamos á la vela en un buque del estado, á espensas del Gobierno.

Yendo pues á salir de Santa-Helena, era el momento de ajustar cuentas con nuestros huéspedes; y el general Bertrand, que tenia una antigua pendencia con Lowe, se disponia á habérselas con él, si este carcelero, temeroso de la espada, no hubiese enviado á negociar y transigir en el asunto. De resultas de esto, se mostró mas manso y mas complaciente; quiso elegirnos un barco, darnos un capitan seguro, y nos destinó el *Camel Storeship*, que segun él decia, era un transporte ligero que reunia todo género de comodida-

des. Admirábanos el ver en Hudson esta atencion repentina, cuando supímos que el precioso buque era un barco de provisiones, que servia para conducir víveres á la Isla. Reclamámos tambien sobre este particular, y se nos dió por respuesta que nos habian engañado; se nos mandó que enviásemos nuestros equipajes á bordo, lo cual ejecutámos creyendo partir aquel mismo dia.

Mas antes quisímos visitar por última vez el asilo en que reposaba Napoleon: fuimos allá, le bañámos de lágrimas, le rodeámos de violetas y pensamientos y le dímos un eterno á Dios: tomámos algunas ramas de sauce, cuyo triste consuelo no tuvo valor de negarnos la guardia que custodiaba la tumba.

Marchámos para James-Town, donde hallámos que por falta de tiempo habia aun en tierra una infinidad de cajas, y que por consiguiente se remitia al dia siguiente nuestra partida. Hudson con su esposa nos esperaban á comer; aceptámos su convite, el cual fué suntuoso y alegre; Lowe estaba casi amable, y se hubiera dicho que ya no era un carcelero. Bien desengañados quedámos al llegar al buque; pues era, segun nos habian informado, un bastimento sucio y angosto que servia para transportar los bueyes, puercos y

carneros para el consumo de la Isla, era ciertamente una comparacion ingeniosa y una eleccion digna de la mano que la habia hecho. Estábamos hacinados y mezclados en aquel bordo pestífero, pero ansiosos por escapar de las prisiones; y teniendo un tiempo fresco y un cielo sereno, levantámos el áncora el 27 de mayo, y nos alejámos de aquella malhadada mansion, por la cual, sin embargo, suspirábamos todavía.

Henchia el viento nuestras velas y Santa-Helena se perdia en el horizonte; entonces saludámos por la vez postrera aquel horrible peñasco y buscámos cada cual algun rincon donde poder descansar. Cosa era esta harto difícil, porque el puente desde la popa á la proa estaba todo cubierto de cajas, fardos muebles; además de que el señor Hudson habia metido en aquel débil barco, que estaba muy distante de ser una corbeta, doscientos soldados que mandaba á Europa. Fué preciso cobijarnos al pie de los palos y por cualquiera otra parte donde se podia reclinar la cabeza.»

Habíamos ya pasado el trópico y llegado al ecuador, con tan buen tiempo y con un cielo tan sereno, que se nos hacia menos cruel nuestro agrupamiento. Mas no tardá-

mos en esperimentar sus efectos: los dolores abdominales y los flujos de vientre se manifestaron bien pronto, y nos vímos amenazados de todos los estragos que ejerce la disentería en aquella latitud. Con muchos cuidados y con el auxilio de algunos medicamentos y de los baños de agua salada, conseguímos detenerlos y solo perdímos unos cuantos soldados.

Aunque habíamos escapado de esta suerte á las enfermedades, todavía nos quedaba que sufrir: nuestra navegacion se prolongaba, ya no teníamos aves ni carne fresca, y hasta el agua y demas provisiones iban á escasear, cuando descubrímos las islas Azores. Esta era la primera escala que encontrábamos, por lo que, sintiéndonos abrumados de calor y cansancio, pedímos al Capitan pusiese el buque al pairo entretanto que enviaba á comprarnos algunos comestibles. Pero tenia órden de no tomar tierra en ninguna parte, y se escusó manifestando que solo estábamos á diez jornadas de Portsmouth. No obstante, insistímos en nuestra peticion por procurar algun alivio á la señora de Bertrand, la cual, siempre achacosa, no podia restablecerse de la enfermedad que habia sufrido á bordo: de nada nos sirvió esto para con el Capitan; díjonos que pues

habia aun carne salada y un poco de agua, bien podíamos llegar con esto, á cuyo fin iba á forzar velas. Hízolo así, pero el cielo estaba oscurecido, el viento impetuoso y el mar agitado por los huracanes, de modo que andábamos hasta nueve, once y doce nudos por hora. Esta tempestad nos fué fatal porque cubrió de agua dos cajas en que cultivábamos ramas de sauce cogidas junto al sepulcro de Napoleon, y las hizo perecer.

Cuando hubímos pasado el Africa y entrado en los límites de Europa indicados por Napoleon, tomaron conocimiento los ejecutores testamentarios de sus últimas disposiciones. Debian estas quedar sepultadas en el corazon de las personas á quienes interesan, pero la Inglaterra (en donde se saca provecho de todo) las ha esparcido por un schelling; y pues que ya son públicas, bien puedo sin inconveniente trasladarlas aquí.

men á los pueblos de la Europa. Nunca deberá combatir ni dañar de modo alguno á la Francia; debe adoptar mi divisa: *Todo para el Pueblo francés.*

5. Muero de muerte prematura, asesinado por la oligarquía inglesa y su asesino; no tardará el pueblo inglés en vengar mi muerte.

6. El desgraciado éxito de las dos invasiones de la Francia, cuando todavía tenia esta Nacion tantos recursos, se debe á la traicion de Marmont, Augereau, Talleyrand y Lafayette. Los perdono. ¡Ojalá los perdone como yo la posteridad francesa!

7. Doy gracias á mi buena y escelente Madre, al Cardenal, á mis hermanos José, Luciano, Gerónimo, Paulina, Carlota, Julia, Hortensia, Catalina y Eugenio por el afecto que me han conservado: perdono á Luis el libelo que publicó en 1820, el cual está lleno de aserciones inciertas y de documentos falsificados.

8. No reconozco el manuscrito de Santa-Helena, ni otras obras bajo el título de *Máximas y sentencias, etc.*, que se han publicado despues de seis años: no son aquellas las reglas que han dirigido mi vida. Hice prender y juzgar al duque de Enghien porque asi

convenia á la seguridad, al interés y al honor del Pueblo francés, cuando..... mantenia, segun lo confesó, sesenta asesinos en Paris. En una circunstancia semejante, otra vez obraria del mismo modo.

II.

1. Lego á mi hijo las cajas, órdenes y otros objetos, como son vajilla de plata, la cama de campaña, mis armas, sillas, espuelas, vasos de mi capilla, libros y lienzo que ha servido á mi cuerpo y á mi uso, segun se espresa en el estado adjunto marcado (A). Deseo que este corto legado le sea grato, porque le recordará la memoria de un padre de quien le hablará todo el universo.

2. Lego á lady Holland el camafeo antiguo que me regaló el papa Pio VI en Tolentino.

3. Lego al conde Montholon dos millones de francos, como una prueba de mi satisfaccion por los servicios filiales que me ha tributado durante los últimos seis años, y para indemnizarle de las pérdidas que le ha ocasionado su estancia en Santa-Helena.

4. Lego al conde Bertrand quinientos mil francos.

5. Lego á Marchand, mi primer ayuda

de cámara, cuatrocientos mil francos: los servicios que me ha prestado son de un amigo. Deseo que se case con alguna viuda, hermana ó hija de un oficial ó soldado de mi antigua guardia.

6. Lego á Saint Denis cien mil francos.

7. Lego á Novarre (Noverraz) cien mil francos.

8. Lego á Pieron cien mil francos.

9. Lego á Archambaud cincuenta mil francos.

10. Lego á Coursot veinte y cinco mil francos.

11. Lego á Chandellier veinte y cinco mil francos.

12. Lego al abate Vignali cien mil francos. Deseo que edifique su casa cerca de Ponte-nuovo di Rostino.

13. Lego al conde de Las Casas cien mil francos.

14. Lego al conde Lavalette cien mil francos.

15. Lego al cirujano en gefe Larrey cien mil francos: es el hombre mas virtuoso que he conocido.

16. Lego al general Brayer cien mil francos.

17. Lego al general Lefevre Desnouettes cien mil francos.

18. Lego al general Drouot cien mil francos.

19. Lego al general Cambrone cien mil francos.

20. Lego á los hijos del general Mouton Duvernet cien mil francos.

21. Lego á los hijos del valiente Labedoyère cien mil francos.

22. Lego á los hijos del general Girard, muerto en Ligni, cien mil francos.

23. Lego á los hijos del general Chartraud cien mil francos.

24. Lego á los hijos del virtuoso general Travot cien mil francos.

25. Lego al general Lallemand el mayor cien mil francos.

26. Lego al conde Real cien mil francos.

27. Lego á Costa de Bastelica, en Córcega, cien mil francos.

28. Lego al general Clausel cien mil francos.

29. Lego al baron de Menneval cien mil francos.

30. Lego á Arnault, autor de Mario, cien mil francos.

31. Lego al coronel Marbot cien mil francos. Le escito á continuar escribiendo en defensa de la gloria de los ejércitos fran-

ceses, y confundiendo á sus calumniadores y sus apóstatas.

32. Lego al baron Bignon cien mil francos. Le escito á escribir la historia de la diplomacia francesa desde 1792 hasta 1815.

33. Lego á Poggi di Talavo cien mil francos.

34. Lego al cirujano Emmery cien mil francos.

35. Estas cantidades se tomarán de los seis millones que al salir de Paris, en 1815, impuse á interés á razon de cinco por ciento, desde julio del mismo año. Cuyas cuentas las liquidarán con el banquero los condes Montholon y Bertrand, y Marchand.

36. Todo lo que esta imposicion produjere además de los cinco millones seiscientos mil francos de que se ha dispuesto arriba, será distribuido en gratificaciones á los heridos de Waterloo, y á los oficiales y soldados del batallon de la isla de Elba, mediante un estado que formarán los señores Montholon, Bertrand, Drouot, Cambrone y el cirujano Larrey.

37. Estas mandas, en caso de muerte, serán pagadas á las viudas ó hijos de los legatarios, y en defecto de aquellos, volverán á la masa.

III.

1. Siendo mi hacienda particular una propiedad mia, de que ninguna ley francesa me ha privado, que yo sepa, se pedirán sus cuentas al baron de La Bouillerie que es su tesorero. Debe ascender á mas de doscientos millones de francos, á saber: 1.° La cartera que contiene las economías que he hecho sobre mi lista civil, durante catorce años, las cuales deben elevarse, si mal no me acuerdo, á doce millones por año. 2.° Lo producido por estas economías. 3.° Los muebles de mis palacios tal cual estaban en 1814; comprendidos los palacios de Roma, Florencia y Turin. Todos estos muebles fueron comprados con el dinero de los productos de mi lista civil. 4.° La liquidacion de mis casas del reino de Italia, de su dinero, plata, joyas, muebles y caballerizas; cuyas cuentas se darán por el príncipe Eugenio y el intendente de la corona Campagnoni.

NAPOLEON.

Pliego segundo.

2. Lego mi hacienda privada, la mitad á los oficiales y soldados existentes del ejército



francés que han combatido, desde 1792 hasta 1815, por la gloria y la independencia de la Nacion, cuyo reparto se hará en pror ata proporcional al sueldo de actividad; y la otra mitad á las ciudades, pueblos y campiñas de las provincias de Alsacia, Lorena, Franco-Condado, Borgoña, Isla de Francia, Champaña, Forez y Delfinado, que hubieren padecido por causa de una ú otra invasion. De esta suma se estraerá un millon para la villa de Brienna, y otro millon para la de Meri.

Instituyo por mis ejecutores testamentarios á los condes Bertrand y Montholon, y á Marchand.

El presente testamento, todo escrito de mi puño, está firmado y sellado con mis armas.

Napoleon. *Sello.*

Estado (A).

Adjunto á mi testamento.

Longwood isla de Santa-Helena,
17 de abril de 1821.

I.

1. Los vasos sagrados que han servido en mi oratorio en Longwood.

2. Encargo al abate Vignali que los guarde y los entregue á mi hijo cuando tuviere diez y seis años.

II.

1. Mis armas, á saber: mi espada, la que llevaba en Austerlitz, el sable de Sobiesky, mi puñal, mi daga, mi cuchillo de caza y mis dos pares de pistolas de Versalles.

2. Mi lavatorio de oro, que es el que me ha servido en las mañanas de Ulm, Austerlitz, Jena, Eylau, Friedland, isla de Lobau, en la Moskowa y Montmirail; bajo este aspecto deseo que sea precioso á mi hijo. El conde Bertrand es depositario de él desde 1814.

3. Encargo al conde Bertrand cuide y conserve estos objetos para entregarlos á mi hijo cuando tuviere diez y seis años.

III.

1. Tres cajas de caoba que contienen: la primera, treinta y tres cajas para tabaco ó dulces; la segunda, doce cajitas con las armas imperiales, dos anteojitos de larga vista y cuatro cajas encontradas sobre la mesa de

Luis XVIII en el palacio de las Tullerías, el 20 de marzo de 1814; la tercera, tres cajas para tabaco, de mi uso, adornadas con medallas de plata, y otros varios efectos de tocador que resultan por los estados números I, II y III.

2. Mis camas de campaña de que me he servido en todas las mias.

3. Mi anteojo de guerra.

4. Mi comodita de tocador, un uniforme de cada clase de los mios, una docena de camisas, una prenda completa de cada uno de mis trages, y generalmente de lo que sirve á mi tocador.

5. Mi lavabo.

6. Una pendolina que se halla en mi cuarto de dormir en Longwood.

7. Mis dos relojes y la cadena de cabellos de la Emperatriz.

8. Encargo á Marchand, mi primer ayuda de cámara, que guarde todos estos objetos para entregarlos á mi hijo cuando tuviere diez y seis años.

IV.

1. Mi medallista.

2. Mi servicio de plata y mi porcelana de

Sevres, de que me he servido en Santa-Helena (estado B y C).

3. Encargo al conde de Montholon que guarde estos objetos y los entregue á mi hijo cuando tuviere diez y seis años.

V.

1. Mis tres sillas y bridas, mis espuelas, que me han servido en Santa-Helena.

2. Mis escopetas de caza en número de cinco.

3. Encargo á mi picador, Noverraz, que guarde estos objetos y los entregue á mi hijo cuando tuviere diez y seis años.

VI.

1. Cuatrocientos volúmenes elegidos en mi biblioteca entre los que mas han servido á mi uso.

2. Encargo á Saint-Denis los guarde y los entregue á mi hijo cuando tuviere diez y seis años.

NAPOLEON.

ESTADO A.

1. No se venderá ninguno de los efectos

que me han servido; el resto de ellos se distribuirá entre mis albaceas y mis hermanos.

2. Marchand conservará mis cabellos y hará hacer con ellos un brazalete con un candadito de oro para enviarlo à la Emperatriz María Luisa: á mi madre y cada uno de mis hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas y al Cardenal un cordon, y otro mas considerable para mi hijo.

3. Marchand enviará un par de mis hebillas de oro para zapatos al príncipe José.

4. Otro par de hebillitas de charretera de oro al príncipe Luciano.

5. Una hebilla de cuello de oro al príncipe Gerónimo.

Estado A.

Inventario de mis efectos, que guardará Marchand para entregarlos á mi hijo.

1. Mi necesario de plata guarnecido con todos sus utensilios, como son navajas de afeitar, etc., es el que está sobre mi mesa.

2. Mi despertador: es el despertador de Federico II, que tomé en Potsdam (Está en la caja n.° 3).

3. Mis dos relojes con la cadena hecha

con cabellos de la Emperatriz, y una cadena de cabellos mios para el otro reloj que mandará hacer Marchand en Paris.

4. Mis dos sellos, el uno de Francia contenido en la caja n.° 3.

5. La pendulita dorada que está actualmente en mi cuarto de dormir.

6. Mi lavabo, con su jarra y pie.

7. Mis vaseras que son las que me han servido en Francia, y mi lavatorio de plata sobredorada.

8. Mis dos camas de hierro, con sus colchones y cubiertas si se pudieren conservar.

9. Mis tres flascos de plata en que se ponia el aguardiente, que llevaban mis picadores en campaña.

10. Mi anteojo de Francia.

11. Mis dos pares de espuelas.

12. Tres cajas de caoba n°. 1, 2 y 3, que contienen mis cajas de tabaco y otros objetos.

13. Un braserillo de plata sobredorada.

Ropa blanca.

Seis camisas.
Seis pañuelos.
Seis corbatas.

Seis toallas.
Seis pares de medias de seda.
Cuatro corbatines negros.
Seis pares de calcetas.
Dos pares de sábanas de batista.
Dos fundas de almohada.
Dos batas.
Dos pantalones de dormir.
Un par de tirantes.
Cuatro calzones de casimir blanco.
Seis madrases para la cabeza.
Seis almillas de franela.
Cuatro calzoncillos.
Seis pares de botines.
Un cajita llena de tabaco mio.
Un hebilla de cuello de oro.
Un par de hebillas de charreteras de oro.
Un par de hebillas de zapatos, de oro.

} Conteni. en la caja número III.

Vestidos.

Un uniforme de cazador.
Un id. de granadero.
Un id. de la guardia nacional.
Dos sombreros.
Una levita gris y verde.

Una capa azul, la que llevaba en Marengo.

Un capote verde forrado en cebellina.

Dos pares de zapatos.

Dos pares de botas.

Un par de chinelas.

Seis cinturones.

NAPOLEON.

ESTADO B.

Inventario de los efectos que he dejado en casa del conde de Turena.

Un sable de Sobieski (por equivocacion se ha puesto en el estado A); es el sable que llevaba el Emperador en Aboukir que se halla en poder del conde Bertrand.

Un gran collar de la Legion de honor.

Una espada de plata sobredorada.

Una daga de cónsul.

Una espada de hierro.

Un cinturon de terciopelo.

Un collar del Toison de oro.

Una lamparilla de plata.

Un necesario chiquito de acero.

Un puño de sable antiguo.

Un sombrero á la Enrique IV y una gorra; los encajes del Emperador.

Un medallista pequeño.

Dos tapices turcos.

Dos capas de terciopelo carmesí, forradas con sus chupas y calzon.

1. Doy á mi hijo el sable de Sobieski.

—el collar de la Legion de honor.

—la daga de cónsul.

—la espada de hierro.

—el collar del Toison de oro.

—el sombrero á la Enrique IV y la gorra.

—el necesario de oro para los dientes, que quedó en casa del dentista.

2. A la emperatriz María Luisa mis encajes.

A Madama, la lamparilla de plata.

Al Cardenal, el necesario pequeño de acero.

Al príncipe Eugenio, la palmatoria de plata sobredorada.

A la princesa Paulina el medallista chico.

A la reina de Nápoles, un tapicito turco.

A la reina Hortensia, nn tapicito turco.

Al príncipe Gerónimo, el puño de sable antiguo.

Al príncipe José, una capa bordada con su chupa y calzon.

Al príncipe Luciano, una capa bordada con su chupa y calzon.

NAPOLEON.

Longwood 24 de abril de 1821.

Este es mi codicilo, ó acto de mi última voluntad.

Sobre los fondos entregados en oro á la emperatriz María Luisa, mi muy querida y amada esposa, en Orleans el año 1814, me queda debiendo dos millones, de los cuales dispongo por este presente codicilo, á fin de recompensar mis mas fieles subalternos, los cuales recomiendo además á la proteccion de mi querida María Luisa.

1. Recomiendo á la Emperatriz haga restituir al conde Bertrand los treinta mil francos de renta que posee en el ducado de Parma y sobre el monte Napoleon de Milan, como tambien los intereses devengados.

2. Igual recomendacion le hago por el duque de Istria, la hija de Duroc y otros servidores mios que han permanecido leales y que siempre conservo en mi cariño: ella los conoce.

3. Sobre los dos millones arriba indicados, lego trescientos mil francos al conde Bertrand, de los cuales depositará cien mil en la caja del tesorero para emplearlos segun mis disposiciones en legados de conciencia.

4. Lego doscientos mil francos al conde Montholon, de los cuales entregará cien mil á la caja del tesorero para el destino arriba dicho.

5. Lego doscientos mil al conde de las Casas, cien mil de ellos para depositar en la caja con el mismo objeto.

6. Lego á Marchand cien mil francos, de los cuales depositará cincuenta mil en la caja del tesorero para el objeto arriba indicado.

7. Al corregidor de Ajaccio Juan Gerónimo Levi, que lo era al principio de la revolucion, ó á su viuda, hijos ó nietos, *cien mil* francos.

8. A la hija de Duroc, cien mil francos.

9. Al hijo de Bessieres, duque de Istria, cien mil francos.

10. Al general Drouot, cien mil francos.

11. Al conde Lavalette, cien mil francos.

12. Lego cien mil francos, á saber:

Veinte y cinco mil francos á Pieron, mi mayordomo.

Veinte y cinco mil á Noverraz, mi picador.

Veinte y cinco mil á Saint-Denis, mi guarda-libros.

Veinte y cinco mil á Santini, mi antiguo portero de cámara.

13. Lego cien mil francos, á saber:

Cuarenta mil francos á Planat, mi oficial de ordenanza.

Veinte mil á Hebert, conserge en Rambouillet, y que lo era de mi cámara en Egipto.

Veinte mil á Lavigne, que era últimamente conserge de una de mis caballerizas, y que fué mi picador en Egipto.

Veinte y cinco mil á Jeannet-Dervieux, que fué picador de las caballerizas, y me servia en Egipto.

14. Doscientos mil francos serán distribuidos en limosnas á los habitantes de Brienna que mas hubieren sufrido.

15. Los trescientos mil francos restantes serán distribuidos á los oficiales y soldados del batallon de mi guardia de la isla de Elba, que actualmente vivieren, ó á sus viudas é hijos, con proporcion á sus sueldos y segun el estado que establecerán mis albaceas: los amputados ó gravemente heridos percibirán doble; y su estado se formará por Larrey y Emmery.

Este codicilo está escrito de mi puño, firmado y sellado con mis armas.

NAPOLEON.

Este es mi codicilo ó acto de mi última voluntad.

Longwood 24 abril de 1824.

Sobre la liquidacion de mi lista civil de Italia, á saber del dinero, joyas, plata, ropa blanca, muebles, caballerizas y demas objetos de mi pertenencia de que es depositario el Virey, dispongo de dos millones para legados á mis sirvientes mas fieles. Espero que mi hijo Eugenio los satisfará sin autorizarse de razon alguna, pues no puede olvidar los cuarenta millones de francos que le he dado, tanto en Italia como en el reparto de la sucesion de su madre.

1. Sobre estos dos millones lego al conde Bertrand trescientos mil francos, de los cuales depositará cien mil en la caja del tesorero para emplearlos segun mis disposiciones en el cumplimiento de legados de conciencia.

2. Al conde Montholon doscientos mil francos, de los cuales depositará cien mil en la caja, para el mismo objeto arriba dicho.

3. Al conde de Las Casas, doscientos mil francos, de los cuales depositará cien mil en la caja para el mismo destino.

4. A Marchand cien mil francos, de los cuales depositará cincuenta mil en la caja para el mismo objeto.

5. Al conde Lavalette cien mil francos.

6. Al general Hogendorf, holandés, mi edecan, refugiado en el Brasil, cien mil francos.

7. A mi edecan Corbineau, cincuenta mil francos.

8. A mi edecan Caffareli, cincuenta mil francos.

9. A mi edecan Dejean, cincuenta mil francos.

10. A Percy, cirujano en gefe en Waterloo, cincuenta mil francos.

11. Cincuenta mil francos, á saber: diez mil á Pieron, mi mayordomo; diez mil á Saint-Denis, mi primer escudero; diez mil á Noverraz; diez mil á Cursot, mi repostero, y diez mil á Archambaud, mi picador.

12. Al baron Menneval, cincuenta mil francos.

13. Al duque de Istria, hijo de Bessieres, cincuenta mil francos.

14. A la hija de Duroc, cincuenta mil francos.

15. A los hijos de Labedoyére, cincuenta mil francos.

16. A los hijos de Mouton-Duvernet, cincuenta mil francos.

17. A los hijos del valiente y virtuoso general Travot, cincuenta mil francos.

18. A los hijos de Chartrand, cincuenta mil francos.

19. Al general Cambrone, cincuenta mil francos.

20. Al general Lefevre-Desnouettes, cincuenta mil francos.

21. Para distribuir entre los proscriptos errantes en paises estranjeros, franceses, italianos, españoles, holandeses, belgas, ó de los departamentos del Rin, en virtud de mandatos de mis albaceas, cien mil francos.

22. Para distribuir entre los inválidos ó heridos gravemente en Ligni y Waterloo que existieren todavía, en virtud de las listas que formarán mis ejecutores testamentarios, á quienes se agregarán Cambrone, Larrey, Perey y Emmery, doscientos mil francos: se dará doble á los de la guardia y cuádruple á los del batallon de la isla de Elba.

Este codicilo está escrito enteramente de mi propia mano, firmado y sellado con mis armas. NAPOLEON.

Longwood 24 de abril de 1821,

Este es el tercer codicilo á mi testamento del 15 de abril.

1. Entre los diamantes de la corona que fueron entregados en 1814, se hallaba una cantidad de ellos por valor de quinientos á seiscientos mil francos que no la pertenecian y que formaban parte de mi haber particular; se reclamarán para satisfacer mis legados.

2. En casa del banquero Torlonia de Roma, tenia yo de doscientos á trescientos mil francos en letras de cambio, producto de mis bienes de la isla de Elba desde 1815; el señor de la Perruse, sin ser mi tesorero ni tener carácter alguno, ha sacado para sí esta suma; se le obligará á que la restituya.

3. Lego al duque de Istria trescientos mil francos, de los cuales solo cien mil serán transmisibles á la viuda si el duque hubiese muerto al ejecutarse el legado. Deseo que si no hubiere algun inconveniente, se case el Duque con la hija de Duroc.

4. Lego á la duquesa de Frioul, hija de Duroc, doscientos mil francos: si hubiese muerto antes de la ejecucion del legado, no se dará nada á su madre.

5. Al general Rigaud, el que ha sido proscripto, cien mil francos.

6. A Boisnod, comisario ordenador, cien mil francos.

7. A los hijos del general Letort, muerto en la campaña de 1815, cien mil francos.

8. Estos ochocientos mil francos de mandas se considerarán como si estuviesen á continuacion del artículo 36 de mi testamento, con lo que ascenderá á seis millones cuatrocientos mil la suma de legados de que dispongo por mi testamento, sin contar las donaciones hechas en mi segundo codicilo. Este está escrito de mi propia mano, firmado y sellado con mis armas. *Sello,* NAPOLEON.

A la vuelta.

Este es mi tercer codicilo á mi testamento, escrito todo entero de mi mano, firmado y sellado con mis armas. Se abrirá el mismo dia, é inmediatamente despues de abierto mi testamento.

NAPOLEON.

Longwood 24 de abril de 1821.

Este es el cuarto codicilo á mi testamento.

No habiendo llenado todas mis obligaciones,

por las disposiciones que tengo hechas anteriormente, me he decidido á hacer este cuarto codicilo.

1. Lego al hijo ó al nieto del baron Dutheil, teniente general de artillería, antiguo señor de Saint-André, que dirigia la escuela de Auxonne antes de la revolucion, la suma de cien mil francos, como una muestra de reconocimiento por los cuidados que tuvo conmigo aquel valiente General cuando yo estaba bajo sus órdenes como teniente y capitan.

2. Al hijo ó al nieto del general Dugommier, que mandó en gefe la division de Tolon, la suma de cien mil francos; bajo sus órdenes he dirigido este sitio y mandado la artillería, este es un testimonio de buena memoria de las muestras de estimacion, afecto y amistad que me dió aquel intrépido General.

3. Lego cien mil francos á los hijos ó nietos del diputado en la Convencion Gasparin, representante del pueblo en el ejército de Tolon, por haber protegido y apoyado con su autoridad el plan que yo habia dado, que valió la toma de dicha Plaza y que era contrario al enviado por la Comision de salud pública. Gasparin me puso por medio de su proteccion al abrigo de las persecuciones de la

ignorancia de los estados mayores que mandaban el ejército antes de la llegada de mi amigo Dugommier.

4. Lego cien mil francos á la viuda, hijos ó nietos de mi edecan Muiron, muerto á mi lado en Arcola al cubrirme con su cuerpo.

5. Lego diez mil francos al sargento Cantillon, que sufrió un proceso como prevenido de haber querido asesinar al lord Wellington, en el cual salió declarado inocente. Cantillon tenia tanto derecho para asesinar á aquel oligarca, como este para enviarme á perecer al peñasco de Santa-Helena. Al proponer Wellington este atentado trató de justificarlo con el interés de la Gran-Bretaña; si Cantillon le hubiese realmente asesinado se habria escusado y justificado con los mismos motivos de interés para la Francia en deshacerse de un general que habia violado la capitulacion de Paris, y que por consiguiente se habia hecho responsable de la sangre de los mártires de Ney, Labedoyére y otros, y del crímen de haber despojado los Museos contra el tenor de los tratados.

6. Estos cuatrocientos diez mil francos serán aumentados á los seis millones cuatrocientos mil francos de que he dispuesto, llevando el legado hasta seis millones ochocien-

tos diez mil francos : dichos cuatrocientos diez mil francos deben considerarse como formando parte de mi testamento artículo 35, y seguir en todo la misma suerte que los demas legados.

7. Si las nueve mil libras esterlinas que he dado al conde y á la condesa de Montholon hubiesen sido pagadas, deberán deducirse y ponerse en cuenta de los legados que le hago por mi testamento ; pero si no hubiesen sido satisfechos anulo mis libranzas.

8. Mediante la manda hecha en mi testamento al conde Montholon; se anula la pension de veinte mil francos concedida á su esposa; el mismo conde Montholon queda encargado de satisfacérsela.

9. Como la administracion de esta testamentaria hasta su total liquidacion deberá exigir gastos de escritorio, agencias, comisiones, consultas y demas, quedan autorizados mis albaceas para retener un tres por ciento sobre todos los legados, sean sobre los seis millones ochocientos mil francos, sean sobre las cantidades sentadas en los codicilos, sean sobre los doscientos millones de la hacienda privada.

10. Las sumas procedentes de tales retenciones se depositarán en manos de un te-



sorero y gastadas en virtud de órdenes de mis albaceas.

11. Si las cantidades que resulten de dichas retenciones no bastaran á cubrir los gastos, deberán suplir lo que faltare mis tres albaceas y el tesorero, cada cual segun el importe de la demanda que le ha sido hecha en mi testamento y codicilos.

12. Si dichas sumas retenidas escediesen á las necesidades, deberá repartirse lo restante entre mis tres ejecutores testamentarios y el tesorero, en proporcion á sus legados respectivos.

13. Nombro tesorero al conde de Las Casas; en su defecto á su hijo, y en falta de este al general Drouot.—El presente codicilo esta escrito enteramente de mi mano, firmado y sellado con mis armas.

NAPOLEON.

PRIMERA CARTA.

A M. Lafitte.

Señor Lafitte.

En 1815, al momento de mi salida de Paris, entregué á V. una suma de cerca de seis mi-

llones de francos, de que me dió V. un recibo por duplicado. He anulado uno de estos resguardos, y encargo al conde de Montholon se presente con el otro dsepues de mi muerte á enterarse de la dicha suma con sus intereses á razon de cinco por ciento, contados desde el primero de julio 1815, y descontando los pagos que tiene V. hechos en virtud de órdenes mias.

Deseo que la liquidacion de su cuenta se ejecute de conformidad entre V., el conde Montholon, el conde Bertrand y el señor Marchand; cuya liquidacion una vez terminada, doy á V. por la presente entero y absoluto finiquito de la dicha cantidad.

Igualmente entregué á V. una caja que contenia mis medallas: sirvase remitirla al conde Montholon. Y no sirviendo á otro fin la presente, Dios guarde á V. muchos años.

Longwood, isla de Santa-Helena, 25 de abril de 1821.

NAPOLEON.

SEGUNDA CARTA.

Al señor baron Labouillerie.

Señor Baron.

Como tesorero que es V. de mi hacienda privada, se servirá V. entregar su cuenta y su importe, despues de mi muerte, al conde Montholon, á quien he encargado de la ejecucion de mi testamento. Y no sirviendo la presente para otro objeto, señor Baron, Dios guarde á V. muchos años (1).

Longwood, isla de Santa-Helena, 25 de abril de 1821.

NAPOLEON.

---

(1) Además de estas disposiciones escritas, hay otras muchas verbales; una de ellas es la concerniente al general Gourgaud, publicada por los albaceas en el periódico *Galignani's Messenger* del 11 de agosto de 1824, en estos términos.

Con sorpresa nuestra hemos leido en su número de ayer, un artículo relativo á las últimas disposiciones del Emperador.



Habia cesado la tempestad, y con un viento fresco nos hállamos pronto á vista de tierra, descubriendo la isla de Wight, Portsmouth

---

No nos corresponde el publicar unos actos que de ningun modo estaban destinados para darles publicidad; pero creemos es un deber nuestro declarar, tanto por nuestra propia satisfaccion, como por respecto á la memoria de nuestro último Capitan, que en sus últimos momentos no ha olvidado este, al repartir sus beneficios, ninguna de las personas que le siguieron á su destierro, y que el general Gourgaud, cuyo nombre no aparece en las listas que Vms. han publicado, se halla en una disposicion especial del Emperador, en que le recompensa los servicios hechos durante diez años como su oficial ayudante, tanto en los campos de batalla, como en la roca de Santa-Helena.

Si los legados hechos sobre las sumas pedidas á la Archiduquesa de Parma y al príncipe Eugenio no han podido hasta ahora recibir su ejecucion, debe imputarse esta falta á causas independientes de nuestra voluntad, y que sin duda no provienen de las ilustres personas, que tanto afecto profesaron al Testador.

El Conde Bertrand,

El Conde Montholon.

y la rada de Spithead, donde echámos la áncora el dia 31 de julio, despues de sesenta y cinco dias de una penosa navegacion. El oficial encargado de los pliegos de Hudson partió inmediatamente para Lóndres, pero nosotros quedámos consignados á bordo. No lejos de allí se hallaba el Rey de Inglaterra pasando revista á las tropas, con cuyo motivo disparaba la artillería de los buques, respondia la de los fuertes, y en medio de tales salvas y cañoneo no se quedó en zaga nuestro palomar. Sucedíanse los tiros sin interrupcion, de modo que estábamos ensordecidos y fastidiados, dando al diablo la tal fiesta, cuando vímos que la escuadra se dirigia hácia nosotros. Venia en ella Jorge, quien se acercó á nosotros y envió tres personas de la comitiva á felicitarnos. Tras los cumplimientos vinieron las preguntas: condolíanse por la muerte de Napoleon y querian conocer sus particularidades y sus mas ligeras circunstancias. A este fin, y como yo era su médico, me colmaron de caricias y atenciones; mas yo que estaba viendo la costa de donde habian partido las órdenes de muerte, no tenia gran disposicion para prestarme á confidencias. Al fin, despues de tres dias de reclusion nos anunciaron que podíamos saltar

en tierra, que estábamos libres y con facultad de ir á donde quisiésemos, pero que nos hallábamos sujetos al *alien bill*. Poco me importaba esto, pues lo que yo habia visto en Inglaterra no me daba tentacion de quedarme á vivir en ella; no me inquietaban sus leyes y medidas salvajes.

Al desembarcar nosotros, sonaban las campanas y corria la gente á la playa. La poblacion nos acogió y nos rodeó con el entusiasmo de un pueblo que repudiaba el atentado que deplorábamos. Yo partí el dia siguiente para Lóndres, donde llegué el mismo dia: dí aviso de mi llegada á madama Madre, y acudí á la invitacion que se me hizo de presentarme al Consejo, el cual deseaba tomar algunas noticias sobre el clima de Santa-Helena. Satisfice á las preguntas del Presidente sobre este particular, y me preguntó si la situacion de Longwood era buena.—Malísima, le respondí: es muy fria y muy ardiente, muy húmeda y muy seca, en fin reune todos los estremos y los confunde en un mismo dia.—Pero no ha influido el clima en la salud de Bonaparte.—Su influencia le ha llevado al sepulcro.—¿Cómo es eso? ¿pues no ha muerto de enfermedad hereditaria?—Las afecciones heredadas son unas quimeras que la

medicina desaprueba: la latitud únicamente le arrebató, estoy bien convencido de ello. —¿Pero su padre?—Su padre murió de un esquirro en el piloro, y él de una gastro-hepatítis crónica. Sus dolencias, así como su genio, no le habian sido trasmitidas; todo procedia de él.—¿No le hubiera acometido en Europa la misma enfermedad?—Solo es endémica en la latitud de Santa-Helena.—¿Y si le hubiesen cambiado de lugar?—Todavía viviria.—¿Aun cuando la traslacion se hubiese verificado en los últimos meses?—Aun en este caso, porque su constitucion era fuerte, y el clima ha necesitado dos años para destruirla.—¡Cómo! ¿no era la úlcera mas antigua que eso? Ciertamente que es sensible..... Pero el reposo del mundo dependia de ello.—Sin embargo.....—Es cierto, *dijo* un miembro del Consejo, todavía hubiera trastornado la Europa si hubiese podido tocarla.—La cuestion política no es de mi competencia, repliqué; pero se habrian hallado parajes mas sanos y no menos seguros.—¿Quién sabia que la isla de Santa-Helena fuese tan mal sana?—El Parlamento, la Sociedad real y todo el mundo; pues en todas partes están los estados de muertos, de los cuales aparece que nadie en aquel clima llega

á los cuarenta años sin que antes le sorprenda la muerte ó la nulidad moral.

Ofendido de esta respuesta uno de los consejeros replicó: Al cabo de la cuestion, ¿qué mal es la muerte del general Bonaparte? Con ella nos libramos de un enemigo implacable, y á él le ha sacado de una situacion penosa de que nunca hubiera salido.—No es eso, le respondí, lo que nos aseguraba el Gobernador, el cual, ya sabe V. E. que obraba en todo segun sus instrucciones.—Siendo así ¿por qué no hizo echar en cal el cuerpo de Bonaparte? De este modo se hubiera destruido el ídolo completamente, y habríamos concluido mas pronto.

Al ver el modo con que S. E. se habia puesto á descubierto, nada me quedaba que decir, y me retiré. Uno de los agentes de*** me habia seguido desde Santa-Helena á Lóndres con designio de apoderarse del molde de la cara de Napoleon, á cuyo fin introdujo una demanda diciendo que entre los efectos del conde Bertrand, y en la casa misma en que habitaba, se hallaba un busto de yeso del general Bonaparte, que le pertenecia y que sin embargo el conde y la condesa lo retenian obstinadamente. En consecuencia fué autorizado á emplear la fuerza armada para ha-

cerse con él; pero el gran Mariscal recurrió, y el Comisario de policía, instruido de la especie de propiedad que tenia Burton, retiró la autorizacion que habia dado, quedando yo poseedor del molde que conservo religiosamente. Malogrado el recurso de la autoridad, recurrieron al de los ofrecimientos: ofreciéronme seis mil libras esterlinas si queria cederlo, guardando solamente una copia; pero tambien deseché esta proposicion, pues solo queria dar una copia á madama Madre y quedarme yo con otra.

La legacion francesa me dió un pasaporte con el cual me dispuse á partir para Roma. Con este objeto me dirigí á Paris, donde me presenté á la embajada austriaca que me negó su refrendacion. No por eso dejé de continuar mi viaje, pero la policía me aguardaba al pie de las montañas. El primero de sus delegados en cuyas manos vine á dar, fué el genio tutelar de Chamberi. Este me registró todos mis efectos pieza por pieza, en tanto que me aseguraba sentia mucho tener que hacer una pesquisa tan severa; pero que este era el uso, y que bien veia que no era yo un faccioso, además que no se podia conformar con las órdenes que habia recibido sin comprometer la benevolencia que sentia

por mí. Por desgracia, en medio de su homilía, vino á encontrar una carta abierta que yo llevaba de Lóndres á Turin; la leyó y la encontró misteriosa y de sentido oculto. Díjome que no podia menos de enviarla al Ministro: le dejé en sus visiones, y me fuí á mi posada; pero casi antes que yo, llegó él; y habiendo desempaquetado y registrado todos mis efectos, halló unos cálculos algebráicos. Allí fueron las sospechas; la conspiracion estaba manifiesta, decia él; yo no podia negarla, pues tenia la prueba en la mano. En vano me esforcé en protestarle que aquello no era nada mas que unos signos conocidos y usados en las ciencias..... Respetad al servidor del Rey, me dijo. —¿Pues en qué le he ofendido?—Con palabras que él no debe oir. Todavía la rebelion no ha minado bastante la tierra, todavía puede encontrar en ella con que derribar los tronos, dispersar la legitimidad y destruir la Europa. ¿Qué os proponeis hacer? ¿Cuál es vuestro plan?—El de atravesar inmediatamente las montañas para llegar luego á Turin.—¿Pensais que yo no sé todo lo que hay? Vaya confesad; en el estado en que os hallais solo la franqueza puede salvaros. ¿Quién es este X?—Es la incógnita.—¡Cómo! eso es bur-

larse. Escribano, poned que se burla. Mis correspondencias me han puesto en conocimiento de todo y ya lo sabia antes que llegaseis.

Estaba yo atónito y confuso de ver la horrible audacia de aquel hombre: él, tomando mi silencio por confesion, aun continuó sus porfías: « Ya conozco á los facciosos, les hago vigilar y no hay uno de quien no descubra yo las esperanzas y proyectos. ¿Pero cómo habeis podido asociaros á sus conspiraciones? Sin duda os han engañado: la edad, la inesperiencia; mas yo os procuraré un medio de escapar si declarais quienes son estos X, Y, Z. En cuanto á X bien sé quien es; pero quisiera que confesaseis que lo he acertado. Además de que ya está preso: la noche pasada le han llevado á la ciudadela.—Señor Roassio, le dije, esto es ya demasiado; en vano tratais de trasformar un problema en una conspiracion; ese es el oficio de los de vuestra clase. Con esto me retiré; mas apenas habia llegado á la posada, cuando vinieron los esbirros á buscarme. Condujéronme ante el comisario de policía, quien tenia en la mano la carta que me habian cogido. He aqui, me dijo, la llave de la conspiracion; estos dos documentos se esplican el uno al otro. Va-

mos, por la última vez, ¿quereis confesar el proyecto cuyas pruebas tenemos en la mano? Ya lo veis; leed: *Queda por determinar Y, Z.* Sin duda estos vacilan todavía y vais á encontrarlos para convencerlos. —Señor comisario, esto es abusar demasiado del poder; ¿cómo imaginais ver conspiraciones en un ejercicio de escuela? —¿Quereis imponer á un magistrado? En las escuelas no se trata de esas cifras; yo nunca he oido hablar de tal cosa. ¿Por qué fuisteis á Santa Helena? —Porque así me convenia. —¿Y qué haciais allí? —Ejercitarme en la paciencia, que es virtud muy necesaria para tratar con la policía.

Despues de nueve horas de deliberacion en las que el comisario me llamó varias veces haciéndome levantar á deshora, me refrendó el pasaporte obligándome á presentarme en Turin al ministerio de policía. Otro interrogatorio no menos rigoroso me esperaba en Baffalora y muchas sospechas en Milan, de donde me mandaron salir el mismo dia de mi llegada. Aunque el tiempo era horrible, no murmuré contra esta decision tan descortés, sino que corrí toda la noche y llegué á Parma el dia siguiente. El caballero Rossi, comandante de dragones, que yo habia cono-

cido anteriormente, tuvo la bondad de presentarme al conde Neipperg, quien me hizo muchas preguntas sobre la enfermedad y la muerte del Emperador; deseaba yo dar estas noticias directamente á la Emperatriz, y entregarla una carta que le escribian los condes Bertrand y Montholon, á cuyo fin supliqué á S. E. me obtuviese una audiencia de S. M.— «No puedo, me respondió; la noticia de vuestra llegada ha aumentado el dolor de la Archiduquesa, de modo que no está en estado de recibiros; yo le trasmitiré lo que me confieis verbalmente y le entregaré la carta, si es que no temeis depositarla en mi mano.» Lejos estaba yo de tener desconfianza, y aun cuando la hubiese tenido, la habria disipado la bondad que él me manifestaba. Le remití la carta, se entró con ella, y á poco rato volvió, y me dijo: «Su Majestad la ha leido: siente vivamente no hallarse en estado de recibiros, pero no puede. Ha recibido con emocion las últimas disposiciones de Napoleon que os conciernen; sin embargo, antes de ejecutarlas, necesita someterlas á su augusto Padre. Ya las conoceis; sin embargo voy á leeros la carta.

Lóndres, 12 de setiembre de 1821.

«*Señora :*

El doctor Antommarchi, que tendrá el honor de entragar esta carta á V. M., ha cuidado al Emperador vuestro augusto esposo, durante la enfermedad á que ha sucumbido.

El Emperador en sus últimos momentos, nos ha encargado de manifestar á V. M. que él la suplicaba mandase pagar al doctor Antommarchi una pension vitalicia de seis mil francos, en recompensa de sus servicios en Santa-Helena; y que deseaba que V. M. le agregase á su casa como cirujano ordinario, así como al abate Vignali en calidad de capellan, hasta la mayor edad de su hijo, á cuya época desea que entre á su servicio.

Creemos llenar nuestro deber hácia el Emperador trasmitiendo á V. M. la última voluntad que nos ha manifestado repetidas veces. Tenemos el honor, señora, de ser con un profundo respeto, sus muy humildes servidores.

El conde Bertrand,

El conde Montholon.



Aseguróme varias veces de la benevolencia y la satisfaccion que la Emperatriz me manifestaba, á cuyo nombre me ofreció una sortija que conservo preciosamente. Me causó admiracion el ver á todas las personas de palacio vestidas de gran luto. «¡Cómo! me dijo S. E., ¿pues no sabeis que la Archiduquesa lo ha mandado espresamente? El príncipe Metternich le dió la funesta noticia, y ella, consternada y abatida, quiso asociar á su dolor toda la corte: mandó tomar el luto por tres meses, y que se celebrase un solemne oficio con todas las demas ceremonias que la piedad consagra á los difuntos, á las cuales ella misma asistió.—¿Y el Príncipe? le pregunté.—Va perfectamente: muy robusto y de una salud á toda prueba.—¿Y promete esperanzas?—En efecto, promete muchas; tiene un talento estremado; jamás se vió otro igual en un niño.—¿Está confiado en manos hábiles?—A dos hombres de la mayor capacidad, á dos italianos que le dan á un tiempo una educacion brillante y sólida. Adorado de toda la familia imperial, lo es especialmente del Emperador y del príncipe Cárlos que le cuida con una solicitud sin igual. ¿Sabeis, continuó S. E., de quien son estos cuadros que parecen fijar vuestra atencion?—Lo ignoro, pero

son de un gusto.... — Que solo pertenece á la Emperatriz: estos lindos paisajes se deben á su gracioso pincel.»

Con efecto, me acordé que el Emperador me habia hablado de la perfeccion con que su esposa pintaba el paisaje. Volví á encontrar al caballero Rossi; y llegada la noche fuímos al teatro. Tenia este su palco frente al de la Emperatriz, la cual llegó á poco rato. Ya no se advertia en ella aquella robustez, aquella brillante frescura de que Napoleon me hablaba tantas veces: pálida, flaca y abatida, se manifestaban en su semblante los disgustos que habia sufrido. No hizo mas que aparecer, pero la ví y esto me bastaba.

Púseme en camino para Florencia, donde fuí presentado al gran Duque, quien me hizo una infinidad de preguntas sobre Santa-Helena: pasé á Roma donde me dió una audiencia el cardenal Fesch, en la cual no me manifestó el mas leve deseo de saber circunstancia alguna. Escribí al conde de S. Leu, y se me respondió que estaba demasiado afligido para poder recibirme; luego á la princesa Paulina, que aunque muy achacosa, quiso saberlo todo y mostró la mas viva pena al escuchar la relacion de las congojas y los ultrajes que habia sufrido Napoleon. Todavía fué mucho

mayor la emocion de madama Madre, con la cual me fué preciso usar de reserva y no decirle sino una parte de lo que habia presenciado. A la segunda visita, estaba mas resignada y pude entrar en otros pormenores, que interrumpia con frecuentes sollozos. Entonces me detenia, pero esta desgraciada madre enjugaba sus lágrimas y repetia sus preguntas. Su pena y su valor se combatian en una cruel alternativa. La ví por tercera vez; me prodigó sus muestras de benevolencia y satisfaccion, y me ofreció un diamante que conservaré toda mi vida por venir de la Madre del Emperador.

Volví á Florencia, donde fuí detenido por una multitud de pretensiones bastante raras. Es el caso que, habiendo yo publicado en 1816 la *Anatomia pintoresca*, con autorizacion de los herederos de Mascagni, se trató de dar á luz el *prodromo* ó grande anatomía. Esta empresa exigia capitales considerables que una sociedad anónima se ofreció á adelantar, y á mí me encargaron de la ejecucion. Me habia yo ocupado en Santa-Helena en corregir las planchas y hacer el texto, y volvia con este trabajo concluido. Despues de varios contratos, de diferentes proposiciones que se me hicieron, tanto de parte de la compañía,

como de la familia de Mascagni, estuvímos cerca de transigir amistosamente nuestras dificultades; pero la calumnia se mezcló en el asunto, é hizo estender la voz de que yo queria apropiarme el trabajo de Mascagni. Al fin pasó la obra á otras manos que por desgracia fueron tan inhábiles, que llenándola de faltas comprometieron la gloria de Mascagni.

No habiendo sido admitidas mis proposiciones para esta empresa, me dirigí á Parma, donde fuí presentado otra vez al conde Neipperg. S. E. me renovó la seguridad de la satisfaccion de la Emperatriz, y me remitió una carta para la embajada de Austria en Paris, en la cual esta Princesa manifestaba con la mayor bondad sus benéficas intenciones para con el médico de su esposo, cuya última voluntad queria cumplir. Entregué yo mismo la carta al baron Vincent, quien tuvo la atencion de leerme su contenido.

Cuando llegué á Paris no encontré mas discusiones. El banquero habia invocado la incapacidad de Napoleon; sus escrúpulos habian sido admitidos y los caudales detenidos en su caja. Habia sido necesario reducir y desmembrar los legados, nombrar árbitros que moderasen las pretensiones de unos y sostuviesen las de otros y que conciliasen todos

los intereses. La eleccion habia recaido en los duques de Bassano, el de Vicence y el conde Daru, que eran amigos y ministros de Napoleon. Viendo que todos les dirigian sus reclamaciones presenté tambien la mia, creyendo que como escrupulosos intérpretes de las intenciones de un hombre que habian servido, respetarian sus actos; pues aunque yo estuviese aislado, no por eso habia tenido menos que los demas el triste honor de cerrar los ojos á nuestro comun bienhechor. Además ellos tenian el codicilo siguiente.

Hoy 27 de abril de 1821.

«Enfermo de cuerpo, sano de espíritu, he escrito de mi propia mano este octavo codicilo á mi testamento.

1. «Nombro ejecutores testamentariosmios á los señores Bertrand, Montholon y Marchand, y á Las Casas ó á su hijo, tesorero.

2. «Suplico á mi querida María Luisa, tome á su servicio mi cirujano Antommarchi, al cual lego una pension durante su vida de seis mil francos, que ella le pagará. — Por copia conforme. Paris 12 de junio de 1823.

« MONTHOLON, BERTRAND, MARCHAND. »

Los mismos ejecutores me habian dado la siguiente declaracion: «Los abajo firmados declarámos y certificámos que el difunto emperador Napoleon nos dijo poco antes de su muerte, que habia prometido á su médico el doctor Antommarchi dejarle cien mil francos. Paris 14 de febrero de 1823.»

«Montholon, Bertrand, Marchand.»

Dirigí pues este certificado á los árbitros con una carta concebida en estos términos: «Tengo el honor de presentar á VV. SS. la copia de un documento, por el cual declaran los señores Bertrand, Montholon y Marchand, que el emperador Napoleon, pocos dias antes de su muerte, habia prometido dejarme cien mil francos.

«En su consecuencia, suplico á VV. SS. se sirvan tomar en consideracion este acto de justicia y beneficencia de parte del Emperador hácia el médico que tuvo el honor de prestarle todos sus cuidados hasta su última hora.

«Tambien debo manifestar á VV. SS. que en Santa-Helena, ejecutaron los albaceas otra órden semejante, dada verbalmente por el Emperador, en favor del médico inglés consultivo.

«Me atrevo á esperar este acto de justicia y de bondad de parte de los señores árbitros de la sucesion del difunto emperador Napoleon.

«F. Antommarchi.

He aquí el decreto ó auto que espidieron.

«Los abajo firmados, árbitros y amigables componedores, nombrados por el compromiso hecho entre los legatarios de Napoleon Bonaparte, en 26 de abril de 1822, al efecto de juzgar soberanamente y en su último resorte todas las contestaciones que pudieran suscitarse sobre la interpretacion de cualquiera de las disposiciones contenidas en el testamento y codicilos de Napoleon Bonaparte; sobre la formacion de estados de reparto de cada masa; sobre los que tienen derecho de entrar en ellos en razon á las diversas asignaciones de fondos hechos por el Testador; y especialmente sobre las pretensiones de los legatarios comprendidos en los varios codícilos, de tener parte en tal ó cual masa de fondos enunciados en el testamento; y en general sobre toda especie de dificultad procedente de la sucesion, y de la ejecucion del testamento y codicilos, etc.... *Cuarta cuestion.* Los legatarios de Santa-Helena que reclaman el pago inte-

gral de sus legados, ¿ tienen derecho á este privilegio?

Sobre cuya cuarta cuestion, declarámos:

Que si bien la demanda por la cual se ha pedido como privilegiado el pago de los legados hechos privilegiadamente á los legatarios de Santa-Helena, parecia comprender á todos los dichos legatarios; aparece por las esplicaciones dadas por los condes Bertrand y Las Casas, que ellos no entienden tomar parte alguna en esta demanda, y por las de los señores Montholon y Marchand, que solo han reclamado este privilegio para el caso de hallarse disponible la parte hereditaria.

Que aunque los árbitros no hayan recibido ningun poder del heredero, sin embargo se les puede permitir que prevean los casos en que la munificencia del heredero le llevare á abandonar su porcion hereditaria para concurrir por su parte al cumplimiento de las intenciones manifestadas por el Testador, y al descargo de sus obligaciones.

Que los legatarios que siguieron al Testador en su destierro, abandonando su familia, su patria y profesion para acompañarle en su cautiverio, y que no pusieron límites á la magnitud y prolongacion de su sacrificio, se hallan en una clase particular y tienen tí-

tulos á ser favorecidos con especialidad.

Que habiendo sido estos colocados en primer lugar en las disposiciones hechas por el Testador, es lícito pensar que si él no hubiese creido tener á su disposicion mas que la suma destinada á los legatarios de Santa-Helena, en estos hubiera limitado todas sus liberalidades.

Que además resulta de los términos de que se sirvió el Testador en la espresion de su última voluntad, que los legados que hacia al conde Montholon no eran precisamente á título de liberalidad, sino tambien á título de indemnizacion de las pérdidas que su traslacion à Santa-Helena le habia ocasionado, etc., etc...

En el artículo de cuestiones á los legatarios del testamento de 15 de abril de 1821, se lee lo siguiente en mi favor, á consecuencia de mi reclamacion de cien mil francos:

«La sucesion se cargará con el pago de algunas pensiones; cuatro de ellas se pagarán por los parientes del Testador, y quedarán tres á cargo de la sucesion. De estas tres, una de mil francos se debe en consecuencia de un título espedido segun las órdenes del Testador; la segunda de mil doscientos francos es un socorro anual y provisorio delegado por el Testador sobre sus parientes y amigos; la tercera que se propone fijar en mil

ochocientos francos, es tambien un socorro provisional en favor del doctor Antommarchi, que asistió al Testador hasta sus últimos momentos; cuyo socorro deberá cesar en el momento en que, conforme el deseo manifestado por el Testador, su Majestad la archiduquesa María Luisa se encargue de pagar la pension al señor Antommarchi.»

Pareció muy estraña á los legatarios esta decision especialmente al general Drouot, quien sostuvo que la parte hecha por Napoleon al médico que le habia cerrado los ojos, no era un simple legado, sino una órden y una deuda de que la sucesion no podia desentenderse. Propuso que al menos se doblase esta pension; y aunque la mayor parte de los legatarios fueron de su parecer, los árbitros consideraron como nulo el codicilo que me tocaba, y desconocieron las intenciones de Napoleon. Poco me importaba esto, puesto que su hijo vivia, y que la Emperatriz me habia renovado la certeza de sus favorables disposiciones. Sin embargo, cediendo á los consejos de los albaceas, creí someter la decision arbitral á la equidad de los legatarios. Los unos, con el general Montholon, me señalaron tres mil francos; los otros persistieron en los tres mil seiscientos que habia propuesto el

general Drouot; pero el baron L.... , segun su costumbre, hallaba que esto era demasiado para mí.

Sometióse la duda á los árbitros, quienes llenos de dudas y escrúpulos, no podian persuadirse de que los documentos que se presentaban certificasen la opinion de los que firmaban en ellos. Finalmente, reservándose la sentencia de este negocio, la dieron en estos términos.

«Nos los susodichos árbitros y amigables componedores, en virtud de los enunciados poderes, decimos y mandamos:

«Que la mitad de lo activo de la sucesion de Napoleon Bonaparte, será reservada y puesta á la disposicion del hijo del Testador.»

«Que escediendo las mandas del Testador á la porcion disponible, se hará reduccion de los legados á prorata entre todos los legatarios sin distincion alguna.

«Que sin embargo, tomando en consideracion los motivos de la reclamacion promovida por la mayor parte de los legatarios de Santa-Helena, y esto, solo en el caso en que la munificencia del heredero le hiciese dejar su porcion para el cumplimiento de las intenciones del Testador, se hará la distribucion de manera que se complete el pago integral

de los legados pertenecientes á dichos herederos de Santa-Helena, y el resto se distribuirá á prorata proporcional á sus legados entre los demas legatarios del testamento y del cuarto codicilo.

«Que las pensiones de los señores S.... y P... y la del doctor Antommarchi quedarán á cargo de los legatarios; siendo la de este último á razon de tres mil francos anuales, hasta que S. M. la archiduquesa María Luisa tome á su cargo el cumplimiento de las intenciones manifestadas en este punto por el Testador. Hecho en Paris en la casa del señor duque de Basano, á 16 de mayo de mil ochocientos veinte y tres.»

Esta sentencia inesperada causó un descontento general: todo eran discusiones, cada cual hacia valer sus motivos y todas las pasiones se hallaban en agitacion, cuando el general Montholon renunció al beneficio de la decision, por medio de la carta siguiente:

«Habiéndome enterado de la sentencia arbitral dada en 16 de mayo último, sobre la liquidacion de la testamentaria del Emperador Napoleon, declaro persistir en la opinion que manifesté en mi carta de 3 de junio actual á los señores árbitros, y que no quiero pre-

ferencia alguna de pago que redunde en perjuicio de mis colegatarios.

«En consecuencia, renuncio al beneficio que resultaria para mí de la ejecucion de las disposiciones de dicha sentencia, que manda que, en el caso en que la munificencia del heredero le hiciese renunciar su porcion en favor de los legatarios, se pagarian desde luego por completo los legados de Santa-Helena.

Paris 12 de junio de 1823.

«MONTHOLON.»

Este acto de desinterés fué aceptado y aplaudido; con él se terminó todo. Los legatarios volvieron á los sentimientos que los unian, y yo volví á mis estudios, que valen mas que los pleitos y los arbitrajes.

Noticia histórica

SOBRE

NAPOLEON.

Desde su salida de la isla de Elba hasta su muerte.

No se creia que Napoleon hubiese burlado á sus carceleros, para ir en busca de cadenas mil veces mas pesadas que las que habia roto. Su navegacion fué feliz; una fragata francesa que encontró al bergantin que le conducia, no imaginó jamás que aquel débil buque llevase á Napoleon, por cuya razon no pensó en detenerle. El Comandante del apostadero inglés se habia retirado la víspera sobre las costas de Córcega, desde donde podia observar todo lo que pasaba en Puerto-Ferrajo. ¿Estaria acaso de acuerdo este comandante con su Gobierno, y dejaba escapar á su Prisionero esperando que su presencia en Francia volveria á encender la guerra? ¿Se habria vendido el oficial inglés al Emperador? ¿ó, como ya lo he dicho en otra parte, le

habia hecho el amor abandonar su puesto? Sea política, traicion ó fortuna, lo cierto es que nada se opuso á la travesía de Napoleon ni á su desembarco. No hablaré de su marcha triunfal, ni de sus águilas volando de campanario en campanario. Las tropas enviadas contra él abrazaron su partido; toda su guardia le salió al encuentro rebozando de alborozo, y Napoleon entró en Paris en medio de las aclamaciones. ¡Pero de qué le sirvió esta felicidad pasajera!

La traicion le tendió sus lazos: los que le habian llamado, no querian servirse de él sino para destronar á los Borbones; pero les importaban sus primeros triunfos, porque estaban seguros de interrumpirlos cuando les acomodase.

Parece cierto, segun sus proclamas, que contaba con la alianza del Austria, ó á lo menos con su neutralidad, y con la vuelta de su esposa é hijo. Se dice que luego que esta Princesa supo la llegada del Emperador á Paris, se puso al momento en marcha con su hijo; pero que su padre le mandó detenerse á corta distancia de Viena, y ordenó la volviesen á su palacio. Sin embargo, un hábil pintor hizo por órden de María Luisa el retrato del jóven príncipe, y lo envió á

su esposo: este fué el único consuelo que recibió de la que le estaba unida con los mas sagrados lazos. Varios individuos de la familia imperial acudieron á Paris, de cuyo número fueron las princesas sus hermanas, la reina de Holanda y el cardenal Fesch; pero el príncipe Eugenio, que tanto queria, no pudo lograr reunírsele; la misma gracia rehusaron al príncipe de Wagram, y el fin trágico de este hábil General no fué uno de los menores pesares de Napoleon en los últimos dias de su poder. Pero lo que sintió sobre manera fué ver que no tenian en él aquella ciega confianza de que en otro tiempo, es menester confesarlo, habia abusado demasiadamente. Ya no querian ser gobernados despóticamente, y le fué preciso contentarse con ser emperador constitucional. El mismo pareció desearlo; pero era fácil de conocer en su rostro, en la famosa asamblea del Campo de Mayo, que se consideraba como perdido si la victoria le era infiel. Se le veia melancólico, y las aclamaciones que resonaban en su oido no llegaban á su corazon, entregado á las mas vivas inquietudes. Sin embargo, le prestaron subsidios y tropas. Estas se reunieron con ardor bajo sus águilas, que volvieron á ver con un placer sensible. Si en el ejército

no hubiese habido traidores, es indudable que Napoleon se hubiera apoderado de la Bélgica, y entonces el Emperador de Austria habria quizá preferido el interés de su hija y el de su nieto, al engrandecimiento de las otras potencias. El 18 de junio los franceses tuvieron una ventaja señalada en Fleurus; y si el Emperador no hubiese seguido con demasiado ardor este primer triunfo, tal vez dos dias despues habria ganado la batalla, cuya pérdida causó su ruina.

En Waterloo el Dios de las batallas puso fin á la carrera del mas gran Capitan de que la Francia se gloria; las primeras horas fueron brillantes: Bruselas se preparaba á abrir sus puertas, cuando de repente un descuido ó una traicion puso en tal desórden nuestras filas, que fué imposible al Emperador aplicar el remedio. En vano hizo prodigios de valor, imposible fue atraer la victoria; habia abandonado sus águilas. A pesar de todo cuanto han dicho los enemigos del Emperador, este no dejó el campo de batalla sino cuando ya no hubo mas recursos. ¡Feliz si una bala le hubiese quitado la vida! su gloria y su poder habrian sido sepultados en el mismo sepulcro: pero estaba destinado para dar á los hombres el ejemplo de un gran de infortunio.

Bonaparte, acostumbrado á vencer, hubiera podido decir, como Enrique IV, que no sabia lo que era una retirada, y esto fué su desgracia. Nada puede compararse con el desórden que siguió á la batalla: generales, oficiales, soldados, empleados, todos huian: un terror pánico se habia apoderado de los Franceses, y los traidores aumentaban aun la confusion. Se han visto soldados franceses con uniformes ingleses y prusianos recorrer los pueblos, diciendo que el ejército habia sido destrozado, y que los Rusos iban á entrar en Flándes. Los campesinos, atemorizados, abandonaban sus hogares y huian á los bosques con sus ganados, lo que embarazaba los caminos y contribuia á la pérdida de los bagajes, que al fin cayeron en poder de los aliados. Durante aquella noche fatal, el Emperador delante de una hoguera del campamento, las manos á la espalda y rodeado de sus generales, no pronunció ni una sola palabra. Todo demostraba en él una profunda afliccion: pedíanle sus órdenes, y no respondia; en fin á las tres de la mañana partió para Paris casi solo, dejando á sus generales el cuidado de reunir los restos dispersos de aquel ejército, que aunque menos numeroso que el de 1812 y 1813, era aun formida-

ble. Napoleon volvió á la Capital para pedir hombres y dinero; pero se lo rehusaron con una altivez á que no estaba acostumbrado: viéndose entonces perdido, no quiso luchar contra su destino; y solo pensó en asegurar el trono á su hijo, bajo la regencia de María Luisa, persuadiéndose de que el Austria veria en ello una ventaja real para su familia; pero el Emperador de Austria, que se hallaba ligado por el Congreso, no se quiso aprovechar de esta circunstancia, y se dejó influir por las grandes potencias.

En vano los amigos de Napoleon, y particularmente la Reina de Holanda, le decian de tener mas confianza en los restos del ejército, que estaba decidido á derramar por él hasta la última gota de sangre, no quiso oir razones, y parecia serle indiferente *todo lo* que ocurria. Despues de algunos dias de incertidumbre, abdicó de nuevo en favor de su hijo, y ya no se ocupó sino de elegir un retiro donde pudiese terminar con tranquilidad sus dias; ya estaba fatigado de grandezas y de gloria, y no deseaba sino el reposo. Habia formado el proyecto de escribir su historia; á la época de su primera abdicacion se lo habia dicho á sus amigos; y esta obra la habria destinado á su hijo. Tocante á su

fortuna nada habia estipulado: su biblioteca fué la única cosa que pidió, y que le acompañó en su destierro.

Sus enemigos, impacientes de verse desembarazados de su presencia, que para la mayor parte de ellos era una tacha, le dijeron que debia temerse una guerra civil si no se alejaba de Paris. Nada habia que pudiese mas que esto apresurar su marcha; pues aquella Francia, tan ingrata para él, era siempre el objeto de su mas tierno afecto: sentia mas la pérdida de la gloria de la Nacion francesa, que la suya propia. Decidióse, pues, á ir á la Rochela y embarcarse allí para los Estados-Unidos, donde su hermano José estaba ya. Pero ¡cuál fué su sorpresa cuando á su llegada al puerto le rehusan el pasaje! En vano forma el proyecto de embarcarse en un barco de pescadores, todas las medidas han sido tomadas de antemano, y no puede escaparse á sus perseguidores. Objetos que su corazon aprecia le acompañan: el mariscal Bertrand, su esposa é hijos; el conde y la condesa de Montholon con los suyos, están decididos á seguirle á cualquier clima donde sus desgracias le conduzcan; ni los peligros de una nueva emigracion, ni las lágrimas y súplicas de sus parientes y amigos, no pueden hacerles desistir

de su proyecto. Generosos compañeros del que les habia captado la voluntad, mas bien porque conocian todo lo que él valia, que por los favores que les habia prodigado, se han adquirido un lugar distinguido en la historia de estos tiempos desgraciados, tan raros en nobles sacrificios.

Impacientes los Franceses de saber cual seria el desenlace de aquel gran drama, leian con ansia todos los diarios para saber si en fin Napoleon habia marchado de la Rochela; se supo que este Héroe, que jamás podia persuadirse que insultarian á un desgraciado y abusarian de su confianza, se habia embarcado en el *Belerofonte*, navío inglés, y que se dirigia hacia Inglaterra, para pasar allí el resto de sus dias. La travesía no ofreció nada de particular: solamente le sorprendió que los Ingleses no le diesen el tratamiento de Majestad, y que no le hiciesen mas honores que los que ordinariamente se hacen á un general; pero esto no impidió qne los individuos de su séquito continuasen tratándole como antes, persuadidos, con razon, que el título de rey y de emperador consagrado es indeleble.

Llegado que hubieron á Plimouth, el Comandante del navío envió á tierra para dar

parte al Gobierno que de Napoleon estaba en su poder. Luego que se supo esta noticia, los habitantes de la Capital se dividieron en dos partidos: el uno queria que un destierro bárbaro y eterno sepultase un enemigo que habia sido tan formidable, y que lo era aun, á pesar de estar desarmado; el otro sostenia que la Nacion inglesa debia manifestar su lealtad, recibiendo en su seno al ilustre Proscripto; porque era demasiado fuerte para no tener que temer nada de un hombre. Pero este noble orgullo solamente es propio de almas elevadas, y estas no son comunes. Así, pues, el primer partido triunfó, y ya no se trató de otra cosa sino de los medios de hacer irrevocable aquella espantosa medida. Se convino con las altas potencias sobre los medios de asegurarse de un solo hombre, á quien no se atrevian á hacer perecer, pero cuya muerte deseaban.

La roca mas elevada del Océano, á cuatrocientas leguas de las costas de Africa, cerca de la línea, será de aquí en adelante la mansion de aquel que vió toda la Europa á sus pies. A una roca batida de los vientos y tostada del sol le destinó para siempre el Senado de los reyes. Sin embargo, Napoleon ignoraba aun su suerte, y le dejan espuesto á la curiosidad

de los Ingleses, que en débiles barquillas van todos los dias á verle, forzándole asi á no salir de su pequeño y mal sano camarote, como lo son todos los de los navíos, ó á esponerse si se presenta en el puente, á la insultante curiosidad de la muchedumbre. Todo su séquito se veia obligado á sufrir la misma incomodidad, mucho mas sensible para las señoras Bertrand y Montholon que para los demas. Pero cuando les dijeron que iban á pasarlos á otro navío para que los condujese á la isla de Santa-Helena, ¿qué ideas no debieron entonces afligir á este infortunado? ¿Cuánto no debió echar de menos la isla de Elba, cuyo clima siendo casi el mismo que el del pais donde habia nacido, le era favorable? Vosotros, dignos amigos suyos, vosotros fuisteis depositarios de sus dolorosas ideas; ciertamente os diria estrechando en sus brazos á vuestros hijos: «Si tuviese conmigo á mi querido Napoleon, si su madre no se hubiese alejado de mí, seria tolerable mi horrible destierro; pero tener que dejar de ser esposo y padre, esto es lo que despedaza mi corazon, que no podrá soportarlo.» Puede decirse que desde este instante su existencia no fué sino una prolongada agonía.

La mar respetó este navío, templo de la

desgracia y de la fidelidad. Llegó felizmente á Santa-Helena; isla que puede ser saludable á los que hacen viajes á las Indias, porque el agua y el aire son en ella escelentes; pero con el tiempo el clima es mortal á los europeos: su cielo de bronce, su calor constante consume poco á poco la sangre y ataca el hígado. *¡Ah! si viese una nube, sanaria;* decia el Emperador en lo mas fuerte de su enfermedad.

Nada habian preparado para recibir al Prisionero; así es que Napoleon tuvo que habitar el almacen que en Longwood servia de granero, y el conde Bertrand se alojó en *Hut's-Gate*, que significa *la puerta de la choza*, donde permaneció hasta que le hubieron hecho una casa cerca de la del Emperador. Los diarios no hacian mas que hablar de la magnificencia del palacio de Longwood, que no se concluyó sino casi á la época de su muerte: Napoleon lo habia predicho, pues solia decir al conde de Montholon: «*Esta casa me servirá de sepulcro.*» En efecto, con piedras de este palacio ha sido cubierta su tumba. Si quisiese escribir una novela, ¡cuantos materiales no hallaria en las relaciones de los diarios ingleses sobre las supuestas bellezas de la isla de Santa-Helena, y los placeres que decian gozaba el ilustre Desterrado! Pintábanle como

el mas feliz de todos los mortales; aseguraban que apenas habia indicado desear una cosa, cuando inmediatamente satisfacian su gusto; mientras que los motivos de queja que tenia contra el Gobernador eran tales, que le han oido decir en tono jocoso: «¡Dios mio si tuviese la desgracia de ser condenado, no me deis por diablo á sir Hudson Lowe!» Estas palabras demuestran suficientemente quien era el hombre que los Ingleses habian elegido para carcelero del Emperador bajo el título de gobernador de la Isla; porque, segun decia un inglés, no habia mas que sir Hudson entre los oficiales de esta Nacion, que hubiese querido encargarse de tan odiosa comision. Parece, aunque no se ha sabido sino despues de la muerte de Napoleon, que desde el momento que este desembarcó en la Isla, sufrió del clima, y que el conde Bertrand procuró inútilmente hacérselo saber al Ministerio inglés; una de las mayores razones porque no dieron curso á las cartas del conde Bertrand, en las que solicitaba cambiasen al Emperador de habitacion, fué porque en ellas el Mariscal daba á Napoleon el tratamiento de Majestad.

No se sabe como el conde Bertrand logró hacer saber á la princesa Borghèse el estado

de su hermano; pero lo cierto es que ella escribió sobre el particular al lord Liverpool, en términos muy urgentes: probablemente en esta ocasion fué cuando el cardenal Fesch obtuvo la autorizacion de enviar á su sobrino un capellan, un médico (el doctor Antommarchi), y un cocinero. Si estas precauciones no demuestran suficientemente los temores que su familia tenia de que atentasen contra su vida, á lo menos manifiestan que en aquella época la salud del Emperador se hallaba en un estado peligroso: y nos decian que jamás habia estado mas bueno; y al mismo tiempo la princesa Borghése escribia al Ministerio inglés: *Hacedle trasladar á otro lugar donde el clima no abra su sepulcro, ó permitidme que vaya á recibir sus últimos suspiros.*

A fuerza de oro se logró colocar en el cuarto del Emperador un busto del jóven Napoleon, de aquel hijo tan querido: el padre le contemplaba continuamente con la mayor ternura, y sus últimas miradas se dirigieron á él. No queda duda que Napoleon escribia sus *Memorias* para su hijo; pero, ¿qué se habrán hecho estos preciosos documentos, los únicos en que se hubieran podido leer los pensamientos del Héroe sobre tantos sucesos cuya verdadera causa ignoramos? ¿Habrá acaso

podido conservarlos el gran Mariscal? ¿Le habrá permitido recogerlos la política del Gabinete de S. James? ¿Han traido por ventura á Francia, él ó Montholon, esta preciosa coleccion?

Dicen que tenia un lindo jardin, y que se ocupaba con placer en cultivarle: esta ocupacion habria podido ser útil á su salud en otra parte, pero no en un clima cuyo escesivo calor obliga á estar encerrado todo el dia en casa, y donde es necesario emplear los negros en los trabajos campestres, como sucede en casi todos los puntos de la tierra que están bajo de los trópicos. Con dificultad puedo creer que se haya distraido con semejantes ocupaciones; porque su demasiada gordura ha debido, segun me parece, ser un obstáculo al gusto que habria tenido de cultivar por sí mismo algunas plantas raras. Así pues, segun mi sentir, lo que se dice del Vencedor de Austerlitz y de Marengo que se hizo jardinero, es un cuento como casi todo lo que hemos sabido de este Príncipe durante el tiempo de su destierro en Santa-Helena.

Lo que me parece cierto es la aversion que dicen tenia á recibir los estranjeros. Debia aborrecer los hombres; á los unos como sus perseguidores, á los otros como ingratos.

Parece que sus pensamientos fueron continuamente melancólicos, y que el de su muerte ocupaba su imaginacion, pero sin arredrarle. Habia elegido, á lo que refieren las relaciones, el lugar de su sepultura en la isla de Santa-Helena, designando para ello un sitio pintoresco: era al lado de una fuente, cuya agua es la mejor de la Isla, y que se halla cerca de la primera casa que á su llegada á ella habitó el general Bertrand. Bonaparte habia descansado en ella muchas veces, y bebia de su agua con placer; dos sauces la cubrian con su sombra: como el sitio elevaba la imaginacion, es muy probable que Napoleon le hubiese señalado para el de su sepultura; pero me permitiré hacer algunas observaciones que podrán suscitar alguna duda sobre la verdad de esta asercion.

El Emperador no podia ignorar que el Ministerio inglés habia ordenado espresamente, que al momento de su muerte su cuerpo seria trasportado á Inglaterra; para que no quedase ninguna duda de su identidad.

Esta medida política habia sido seguramente convenida entre todas las altas potencias. Ahora bien, ¿cómo podia Bonaparte imaginarse que en virtud de su simple demanda mudarian de sistema despues de su muerte, y que ya

mirarian con indiferencia el poderla probar de un modo irrecusable? Por otro lado, ¿no podia desear Napoleon que sus restos mortales se los entregasen á su hijo, y cuanto mas fácil podia ejecutarse esto hallándose en Europa que dejándolos en Santa-Helena?

Segun las relaciones se diria que con anticipacion habian preparado su sepulcro, porque en una de ellas, que parece auténtica, se lee que el cuerpo de Napoleon ha sido colocado en un cuarto construido en una vasta bóveda, y cubierta la entrada con una gruesa piedra, y que el espacio intermedio está relleno de una obra de albañilería reforzada de hierro. ¿Se ha podido hacer toda esta obra desde el 6 al 9, que le condujeron á su sepultura? Mas adelante hablarémos de todas las precauciones tomadas para impedir que roben el cuerpo; por ahora sigamos los pormenores que precedieron á su muerte.

El 2 de setiembre de 1820, el general Bertrand escribió al lord Liverpool, para manifestarle el estado deplorable de la salud del Emperador; asegurándole del modo mas positivo que este se hallaba atacado de una enfermedad hepática, desde el mes de octubre de 1817; que á consecuencia de haber sabido la familia de Napoleon que se hallaba en este

estado, se habia dado priesa á enviar al doctor Antommarchi, quien encontró al Enfermo en la posicion mas crítica, y dijo que no habia esperanza alguna de salvarle mientras no le trasladasen á Europa, y á un punto donde pudiese tomar las aguas minerales; que todo el tiempo que permaneciese en un clima tan detestable como aquel su vida seria una continua agonía; que sus fuerzas estaban aniquiladas por cinco años de mansion en la Isla, falto de todo, y víctima del mas indigno trato: Bertrand concluia su carta pidiendo en nombre de Napoleon, trasladasen á este á un clima europeo.

Esta carta está firmada por el conde Bertrand, y la copia certificada se halla en poder de lady Holland, como igualmente la de otras cartas de que vamos á hablar.

El Gobierno inglés rehusó la demanda; y no quedando esperanza alguna por esta parte, el conde Montholon escribió á la princesa Borghése, que era la hermana que el Emperador queria mas, y que solicitaba inútilmente despues de cinco años el favor de acompañar á su hermano en su destierro. Esta carta contiene los mismos hechos que la del general Bertrand, pero con mas pormenores, y la Princesa escribió al momento al lord Liver-

pool, á quien despues de hablar de su hermano en términos los mas dolorosos, le decia: «El abate de Buonavita que ha partido de Santa-Helena el 17 de marzo de 1821, y que acaba de llegar á Roma, nos ha traido noticias sumamente deplorables acerca de la salud del Emperador. Os dirijo las copias de algunas cartas que os instruirán circunstanciadamente de sus males físicos. La enfermedad de que está atacado es mortal en Santa-Helena; y os pido en nombre de todos los individuos de la familia del Emperador que le cambien de clima. El rehusar una solicitud tan justa será pronunciar su sentencia de muerte, y en este caso pido se me autorice á partir para Santa-Helena para reunirme con el Emperador y recibir sus últimos suspiros.»

El abate Buonavita, que partió de Santa-Helena el 17 de marzo, no llegó á Roma hasta el 15 de julio, á cuya época el augusto Proscripto ya no existia; y su hermana, que creia poder aun enternecer los tigres en su favor, escribe al lord Liverpool lo que acabamos de referir, y le suplica que firme la órden para que el Emperador sea trasladado á un punto de la Europa. La autoriza á partir para Santa-Helena á recibir los últimos suspiros de su hermano; y al momento de ponerse en

marcha recibe la noticia de su muerte, no habiéndole concedido el favor que solicitaba despues de tanto tiempo, sino cuando ya no puede aprovechar de él. En la misma carta dice al lord Liverpool tenga la bondad de comunicarla, como igualmente las copias que incluye en ella, á lady Holland, que siempre ha dado pruebas del mayor interés al Emperador, asegurándola de los sentimientos de amistad que le profesa, y de recibir en su nombre el de toda su consideracion.

En una carta que, con fecha del 17 de marzo de 1812, el doctor Antommarchi escribió al Sr. D. Simon Colonna, despues de hablarle muy por menor y en términos facultativos de la enfermedad de Napoleon, añade lo siguiente:

«En este estado de cosas, para descargo de mi responsabilidad, declaro francamente á la familia imperial y á toda la Europa, que los progresos de la enfermedad de que S. M. está atacado, y los síntomas que la acompañan, son muy graves y causados por el clima.

«Querido amigo, el arte no puede nada contra la accion constante del clima; y si el Gobierno inglés no saca pronto de esta atmósfera al Emperador, en breve, dígolo con sentimiento, habrá entregado sus despojos á la tierra.

«No es ciertamente á la insuficiencia del arte que se deberá atribuir esta desgracia, sino á la infortunada y deplorable situacion en que S. M. se halla, la cual hace su destino inevitable.»

He hablado de estas cartas, porque las han escrito cuatro personas que aun viven y que no las han desmentido, prueba que son verdaderas. De todo lo cual resulta que Bonaparte ha perecido víctima del clima; que los que le han forzado á vivir en él son sobremanera culpables, porque jamás fué permitido á ningun poder terrestre cambiar en puñales los hierros de un prisionero; que los Ingleses serán eternamente responsables del crímen de haber hecho descender á la tumba á este grande Hombre, que pertenecia al mundo entero, y cuyo nombre se oia en todas partes; que á sabiendas han dejado perecer al que debian salvar, al que se habia confiado á su lealtad, y que no pedia otra cosa sino respirar el aire de Europa, volver á ver á su madre, á sus hermanas y tal vez á su hijo. No pensaba mas en reinar. Esperimentaba una suma debilidad; no podia marchar por su cuarto si no se apoyaba al brazo de alguno, y un paseo en calesa era muchas veces superior á sus fuerzas. He aquí el estado á que se hallaba reducido el

vencedor de casi todos los reyes de la Europa, aquel cuya actividad recorria con una rapidez increible el camino de Madrid á Moscou, llevado, es verdad, en alas de la victoria. Ahora, aniquilado bajo el peso de sus dolores, solicita la compasion de sus feroces carceleros, no tanto para prolongar una vida que no le ofrece mas que dolores físicos y morales, cuanto para impedirles de cometer un crímen; porque lo es el hacer perecer á un prisionero que se ha rendido. Toda persona razonable lo juzgará así; en cuanto á los demas, es inútil disputar con ellos; acostumbrados á negar aun las cosas mas evidentes, es imposible convencerlos. Pero volvamos á tomar el hilo de la enfermedad que condujo á nuestro Héroe al sepulcro, y probemos que no fué menos grande en sus últimos momentos que lo habia sido en los dias de su gloria.

El 17 de marzo último, al momento de levantarse; Napoleon dió un grito agudo, se sentó y pareció que iba á desmayarse. Inmediatamente fueron á llamar al conde Bertrand y al doctor Antommarchi, quien le hizo respirar éter. Pareció reanimarse, se levantó; y apoyándose en el brazo de su ayuda de cámara Marchand, se acercó á la ventana y dijo

lo qoe ya hemos referido: *Ni una sola nube, etc.*

Su médico le hizo acostar, y le suministró una pocion refrigerante. Conformóse á todo; pero sin esperanzas de sanar. Parecia atacado de la fiebre: tenia la tez inflamada y el pulso muy alto. No es la debilidad, decia el Emperador á los que le rodeaban, quien me mata, es la vida. A pesar de todo cuanto han dicho los diarios ingleses, sin embargo parece que Napoleon sufrió grandes dolores, pero no se le oyeron ayes algunos despues del grito agudo que le arrancó la sorpresa; solamente le oyeron decir alguna vez: «El mal me roe»; y otras: «Mi mal se asemeja al de una herida hecha con un cuchillo cuya hoja se ha roto en ella, y en seguida se ha cerrado.» Si esto no es dar suficientemente una idea de que se esperimentan grandes dolores, no sé en verdad de que otras espresiones puede servirse la lengua. Pero habia poderosas razones para dar á entender que el desgraciado no habia sufrido: me dispensarán diga la que naturalmente se presenta desde luego á la imaginacion; la segunda es el sistema de difamacion que la Nacion inglesa ha seguido siempre contra Bonaparte. Un hombre tranquilo el último dia de su vida, que acaba en los dolores los mas

agudos tiene algo de grande y de digno para inspirar la admiracion, y esto es precisamente lo que los Ingleses, y particularmente su Gobierno, no han querido que jamás se esperimentase hácia aquel cuya constancia en seguir el sistema continental habria minado de tal modo su poder colosal, que ellos mismos decian en 1813, que si el gobierno imperial se hubiese sostenido seis meses mas, la Inglaterra estaba perdida.

Así pues, no es estraño que despues de haber pretendido hacer dudar de su valor en medio de los combates, hayan querido desposeerle del mérito de su noble resignacion á morir, cuando ya no le quedó la menor duda, despues de la primera crísis de que hemos hablado. Sin embargo, hubo intervalos en que se halló mas aliviado; pero sin dar grandes esperanzas. Casi siempre guardó la cama. Hacia que la condesa Bertrand le leyese algunas obras, y elogiaba la perfeccion con que esta señora daba el verdadero sentido á nuestros autores trágicos: decia que le recordaba el placer que le habia causado Talma. Tambien dictaba, ó escribia él mismo en papeles sueltos, algunas reflexiones: se dice que han recogido algunos de estos papeles; pero lo dudo, porque los úl-

timos pensamientos de un grande hombre, eran demasiado preciosos á los que le rodeaban para confiarlos á manos estrañas.

Durante su última enfermedad el Emperador no cesó de pensar en su hijo, é hizo colocar al pie de su cama el busto de que ya hemos hablado. No separaba su vista de él, y se habria dicho que procuraba descubrir en los rasgos de aquel niño, cual seria su destino. La muerte no habria ya tenido nada de horroroso si Napoleon hubiese podido ver un instante, un solo instante, á su hijo, y estrecharle en sus brazos. No podia tomar mas que gelatinas y café; su médico queria oponerse á ello, y él le decia: «Poco importa lo que tome; ya no he de cenar.» Por esta misma razon se rehusó á tomar las medicinas amargas que le ordenaron.

El grande Hombre habia llegado al término de su carrera, y aun le creíamos lleno de vida y de salud; así es que quedámos atónitos al leer en los diarios del 5 de julio estas palabras: «Bonaparte no existe; el 5 de mayo á las seis menos diez minutos, murió de una enfermedad de languidez, que le habia retenido en cama cuarenta dias. Ha conservado sus sentidos hasta el último momento, y ha muerto sin dolor.»

Me abstengo de hacer reflexion alguna acerca de este artículo, traducido literalmente del diario inglés *el Correo*: únicamente me ocuparé de reunir las circunstancias sobre el fin de este Héroe, las cuales nos han sido comunicadas, tanto por los documentos oficiales, como por las cartas particulares de Santa-Helena, traidas por el navío que el Gobernador enviaba á su Gobierno para notificarle la muerte de Bonaparte, que lo hizo en los términos siguientes:

«Milord,

«Es de mi deber anunciar á vuestra Señoría que Napoleon Bonaparte ha muerto á las seis menos diez minutos de la tarde del dia 5 del corriente mes de mayo de 1821, á consecuencia de una enfermedad que no le permitió salir desde el 17 de marzo último.

«Al principio, es decir desde el 17 hasta el 31 de marzo, le ha cuidado su médico, el doctor Antommarchi; pero durante los últimos tiempos, á saber desde el 1.° de abril hasta el 5 de mayo, le ha visitado diariamente el doctor Arnolt, del regimiento n.° 20 de S. M., juntamente con aquel doctor.

«El doctor Shortt, médico en gefe, y el doctor Mitchel, primer médico de las fuerzas navales del apostadero, que habian ofrecido sus servicios, como tambien de los demas médicos de la Isla, asistieron el 8 de mayo á una junta, llamados por el doctor Antommarchi; pero no les invitaron á ver al Enfermo.

«El doctor Arnolt estaba á su lado cuando exhaló el último suspiro; el capitan Crokat, oficial de servicio, y los médicos Shortt y Mitchel entraron inmediatamente á verle. El doctor Arnolt veló toda la noche el cuerpo.

«Esta mañana muy temprano, á cosa de las siete, he ido al cuarto donde estaba el cuerpo; me acompañaba el contralmirante Lambert, comandante en gefe del apostadero, el marqués de Montchenu, comisario regio de S. M. el Rey de Francia y Encargado de las mismas funciones por S. M. el emperador de Austria; el brigadier-general Coffin, comandante de las tropas; Tomas Brooka y Tomas Greentel, gentiles hombres de cámara y miembros del Consejo gubernativo de la Isla; y de los capitanes de la real marina Brownt, Hudry y Marvat.

«Despues de haber visto el cuerpo de Na-

poleon; cuyo rostro estaba descubierto, nos retirámos inmediatamente.

«En seguida, previo el consentimiento de las personas que habian formado el séquito de Bonaparte, se permitió la entrada á los oficiales de mar y tierra que lo desearon, á los oficiales y empleados civiles de la Compañía de las Indias orientales, y á otros muchos habitantes de la Isla.

«Hoy á las dos de la tarde, ha sido abierto el cuerpo en presencia de los médicos cuyos nombres siguen:

«Los doctores Shortt, Arnolt y Burton, este último del regimiento de S. M. n.° 66, y de Matthew-Livingstone, médico al servicio de la Compañía de las Indias.

«Despues de haber examinado cuidadosamente las partes interiores del cuerpo, todos los médicos presentes han sido de la misma opinion acerca de su naturaleza, como lo manifiesta la adjunta relacion.

«Tengo el honor de ser, etc.

«*Firmado.* H. Lowe, teniente general.

Longwood, 6 de mayo de 1821.

RELACION

De los médicos, á consecuencia de la abertura del cuerpo de Napoleon.

Desde luego á la vista el cuerpo parecia muy gordo, lo que confirmó la primera incision que se hizo en la parte inferior del vientre, donde la gordura tenia mas de pulgada y media de grueso en el abdómen.

Penetrando al traves de los cartilagos de las costillas, y examinando la cavidad del pecho, se notó una ligera coladura de la pleura izquierda con la de las costillas. La cavidad izquierda contenia unas tres onzas de un flúido rojizo, y ocho la derecha; los pulmones estaban muy sanos, el pericardio en su estado natural, y contenia cerca de una onza de flúido; el corazon era de grandor natural, pero con una espesa cubierta de grasa; las auriculas y los ventriculos no tenian nada de estraordinario, escepto las partes musculares, que estaban mas pálidas que de costumbre.

Al abrir el abdómen, se vió que la envuelta que cubre los intestinos estaba estraor-

dinariamente grasienta; y examinando el estómago, se notó que esta entraña era el asiento de una grande enfermedad: toda la superficie superior estaba considerablemente acolada, particularmente desde la estremidad del piloro hasta la superficie cóncava del lóbulo izquierdo del hígado; y separando, se descubriò que una úlcera penetraba las envueltas del estómago, á cosa de una pulgada de distancia del piloro, y que era bastante grande para poder introducir por ella el dedo meñique.

La superficie interior del estómago, es decir casi toda su estension, presentaba una masa de afecto canceroso ó partes escirrosas que se canceraban; esto es lo que se observó particularmente cerca del piloro: la estremidad cardíaca, menos una corta estension hácia el cabo del esófago, era la sola parte que se hallaba sana; el estómago estaba casi lleno de una grande cantidad de flúido semejante á las heces del café.

La superficie convexa del lado izquierdo estaba pegada al diafragma, escepto las coladuras ocasionadas por la enfermedad del estómago; el hígado no presentaba nada de enfermizo.

Lo restante de las vísceras abdominales estaba en buen estado.

Firmado. — Tomas *Shortt*, primer médico; Arch. *Arnolt*, médico del regimiento número 20; Francis *Burton*, médico del regimiento n.° 66; Chas. *Mitchel*, médico de Vigo; Matthew *Livingstone*, médico de la Compañía de las Indias.

Las cartas particulares de que acabamos de hablar no se acuerdan con estos documentos oficiales, muchas de ellas aseguraban que todos los médicos no habian sido del mismo parecer; que, entre otros, uno deciaque solamentela mudanza de clima podia sanar al Enfermo. Una cosa tambien muy digna de notarse es que en el acto de la consulta de los cinco médicos, que agregaron al doctor Antommarchi, solamente el doctor Arnolt vió al Enfermo; la relacion sobre la enfermedad fué hecha, contra costumbre, por el médico del Emperador. Este no estuvo espuesto con el rostro descubierto sino despues de la abertura del cuerpo, que le pusieron el uniforme de dragones con vueltas encarnadas que acostumbraba llevar. Estaba colocado en el catre de campaña que le habia acompañado en todas sus espediciones, cubierto con la capa azul bordada de plata que llevaba en la ba-

talla de Marengo, y decorado con todas sus diferentes órdenes. Tenia sobre el pecho un crucifijo de plata; y su capellan, con sus ornamentos clericales, recitaba las oraciones derramando abundantes lágrimas: se dice que Napoleon, pocos dias antes de su muerte, habia tenido una conversacion particular con él.

La sofocacion que esperimentó en los últimos dias de su vida parece no permitió darle el viático. El general Bertrand y el conde de Montholon estaban á la cabecera de la cama derramando lágrimas, y se oian los sollozos de la señora Bertrand que estaba con sus hijos en un cuarto inmediato. Todos los criados estaban sumergidos en el mas profundo dolor, á pesar de que por su testamento los habia generosamente recompensado, particularmente al cochero, que por su sangre fria le salvó la vida cuando la máquina infernal, que sus enemigos tuvieron la bajeza de pretender habia sido inventada por Bonaparte, para tener un motivo de hacerse custodiar por una guardia, y de cuyo proyecto infernal se vanagloriaron algunos años despues.

Un inglés, que vió á Napoleon en el catre de campaña, dice que su fisonomía habia conservado, aun despues de muerto, un carácter noble y atractivo, que no le permitia se-

parar la vista de él y que sus manos estaban muy hermosas. Los que asistieron á la abertura del cuerpo, dijeron que estaba indeciblemente bello; pero que sin embargo tenia la cabeza un poco gruesa en proporcion de su estatura. Pocos dias antes de su muerte el Emperador habia grabado con su cortaplumas una N en una hermosísima caja, que regaló al doctor Arnolt. Dicen que ha dejado una fortuna considerable; y ha legado á lady Holland una caja antigua con camafeos, que le habia dado el Papa, conteniendo el billete siguiente escrito de su mano:

«Testimonio de recuerdo y de agradecimiento de lady Holland.»

Dicen que cuando el capitan Poppleton se despidió del Emperador, pocos dias antes de su muerte, Napoleon le presentó una caja guarnecida de diamantes, diciéndole al mismo tiempo: «A Dios, amigo mio; recibid esta friolera, la sola que me queda, para que despues de mi muerte podais manifestar el don de mi reconocimiento.»

Tuvo delirio, ó mas bien exaltacion, durante veinte y cuatro horas antes de morir. En este estado es cuando, hablando de su hijo, dijo estas palabras : *Para mi hijo, mi nombre, solamente mi nombre;* añadiendo *cabeza... armada,*

sin que se pueda saber la conexion que estas palabras tenian con el principio de la frase. Sus últimas palabras fueron: *¡Dios mio!....* *Nacion francesa....* Levantó los brazos, juntó las manos, volvieron á caer á su lado y cesó de hablar.

En efecto, parece que en sus últimos momentos no esperimentó dolor alguno; no se puede atribuir esta cesacion de dolor, sino al efecto de la gangrena, que ciertamente habia sucedido á la inflamacion; pero todas las relaciones dicen que no tuvo agonía: privilegio que, segun algunos autores indios, pertenece á los hombres del primer órden, que rompen sus prisiones sin hacer esfuerzos para ir á unirse con el Sér supremo.

El cuerpo del Emperador no fué embalsamado; su corazon fué colocado en una copa de plata llena de espíritu de vino. El general Bertrand lo pidió con instancia para traerlo á Europa; pero se lo rehusaron. Antommarchi deseaba poseer la entraña que estaba horadada en diferentes partes; tampoco se lo acordaron, y ambas copas han sido colocadas en el sepulcro. Tuvieron que darse priesa en poner el cuerpo en el ataud de plomo, porque ya principiaba á corromperse; en los climas cálidos sucede esto antes que en el nuestro.

Otros dos ataudes, el uno de roble y el otro de caoba, con bandas de ébano, unidas con tornillos de plata, estaban colocados en el primero.

El oficial que da estos pormenores, que parecen ciertos, añade: « Como todo es interesante en un hombre tan estraordinario, he deseado saber como vivia en el interior de su casa. Hallé el medio de hacer conocimiento con Mr. Marchand, su ayuda de cámara (á quien ha legado ocho mil duros), el cual me hizo entrar en los gabinetes de su amo para que viese sus vestidos. Jamás he visto cosa peor: no tenia mas que casacas viejas, sombreros y pantalones que un guardia marina habria desechado; pero Marchand me dijo que era sumamente difícil hacerle poner algo de nuevo, y que despues de haberlo llevado una hora, lo arrojaba á un lado y volvia á ponerse sus vestidos viejos.»

Cuando examinaron el cuerpo del Emperador, observaron que tenia tres cicatrices, de otras tantas heridas que habia recibido; una en la cabeza, que un sargento inglés le hizo en el sitio de Tolon; otra en la rodilla, de una bala muerta que recibió cerca de Ratisbona, y la tercera en el tobillo. La segunda de estas heridas ha dado la idea de un hermo-

so cuadro, en el que se vé á Napoleon en disposicion de montar á caballo, con el pie izquierdo en el estribo, mientras que un cirujano acaba de vendarle la pierna derecha, que está herida, pensamiento ingenioso, si acaso no es histórico, que da una idea perfecta del carácter del hombre que nada podia detener cuando perseguia al enemigo, ó trataba de sorprenderle.

Una cosa que la posteridad no dejará de admirar, es que aquel á quien sus enemigos habian calumniado durante su vida, y cuyo fin habian calculado con una barbaridad sin ejemplo, los haya forzado no obstante, no sé por qué poder oculto, á hacerle los mayores honores militares que han podido hacerse en una isla donde no se puede tener ninguna comunicacion pronta con el Continente.

El mismo Hudson Lowe, su cruel perseguidor, sin esperar órdenes de su Gobierno, tomó á su cargo hacerle enterrar en la Isla, de donde como lo hemos dicho, debia ser conducido á Inglaterra, y dió á esta lúgubre ceremonia toda la pompa de que era susceptible. ¿Cómo ha podido tomar sobre sí unas disposiciones opuestas á las de su corte? Esto me hace sospechar que al momento de su muerte habia sido calculado de un modo muy

exacto por el Ministerio inglés, y que habia dado órdenes secretas al Gobernador acerca del modo que debia ser enterrado, que ciertamente no habria tomado sobre sí el hacer una mudanza tan contraria á las decisiones de las potencias aliadas, si no hubiese estado autorizado por el Ministerio.

He aquí lo que los diarios ingleses nos han dicho.

Napoleon Bonaparte ha sido enterrado el 9 de mayo de 1821. Le han hecho todos los honores correspondientes al grado militar mas elevado ó en otros términos, los mayores honores que podian hacerle.

Este era el órden de la marcha: Napoleon Bertrand, hijo del Mariscal; el capellan con sus ornamentos eclesiásticos; el doctor Arnolt, del regimiento n. 20; el médico de Bonaparte; el cuerpo en un coche tirado por cuatro caballos; doce granaderos de cada lado para descender el cuerpo por una colina que el coche no podia bajar; el caballo de Bonaparte conducido por dos criados; el conde Montholon y el mariscal Bertrand llevaban las borlas del paño mortuorio; la señora Bertrand y su hija seguian en un coche descubierto; despues venian varios criados por ambos lados y á la espalda; seguian los oficiales de la ma-

rina real y del estado mayor; los individuos del Consejo; el general Coffin; el marqués de Montchenu; el Almirante y el Gobernador; lady Lowe y su hija, enlutadas, en un coche descubierto y rodeado de criados; en fin seguian las tropas: á saber; los dragones, los voluntarios de Santa-Helena, el regimiento de Santa-Helena, el regimiento n. 66, la tropa de marina, el regimiento n. 20, y la artillería.

A la salida de Longwood el cuerpo fué recibido por tres mil hombres de tropas, incluso el cuerpo de artillería y parte del de la marina, con cuatro músicas militares colocadas en el camino por donde el entierro debia pasar. Despues que el cuerpo hubo pasado, las tropas le siguieron é hicieron alto encima del sitio donde debia ser depositado, ocupando el camino que se prolonga en el valle, mientras que el acompañamiento seguia otro camino que espresamente habia sido hecho. Entonces los veinte y cuatro granaderos de los diferentes cuerpos que se hallaban presentes, transportaron el cuerpo al sepulcro, donde el sacerdote le bendijo, y en seguida le colocaron en una vasta bóveda de piedra.

Ya he manifestado cuan singular es que esta bóveda se haya encontrado en el mismo lugar

que Bonaparte habia elegido para su sepultura, y que en ella hayan hecho un cuarto particular. ¿Porqué no haberle dejado toda la bóveda? Habria sido menos ancha que una de las pirámides de Egipto. No tenian intencion de servirse del resto de ella, porque han cerrado la entrada con tanta precaucion, que nadie puede entrar; y no contentos con esto, han colocado además un cuerpo de guardia para que no roben sus restos. Lo mismo hicieron los príncipes de los sacerdotes para que no se pudiese decir que el justo habia resucitado: pero aquí se han tomado mayores precauciones; Jesucristo fué guardado por soldados, y á Napoleon le guardan oficiales. Pero, ¿por qué razon el Gobernador habrá obrado así, si no tenia órdenes de su Gobierno para hacerlo? Y si lo ha hecho, ¿porqué el Gabinete de S. James lo ha querido, ¿qué interés habia en ello? Es cierto que hemos visto los restos mortales de Duguesclin apoderarse de una ciudad; pero no creo que los de Bonaparte produjesen el mismo efecto; no porque en vida no fuese tan gran capitan como lo fué aquel, sino porque las circunstancias no son las mismas. Así pues, ¿qué podian temer sus señorías de los despojos de aquel que tuvieron seis años cautivo? ¿Lo han hecho para privar

á la ternura filial de los restos de un padre? ¡Ah! ¡qué leccion mas terrible para el hijo de este grande Hombre ver en una tumba al Vencedor de toda la Europa!

CAMPAÑAS

DE

NAPOLEON,

Y batallas mandadas por él mismo en persona.

CAMPAÑAS DE ITALIA.

(Austriacos y Piamonteses.)

1796. *Abril.*

11. Montenotte.
14. Millésimo.
15. Dego.

Mayo.

10. Puente de Lody.

Agosto.

3. Lonado.
5. Castiglione.

Setiembre.

4. Roveredro.
8. Basano.
15. San Jorge.

Noviembre.

15. Arcola.

1797. *Enero.*

13. Rivoli.
16. La Favorita.

Marzo.

12. Tagliamento.
20. Lavis.

CAMPAÑA DE EGIPTO.

(Mamelucos y Arabes.)

1798. *Julio.*

13. Chrebreise.
21. Pirámides.

CAMPAÑA DE SIRIA.

(Turcos y Mamelucos.)

1799. *Abril.*

Joffa.
15. Monte Tabor.

SEGUNDA CAMPAÑA DE EGIPTO.

(Turcos y Mamelucos.)

Julio.

25. Aboukir.

CAMPAÑA DE ITALIA, DICHA DE MARENGO.

(Austríacos.)

1800. *Abril.*

9. Paso del monte San Bernardo.

Junio.

9. Montebelo.
14. Marengo.

PRIMERA CAMPAÑA DE AUSTRIA.

(Austríacos y Rusos.)

1805. *Octubre.*

8. Wertingen.

9. Güntzburgo.
14. Memmingen.
15. Elchingen.
16. Ulma.

Diciembre.

2. Austerlitz.

CAMPAÑAS DE PRUSIA.

(Prusianos, Suecos y Sajones.)

1806. *Octubre.*

14. Jena.

CAMPAÑA DE POLONIA.

(Rusos y Prusianos.)

Diciembre.

23. Czarnowo.

26. Pulstuck.

1807. *Febrero.*

6. Eylau.

Junio.

14. Friedland.

CAMPAÑA DE ESPAÑA.

(Españoles é Ingleses.)

1808. *Noviembre.*

10. Búrgos.
23. Tudela.

Diciembre.

3. Madrid.

SEGUNDA CAMPAÑA DE AUSTRIA.

(Austriacos.)

1809. *Abril.*

21. Abensberg.
22. Eckmülh.
28. Ratisbona.

Mayo.

11. Toma de Viena.
22. Esling.

Julio.

6. Wagram.

CAMPAÑA DE RUSIA.

(Rusos.)

1812. *Julio.*

27 Witepsk.

Agosto.

17. Smolensko.

Setiembre.

7. Moskwa.

Noviembre.

25. Beresina.

CAMPAÑA DE SAJONIA.

(Rusos, Prusianos, Suecos, Austríacos, Sajones y Bávaros.)

1813. *Mayo.*

2. Lutzen.
20. Bautzen.
21. Wurtchen.

Agosto.

26. Dresde.

Octubre.

16. Wachau.
18. Leipsick.
30. Hanau.

CAMPAÑA DE FRANCIA.

(Todos los ejércitos de la Europa, escepto los de la Turquía.)

1814. *Enero.*

29. Brienna.

Febrero.

2. La Rotchière.
9. Champ-Aubert.
11. Montmirail.
14. Vauchamp.
17. Nangis.
19. Montereau.

Marzo.

7. Craonna.
9. Laon.
11. Reims.

CAMPAÑA DE LA BÉLGICA.

(Prusianos, Ingleses, Sajones y Holandeses.)

1815. *Junio.*

16. Ligny-bajo-Fleurus.
18. Waterloo.

FIN DEL TOMO QUINTO Y ULTIMO.

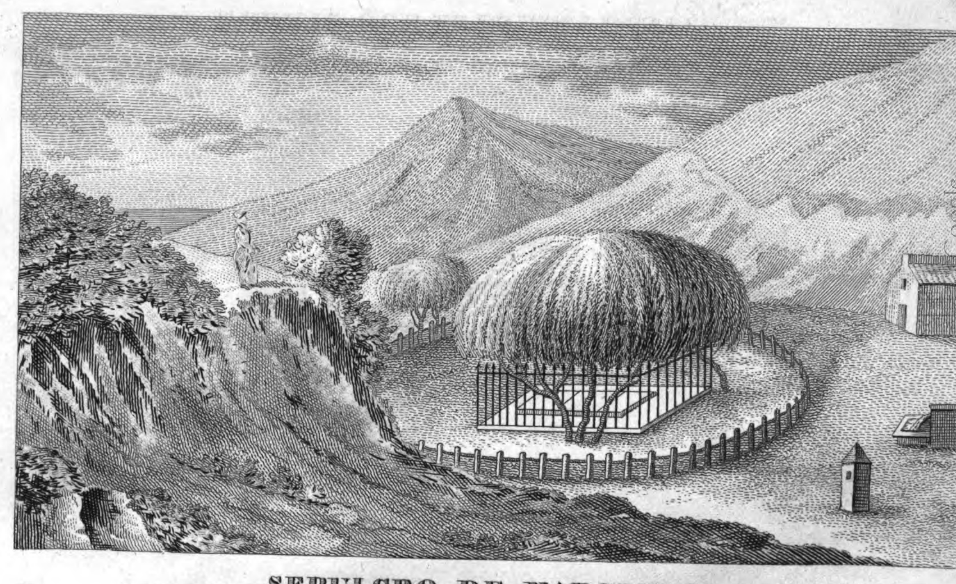
Nota. *Por no haber recibido todavía la lista de señores Suscriptores de las demas provincias, nos vemos en la imposibilidad de continuar sus nombres.*



SEPULCRO DE NAPOLEON.



PALACIO QUE LE ESTABA DESTINADO.



SEPULCRO DE NAPOLEON.









